Andrew Taylor
ANATOMÍA DE LOS FANTASMAS
polar
edhasa

ANATOMÍA DE LOS FANTASMAS

ANDREW TAYLOR

Traducción de Melissa Arcos

Título original: Anatomy of ghosts

Diseño de la cubierta: Salva Ardid Asociados, basado en un diseño de Pepe Far
Primera edición impresa: noviembre de 2014
Primera edición en e-book: enero de 2017

© 2011 Lydmouth Ltd.
© de la traducción: Melissa Arcos Percy, 2014
© de la presente edición: Edhasa 2016
Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es
Avda. Córdoba 744, 2°, unidad C
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4654-1

Producido en España

ANATOMÍA DE LOS FANTASMAS

Prólogo

No estaba sola. Nunca lo estaría. Y la razón la tenía entre sus manos.

Cambridge era una población extraña. La polución nocturna de Fens fluía sobre la durmiente ciudad. Las calles languidecían bajo una niebla densa y espesa, casi palpable. Ella jamás había estado a tan altas horas de la noche sola, sin al menos un criado que le alumbrara el camino.

Pero no estoy sola.

Bajo sus pies, el suelo era traicionero. Trastabilló dos veces hasta casi caer. Ojalá hubiera llevado unos zapatos apropiados. Al cruzar el puente de la Magdalene, patinó sobre el hielo. Sus piernas volaron y cayó bruscamente, con un gemido, sobre el duro suelo. Un terrible frío le subió por todo el cuerpo a través de la fina tela del vestido cuando el abrigo se le arrebujó alrededor de los hombros.

Pero aún sostenía la llave. Y no estaba sola. Rápidamente se levantó y empezó a correr.

No había luna ni estrellas. Las pocas farolas de Corporation aportaban una luz débil e irregular. Cruzó el puente sólo alumbrado por la frágil luz de un farol en el arco de entrada del colegio universitario, pero fue peor aún, pues sintió que todo el mundo la miraba mientras caía de nuevo al suelo.

Ralentizó el paso bajo las ventanas de la cafetería. De repente, una mano apareció entre las sombras y, asiéndola de la manga, la empujó hacia la oscuridad. Ella blandió la llave como arma hacia su atacante. Se topó con algo suave y flexible. Un chillido. Y estaba libre de nuevo.

Echó a correr. Sentía un dolor en el costado. Los pulmones se le desgarraban por el esfuerzo y notaba cómo la sangre se le acumulaba en los oídos.

Había conseguido llegar a Jerusalem Lane. Avanzó tambaleándose a lo largo de la calle, de un lado a otro, hasta que se torció el tobillo con el borde de una alcantarilla.

Quieta ante la verja, intentó recuperar el aliento. La mano le temblaba tanto que no conseguía encontrar la llave correcta. Respiró hondo, estremeciéndose, y lo intentó de nuevo. Finalmente oyó el suspiro del metal, que encajaba en la cerradura, y la llave se deslizó en el lugar correcto. Le dio la vuelta y el cerrojo cedió.

Empujó la puerta y tuvo el paso libre hacia el jardín...

CAPÍTULO 1

Avanzado el crepúsculo del jueves 16 de febrero de 1786, la última cena se acercaba a su fin. El nuevo apóstol ya había prestado juramento, firmado el libro de ingreso en el club y bebido de un trago el contenido del cáliz –regalo del difunto Morton Frostwick– al son de vítores, gritos y silbidos. Había llegado el momento de los brindis que precedían al punto álgido de la ceremonia.

–Apuren sus copas, caballeros –ordenó Jesús, sentado a la cabecera de la mesa–. ¡Todos en pie! ¡Un brindis por Su Majestad el Rey!

Los apóstoles se pusieron en pie, algunos no sin cierta dificultad. Cuatro sillas cayeron tumbadas al suelo y alguien volcó una botella.

Jesús alzó su copa:

–¡Por el Rey! ¡Que Dios lo bendiga!

–¡Por el Rey! ¡Que Dios lo bendiga! –respondió un coro bramante.

Los apóstoles, muy orgullosos de su patriotismo y adhesión al trono, vaciaron sus copas de un trago.

–¡Que Dios lo bendiga! –repitió desde el otro extremo de la mesa San Mateo, que remató su apasionada exhortación con un hipo.

Jesús y los apóstoles volvieron a tomar asiento y se reanudó el murmullo de la conversación. La luz de las velas iluminaba la alargada sala de techos altos. Sobre la mesa flotaba un cimbreante manto de humo. En la chimenea de mármol ardía un gran fuego. Las cortinas estaban echadas. Los espejos situados entre los ventanales reflejaban el fulgor de las llamas, los destellos de la cubertería y la cristalería, y el brillo de los botones de la librea de los caballeros. Todos los apóstoles vestían la misma chaqueta de un verde intenso forrada de seda y adornada por delante y en los puños con unos prominentes botones dorados.

–¿Cuánto más tengo que esperar? –preguntó el joven sentado a la derecha de Jesús.

–Ten paciencia, Frank. Todo a su debido tiempo –respondió Jesús antes de elevar la voz–: Rellenen sus copas, caballeros.

Jesús sirvió a su vecino y llenó su copa mientras observaba a los demás obedecer como corderos.

–Ahora brindaremos de nuevo –susurró al oído de Frank–, y después daremos paso a la ceremonia y el sacrificio.

–¿Sabe la señora Whichcote que voy a ser santificado esta noche? –inquirió Frank girándose hacia Jesús, el codo apoyado en la mesa.

–¿Por qué lo preguntas?

Frank se sonrojó hasta las orejas.

–Yo... yo sólo me lo preguntaba. Como voy a pasar la noche aquí, pensé que quizá lo sabría.

–No lo sabe –respondió Jesús–. No sabe nada. Y no debes decirle

nada. Esto es cosa de hombres.

–Sí, sí, claro. No debería habértelo preguntado –se disculpó al tiempo que le resbaló el codo de la mesa. Si Jesús no lo hubiera sujetado, habría acabado en el suelo–. Eres un tipo afortunado, ¿sabes? ¡Es tan hermosa!... ¡Maldición! No me lo tengas en cuenta, Philip, no debería haber dicho nada...

–No te estaba escuchando. –Jesús se puso en pie e ignoró las disculpas implorantes de Frank–. Señores, ha llegado el momento de otro brindis. Todos en pie. ¡Yo maldigo a la Gran Puta de Babilonia, su pestilencia romana Pío VI! ¡Que se pudra en el infierno hasta el fin de los tiempos con toda su caterva papista!

Los apóstoles vaciaron sus copas y estallaron en aplausos. Este tradicional brindis se remontaba a los orígenes del Club del Espíritu Santo. Jesús no sentía ninguna animosidad personal hacia los papistas, de hecho su madre era católica de nacimiento, pero abandonó su religión al casarse y adoptó la de su marido, como toda buena esposa.

Jesús esperó a que amainaran los vítores y aplausos.

–Tomen asiento, caballeros.

Las sillas rascaron el pulido suelo de madera. Al sentarse, Santiago se apoyó en el filo de la silla y cayó rodando por el suelo, mientras que San Juan salió corriendo a ocultarse detrás de un biombo situado en el extremo de la sala, desde donde se lo oyó vomitar con virulencia. Santo Tomás, por su parte, se alejó de la mesa, se desabrochó el calzón e hizo aguas menores en el bacín de la cómoda colocado para tal efecto cerca de la mesa.

Sonó un golpeteo ahogado en la puerta detrás de Jesús. Sólo él lo oyó. Se levantó y la entreabrió apenas unos dedos.

Fuera se encontraba el lacayo, que sostenía una palmatoria en la mano y lo miraba con ojos asustados.

–¿Qué sucede? –preguntó Jesús.

–Disculpe, señor, la señora desea hablar con usted en privado.

Jesús cerró la puerta en sus narices y regresó con paso tranquilo y sonriente a la mesa. Reposó el brazo sobre el respaldo de la silla de San Pedro, que se hallaba a su izquierda, y le habló al oído.

–Volveré enseguida. Debo asegurarme de que está todo listo. Si comienzan a impacientarse, haz que brinden por sus queridas.

–¿Ya es la hora? –inquirió Frank–. ¿Ha llegado el momento?

–Casi –respondió Jesús–. Créeme, la espera bien vale la pena.

Jesús los dejó solos. Para captar la atención de Frank, San Andrés le preguntó por las aptitudes del perro de aguas irlandés como cazador. Una distracción pasajera, aunque efectiva.

Jesús abandonó la sala y cerró la puerta de caoba tras de sí. Fuera, el aire era mucho más fresco. Estaba en un rellano cuadrado iluminado por las dos velas de un candelabro situado junto a una

pequeña ventana sin cortinas. Acercó unos instantes la cabeza al cristal y dejó marcado un círculo de vaho. A pesar de la negra noche, pudo vislumbrar una luz junto a la puerta lateral de Lambourne House.

Descendió con rapidez las escaleras del pabellón. Ubicado al fondo del jardín, su distribución era muy sencilla: el gran salón ocupaba toda la primera planta y una escalinata conducía al vestíbulo, donde había dos puertas. Una daba al jardín y, la otra, a un estrecho pasillo que recorría la longitud del edificio y conducía a un porche cubierto junto al río y a varias estancias pequeñas. El lacayo, que respondía al absurdo nombre de Augustus, estaba sentado en un banco del vestíbulo. Al ver a su amo, se levantó de un salto e hizo una reverencia. Jesús hizo un gesto con la cabeza y el lacayo abrió la puerta del pasillo. Pasó junto a él sin decir una palabra y le cerró la puerta en las narices.

Las velas ardían a pares en los candelabros de las paredes y formaban esferas de luz en la oscuridad. Jesús llamó a la segunda puerta y ésta se abrió.

La señora Phear le hizo entrar y se puso de puntillas para susurrarle algo al oído.

–Esta mocosa nos ha fallado.

La habitación era pequeña y estaba pintada de color blanco, como una celda, pero el fuego de carbón que ardía en la chimenea le daba un aire acogedor. Las cortinas estaban echadas y los postigos cerrados. El mobiliario era sobrio: una pequeña cama con un dosel blanco, una mesa y dos sillas. Sobre la mesa había una botella de vino y una de licor, además de dos copas y un cuenco con nueces. En la repisa de la chimenea descansaba una palmatoria, la única fuente de luz aparte del fuego.

–¿Nos ha fallado? –repitió Jesús.

–Compruébelo usted mismo –instó la señora Phear, que vestía un hábito de monja con una toca negra que enmarcaba y oscurecía su rostro–. Use la vela.

Jesús cogió la palmatoria y se acercó a la cama. Las cortinas del dosel estaban retiradas. Una joven yacía boca arriba, su melena rubia cubriendo la almohada. Tenía las muñecas y los tobillos atados con unos cordones blancos a los postes de la cama y llevaba un camisón blanco de cuello abierto. Debía de haber sido hermosa en vida, pensó Jesús, el tipo de muchacha que daba la impresión de poderse quebrar en un millón de pedazos si se la estrujaba con la debida fuerza.

Se inclinó sobre ella. Era muy joven, unos trece o catorce años. Tenía la tez pálida y las mejillas sonrosadas, casi púrpuras. Los ojos estaban abiertos y los labios separados. Acercó la vela a su rostro. Salía espuma de su boca y un hilillo de vómito resbalaba por la

comisura de los labios. Los ojos le saltaban de las órbitas.

–Maldita sea.

–Es un desperdicio –corroboró la señora Phear–. Estoy segura de que era virgen.

–Zorrita estúpida... ¿Cómo puedo tener tan mala fortuna? ¿Qué ha sucedido?

La mujer se encogió de hombros.

–La arreglé para el caballero y fui a buscar más velas a la casa. Antes de marcharme, me pidió que le pusiera un par de nueces en la boca. Cuando regresé ya estaba así. Todavía tiene el cuerpo caliente.

Jesús se enderezó sin apartar la vista de la joven.

–Parece como si la hubieran asfixiado.

Echó una mirada a la habitación.

–Cerré la puerta con llave –declaró la señora Phear en tono neutro–. Debe de haberse atragantado con las nueces, nada más que eso. El lacayo no se ha movido del vestíbulo y no ha visto a nadie. Por cierto, ¿es de fiar?

–No es más que un crío. ¿Y dice que no ha oído nada?

–Las paredes son gruesas.

Jesús recorrió la habitación con la vela. La señora Phear aguardó con las manos entrelazadas y la vista clavada en el suelo.

Jesús señaló hacia el techo, al gran salón en la planta superior.

–No puedo defraudar a Frank Oldershaw, a él menos que a nadie. No me lo puedo permitir.

–Supongo que no querrá poseer a la chica así.

–¿Así? ¿Muerta? –preguntó Jesús, atónito.

–Todavía está caliente.

–¡Es evidente que no la va a querer así!

–¿Pero se daría cuenta?

–¡Madre de Dios! Sí, señora mía, se daría cuenta. No está tan borracho. Además, la gracia de todo este juego es el forcejeo. De eso se jactan después; de eso, y de la sangre en la sábana.

–¿Y no hay manera de fingirlo?

Jesús negó con la cabeza.

–El forcejeo, no. Y mucho menos con la cara así. No funcionaría.

–Entonces ¿le va a decir que tiene que esperar? –tanteó la señora Phear mientras retorcía el dobladillo de la capa con los dedos.

–Está muy impaciente. Y no está acostumbrado a que le lleven la contraria. No podremos apagar su ardor con cualquier moza de Barnwell, eso si lográramos encontrar una a estas horas. ¿Cuándo cree que podrá conseguir a otra muchacha?

–Quizá dentro de un mes o así. Aunque no será fácil, sobre todo tan pronto después de ésta.

–Ese hombre vale mucho más que todos los demás juntos –declaró

Jesús–. No puedo decirle que la chica ha muerto. Le diré que se ha asustado al sospechar lo que la aguardaba y se ha escabullido en la noche.

–Y tenemos otro problema –añadió la señora Phear–. ¿Qué hacemos con... con esto?

Jesús se volvió para contemplar el cuerpo lechoso de la joven sobre la blanca cama cuando, de repente, se precipitaron los acontecimientos: sonaron pasos y voces fuera y alguien giró el pomo de la puerta. Jesús trató de impedirlo, pero la cama se interpuso en su camino. Al oír el revuelo, la señora Phear se volvió con sorprendente agilidad, pero se le enganchó la falda en la esquina de la mesa y no logró liberarse antes de que la puerta se abriera.

En el umbral apareció Frank Oldershaw tambaleante. Tenía el rostro enrojecido y llevaba el chaleco desabrochado.

–Por fin te encuentro, Philip –masculló–. ¡No puedo esperar ni un segundo más, estoy que ardo!

Al percatarse de la presencia inesperada de la señora Phear, titubeó, pero estaba demasiado borracho como para detenerse.

–¿Dónde has escondido a mi pequeña y dulce virgen? –farfulló en un susurro mortecino.

* * *

El cuerpo fue hallado en Jerusalem la mañana del viernes 17 de febrero. Todavía no había amanecido, pero una luz grisácea bañaba los jardines de la universidad y permitía vislumbrar el contorno de las cosas, aunque no los detalles. Todo estaba en silencio.

El hombre que descubrió el cadáver fue John Floyd, conocido por todos –a veces incluso por su mujer– como Tom Heces. Tom era tan moreno como su apodo y un experto en localizar bagatelas, recuerdos olvidados y secretos excretados.

El Colegio Universitario Jerusalem ocupaba unos ocho o nueve acres de terreno. Estaba flanqueado en tres de sus lados por un alto muro de ladrillo que se erigía sobre un murete medieval de escombro y piedra revocada. El cuarto lado lindaba con los edificios del rectorado. Todos los muros estaban rematados por hileras de picas. Detrás de la capilla, la Laguna Larga trazaba una curva hacia el sudeste. La laguna se alimentaba de un arroyo que habían canalizado los frailes en tiempos inmemoriales, mucho antes de que Jerusalem fuera ni siquiera un pensamiento. Al otro lado de la laguna se hallaban el Jardín de los Licenciados y el Jardín del Rector y, más allá de la agrupación irregular de los edificios del colegio, se extendía gran parte de la ciudad.

A esa hora de la mañana los únicos sonidos audibles eran el

taconeo de los zuecos que protegían el calzado de Tom y el chirrido de las ruedas de hierro de la carretilla que empujaba por el sendero. Tom trabajaba en cuatro colegios de la universidad: Sidney Sussex, Christ's, Jerusalem y Emmanuel. Prefería trabajar en invierno porque le pagaban por volumen y no por horas. Además, en verano tenía que acudir con más frecuencia por los malos olores. Tom trabajaba para un mayorista de grano retirado al que los estudiantes llamaban «el comerciante de mierda», porque obtenía unos modestos ingresos de la venta de estiércol académico a granjeros y jardineros.

Esa mañana hacía tanto frío que Tom apenas se notaba las manos. Acababa de limpiar el servicio del rector, tarea nunca agradable, y empujaba la carretilla por el sendero situado detrás de la residencia rectoral, un camino que estaba a punto de resultarle sorprendentemente productivo. El sendero se detenía en una verja que el señor Mepal, jefe de los bedeles, acababa de abrirle, y proseguía por un intricado puente de madera que cruzaba la laguna. Las ruedas de la carretilla retumbaban como truenos amortiguados sobre las tablas de madera. Tom giró a la izquierda, hacia el pequeño retrete de las criadas de alcoba, que se ocultaba pudoroso en un extremo de los jardines de Jerusalem.

El sendero bordeaba la laguna bajo la sombra de un árbol enorme. En la zona de mayor penumbra, bajo las ramas, Tom resbaló con una placa de hielo y cayó al suelo cuan largo era. La carretilla volcó sobre la hierba helada y se vertió al menos la mitad de su pestilente carga; la pala, hasta entonces en precario equilibrio sobre ésta, se deslizó en el agua.

Aterido, Tom enderezó la carretilla. Debía limpiar la porquería lo mejor posible y esperar que la lluvia se ocupara del resto antes de que nadie se diera cuenta, pero la pala había caído en la laguna y no podía hacer nada sin ella. El agua de la orilla tampoco debía de ser tan profunda, pensó. Se quitó la chaqueta marrón y se arremangó la camisa por encima de sus codos huesudos. Cuando estaba a punto de meter la mano en el agua, advirtió un objeto oscuro que flotaba a uno o dos metros de la orilla, entre unas finas placas de hielo.

Al principio pensó que sería una sábana o una camisa que habría caído a la laguna por las fuertes ráfagas de viento del este que habían soplado en los últimos días, pero de pronto se le ocurrió que aquel objeto flotante podía ser algo de más provecho, como la capa o la toga de algún juerguista borracho lanzada a la laguna la noche anterior. En más de una ocasión había recuperado capas y togas de pozos negros que después había devuelto a sus dueños, o bien vendido a algún comerciante de uniformes de segunda mano.

Tom Heces sumergió el brazo derecho en el agua helada y gimió de frío. Mientras pensaba en la ira vengativa de Mepal si descubría lo

sucedido –un riesgo que aumentaba con cada minuto que pasaba– rozó, aliviado, el mango de la pala con los dedos.

A pesar de que el cielo estaba cada vez más claro, el maldito árbol tapaba buena parte de la luz. Tom se enderezó y miró otra vez la cosa flotando en el agua. Si era una capa o una toga, podía reportarle unos beneficios nada desdeñables.

Cogió la pala con una mano y la alargó hacia la cosa, que se encontraba justo debajo de la oscilante superficie de la laguna. El agua empezó a entrar en uno de los zuecos y traspasó el zapato agrietado. Intentó atrapar la cosa con la pala, pero se zafó de él. Fue entonces cuando decidió inclinarse un poco más hacia delante y el zueco resbaló en el barro.

Cayó a la laguna con un grito. El frío le golpeó como una barra de hierro. Abrió la boca para gritar y tragó agua. Movía los pies desesperado buscando un apoyo en el fondo de la laguna, pero las algas se enrollaron en sus tobillos. No podía respirar. Agitaba los brazos, tratando de mantenerse a flote y encontrar algo a lo que aferrarse. Cuando volvió a hundirse, agarró con la mano derecha un racimo de ramas podridas, todas con algo dentro del tallo que no se quebraba. Sus pies se hundían en el barro, un barro que lo abrazaba y succionaba cada vez más hacia el fondo.

Tom Heces no se percató de que estaba gritando. Se encontraba más allá del pensamiento, casi más allá de los sentidos, pero mucho antes de saber a lo que se aferraba, supo que no había nada vivo en aquello que se enroscaba en sus dedos. Tuvo la certeza de que lo que tocaba estaba muerto.

CAPÍTULO 2

Otra ciudad y otro curso de agua. Lo que más recordada John Holdsworth de la casa junto al Támesis era su pálida y brillante luz, una luz que iluminaba durante todo el día las habitaciones que daban al río. Esa luz era un quinto elemento formado por aire, agua y fuego lívido.

Georgie solía decir que las aguas del río eran fantasmales, que carecían de luz. En ocasiones afirmaba haber visto apariciones que se reflejaban oscilantes en las paredes de la casa. Una noche, los despertó a todos con sus gritos. Lloraba porque un barquero que se había ahogado en el muelle de Goat Stairs había venido a buscarlo para llevarlo consigo al fondo del río. Después, Holdsworth pensaría que ese sueño había sido una premonición de lo que iba a suceder, un augurio como ningún otro, pues la muerte por ahogo se convertiría en el acuoso hilo conductor de su triste vida.

En noviembre de 1785 Georgie resbaló sobre una placa de hielo mientras jugaba en las escaleras de Goat Stairs. Cuando intentó incorporarse, se tambaleó y tropezó con una soga atada a una baliza. Su madre, Maria, fue testigo de todo: vio caer al agua a su hijo, un niño rebosante de energía y vitalidad que, en cuestión de segundos, pasó de estar a su lado a no estarlo.

Había marea alta y, al caer, Georgie se golpeó la cabeza contra el lateral de una barcaza de carbón. Quizá fuera el golpe lo que acabó con su vida, pero ese día hacía mal tiempo y la muy cargada barcaza cabeceaba contra la pared del muelle. Pasaron al menos diez minutos antes de que pudieran sacar a Georgie del agua y no pudo determinarse la causa de la muerte con exactitud. Su cuerpo, atrapado entre el muelle y la barcaza, había sufrido lesiones graves. Era probable que Georgie se hubiera ahogado antes, pero no había manera de saberlo a ciencia cierta.

Holdsworth prefería pensar que su hijo había muerto en el acto, que lo había matado la caída, quizás un golpe en la cabeza. No supo lo sucedido hasta que fueron a buscarlo a la tienda de Leadenhall Street, momento en que lo invadió una culpa inmensa y un agradecimiento intolerable por haberse ahorrado la espantosa visión de ver caer a su hijo hacia su muerte.

A partir de ese momento, nada fue bien. ¿Cómo podían ir bien las cosas? Maria se encerró tanto en su dolor que hasta se negó a encargar una lápida. Decía que no era correcto, que Georgie no podía estar muerto del todo. Se pasaba casi todo el día en casa rezando o en el cementerio, junto al pequeño túmulo de Georgie. Además, empezó a

gastarse el dinero en una mujer que aseguraba poder comunicarse con los espíritus y que afirmaba poder ver a Georgie y hablar con él, que estaba feliz y que le mandaba su cariño. Según esa mujer, Georgie pasaba los días jugando con corderitos y otros niños en un enorme prado verde y soleado donde sonaba música celestial.

Poco a poco, Maria fue vendiendo todos sus objetos de valor: los anillos, casi todos sus vestidos y sus mejores muebles. Alimentaba a esa mujer con dinero y, como contrapartida, ésta le explicaba una y otra vez que Georgie pensaba en ella, que le mandaba mimos y palabras cariñosas, que pronto estarían juntos y que Dios no permitiría que volvieran a separarse jamás.

A veces Holdsworth no sabía qué le pesaba más, si su aflicción por Georgie o su enfado con Maria. Ambas emociones se entremezclaban. Aunque estaba en su derecho de prohibir a su esposa que visitara a esa mujer, e incluso de pegarle si lo desobedecía, nunca tuvo el coraje de hacerlo. Ya cargaba con suficiente culpa por no haber podido salvar a su hijo. En una ocasión, Maria le comentó que Georgie le mandaba recuerdos y que le había dicho que pronto estarían los tres juntos con los ángeles en el cielo. Al oírlo, Holdsworth se enfureció y Maria jamás volvió a explicarle nada.

Holdsworth decidió verter toda la ira que llevaba dentro en la escritura de un pequeño libro sobre historias de fantasmas pasadas y presentes, tanto de autores modernos como clásicos. Al menos eso era mejor que pegar a su mujer. Empezó con la historia del espíritu de Georgie sin indicar los nombres de los protagonistas. Holdsworth explicó que la madre de Georgie necesitaba creer en el espíritu de su hijo, pero que una mujer malvada se había aprovechado vilmente de su pena e ingenuidad. En el libro, Holdsworth sostenía que no se deben tomar en serio las historias de los muertos que visitan a los vivos. Algunas de ellas, escribió, no son más que supersticiones dirigidas a niños y mujeres incultas; otras se basan en la buena fe, pero son fruto de la confusión y la imaginación, fenómenos naturales que tienen una explicación científica, pues la ciencia es capaz de desvelar los misterios de muchas de las verdades del universo de Dios. Según él, algunas historias contienen una moraleja útil o ejercen un efecto balsámico sobre las mentes de los niños o los ignorantes y, por consiguiente, tienen cierto valor como parábolas, pero jamás deben tomarse como prueba de una intervención divina o incluso demoníaca. Holdsworth concluía la obra diciendo que nunca había conocido una historia de fantasmas que no tuviera una explicación científica o que mereciera ser tomada en serio por las mentes más cultivadas.

Decidió titular el libro La anatomía de los fantasmas y lo imprimió en su pequeña imprenta de Maid Lane, en Surrey. Publicó su obra en periódicos y la vendió en su tienda de Leadenhall Street. El libro causó

un pequeño revuelo: un crítico anónimo de la revista Gentleman's Magazine lo acusó de ser poco menos que ateo, mientras que dos sacerdotes que discrepaban de sus argumentos denunciaron el libro por blasfemo. En Bishopsgate, el párroco de la iglesia de St. Ethelburga lanzó un airado sermón contra el libro, algunos extractos del cual se publicaron en el Daily Universal Register y por lo tanto fueron comentados en miles de salones públicos y privados de todo el país. De resultas de ello, las ventas alcanzaron una cifra respetable; toda una suerte si se tenía en cuenta que, tras la muerte de Georgie, pocas cosas habían ido bien.

Holdsworth vendía libros nuevos y usados, panfletos, material de escritura y remedios medicinales. Dos meses antes de la muerte de Georgie, Holdsworth había solicitado dos préstamos por sumas considerables, uno para ampliar la tienda y otro para comprar la biblioteca de un coleccionista particular cuyos herederos no sentían especial interés por la lectura. Tras la muerte de Georgie, Holdsworth apenas había acudido a la tienda y un dependiente descuidado guardó la colección recién adquirida en el sótano, donde el húmedo invierno destruyó dos terceras partes del lote. Por otro lado, el encargado de la imprenta cayó enfermo y se marchó, por lo que Holdsworth entregó el mando a su ayudante, que resultó ser un granuja y un borracho que arrambló con todo lo que pudo. Para rematarlo todo, una noche la dejadez del ayudante tuvo peores consecuencias que su carácter canallesco, pues, al acabar la jornada, olvidó una vela encendida en la imprenta. Al día siguiente, la imprenta y todo su contenido se habían esfumado. Holdsworth también perdió en el incendio toda la mercancía que había trasladado del sótano de Leadenhall Street, incluidos casi todos los ejemplares de La anatomía de los fantasmas que habían sobrevivido a la humedad.

A Maria no parecían afectarle estas desgracias. Aparte de ir a la iglesia, no salía de la casa de Bankside, cercana a Goat Stairs, y pasaba la mayor parte de sus horas de vigilia rezando o encerrada con la mujer que hablaba con los espíritus y le transmitía mensajes consoladores de Georgie.

Un día del mes de marzo, Holdsworth consiguió traspasar el muro mental de permanente ausencia de su mujer y hablar con ella, aunque no por motivos que fueran de su agrado. El contrato de alquiler de la casa vencía el día de San Juan y no podían renovarlo, ni siquiera por un trimestre más. Aunque no estaba en bancarrota todavía, le explicó, estaba peligrosamente cerca de estarlo y por ello debían abandonar la casa.

–Yo no puedo marcharme de aquí –protestó Maria.

–Siento que deba ser así, pero no hay otro remedio.

–Pero yo no puedo abandonar a Georgie.

–Amor mío, él ya no está en esta casa.

Maria negó vehemente con la cabeza.

–Sí lo está. Su presencia terrenal sobrevive en el lugar donde nació y vivió. Su alma nos contempla desde el cielo. Si no estamos aquí, no podrá encontrarnos.

–No te preocupes, Georgie siempre estará con nosotros, en nuestro corazón.

–No –respondió cruzando las manos sobre el regazo. Maria era una mujer menuda, tranquila, pulcra y serena–. Debo quedarme con mi hijo.

Holdsworth tomó las manos de su esposa entre las suyas, pero no respondieron a su contacto. Maria ni siquiera lo miró. A Holdsworth no le importaba haber perdido la imprenta, que se subastaran en una semana los restos de la tienda de Leadenhall o no tener dinero suficiente para pagar las deudas, le importaba que su mujer se hubiera convertido en una extraña para él.

–Todavía nos quedan unas semanas para hacernos a la idea. Podemos hablarlo y decidir cuándo y cómo volveremos, si eso es lo que deseas. Además, aunque no podamos entrar en la casa, podremos pasear por delante de ella cuantas veces deseemos. Poco a poco nos iremos acostumbrando.

–Georgie dice que te envía todo su cariño –articuló Maria con voz infantil–. También dice que mamá y papá no deben abandonar su querido hogar.

Al oír estas palabras, Holdsworth sintió que la ira se apoderaba de todo su ser y propinó un puñetazo a Maria, que se refugió temerosa en un rincón mientras él rompía una silla y atravesaba con el puño una de las ventanas que daban al río.

Jamás había pegado a su esposa y nunca volvería a hacerlo. Holdsworth permaneció de pie en el salón observando la sangre que goteaba del punto de la mano donde se habían clavado los dientes de Maria y rompió a llorar por primera vez desde que era niño. Su mujer lo contempló sentada en el suelo con una mezcla de dolor y asombro; se tocó la sien y miró la sangre en la mano. También le sangraba el labio y unas gotas habían manchado el suelo de madera. ¿Quién hubiera podido imaginar que un golpe podía causar tanto daño?

Holdsworth ayudó a su mujer a levantarse, la besó y la abrazó, al tiempo que le aseguró que, por supuesto, pronto estarían los tres juntos en el cielo. Pero ya era demasiado tarde.

Esa noche se acostaron temprano. Para su gran alivio, Holdsworth durmió profundamente. El sueño era el único refugio que le quedaba y, cuando le invadía, lo acogía con avidez. Por la mañana le despertaron unos golpes en la puerta. Maria ya no estaba a su lado en el lecho donde Georgie había sido concebido y había nacido. Se había

ido al agua cerca de Goat Stairs.

Es curioso ver lo rápido que se desmorona una vida cuando le quitan sus cimientos. En ese instante de crudo despertar, Holdsworth tuvo la impresión de que le arrebataban los fundamentos de su ser. A pesar de seguir habitando el mundo físico, un mundo que existía en el tiempo y el espacio y que estaba poblado por personas de carne y hueso, tenía la sensación de no estar hecho de la misma materia que el resto de los humanos. Era como si su cuerpo hubiera sufrido un proceso químico que hubiera alterado su composición y lo hubiera tornado tan etéreo como la misma niebla del río.

A diferencia de Georgie, Maria fue recuperada sin magulladuras en el cuerpo, aparte del labio partido y una pequeña marca de color púrpura del tamaño aproximado de un penique en la sien izquierda. Llevaba puesta toda la ropa.

En la investigación judicial Holdsworth y dos vecinos explicaron que Maria tenía por costumbre salir por las mañanas temprano a tomar el aire y pasear por Bankside, y que a menudo se quedaba un rato en los alrededores de Goat Stairs, donde el pasado mes de noviembre había fallecido su hijo como consecuencia de un triste accidente. La niebla fue considerada una de las causas del suceso. Dos marineros que se hallaban en la zona a esas horas corroboraron que esa mañana apenas podía verse a un palmo de distancia, y que mucho menos podía distinguirse el reflejo de la catedral de San Pablo en el agua. También se tuvo en cuenta el estado de las escaleras, que, gastadas y cubiertas de algas, eran muy resbaladizas. A falta de pruebas que indicaran lo contrario, el juez de instrucción, un hombre bondadoso, no dudó en sentenciar que la muerte de Maria había sido el resultado de un accidente.

Unos días más tarde, Holdsworth contempló el féretro de su mujer siendo introducido en la tumba de su hijo. Apartó la mirada para evitar ver el pequeño ataúd de Georgie.

Ned Farmer estuvo a su lado durante el funeral, mientras que la señora Farmer se unió al pequeño grupo de personas congregado a sus espaldas. Holdsworth y Farmer habían sido aprendices juntos. En su infancia, Farmer había sido un niño grande, torpe y bonachón y, en la edad adulta, se había transformado en un hombre grande, torpe y bonachón. La única decisión astuta que había tomado en su vida había sido casarse con la hija de un adinerado impresor de Bristol, aunque no fue realmente él quien tomó la decisión, sino la joven en cuestión. Una vez muerto su padre dejándola a ella como única heredera, la señora Farmer creyó llegado el momento de mudarse a Londres y probar suerte en la capital, puesto que era el mejor lugar para hacer fortuna en el sector de la impresión y la venta de libros. Convenció a su marido para que hiciera una oferta a Holdsworth por lo que

quedaba del negocio que había construido a lo largo de toda una vida de trabajo. No fue una oferta generosa, pero al menos era más segura que la subasta, que conllevaba un gran riesgo. Ned también le dijo que estaba interesado en alquilar la casa de Bankside.

–A Betsy le gusta la casa porque está junto al río y es práctica –explicó–. Además, se niega en rotundo a vivir encima de la tienda... Discúlpame, John, esto debe de ser muy doloroso para ti.

–No es el río lo que me causa dolor –respondió Holdsworth–, ni la casa.

–No, por supuesto que no. Por cierto, ¿sabes dónde vas a vivir?

–No lo he pensado todavía.

–Entonces, si te parece, podrías quedarte con nosotros hasta que estés mejor.

–Es muy amable de tu parte, Ned, pero quizás a la señora Farmer...

–¡No se hable más! Betsy hará lo que yo le diga. –El optimismo era otra característica que Ned había conservado inalterable desde la infancia–. Dalo por hecho.

Quedarse con los Farmer en la casa del río no era una solución ideal, pero al menos era un arreglo práctico que le permitía no tener que tomar más decisiones por el momento.

Holdsworth sabía que no duraría mucho allí. Maria siempre le había dicho que dormía como los muertos, pero en su primera noche en la casa de Bankside como huésped de los Farmer no durmió como los muertos, sino que soñó con ellos.

Soñó que, mientras enterraban a Maria, había visto el pequeño ataúd de Georgie en el fondo de la tumba. Tenía la tapa abierta y la madera estaba astillada, como si alguien hubiera intentado entrar o salir. Mientras el párroco hablaba sin cesar, surgió de repente una marea negra del ataúd. Las olas subían y bajaban al ritmo de las plegarias, retrocediendo y avanzando cada vez con más fuerza.

Holdsworth se despertó, pero la marea seguía subiendo, extendiéndose por sus piernas como la melaza. Iba subiendo más y más, hasta empapar su camisa de dormir. Un martillo le golpeó el pecho. No podía respirar. El dolor era tan intenso que no podía gritar.

Pronto la marea negra alcanzaría su boca y sus fosas nasales. Y, después, se ahogaría.

CAPÍTULO 3

La madrugada del martes 23 de mayo de 1786 John Holdsworth se despertó antes del amanecer. Tumbado en la cama, escuchó el crujir de las vigas y del maderamen, el suspirar del viento contra los ventanales y el roncar del criado al otro lado del tabique. Vio agrandarse poco a poco las hendiduras de luz que atravesaban los postigos. Al romper el alba, se levantó, se vistió, bajó las escaleras descalzo y alcanzó sigiloso la calle antes de que la criada se despertara. La noche anterior había oído discutir a los Farmer sobre su estancia en la casa. Sabía muy bien que era la señora Farmer quien llevaba los pantalones en ese hogar y que sus razones se impondrían, sólo era una cuestión de tiempo.

Era una hermosa mañana. La gran cúpula de la catedral de San Pablo refulgía blanca en el agua, su contorno bien perfilado sobre el cielo azul, donde un cúmulo de nubes surcaba el horizonte como veleros en el mar. El río estaba repleto de barcazas. La marea estaba baja y los raqueros ya peinaban las dos riberas. Sobrevolándolos y arremolinándose en torno a ellos las gaviotas graznaban, chirriaban y amagaban picotazos. El día era más claro de lo habitual y el humo que escupían las innumerables chimeneas parecía dibujado con tinta sobre el cielo azul.

Holdsworth caminó a lo largo del río hasta el puente de Londres. A esa hora de la mañana parecía que sólo los pobres se aventuraban a salir a la calle. «La pobreza –se dijo mientras cruzaba el río– es un estado que favorece la adquisición de un conocimiento práctico de las debilidades y locuras de la condición humana.» Él jamás había reparado en los pobres cuando nadaba en la abundancia, excepto para considerarlos unos seres molestos, como los piojos, o puestos en el mejor de los casos, unos meros espectadores del gran teatro de la vida en el que sus superiores eran los protagonistas. Murmuró estas palabras de viva voz y un hombre que acertaba a pasar por ahí lo evitó receloso dando un rodeo. Al final, lo único en la vida que merecía la pena saberse es que una tripa vacía lo enloquece a uno un poco.

Cuando llegó a Leadenhall Street, uno de los aprendices ya estaba retirando los postigos. Holdsworth tenía guardado su carretilla y lo que quedaba de su negocio en una pequeña caseta de ladrillo en el patio, que en tiempos fue el taller del encuadernador, pero Ned Farmer había decidido subcontratar esta parte del negocio porque su mujer consideraba que era más rentable así, quizá con razón.

Holdsworth destapó la carretilla, salió con ella por el callejón que

daba al patio y avanzó con paso lento por Leadenhall Street. Algunos días deambulaba hacia el oeste hasta Picadilly. En cualquier caso, nunca permanecía demasiado tiempo en un mismo sitio. El entramado de calles de la ciudad era como un gran emporio en el que cada vendedor tenía su feudo, que protegía con enorme celo de la invasión de otros comerciantes. Los libros que acarreaba eran de escaso valor, morralla que había sobrado de la subasta, pero era mejor que nada. Al menos le permitían ganar algo de dinero y evitar caer en la penuria más absoluta y la completa dependencia de la bondad de Ned Farmer.

Tras tomar un magro almuerzo a base de pan, queso y cerveza en una tabernucha de Crompton Street, inició un retorno escalonado hacia el centro. En la esquina de Leadenhall Street, un pajarero estaba recogiendo el tenderete y Holdsworth decidió ocupar su lugar. Era un buen sitio. Siempre que podía, montaba allí su puesto.

Hacía buena tarde, y eso era bueno para el negocio. Al poco rato se acercaron unas tres o cuatro personas a revolverle la mercancía. Casi todo lo que vendía Holdsworth eran sermones y obras religiosas, pero también tenía libros de poesía, algunos ejemplares encuadernados del Rambler y varias ediciones de los clásicos, aunque su valor había menguado a causa de las manchas de humedad y el tizne del humo del incendio. Uno de los curiosos era un hombre bajo y con joroba que llevaba una chaqueta del color del rapé. Su piel, curtida y oscura, asemejaba la encuadernación del libro que examinaba: las Odas de Horacio. Holdsworth lo observó con disimulo. Parecía un hombre respetable, quizá fuera un boticario o un profesional de otro oficio, pero también le había parecido respetable el hombre de la semana anterior con cara de párroco rural que se metió en el bolsillo un tratado de Longino en el instante en que Holdsworth se distrajo con otro cliente.

El hombre se rascó el cuello con la mano derecha, sus dedos deslizándose como pequeñas sanguijuelas bajo la innecesariamente gruesa bufanda. En cuanto percibió la mirada de Holdsworth, retiró la mano, hizo una pequeña reverencia y se acercó a él.

–¿Tengo el honor de dirigirme al señor Holdsworth? –inquirió con voz ronca, casi susurrando.

–Lo tiene.

A veces había antiguos clientes que reconocían a Holdsworth y charlaban con él un rato, bien impulsados por la curiosidad, bien por la lástima. Él siempre les daba conversación porque podían acabar comprando un libro. El orgullo era un lujo que no podía permitirse.

–Tenía la esperanza de que fuera usted.

La conversación fue interrumpida por un joven de mirada triste que adquirió un ejemplar del Serious Call de Law. El hombrecillo se hizo a un lado y se entretuvo hojeando las páginas de Horacio

mientras Holdsworth cerraba la venta. En cuanto se marchó el cliente, levantó la vista del libro.

–He pasado por la tienda del señor Farmer –carraspeó haciendo una mueca de dolor–. Espero que no le moleste que me refiera a ella así.

–No hace más que decir la verdad, caballero. Ahora le pertenece.

–Sea como fuere, me dijo que quizá lo encontraría aquí.

–¿En qué puedo ayudarlo? ¿Busca algún libro en particular?

–No, señor Holdsworth. No busco un libro, lo busco a usted.

–Pues ya me ha encontrado. ¿Qué desea?

–Disculpe por no haberme presentado. Mi nombre es Cross, Lawrence Cross.

Ambos se saludaron con una inclinación de cabeza. Los clientes ya se habían marchado.

–Tengo algo que proponerle.

–Lo escucho.

–La calle no es buen sitio para hablar de ello. ¿Cuándo finaliza su jornada?

Holdsworth comprobó la posición del sol.

–Quizá dentro de media hora. Después tengo que llevar la carretilla a la tienda del señor Farmer.

El señor Cross se rascó otra vez el cuello.

–Eso me convendría. ¿Sería usted tan amable de reunirse conmigo en el café St. Paul? Digamos dentro de cuarenta minutos.

Holdsworth aceptó la invitación y el hombrecillo se alejó presuroso. Veinte minutos más tarde, entró en el patio tras la tienda para dejar la carretilla a buen recaudo durante la noche. Albergaba la esperanza de poder escabullirse sin ser visto, pero Ned Farmer salió disparado del establecimiento como una flecha y lo agarró del brazo.

–¡Qué incívico comportamiento, John! Marcharte así, sin una palabra –lo riñó al tiempo que le daba unas palmadas amistosas en el hombro–. ¿Adónde has ido esta mañana? Te has marchado nada más cantar el gallo.

–Me he levantado temprano. No podía dormir.

–¿Y adónde vas ahora con tanta prisa?

Holdsworth respondió que tenía una cita, pero le ocultó la verdadera razón de su premura. Lo cierto era que encontraba la conversación alborozada de Ned casi tan difícil de soportar como su bondad inagotable. Cuando estaba fuera de casa, lejos de su mujer, Ned daba rienda suelta a toda su simpatía y amabilidad, que a Holdsworth le resultaban mucho más insoportables de lo que jamás hubiera podido imaginar.

–Ha venido un hombre preguntando por tu paradero –comentó Ned, solícito–. Un tipo arrugado, como un macaco con neumonía. Le

dije que quizás estarías en la esquina –agregó Ned mientras un fruncimiento se dibujaba en su amplia cara sonrosada–. Espero haber actuado bien.

–Desde luego.

–¿Significa eso que te ha encontrado?

–Lo veré más tarde. Ésa es mi cita.

–¡Te lo dije! A un hombre de tu reputación le tienen que llover las ofertas por los cuatro costados. Aguanta y todo se enderezará con el tiempo. –Ned se sonrojó hasta el granate–. ¡Maldita sea mi lengua! Es más larga que mi prudencia. Te pido disculpas. Está claro que sólo me refería al tema pecuniario.

Holdsworth sonrió.

–Todavía no sé lo que quiere ese hombre.

–Quizá quiera comprar algunos libros y busca asesoramiento.

–No tiene el aspecto de un hombre que pueda permitirse demasiados lujos.

–¡Bah! Los libros no son un lujo, son alimento para la mente.

* * *

A pesar de que Holdsworth llegó antes de la hora convenida, el señor Cross ya estaba sentado en una de las pequeñas mesas junto a la puerta.

–He pedido un poco de jerez –murmuró–. Confío en que le guste.

Holdsworth tomó asiento. Su interlocutor no parecía tener prisa alguna por explicarle el motivo de la reunión.

–Es usted un hombre alto y corpulento –observó. Me ha resultado fácil distinguirlo entre la multitud. Y es usted joven todavía.

–Pero no inexperto.

–No lo dudo.

Mientras esperaban el jerez, Cross parloteó del tiempo, de las calles atestadas de gente y del insoportable hedor del río. El camarero no tardó en volver. Holdsworth se alegró de ver que también traía un plato con galletas. El primer trago de jerez se deslizó caliente hasta su estómago para subir al instante en cálida ráfaga hasta el cerebro.

El señor Cross dejó la copa sobre la mesa y sacó del bolsillo una cajita de rapé hecha de cuerno. Dio unos golpecitos a la tapa, pero no la abrió.

–No debe de ser fácil para usted.

–Discúlpeme, pero no sé a qué se refiere, caballero.

–Quien debe disculparse soy yo. Sin ánimo de parecer impertinente, esta tarde lo he estado observando. Soporta usted su desgracia con gran dignidad.

Holdsworth inclinó la cabeza a modo de asentimiento mientras

pensaba que el hombrecillo aventuraba mucho sin conocerlo apenas.

El señor Cross tomó una pizca de rapé, cerró los ojos y lo aspiró por la nariz. Unos segundos más tarde, soltó un estornudo tan sonoro que se hizo el silencio a su alrededor. Acto seguido, sacó un pañuelo sucio del bolsillo, se enjugó los ojos llorosos y se sonó.

–No es mi intención ofenderlo, le ruego que me crea. Quería preguntarle si anda holgado de tiempo para aceptar un encargo.

–Depende del encargo.

–Su reputación lo precede. He oído que conoce usted bien el valor de los libros.

Holdsworth guardó silencio.

–Dicen que fue usted quien catalogó y vendió la biblioteca de Mitchell –prosiguió el señor Cross–. Y, por lo que he oído, sir William estuvo muy satisfecho con su trabajo. Y también fue usted quien se ocupó de la colección del archidiácono Carter.

Holdsworth asintió con la cabeza. Cross estaba bien informado, sobre todo teniendo en cuenta que el contrato con sir William no había sido de dominio público.

El hombrecillo se aflojó la bufanda.

–En otras palabras, cabe afirmar que está usted bien cualificado para catalogar y tasar una biblioteca.

–Sin duda alguna.

–¿Y también puede ofrecer consejo sobre el cuidado y el mantenimiento de libros valiosos?

–Desde luego. Tanto la impresión como la encuadernación son parte de mi oficio. ¿Significa eso que el encargo consiste en catalogar una biblioteca?

–Ésa podría ser una parte del trabajo.

–¿Se trata de su propia biblioteca?

–Es la biblioteca de la persona para quien trabajo.

–¿Y qué desea su empleador que haga con su biblioteca?

–De hecho, mi empleador es una empleadora –repuso el señor Cross mientras rellenaba la copa de Holdsworth–. ¿Le suena el nombre de Oldershaw?

–¿El difunto obispo de Rosington?

–Exactamente. ¿Lo conocía?

–No, me temo que no tuve el honor de trabajar para su señoría. Sólo he sabido de él de oídas. ¿No han dispersado todavía su biblioteca?

–Todavía no. Ahora se halla en manos de su viuda. El obispo confiaba plenamente en lady Anne. Tengo entendido que se trata de una colección importante, tanto por su valor como por su extensión.

–Eso he oído.

El señor Cross se frotó la barbilla.

–Entonces, me cuenta usted que está disponible para aceptar un encargo de este tipo. A lo que alcanza mi juicio, está usted plenamente cualificado para la tarea, pero la decisión final está en manos de lady Anne.

–Por supuesto –asintió Holdsworth.

Cross repitió una vez más la parafernalia del rapé y su consabida explosión posterior. De pronto levantó la mirada, consciente de que Holdsworth lo escudriñaba.

–De acuerdo, pues ahora sólo nos queda fijar una fecha para la entrevista.

–Un momento, caballero. Primero quisiera que me dijera por qué me ha elegido a mí para esta misión. Hay otros tan capacitados como yo para llevarla a cabo, o incluso más.

–Me temo que no puedo responderle –contestó el señor Cross con calculada ambigüedad–. A lady Anne le iría bien recibirlo mañana por la mañana.

–De acuerdo. Me imagino que eso significa que en estos momentos se encuentra en la ciudad.

–Así es. Voy a escribirle la dirección.

Holdsworth apuró el jerez y mordisqueó otra galleta –conteniéndose para no devorarla con ferocidad– mientras Cross sacaba una libreta gastada del bolsillo, arrancaba una hoja y escribía unas palabras con un lápiz. Acto seguido, le deslizó el papel por encima de la mesa.

–Golden Square, treinta y cinco –leyó Holdsworth en voz alta–. A las once en punto.

–La casa se encuentra en la orilla norte del río –puntualizó Cross al tiempo que empujaba la silla hacia atrás, se incorporaba y hacía una señal al camarero. Se apartó para pagar, como si de pronto le hubiera entrado prisa por marcharse. En cuanto hubo saldado la cuenta, se volvió hacia Holdsworth e hizo una pequeña reverencia.

–Ha sido un honor, caballero –susurró–, todo un honor. Que tenga un buen día.

Holdsworth le devolvió el saludo y lo observó mientras se escabullía como una sombra entre el gentío y salía a la calle.

Absorto en sus pensamientos, se comió las dos galletas que quedaban en el plato y se bebió el resto del jerez. Hasta ese momento, se había sentido lleno de júbilo ante la perspectiva del nuevo empleo. Pero ahora, mientras apartaba la copa a un lado, meditó sobre la desproporcionada gratitud del señor Cross en relación con la naturaleza del acuerdo a que habían llegado. De hecho, su rostro le había traicionado por un instante y revelado una curiosa sensación de alivio.

* * *

Lady Anne Oldershaw la esperaba en el salón de Golden Square sentada en una butaca de caoba junto a la chimenea de mármol, encendida pese al calor. Vestía de luto y su rostro era absolutamente blanco, una intrusión monocromática en un mundo multicolor. Tenía un libro abierto en el regazo y una criada remendaba ropa sentada a la mesa junto a la ventana. Lady Anne había ocupado esa casa al casarse. De hecho, tanto la casa como su contenido formaban parte de la dote. Poco había cambiado desde entonces en el salón, aparte de las gruesas cortinas de terciopelo, que habían palidecido hasta tornarse de un polvoriento ámbar, y los parches claros de las paredes en los lugares en los que toda una generación de sirvientes había lavado las manchas de la carbonilla que desprendían los candelabros.

Elinor Carbury le dedicó una reverencia desde la puerta. Con gesto condescendiente, lady Anne le ofreció la mano y hasta le permitió besarle la mejilla.

–Te agradezco que hayas venido, y además en diligencia. De vuelta insisto que tomes mi carruaje. De todos modos, espero que no tengas prisa por marcharte.

–El jueves debo estar de vuelta en casa –respondió Elinor–. El doctor dice que no puede prescindir de mí mucho tiempo en esta ocasión. No se encuentra muy bien. El calor lo afecta mucho.

Con la cortesía innata de las personas de buena cuna, lady Anne se interesó por el viaje de Elinor, por el tiempo y por la salud del Dr. Carbury. Había dos maneras de hacer las cosas: bien o mal. Lady Anne conocía a Elinor desde que nació y ésta había vivido en casa de los Oldershaw durante largas temporadas desde la muerte de su padre. Lady Anne quería a Elinor casi tanto como a su hijo y, cuando no la veía durante largo tiempo, la echaba casi tanto de menos como a una hija, pero Elinor no pertenecía a su misma clase, y eso era algo que no se permitía olvidar.

Cuando al poco rato el servicio las dejó solas, pusieron fin a la conversación de cortesía.

Lady Anne entrelazó las manos sobre el regazo y fijó la vista en el fuego.

–¿Tienes noticias de Frank?

–El Dr. Carbury se informó sobre él ayer por la tarde y me complace decirle que las noticias son buenas. Se está recuperando y se muestra más tranquilo. El Dr. Jermyn le entregó esta carta para usted.

Elinor dio la misiva a lady Anne, que la dejó sobre la mesita al tiempo que preguntaba a su invitada si deseaba tomar algo después del viaje. No obstante, no pudo evitar lanzar varias miradas furtivas a la carta. Consciente de ello, Elinor insinuó que le encantaría saber lo

que explicaba el Dr. Jermyn acerca de la salud de Frank, puesto que su encuentro con el Dr. Carbury había sido muy breve. En respuesta a su petición, lady Anne buscó sus anteojos, cogió la carta y rompió el lacre. Leyó el contenido de forma rápida y levantó la mirada.

–El Dr. Jermyn dice que Frank está respondiendo muy bien, pero que no podemos esperar que se recupere por completo en un futuro próximo. Habrá que esperar a ver qué sucede –añadió frunciendo la boca.

–El Dr. Jermyn tiene fama de ser muy competente.

–No lo dudo, pero ¿no crees que el señor Richardson debería asumir alguna responsabilidad por lo ocurrido? Al fin y al cabo, es el tutor de Frank. Espero no haberme equivocado poniendo a mi hijo bajo su tutela. Yo tenía mis dudas, pero a Frank le gustaba tanto que me presionó para que lo eligiera. Dime, querida, ¿te ha explicado algo el señor Richardson que justifique la conducta de Frank? No puedo evitar pensar que, si hubiera ejercido un mayor control sobre su pupilo, esto no habría sucedido.

–No es fácil para un tutor supervisar a los pupilos que tiene a su cargo, sobre todo cuando... –Elinor titubeó tratando de expresarse en unos términos que no fueran ofensivos para los oídos de lady Anne–, sobre todo si tienen un carácter tan fuerte como el del señor Frank.

–En eso tienes razón. Ya de niño le gustaba salirse con la suya –corroboró lady Anne–. Es un Vauden de la cabeza a los pies, pero sigue siendo joven y precisa de la guía de personas mayores y de más experiencia que él.

Sonaron unos golpes en la puerta y el lacayo entró para anunciar que el señor Cross estaba abajo y deseaba hablar con ella.

–Dile que suba –ordenó lady Anne–. No, querida, no te vayas –agregó al ver que Elinor se levantaba–. Me gustaría que escucharas lo que el señor Cross tiene que decir. Me ha estado ayudando con mi pequeño proyecto.

El señor Cross entró en el salón e hizo una gran reverencia a lady Anne, así como una reverencia menos pronunciada a Elinor. Cross era el administrador de los Oldershaw y conocía a lady Anne desde hacía más tiempo que nadie en la casa, puesto que se había criado en la finca que el conde de Vauden tenía cerca de Lydmouth, donde había aprendido el oficio.

–¿Cómo le ha ido? –preguntó lady Anne–. Puede hablar con total libertad delante de la señora Carbury.

–Me he reunido con el señor Holdsworth, señora, y mañana le hará una visita.

–¿Qué le ha explicado?

–Simplemente le he comentado la posibilidad de catalogar y tasar la colección de su señoría y aconsejarla sobre su conservación. Pese a

que nunca tuvo el honor de conocer al obispo, está al corriente de la reputación de su biblioteca.

–¿Y no le ha explicado nada más?

–No, señora. Seguí sus instrucciones al pie de la letra –respondió Cross con voz carrasposa–. No obstante, me preguntó por qué lo había elegido precisamente a él. Tuve que decirle que no lo sabía. Espero no haberme equivocado en mi respuesta.

–No pasa nada, señor Cross –le tranquilizó lady Anne–. ¿Qué opinión le ha merecido el señor Holdsworth?

–Me temo que está pasando por momentos difíciles y que sus desgracias lo han afectado mucho, pero no tengo duda alguna de que está capacitado para gestionar la biblioteca. Tal y como usted me solicitó, me informé bien antes de hacerle la propuesta. En cuanto a él personalmente, es más joven de lo que esperaba. Tiene un físico agradable y es de complexión fuerte.

–Un punto a su favor –convino lady Anne–. Continúa.

–No habla mucho, pero cuando lo hace va directamente al grano. Diría que se trata de un hombre prudente de carácter resolutivo. En general, mi primera impresión ha sido buena.

Lady Anne le dio las gracias y el señor Cross se retiró. En cuanto estuvieron a solas, se volvió hacia Elinor.

–Como puedes ver, querida, he seguido tu consejo.

–Espero que el plan funcione, mi señora. No quisiera por nada en el mundo que…

–Debe funcionar –interrumpió lady Anne con sequedad–. Mañana descubriremos si el autor de La anatomía de los fantasmas es capaz de poner en práctica lo que predica.

CAPÍTULO 4

Era un hogar pudiente, pero sin extravagancias. Un comerciante como él desarrolla un agudo instinto para estas cosas. La casa de Golden Square había sido nueva y moderna a principios de siglo, pero ya no era ni una cosa ni la otra. Emanaba un aire de sobria comodidad, concluyó Holdsworth, una característica nada habitual en las viviendas de los nuevos ricos o de los que vivían espléndidamente fiándolo todo a crédito.

El lacayo lo acompañó a través de un vestíbulo y una larga antesala hasta una estancia muy desordenada en la parte posterior de la casa, donde había libros desperdigados por todas partes, en los estantes, las mesas y el suelo, incluso sobresaliendo de un armario al otro lado de la habitación.

–El señor Holdsworth, señora –anunció el lacayo.

Lady Anne Oldershaw estaba sentada junto a la más cercana de las dos ventanas con un libro abierto en la mesilla de al lado. Hizo una señal a Holdsworth para que se aproximara. Su señoría era una mujer pequeña y enjuta, con unas facciones tan finas y marcadas que parecían talladas con una navaja en un bloque de cera. Aparentaba cualquier edad entre los cuarenta y los setenta años. Llevaba el rostro enlucido con cerusa, quizá para cubrir las cicatrices de la viruela, un mal del que no protegía la riqueza ni la alta cuna.

–Señor Holdsworth –pronunció en voz queda y lejana–. Buenos días tenga usted.

–Señora, es un placer servirla –saludó Holdsworth haciendo una reverencia.

–Todavía no me ha prestado servicio alguno. Y aún está por ver si me lo prestará.

–Sí, señora.

Holdsworth aguardó a que volviera a tomar la palabra lady Anne, que lo escudriñaba en silencio sin ningún disimulo. Al cabo de unos instantes, Holdsworth apartó la vista de su tez blanquecina y miró a su alrededor. Era obvio que, pese a su contenido, esa habitación era una biblioteca improvisada. Los libros habían sido dejados allí sin ton ni son por alguien al que no le importaba su valor indudable. Se fijó en una pila en precario equilibrio sobre el escritorio entre las dos ventanas; no deberían haber dejado los libros así. Había otros volúmenes amontonados de forma similar en la mesa de atrás, junto al sillón.

En ese momento advirtió que había otra persona en la habitación. El sillón situado delante de la segunda ventana estaba colocado de

espaldas, pero Holdsworth pudo distinguir el perfil del sombrero de una dama que sobresalía del respaldo y una mano de largos dedos posada sobre la página de un libro abierto encima de uno de los brazos del sillón.

Lady Anne chasqueó la lengua y se dirigió al lacayo, que esperaba detrás de Holdsworth.

–Si te necesito ya te llamaré, James.

El lacayo hizo una reverencia y se retiró en silencio.

–El señor Cross ya le habrá informado de que deseo comentar con usted la venta de la biblioteca de mi difunto esposo –señaló lady Anne–. Éstos son algunos de los libros, el resto sigue en la casa de campo. Tengo entendido que conoce usted la colección.

–Sólo de oídas.

–He decidido prescindir del grueso de los libros, pero primero deseo conocer su valor y contenido.

–¿Desea vender en un único lote aquello de lo que prescinda o en...?

–Mi intención no es precisamente «vender» ni un solo libro. De todos modos, la biblioteca no es el único ni el principal tema del que deseo hablarle.

–Me temo que no la entiendo, señora.

–Eso es porque todavía no le he explicado lo que quiero. –Lady Anne aguardó medio minuto antes de continuar a fin de dejar claro que era ella quien controlaba la cadencia y dirección de la conversación–. Quisiera hacerle una consulta sobre fantasmas.

–Disculpe, señora, pero me temo que no la he oído bien.

–Creo que me ha oído usted perfectamente. Quiero hacerle una consulta sobre fantasmas, sobre un fantasma en particular.

Se hizo un silencio en la sala, interrumpido sólo por el crujido de la página que acababa de girar la dama del sillón. Lady Anne se succionó las mejillas y, por un momento, Holdsworth tuvo la sensación de que, en lugar de estar conversando con una persona de carne y hueso, lo hacía con una calavera que llevaba un sombrero de blonda.

–Soy librero de profesión, señora, no cazador de fantasmas ni nada por el estilo. Me temo que se equivoca de persona.

–Discrepo. He leído su... su libelo y me parece usted muy cualificado para asesorar sobre el tema.

Holdsworth hizo un amplio aspaviento con las manos en claro gesto de resignación.

–Lo escribí preso de la ira, para apaciguar mi dolor.

–No lo dudo, caballero, pero ésta no es la cuestión. Según me han informado, su difunta esposa cayó en las garras de una farsante que decía poder comunicarse con el mundo de los fantasmas. Usted se

propuso destapar sus triquiñuelas, pero hizo algo más que eso: demostró que no existe motivo alguno para creer en los fantasmas, con la posible excepción de una intervención divina. En su libro puso de manifiesto que estas historias de miedo son meras supersticiones de las mentes incultas o bien trucos de embaucadores que se aprovechan de la credulidad de sus víctimas. Ése es el principal argumento de su libro, y usted lo sostiene con fervor.

–A pesar de ello, no puedo considerarme una autoridad en el tema.

–Tampoco lo pretendo –arguyó lady Anne en tono aburrido–. Tengo una propuesta para usted.

–¿Con respecto a la biblioteca del obispo?

–Ya se lo he dicho, deseo hacerle una consulta sobre una aparición, una supuesta aparición, pero el asunto está intrínsecamente relacionado con la biblioteca del difunto obispo y su destino, por lo que le ofrezco dos trabajos: si acepta uno, deberá aceptar el otro.

–Señora, sigo sin entender lo que desea que haga.

–No se trata de nada misterioso. Usted ha demostrado que aquellos que se aprovechan de los ingenuos con sus historias de fantasmas son unos embaucadores. Aunque su libro se centra en un caso en particular, sus argumentos son de carácter general. Las herramientas que emplean esas personas para su negocio fraudulento son los espíritus, las apariciones, los espectros y las supersticiones, y su negocio es comerciar con los sueños de otras personas, señor Holdsworth. En su libro se vale de la razón para desenmascarar estas prácticas y mostrarlas tal cual son: trampas para los tontos y cepos para los temerosos. Usted deja muy claro que esa gente son sanguijuelas que se aprovechan del dolor de los inocentes.

–De poco me ha servido. Ni a mí ni a nadie.

Holdsworth captó en ese momento un movimiento por el rabillo del ojo. La mujer sentada junto a la otra ventana asomó la cabeza, parapetada tras el sillón, y lo miró. De rostro alargado, unas gruesas cejas oscuras y un flequillo asomaban bajo el sombrero.

–Lo ha hecho una vez y puede volver a hacerlo –declaró lady Anne–. Tengo una razón especial para pedirle este servicio y no seré poco generosa. Hay mucho trabajo por hacer en la biblioteca del obispo. Si usted me presta este servicio, yo le ofrezco la posibilidad de mejorar su situación actual. Además, quizá consiga salvar algún alma de la desesperación en el proceso, cuanto menos de la perdición. En este sentido, sus intereses personales y sus obligaciones como cristiano apuntan en una misma dirección.

Holdsworth no respondió. El maquillaje de Lady Anne confería a su tez la blancura de la muerte, una muerte ficticia. Maria también había lucido ese mismo tono blanquecino al final de su vida, pero sin necesidad de usar blanco de plomo. Se preguntó cómo era posible que

lady Anne supiera tanto acerca de él y, sobre todo, se preguntó qué era lo que realmente quería de él.

Lady Anne tamborileó la mesa con los dedos.

–¿Qué me dice, caballero?

–Me hallo indeciso, señora.

–La decisión es bastante sencilla, señor Holdsworth.

–Hay muchas cosas que no veo claras.

–Entonces, permítame que lo ilumine.

Lady Anne guardó silencio un instante y se volvió hacia la ventana, que daba a un estrecho patio rodeado de unos altos muros de ladrillo y dividido en dos por un sendero que estaba flanqueado por unos arbustos cubiertos de hollín.

–Hablemos primero de la biblioteca. ¿Conoce usted Jerusalem?

–¿Jerusalem? –repitió Holdsworth creyendo haber oído mal–. Ah, ¿se refiere usted al colegio universitario de Cambridge?

–Exacto. –Lady Anne se volvió de nuevo hacia él–. Mi familia tiene estrechos lazos con ese colegio. Fue fundado por uno de mis antepasados y el obispo estudió allí. Por eso estoy valorando la posibilidad de donar sus libros a la biblioteca, pero antes deseo saber en qué estado se encuentra. No quisiera que la colección de mi esposo acabara en un lugar que no fuera merecedor de ella.

–¿Significa eso que desea enviarme a Cambridge en representación suya?

Lady Anne ignoró la pregunta.

–Antes de tomar una decisión, es necesario catalogar y valorar los libros que hay aquí. Quizá conserve algunos. Además, cabe la posibilidad de que algunas obras no sean apropiadas para Cambridge.

Es probable, pensó Holdsworth, que había visto demasiadas bibliotecas, tanto de hombres vivos como muertos, como para sorprenderse de su contenido. La biblioteca de un hombre era como su mente, y lo que contenía podía no ser adecuado para jóvenes universitarios ni para la viuda doliente ni los hijos huérfanos del difunto.

–Existe otro motivo por el que deseo que vaya usted a Cambridge –prosiguió lady Anne–. Dicho motivo tiene que ver con mi hijo, Frank, que fue admitido en Jerusalem el año pasado y ahora tiene problemas de salud. Deseo que investigue las circunstancias que le han provocado su actual aflicción y que lo traiga de regreso a casa.

–Señora, no soy médico ni enfermera –replicó Holdsworth al tiempo que se preguntaba cuándo hablarían del fantasma–. Me temo que tendré que declinar esta parte del empleo, no hay nada en este mundo que yo pueda hacer por su hijo.

–¿Nada en este mundo? –repitió lady Anne torciendo el gesto y revelando bajo su pálida piel tres dientes amarillentos engarzados en

unas sonrosadas encías–. ¿Nada en este mundo? –repitió de nuevo–. Muchos le dirán que no es algo de este mundo lo que precisa, señor Holdsworth. Mi hijo está debilitado; físicamente está fuerte, pero su mente está enferma. En estos momentos se halla al cuidado de un médico en Barnwell, un pueblo cercano a Cambridge. Voy a contarle la verdad, señor Holdsworth, pero le ruego que trate lo que va a escuchar con la máxima confidencialidad y que no lo repita fuera de estas cuatro paredes.

Holdsworth no pudo evitar una mirada fugaz a la joven sentada junto a la otra ventana.

–Si me honra con una confidencia, le aseguro que la guardaré a buen recaudo.

Lady Anne guardó silencio. Holdsworth podía oír su propia respiración, que de pronto se le antojó pesada en exceso, y percibió un crujido procedente del sillón de la joven dama.

–En pocas palabras, mi hijo cree que ha visto un fantasma –soltó lady Anne de repente, mirándolo fijamente, como si esperara que pusiera en duda lo que acababa de decirle–. Frank es un joven sensible y esta idea tan descabellada, exacerbada sin duda por su juventud y el exceso de vino, es la causa inmediata de su estado de salud. Supongo que ahora entenderá por qué sus cualificaciones me parecen tan interesantes. Estoy convencida de que mi hijo no ha perdido el juicio por completo. Deseo que investigue esa supuesta aparición y que le demuestre que se trata de un delirio. Creo que éste es el primer paso para su curación, e incluso puede ser que esto sea todo lo que necesite para curarse.

Lady Anne dejó de hablar y clavó la vista al frente. La visión era perturbadora, pues parecía haberse transformado en una estatua.

–¿Un delirio, señora? ¿Acaso la causa fue una combinación accidental de circunstancias? ¿O hay... –Holdsworth titubeó al pensar en la pobre Maria– otras partes implicadas y puede tratarse de un acto deliberado o una estratagema?

–Ignoro la respuesta. Hay muchos elementos por esclarecer, pero mientras usted descubra la verdad y la muestre ante el mundo entero, poco me importa.

–Ya sabe que los jóvenes universitarios tienen reputación de gastarse bromas pesadas entre sí.

–Una acción con consecuencias tan horripilantes no puede calificarse de mera broma. Si se trata de un acto intencionado, ha sido motivado por la maldad. De eso estoy convencida.

–¿El fantasma en cuestión tiene nombre, señora? –preguntó Holdsworth.

–Mi hijo está convencido de haber visto el fantasma de la difunta esposa de un conocido suyo, una tal señora Whichcote. Quizá las

circunstancias de su muerte tengan algo que ver con ello. Si es necesario, deberá investigarlas también.

–En un encargo de esta índole no se tiene ninguna garantía de éxito.

–Pero usted sí tendrá éxito en su cometido. Y, cuando así sea, yo le prestaré el dinero que precisa para saldar sus deudas en unas condiciones no poco ventajosas. Además, ordenaré al señor Cross que le pague unos honorarios por todas las gestiones que realice en mi nombre y para cubrir todos los gastos en los que incurra durante la prestación de su servicio, ya sea para cuestiones relacionadas con mi hijo o con la catalogación y el traspaso de la biblioteca de mi difunto esposo.

–Su generosidad me abruma, señora –declaró Holdsworth–, pero todavía no he decidido si...

Lady Anne alzó una de sus pequeñas manos.

–Concédame un minuto más de su tiempo, caballero. No espero que tome una decisión sin antes conocer todos los detalles y sin saber lo que puede esperarle en Cambridge. Mi conciencia no me lo permitiría. Tenga la bondad de hacer sonar la campanilla.

Holdsworth obedeció y al cabo de un momento volvió a entrar el lacayo en la sala.

–Dígale al señor Cross que venga.

El sirviente se retiró tan sigiloso como había entrado. Holdsworth percibió un movimiento en el otro extremo de la estancia. Por fin la dama sentada junto a la ventana se había levantado y se dirigía hacia él. Casi tan alta como Holdsworth y vestida con sencillez, parecía una mujer muy dueña de sí misma. Su rostro delgado y sus facciones grandes impedían que se la considerara hermosa, pero no podía negarse que fuera llamativa.

Lady Anne le dedicó una sonrisa.

–¿Qué opinas, Elinor?

–Siento curiosidad por ver lo que nos explica el señor Cross. Por otro lado, creo que debería presentarme al señor Holdsworth. Al fin y al cabo, es posible que volvamos a encontrarnos.

Lady Anne asintió con la cabeza.

–Elinor, permíteme que te presente al señor Holdsworth. Señor Holdsworth, ésta es la señora Carbury, mi ahijada.

Holdsworth le hizo una honda reverencia que ella devolvió con un gesto casi imperceptible mientras lo examinaba como si estuviera calculando su valor en libras, chelines y peniques. El iris azul de sus ojos estaba enmarcado por un blanco muy claro y cristalino y unas largas pestañas negras. Holdsworth pensó que sus ojos y su piel impecable eran sus mejores rasgos. Su rostro le resultaba familiar, pero era imposible que se hubiesen visto antes.

–Si decide usted ir a Cambridge –continuó lady Anne–, verá a la señora Carbury allí. Su marido es el rector de Jerusalem.

Sonaron unos suaves golpes en la puerta e hizo su entrada el señor Cross, que llevaba la misma chaqueta ocre y la misma bufanda que antes. Tenía la mano derecha manchada de tinta, como si hubiera estado ocupado escribiendo cuando lady Anne requirió su presencia.

–He explicado mi propuesta al señor Holdsworth –explicó lady Anne–, al menos en líneas generales. No obstante, mi conciencia no me permite que se involucre más en este asunto sin antes mostrarle por qué debe actuar con precaución si desea evitar cualquier... incomodidad.

El señor Cross miró a Holdsworth antes de posar de nuevo la mirada en lady Anne.

–Como ya le dije, el señor Holdsworth es un hombre fuerte –susurró–. Eso es una ventaja a su favor.

–Sin duda alguna. ¿Le importaría quitarse la bufanda, por favor?

La señora Carbury dio un paso adelante.

El señor Cross deshizo el nudo holgado que ataba la bufanda, soltó los extremos y la desenroscó del cuello.

Holdsworth clavó la mirada en aquello que acababa de revelar. La señora Carbury suspiró.

–Seguro que al señor Cross no le importa que lo examine más de cerca –instó lady Anne–. Estas cosas siempre tienen peor aspecto cuando empiezan a curarse.

Holdsworth se aproximó a examinar el cuello del hombrecillo, que inclinó solícito la cabeza a uno y otro lado para mostrar mejor la inflamación azul y púrpura que tenía encima de la nuez. Tragó saliva e hizo una mueca, como si hasta ese simple gesto le causara molestias.

–No baje la guardia cuando vea a mi hijo, señor Holdsworth –advirtió lady Anne–, pues trató de estrangular al señor Cross.

CAPÍTULO 5

Holdsworth abandonó la casa de Goldon Square sin saber si aceptaría la propuesta de lady Anne. En su mente llevaba grabado el rostro de Elinor Carbury. Se encaminó con paso lento hacia el río. No fue hasta llegar al Strand que cayó en la cuenta de que la señora Carbury le recordaba a su difunta esposa, por incomprensible que pareciera. Maria había sido rubia y de baja estatura, mientras que la señora Carbury era alta y morena, pero ambas compartían una complexión similar y la misma costumbre de mirar directamente a los ojos.

El Strand estaba rebosante de gente comprando. Holdsworth se dirigió con lentitud al centro de la ciudad. Después de todo lo sucedido, se sentía muy cansado. En Ludgate Hill se vio obligado a detenerse ante tres baldaquines que se habían enmarañado y bloqueaban el paso. Los portadores renegaban mientras las sillas se balanceaban peligrosamente y los ocupantes daban golpecitos en los cristales. Uno de ellos empezó a gritar. En medio del barullo, Holdsworth oyó que alguien le llamaba por su nombre. Al dar media vuelta se encontró con la señora Farmer a sus espaldas, que cargaba con una cesta en cada brazo. Tenía la cara sonrosada y sudorosa por el calor.

–Señora Farmer, buenos días tenga usted. –Holdsworth intentó hacer una reverencia, pero la muchedumbre le dificultó la labor.

–Esta mañana lo anduve buscando, pero salió de casa antes de que me despertara.

–Tengo por costumbre levantarme temprano. ¿Me permite aliviarla de ese peso?

La señora Farmer le endosó las cestas sin más.

–Desearía hablar con usted, señor Holdsworth, pero éste no es el sitio más adecuado. Crucemos la calle, yo voy de camino a casa.

Abriéndose paso entre un coche estacionado y un carruaje, la señora Farmer cruzó la calle indemne. La naturaleza la había dotado de una baja estatura, una complexión ancha, una nariz ganchuda y una barbilla minúscula. Y, con la ayuda de Ned, en esos momentos estaba más enorme que nunca, dado que llevaba en el vientre su primer hijo, que debía nacer en cosa de un mes. Holdsworth la siguió, maravillado ante la forma en que atravesaba en línea recta la masa de transeúntes como si estuviera en el mar Rojo y le hubieran asegurado que, por obra de un milagro, éste se abriría a su paso. Tomó rumbo a Newbridge Street con Holdsworth siguiendo su estela. Su intención había sido ir a Leadenhall Street, pero la mujer lo estaba alejando de

su camino.

Al pasar junto al hospicio de Bridewell, la señora Farmer se paró en seco y Holdsworth casi chocó con ella.

–¿Ha visto usted al señor Farmer hoy?

–Sí, lo he visto.

–¿Y tuvo éste la oportunidad de mencionarle que pronto vamos a necesitar su habitación?

–No, señora.

–Ambos lamentamos vernos en la necesidad –se disculpó de forma mecánica–, pero cuando nazca el niño tendremos que alojar al ama de cría en algún lado. En cualquier caso, me imagino que usted mismo debe de sentir deseos de trasladarse a un lugar más conveniente.

Holdsworth no le preguntó a qué se refería con «más conveniente» ni «más conveniente» para quién. En lugar de ello, prestó atención al lúgubre traqueteo acompasado de los telares y contempló a través de las verjas del hospicio a un grupo de vagabundos reclusos deshilachando maromas bajo una arcada. No deseaba acabar como ellos, ni tampoco quería dar con sus huesos en la casa de caridad.

–No tardará en encontrar algún lugar –aseguró la señora Farmer a Holdsworth, o quizás a sí misma–. Estoy convencida de que el señor Farmer lo asistirá en todo lo que pueda, dentro de sus limitadas posibilidades, claro está, puesto que ya está haciendo mucho. Tal vez podríamos encontrarle sitio en Leadenhall Street.

Holdsworth respondió con una reverencia. Quizá le hicieran sitio en una esquina del sótano o en el banco del taller donde guardaba la carretilla. También era posible que la señora Farmer hubiera pensado que sería una buena idea tenerlo allí en calidad de guarda nocturno sin sueldo.

Cruzaron Blackfriars Bridge y giraron en Bankside. Ninguno de los dos habló. La casa apareció ante su vista y, más allá, Goat Stairs. Holdsworth clavó la vista en las baldosas desgastadas a sus pies para evitar ver las escaleras y el agua chocando contra los primeros peldaños. Las gaviotas volaban a su alrededor batiendo las alas a un ritmo rápido e irregular. En el suelo descubrió la cabeza y la cola de un pez muerto envueltas en sus propias entrañas. En el cielo, las aves volaban y graznaban ruidosas a la espera de volver a atacar los despojos. Se retorcían en el aire como trocitos de papel chamuscado escapados de la hoguera.

Las gaviotas devoraban lo que fuera. Holdsworth había visto los cadáveres de hombres y mujeres sacados del agua con los ojos y las partes más carnosas de la cara totalmente picoteados. Por fortuna, a Maria la habían encontrado muy rápido, su cuerpo había quedado atrapado en un cabo unos pocos metros río abajo. De lo contrario, podría haber sufrido la misma suerte. De pronto, Holdsworth tuvo una

especie de revelación: tuvo la certeza de que ya no quería seguir allí. No quería seguir junto al río. No quería seguir en Leadenhall Street. No quería ser un fantasma deambulando por su vida pasada.

–¿Cómo dice usted? –inquirió la señora Farmer, que siempre tenía un oído muy fino para lo que le interesaba, pues Holdsworth había murmurado las últimas palabras en voz alta.

–Nada, señora.

Poco después entraron en el recibidor fresco y oscuro de la casa de Bankside. Holdsworth depositó las cestas sobre la mesa de la cocina.

–No es mi deseo ser poco hospitalaria, señor –declaró la señora Farmer posando las manos sobre su enorme barriga.

–Es usted la amabilidad personificada –replicó Holdsworth mirándola fijamente hasta que ella bajó la vista.

* * *

El túmulo se hallaba cerca del muro oeste. La tierra ya no estaba recién removida ni parecía tan terriblemente desnuda como una herida supurante. La naturaleza la había cubierto con una maraña de prado y mala hierba. El hito de madera estaba torcido, pero Holdsworth se había rendido ante la imposibilidad de mantenerlo recto. Habían surgido algunos brotes verdes de geranio silvestre. A Maria le gustaba el verde, y también la jardinería. Había tratado de plantar unas flores en macetas en el húmedo y oscuro patio que había detrás de la casa, pero el experimento no había tenido éxito.

En cuanto el marmolista de Queen Street finalizara el encargo y Holdsworth tuviera dinero para pagarle, Maria tendría una lápida como Dios manda. La piedra ya estaba reservada, pero si no conseguía el dinero necesario, pronto rezaría en ella otra inscripción. El problema es que en esos momentos ni siquiera tenía suficiente para permitirse una cena decente o comprarse una camisa nueva.

Al principio había temido que un día llegaría al cementerio y se encontraría la tumba profanada. No tenía fe alguna en la honestidad del guarda. Además, los muros del camposanto estaban medio derruidos en muchos puntos y, a pesar de los intentos realizados por disuadirlos, los ladrones de cadáveres no habían detenido su macabro comercio. Unas semanas antes, Holdsworth había visto a una anciana llorando desconsolada junto a la tumba vacía de su difunto marido.

Cuando Holdsworth salió por la verja de la esquina de Red Cross Street, vio a una figura conocida apoyada sobre un murete igualándose las uñas con una navaja.

–John –dijo Ned Farmer–. Pensé que quizá te encontrases aquí.

–Podrías haberte ahorrado la molestia y verme en casa.

Farmer se empujó la peluca hacia arriba y se rascó el cuero

cabelludo.

–Quería hablar contigo lejos de casa.

–Pues caminemos juntos de regreso y podrás hablarme todo lo que quieras.

Farmer le tomó el brazo y partieron rumbo al río.

–En primer lugar, he venido para exigir tu presencia en la cena.

Holdsworth lo miró por el rabillo del ojo.

–No quisiera molestar.

–La señora Farmer no admitirá una negativa por respuesta. Ya está todo arreglado. Hace veinte minutos vi llegar a Sal con la cena y ahora debe de estar adobándola. Son las más suculentas chuletas de ternera que jamás hayas visto envueltas en hojas de col y acompañadas de unas lonchas de jamón de aspecto delicioso. No puedes decepcionarnos.

Parecía tan ansioso que Holdsworth dijo que aceptaba la invitación encantado. No solía compartir mesa con sus anfitriones, la señora Farmer había dejado muy claro desde el principio que el hecho de que durmiera bajo su techo no lo convertía en parte de la familia.

–Te lo agradezco mucho –apostilló Ned como si el invitado fuera él–. Ya sé que Betsy puede parecer a veces un poco severa, pero es buena mujer y su corazón sólo alberga las mejores intenciones para todos nosotros.

–No lo pongo en duda.

–Además, tiene la cabeza en su sitio y... y es increíblemente devota. A veces pienso que es demasiado estricta consigo misma y en ocasiones esa severidad se transmite a su modo de tratar a los demás. Pero no puede evitarlo, John, y, como te decía, sus intenciones son buenas.

Holdsworth le tocó el brazo.

–No hay necesidad de que prosigas. Estoy convencido de que la señora Farmer es una mujer admirable. Y no tengo palabras para expresar mi gratitud a los dos por haberme acogido durante tanto tiempo.

Ned apretó el paso. Era un buen hombre y Holdsworth concedía a la señora Farmer el mérito de haber reconocido esta virtud en él, pero también había sabido reconocer su carácter maleable y sabía que podía hacer lo que quisiera con él. Ella había aportado algo más que mero dinero a su unión, había aportado resolución y el firme propósito de alcanzar una meta.

–Ojalá pudiera hacer más por ti –soltó Ned–, sabes que me encantaría. Pero entre tú y yo, ¿qué puedo hacer? Por un lado, tú eres más orgulloso que un hidalgo y, por el otro, ella revisa las cuentas cada noche. Se fija en cada penique. Bien sabe Dios que es mejor hombre de negocios que yo.

Holdsworth le respondió que nunca lo había dudado y ambos soltaron una carcajada.

–Eso está mucho mejor –señaló Ned–. Hacía siglos que no te oía reír. ¿Estás algo más animado? ¿Te ha ofrecido trabajo el hombrecillo simiesco?

–Sí, es un hombre de negocios de algún tipo. Quizá sea un administrador. Sea como fuere, actúa en nombre de lady Anne Oldershaw.

–¿La viuda del difunto obispo? Ah... Ya me imagino lo que desean de ti.

–No del todo... Lady Anne primero me pidió que catalogara y tasara la colección del obispo, pero después resultó que ésa es sólo una parte del trabajo. También quiere que vaya a Cambridge en calidad de emisario. Desea donar algunos o todos los libros al Colegio Universitario Jerusalem.

–Fabuloso. Eres el hombre más indicado para la labor. Y supongo que este trabajo puede llevarte semanas, incluso meses.

Llegaron a Maid Lane, donde se espesaba el gentío y arreciaba el barullo. Ninguno habló hasta que hubieron cruzado la calle y alcanzaron la callejuela que conducía a Bankside. Era un callejón tan estrecho que tenían que caminar en fila india.

–Existe otro motivo por el cual desea enviarme a Cambridge –reveló Holdsworth hablando por encima del hombro–. Quiere que desenmascare a un fantasma.

–¿Cómo dices? ¿Desvarías acaso?

Holdsworth se detuvo y se volvió hacia él.

–Es cierto. Lady Anne ha leído mi libro y está convencida de que soy el hombre idóneo para cazar al fantasma.

–Me estás tomando el pelo.

–Te aseguro que no. ¡Cuidado! –Holdsworth le agarró por el brazo justo a tiempo para evitar que pisara un mojón de heces humanas en forma de espiral–. Tiene un hijo en la universidad que afirma haber visto un fantasma.

Salieron de la pestilente callejuela y agradecieron la brisa procedente de Bankside, que, en comparación con el hedor del callejón, se les antojó muy fresca y pura.

–¿Irás? –preguntó Farmer.

–Todavía no lo he decidido. A la mujer le importan un comino los libros, sólo le preocupa su hijo.

–Tiene dinero –gruñó Farmer–. Y es una Vauden de nacimiento, ¿no? Eso significa que es escuchada por aquellos que disponen de algo más valioso que el mero dinero.

–Cuando al chico le sobrevienen uno de sus ataques, se vuelve muy violento –explicó Holdsworth–. Trató de estrangular a tu hombrecillo

simiesco. He visto los moratones.

–Eso ya no es tan de mi agrado.

–Lo más probable es que yo no pueda hacer nada por el mozo y, en tal caso, la madre será una fuente inacabable de problemas.

Farmer posó la mano sobre el brazo de Holdsworth.

–¿Quién será ése?

Señaló a un hombre alto de discreta vestimenta que se hallaba a unos treinta metros de distancia. Golpeaba la aldaba de los Farmer. Sal abrió la puerta en el momento en que llegaron Farmer y Holdsworth. Al oír sus pasos, el extraño se volvió hacia ellos: era el lacayo de Golden Square y traía una carta para Holdsworth.

–Su señoría me ha pedido que aguarde la respuesta, señor.

Holdsworth rompió el lacre y desdobló la carta.

Señor:

Lady Anne espera que sea de su conveniencia viajar a Cambridge el viernes. Nosotros nos ocuparemos de todos los preparativos y lo que fuera menester. Debe presentarse mañana a las once en Golden Square para realizar una evaluación preliminar de la colección de su señoría y obtener las instrucciones pertinentes. Lady Anne me ha ordenado que adjunte a esta carta un billete de cinco libras para sufragar sus gastos. Le ruego que firme el acuse de recibo y se lo entregue al portador de la carta. Reciba un atento saludo de su humilde servidor:

L. Cross

La señora Farmer apareció en el recibidor para ver a qué se debía tanto alboroto y contempló el billete con curiosidad. Su expresión se suavizó, tornándose casi aniñada. El poder del dinero es extraordinario, pensó Holdsworth, era la auténtica piedra filosofal, capaz de transmutar los sueños.

En Bankside, un poco más abajo, se había arremolinado un grupo de gaviotas furiosas que cada vez graznaba con mayor estruendo y ferocidad. ¿Habría gaviotas en Cambridge? Seguro que no tantas, o al menos no mostrarían tal rampante rapacidad.

Dio la carta a Ned y entró en la casa. Se dirigió al saloncito donde Maria y su amiga se habían entregado a sus plegarias, plañidos y conversaciones con los fantasmas. Encontró una pluma y tinta en la mesa junto a la ventana y garabateó su nombre en el recibo. Esparció arena sobre el papel, lo dobló y se lo devolvió al lacayo que esperaba junto a la puerta. Se sentía mareado, como si hubiera bebido un vaso de ron de un trago.

El lacayo hizo una reverencia y se marchó. La señora Farmer y Sal se retiraron a la cocina, donde la cena se hallaba en la fase de preparación final. Hacía buena noche, y Holdsworth y Farmer se quedaron un rato más junto al río. Holdsworth observó a las gaviotas,

que pese a haberse calmado, aún se cernían sobre el río para zambullirse en las aguas cercanas a Goat Stairs. Holdsworth se sintió más tranquilo de lo que se había sentido en meses.

–En fin –dijo Farmer–, está claro que ella ha decidido que te vas y punto. La rueda de la fortuna ya ha empezado a girar, ¿eh?

Holdsworth dio unas palmaditas al bolsillo donde guardaba el billete.

–Es un soborno.

–Realizado con finura, aunque un presente de dinero no precisa finura alguna.

–Mañana por la mañana haré una visita al marmolista –declaró Holdsworth.

–¿Para pagar la lápida? ¿No crees que es un gasto que puede esperar?

–Son veintisiete chelines y seis peniques. Eso pide el hombre. Todavía me sobrará bastante.

–Sigo creyendo que podría esperar.

–No, tengo que hacerlo, por Maria aunque sea. Le debo un pequeño pedazo de piedra cuadrada. –Holdsworth clavó la mirada río abajo, en Goat Stairs, antes de añadir titubeante–: Quizás así no me atormente más.

Ned frunció el ceño.

–Hoy estás muy raro. ¿Qué quieres decir?

Holdsworth extendió el brazo y abarcó con un gesto el río y la ciudad.

–A veces es como si... No sé, no es que me persiga su fantasma, ni nada por el estilo, en absoluto, pero la mente me juega malas pasadas. Son simples instantes en los que me parece ver la curvatura de su hombro al otro lado de la calle, oír su voz entre la multitud o... o bien oigo a un niño llorando. –Contempló a dos aprendices que remaban contra corriente y pensó en la melaza negra saliendo de la tumba de Maria y George y engulliéndolo–. Quizá la lápida acabe con este asunto.

–Es el duelo lo que te hace hablar así, eso es todo –aseguró Ned–. Es una consecuencia natural de una imaginación desbocada, exacerbada más allá de sus límites por la melancolía.

–Detén el discurseo filosófico y mejor aconséjame. ¿Crees que debería comprarme una camisa? ¿Y un sombrero nuevo? Al fin y al cabo, voy a codearme con lo más granado de la sociedad. Debo rasurarme y arreglarme el cabello. Ya verás, mañana deslumbraré a la señora Farmer y a Sal con mi aspecto espléndido.

Farmer sacudió la cabeza.

–Debes actuar con precaución en todo este asunto.

–Te has puesto muy serio de repente.

–El dinero lo torna serio. Si su señoría te ha adelantado semejante cantidad antes de que levantes ni un dedo, es porque espera algo a cambio. Los ricos son así.

Holdsworth sonrió.

–Por eso son ricos.

CAPÍTULO 6

El jueves, Elinor Carbury desayunó a solas. Lady Anne solía levantarse tarde y pocas veces bajaba antes de media mañana. El baldaquín estaba encargado para las once y media. Esta vez Elinor iría a Cambridge con el servicio de postas; el viaje sería mucho más cómodo y el trayecto dos o tres horas más corto que con la diligencia.

En cuanto hubo desayunado, mantuvo una breve conversación con una lady Anne malhumorada porque su ahijada no podía quedarse un día más.

Elinor bajó las escaleras y entró en su dormitorio, donde la criada estaba haciendo el equipaje. Susan, una chica morena y rechoncha de ojos marrones y tobillos gruesos, dedicó una amplia sonrisa a su ama.

–¿Puedo ayudarla, señora? ¿Necesita alguna cosa?

–Esta vez procura que los vestidos de seda no se arruguen.

Susan no perdió la sonrisa. Por norma general era bastante adusta, pero como unos meses antes Elinor le había regalado una capa que no usaba, ahora se tornaba toda sonrisas y adulación cuando pensaba que podía caer en sus manos un nuevo presente. Para huir de su gratitud desmedida, Elinor se refugió en la sala larga que contenía los libros del obispo. Se sentó en la silla junto a la ventana y retomó el mismo volumen que había estado hojeando el día anterior. Era el ejemplar que poseía lady Anne de La anatomía de los fantasmas del señor Holdsworth. Lo compró a sugerencia de Elinor cuando cayó sobre Frank aquel infortunio. Mientras Elinor releía el primer capítulo, prestó especial atención al desgraciado caso descrito en detalle por el señor Holdsworth en su obra, el que despertó su curiosidad por los fenómenos fantasmagóricos. Según decía en el libro, una vil farsante había embaucado a «una conocida suya» que acababa de perder a su único hijo en un trágico accidente.

Un poco antes de las once oyó el sonido que había estado esperando: una llamada a la puerta de la casa seguida de la voz carrasposa del portero mientras conducía al visitante al recibidor. El lacayo, James, guió al señor Holdsworth a la estancia donde se hallaba Elinor, quien dejó con un gesto rápido el librito sobre el estante más cercano y se incorporó.

–Señora –saludó Holdsworth con una reverencia–. Discúlpeme, regresaré en otro...

–No se vaya, por favor. Albergaba la esperanza de poder hablar con usted antes de marcharme. Dígame, ¿significa su presencia aquí que ha decidido ir a Cambridge?

–Sí, señora.

–Su cometido puede resultar difícil.

–Soy consciente de que pueden surgir algunas dificultades.

Ella le clavó la mirada al percibir un leve tono de impertinencia en sus palabras.

–Quería informarlo de una circunstancia que podría ayudarlo en el desempeño de sus nuevas funciones.

Holdsworth repitió la reverencia, pero guardó silencio. Era un hombre estirado y orgulloso, decidió Elinor de repente, y su rostro era tan anodino que bordeaba la fealdad, pero hubiera preferido que no fuera tan alto, eso le otorgaba una injusta ventaja. Sea como fuere, no tenía más remedio que aprovechar aquello que tenía a su alcance.

–Quisiera compartir con usted cierta información antes de su partida.

–Se lo agradezco, señora.

Elinor volvió fruncir el ceño, sin la certeza de si pretendía ser impertinente.

–Es acerca de la dama cuyo supuesto fantasma afirma haber visto el señor Oldershaw.

–¿La señora Whichcote?

–Sí. Murió de forma repentina en febrero.

Elinor fijó la vista en la ventana. El cristal estaba empañado, como si hubiera llovido. El alféizar estaba manchado de motas y espirales de hollín.

–¿Cómo falleció? –inquirió Holdsworth.

Ella se volvió hacia él.

–Encontraron a la señora Whichcote ahogada en una laguna de Jerusalem, en la Laguna Larga.

–¿Ahogada? –Por un instante el rostro de Holdsworth se contrajo como si una mano invisible hubiera estrujado sus facciones–. ¿Ahogada? ¿Se cayó en el lago?

–Dicen que debió de tropezarse en la oscuridad.

–Pero usted no está de acuerdo.

–No es eso, señor, pero hay quien dice... No importa, siempre están quienes gustan de empeorar las cosas.

–¿Así que dicen que fue un suicidio?

Elinor asintió con la cabeza.

–Y supongo que una cosa les sirve para confirmar la otra, ¿no? –añadió él.

–¿Cómo dice?

–Creen que el hecho de que se haya visto el fantasma de la señora Whichcote reafirma la idea del suicidio y viceversa: dado que se suicidó, es probable que su fantasma ronde por este mundo. Se trata de uno de esos círculos viciosos de la especulación que escapa a toda refutación posible.

–El nombre de la señora Whichcote poco o nada significa para la mayoría de las personas –manifestó Elinor con un hilo de voz–. Y no deseo que su notoriedad se acreciente.

Holdsworth se interesó por un detalle en particular.

–Dice usted que estaba oscuro, ¿a qué hora se produjo el accidente?

–De noche. Desconocemos la hora exacta. El pocero nocturno encontró su cadáver al día siguiente.

–Pero ¿qué hacía a esas horas rondando por el colegio? No debe de ser habitual que una dama se pasee en medio de la noche por los jardines de la universidad sin compañía ni protección alguna.

Elinor notó que se ruborizaba.

–En ocasiones la señora Whichcote sufría episodios de sonambulismo. Durante el día me visitaba a menudo en la residencia del rector y tenía su propia llave del jardín. Para ambas era más conveniente que pudiera entrar y salir sin necesidad de cruzar el edificio de la universidad.

–¿Usted cree que caminaba sonámbula? ¿Que su mente durmiente deseaba hacerle una visita?

–Parece ser la explicación más plausible. Al menos fue la que satisfizo al juez de instrucción.

Holdsworth guardó silencio un momento.

–Lady Anne está muy preocupada por su hijo.

–Desde que enviudó, él lo es todo para ella. Es el único hijo que le queda con vida.

–¿Y por qué no acude a ayudarlo ella en persona?

–Su salud no le permite viajar –respondió Elinor–. Sufrió una caída y ahora tienen que acarrearla a todas partes como si fuera un niño de pecho. Esta mañana estaba exhausta por el esfuerzo de ayer.

–Me sorprende que no ponga este asunto en las manos de usted. Es obvio que tiene su opinión en gran estima. Además, usted ya reside en Cambridge y conoce a su hijo.

–Olvida usted, señor, que no soy más que una mujer. Lady Anne es muy severa en lo que concierne a las obligaciones respectivas de los sexos.

–En tal caso, ¿no podría poner el asunto en manos del Dr. Carbury? Y, si no, seguro que hay otros caballeros bien cualificados para una labor tan delicada, como el tutor del señor Oldershaw, sin ir más lejos.

–Lady Anne ha decidido que no son adecuados... Prefiere enviarlo a usted.

–¿Quizá porque a mí se me puede contratar?

Elinor lo miró un instante sin hablar.

–Y porque usted sabe algo sobre fantasmas. ¿Puedo hacerle yo ahora una pregunta?

Holdsworth hizo una reverencia.

–No pretendo entrometerme en su vida privada y quizá no desee responderme, usted decide, pero le ruego que me crea cuando le digo que mi pregunta no es por mera curiosidad, sino que tiene un propósito. El señor Cross me explicó que sufrió usted hace poco la pérdida de su esposa y, según se rumorea, ella es la mujer anónima cuyo caso describe con tanto sentimiento en el libro, la mujer de cuya ingenua credulidad se aprovecharon con un resultado tan terrible.

Holdsworth asintió sin decir palabra.

–Ojalá no hubiera sido así, se lo digo de todo corazón. Entonces... ¿el fantasma?

–Decían que era el fantasma de nuestro hijo –confirmó con la mirada fija en ella–. No obstante, no es éste el asunto que nos ocupa. Yo estoy aquí para ayudar al señor Frank Oldershaw... y para echar un vistazo a los libros –añadió mirando a su alrededor.

–Tiene usted razón, señor, debemos hablar de fantasmas, ya sean reales o supuestos. Como suelen tener una identidad, eso en sí mismo ya es importante.

–No sigo el rumbo de sus pensamientos.

–Espero no herirlo si le hablo con toda franqueza. De la misma manera que su fantasma era importante para usted, éste lo es para mí. No deseo que la reputación de la señora Whichcote se vea mancillada todavía más.

–Sus sentimientos la honran, señora. Le aseguro que seré muy discreto en mis pesquisas.

–La muerte de una mujer sin notoriedad alguna en un oscuro accidente no suele despertar la curiosidad, salvo que... –se interrumpió y se le escapó un suspiro–. Supongo que ya me entiende. Ha querido la suerte que el rumor del suicidio no haya llegado a oídas de la prensa en Cambridge, ni mucho menos a la de Londres. El Dr. Carbury ha recurrido a todas sus influencias, al igual que el vicecanciller. Esta alocada historia de fantasmas no ha tenido mayor repercusión, pero si se difundiera...

–¿Un suicidio y un fantasma? ¿Una mujer caminando sola en plena noche por Cambridge? Y eso sin olvidar al señor Frank Oldershaw –relató Holdsworth mientras enumeraba con los dedos de la mano derecha todos los componentes del asunto–. Sí, tiene razón. La combinación de todos estos elementos daría de qué hablar en todo el país y, en una semana, se venderían tonadillas a un penique en todas las tabernas.

–La señora Whichcote ya ha sufrido bastante. Apelo a su buena voluntad para que ayude a salvaguardar la reputación de una dama.

–Señora –replicó Holdsworth con repentina sequedad–, su señoría ya ha contratado mis servicios. Un hombre no puede servir a dos

amos.

Elinor descartó la idea con un manotazo, el mismo con el que le hubiera encantado cruzarle la cara de una bofetada.

–No le estoy pidiendo que traicione la confianza de su empleadora. No es mi deseo que trabaje para mí.

–¿Puedo preguntarle por qué la reputación de esta dama le es tan preciada?

–La señora Whichcote era mi amiga –respondió Elinor endureciendo el tono para evitar que le temblara la voz–. Tengo a bien no tomarme a la ligera los lazos que anudan la amistad. ¿Por qué permitir que la muerte los corte?

* * *

Al poco rato de haber tocado la una, el lacayo entró en la biblioteca con una bandeja que contenía un almuerzo ligero de pan, queso y una pequeña cerveza. También le transmitió los saludos del señor Cross, que esperaba que el señor Holdsworth le hiciera el honor de cenar con él más tarde. A las cuatro, el sirviente reapareció y llevó a Holdsworth a una pequeña habitación oscura habilitada como despacho.

El señor Cross estaba de pie junto a la mesa, repasando varias columnas de números. Seguía con la bufanda al cuello, pero tenía mejor aspecto. Se sacó las gafas, saludó conciso a Holdsworth y le comunicó que cuanto antes cenaran, mejor. Mientras lo hacían, el señor Cross repasó con él todos los detalles de su viaje y estancia en Cambridge.

–Es una lástima que no haya podido acompañar a la señora Carbury –se lamentó–. O que ella no lo haya podido esperar, pero al parecer tenía prisa por volver.

Holdsworth tenía reservado un asiento interior en la diligencia que salía de Green Dragon en Bishopsgate Street. Una vez llegado a Cambridge, debía dirigirse a Jerusalem, ya que se alojaría con los Carbury en la residencia del rector.

–Recuerde que va en calidad de emisario de lady Anne –insistió Cross en su voz queda y rasposa–. Irá allí para examinar la biblioteca, pero a nadie le sorprenderá que visite al pobre señor Frank en Barnwell en nombre de su madre para interesarse por su salud. Aquí tiene una carta que debe entregar al señor Richardson. Él es el miembro principal de la junta de gobierno y, además, el bibliotecario y el tutor de Frank. Lady Anne le solicita en la carta que lo asista con todos los medios a su alcance.

–¿Está al corriente Richardson de cuál es el cometido exacto de mi misión?

–Aparte de los Carbury, nadie más sabe que se le ha encomendado la tarea de estudiar la supuesta aparición del fantasma de la señora Whichcote.

–En cuanto al fantasma, ¿qué ocurrió exactamente? –preguntó Holdsworth.

–Me temo que no conozco los detalles. Deberá preguntárselo al Dr. Carbury, o incluso a la señora Carbury.

El señor Cross continuó hablando e hizo hincapié en el hecho de que lady Anne esperaba recibir informes regulares de su parte. Salvo que lo exigieran las circunstancias, no estaba previsto que Holdsworth pasara más de dos semanas en Cambridge. De regreso, debía traer consigo al señor Frank.

–Lady Anne, como buena madre, quiere tener a su hijo bajo su mismo techo –murmuró Cross–. Y alberga la esperanza de que su estado de salud haya mejorado para entonces.

–¿Y qué sucederá si no es así?

El señor Cross negó ligeramente con la cabeza.

–Estoy seguro de que habrá mejorado. Lady Anne confía en ello...

Cross cambió de tema con rapidez y su humor se tornó casi jovial cuando empezó a hablar de dinero. Adelantó a Holdsworth quince libras para sus gastos y le entregó una carta de crédito para un abogado en St. John's Lane, al que podría acudir si precisara de más fondos. Una vez llegados a este punto, el señor Cross adoptó un semblante muy serio para decirle que su señoría esperaba recibir un informe pormenorizado de todos los gastos, hasta el último cuarto de penique.

Cuando la cena ya tocaba a su fin, suavizó su talante y adoptó una actitud casi confidencial.

–Debo confesarle que me produce gran alegría no tener que regresar a Cambridge. La reacción del señor Frank me tomó por sorpresa y fue muy desagradable. Ya no soy tan joven como antes.

–¿Y su reacción no vino provocada por motivo alguno?

–Ninguno que yo alcance a ver. Todo lo que le dije es que estaba allí para llevarle de regreso junto a su madre, que lo ayudaría a ponerse bien. Acto seguido, lanzó un alarido y se abalanzó sobre mí. No es la primera vez que veo al caballero exaltarse –es algo habitual entre los jóvenes–, pero jamás así. Me afectó mucho, señor, muchísimo. Piense que cuando él iba en pantalón corto le hacía el caballito sobre mis rodillas.

–No se obsesione usted con ello. Es obvio que no se encuentra nada bien.

El señor Cross sacudió la cabeza.

–Ya no sé quién es. Cambridge le ha cambiado. Es una persona distinta desde que se fue. Dígame, ¿conoce usted el lugar?

–No he estado allí en mi vida.

–Pues proceda con mucha precaución –susurró el señor Cross–. Se supone que allí educan a nuestros jóvenes, pero yo creo que los debilita. Y, sobre todo, tenga mucho cuidado en Jerusalem. Por muchas influencias que tenga lady Anne allí, no es santo de devoción de todos –Cross se interrumpió de repente, como si se hubiera percatado de que avanzaba por terreno peligroso–. En otras palabras, la universidad tiene sus propios intereses que proteger, lo cual es bastante natural. –Cross consultó la hora–. Me temo que hablo demasiado, seguro que tiene muchas cosas que hacer antes de partir mañana.

–¿Cuáles son los intereses de la universidad? ¿En qué medida difieren de los de su señoría?

–Ah, eso... –repuso el señor Cross mientras guardaba el reloj en un bolsillo del chaleco y sacaba el rapé del otro–. Como bien se puede imaginar, todo este asunto no es nada beneficioso para ellos.

–¿Porque lady Anne puede ponerse en su contra?

–No exactamente, aunque bien podría ser así. La cuestión es que los escándalos de la señora Whichcote y el señor Frank pueden afectarlos en más de una manera. Una universidad no consigue atraer a jóvenes caballeros de alta cuna y gran fortuna de la noche a la mañana. Jerusalem ha necesitado varios años para convertirse en un destino deseable para ellos. Estas cosas van por modas, al igual que todo lo demás. Una reputación forjada durante años podría hacerse añicos en cuestión de días. Cuando se halle usted en Jerusalem, no olvide nunca que para muchos de los que están allí este asunto es algo más que la insignificante historia de un fantasma, un suicidio y un joven desafortunado. También es una cuestión de dinero.

CAPÍTULO 7

El viernes 26 de mayo, finalizado su acostumbrado almuerzo en solitario, Elinor Carbury se sentó a la mesa del salón situada junto a la ventana que daba al Jardín del Rector, un jardín diseñado al estilo clásico, con los parterres, arbustos y árboles dispuestos con la regularidad mecánica de un desfile militar en una plaza de armas. El jardín lindaba en su mayor parte con la Laguna Larga, detrás de la cual se extendían otros jardines universitarios.

Sobre la mesa se encontraba La historia de Rasselas, príncipe de Abisinia, de Samuel Johnson, una novela que ya había leído varias veces. Oyó el sonido amortiguado de unos golpes a la puerta del vestíbulo. Giró una página y aparentó estar absorta en su lectura cuando Susan irrumpió para anunciarle, con evidente excitación, la llegada del señor Holdsworth.

Holdsworth hizo una reverencia desde la puerta y Elinor respondió con una cortés inclinación de cabeza antes de cerrar el libro y ponerse en pie.

–El Dr. Carbury albergaba la esperanza de estar aquí para recibirlo, señor, pero se ha visto obligado a salir. ¿Ha tenido buen viaje?

–Sí, señora –respondió Holdsworth.

–¿Desea tomar algo?

–No, gracias.

A Elinor le desagradaba el descaro con el que la miraba casi tanto como su falta de conversación. Era torpe, concluyó, desmañado y arisco como un oso. Seguro que su pobre esposa se había sentido intimidada por él. La criada seguía en la estancia observando al visitante con mal disimulado interés. Elinor le ordenó que se retirara.

–Según tengo entendido, el señor Cross le ha informado de todo lo que necesita saber –dijo en cuanto se quedaron solos–, por lo que...

–Ojalá fuera así.

–¿Cómo dice? ¿Bromea usted?

–No, señora, no digo más que la verdad. Por ejemplo, el señor Cross apenas me ha explicado nada sobre el encuentro del señor Oldershaw con el fantasma y, cuando le solicité más información, me remitió a usted y el Dr. Carbury.

Elinor le ofreció asiento, en parte para ganar tiempo y recuperar el control de la conversación. Regresó junto a la mesa y lo miró de forma adusta.

–No hay mucho que explicar. El señor Oldershaw estaba decaído, pero no sé decirle por qué. La noche que vio lo que fuera que vio había bebido vino con largueza y, según su gyp, también tomó una

dosis de láudano antes de dormir.

–¿Su gyp?

–Un gyp es una especie de sirviente que hay en la universidad y que sólo trabaja para aquellos estudiantes que pueden permitirse sus exorbitantes honorarios.

–¿Es un testigo fiable?

–No lo conozco. Su nombre es Mulgrave. Según el Dr. Carbury, no es ningún tonto y lleva una vida austera. Cuando Mulgrave se marchó al caer la noche, pensó que el señor Oldershaw dormía. El resto no es más que pura especulación hasta que el bedel oyó gritos y chapoteos cerca de la Laguna Larga. Si lo desea, puede ver desde aquí el sitio en cuestión.

Holdsworth se aproximó a la ventana y rozó el hombro de Elinor con el gran cuello anticuado de su vieja chaqueta negra.

–¿Ve el agua, señor? ¿Y el gran plátano en la otra orilla? –preguntó Elinor–. Pues allí es donde encontraron al señor Oldershaw bramando como un bebé.

–¿A qué hora fue eso?

–Poco después de las dos. El bedel dio la alarma y lo sacó del agua. El señor Oldershaw estaba helado hasta los huesos y se desvaneció. Temimos por su vida durante varias horas. Cuando se despertó ya entrado el día, lo había abandonado todo atisbo de razón y no hacía otra cosa que balbucear sobre fantasmas; o, para ser más exactos, sobre el fantasma de la señora Whichcote –precisó Elinor–. Al cabo de uno o dos días era evidente que todavía no había recuperado el juicio, pese a haberse repuesto de todo lo demás. El Dr. Carbury se puso en contacto con lady Anne y ésta ordenó que se le pusiera al cuidado del Dr. Jermyn.

–Dígame, señora, por qué...

Una llamada a la puerta los interrumpió y Susan anunció al señor Richardson. Elinor confió en que su rostro no delatara su irritación. Un pastor de baja estatura y complexión delgada se le acercó, tomó la mano que le brindaba y le hizo una reverencia.

–A sus pies, señora –saludó con un hilo de voz–. Mil disculpas, no sabía que tuviera usted visita.

–Me temo que el doctor se ha marchado después de almorzar –lo informó Elinor–. Creo que tenía intención de pasar por Trinity.

–No se preocupe, es probable que lo vea esta noche.

Elinor se volvió hacia Holdsworth.

–Discúlpeme por no haberlo presentado. Señor Holdsworth, éste es el señor Richardson. Señor Richardson, permítame presentarle al señor Holdsworth, que ha llegado hoy mismo de Londres.

Ambos se saludaron con una reverencia. Richardson era un hombre bien parecido y modales refinados que rondaba la cincuentena. Sus

rasgos eran pulcros y delicados y tenía los ojos brillantes como esquirlas de cristal.

–El señor Richardson es el miembro principal de la junta –continuó Elinor una vez que estuvieron todos sentados–. Según el Dr. Carbury, pocos académicos de esta universidad lo igualan en amplitud de conocimientos y en penetración intelectual.

–El rector es muy amable –respondió Richardson con una sonrisa–, pero mi reputación puede sonar a los oídos de un extraño más admirable de lo que en realidad es –añadió dedicando una sonrisa a Holdsworth–. Me temo que los académicos somos ahora una minoría en esta universidad, de modo que los pocos que hay brillan con un lustre del cual no siempre son merecedores. Deduzco que es usted el emisario de lady Anne. El Dr. Carbury me informó de que llegaría hoy o mañana.

Holdsworth respondió con otra reverencia y sacó del bolsillo su cartera, bajo cuya solapa guardaba una carta para Richardson.

–Lady Anne me pidió que le entregara esto.

Richardson le dio las gracias con innecesaria efusividad, se guardó la carta en el bolsillo sin abrirla y volvió a dirigirse a Elinor.

–Si no me equivoco, acaba de regresar usted de su visita a lady Anne. Espero que su señoría se encuentre mejor de salud.

–No ha empeorado.

–Me alegra saberlo. Señor Holdsworth, debe hacerme usted el honor de comer conmigo durante su estancia aquí. ¿Dónde se aloja?

–Aquí, por supuesto –replicó Elinor con la esperanza de que a ambos hombres les quedara claro a quién debía lealtad Holdsworth.

–Es usted muy afortunado, señor. La universidad es un páramo masculino, pero la residencia del rector se ha tornado en un oasis de feminidad gracias a esta encantadora dama –dijo al tiempo que dedicaba una reverencia a Elinor–. De todos modos, puesto que ha venido aquí para examinar la biblioteca, espero poder serle de ayuda. ¿Es usted también académico?

–No, señor –contestó Holdsworth–, he sido impresor y librero.

–En tal caso, me interesa mucho conocer su opinión sobre nuestra colección –respondió Richardson con amabilidad–. No hace mucho que he asumido la dirección de la biblioteca, que por desgracia llevaba desatendida al menos una generación. En general, los libros no se hallan en un estado que sea de mi agrado –apuntó sonriendo de nuevo a Holdsworth–. Le aseguro que seguiré su labor muy de cerca.

Elinor preguntó a los dos hombres si deseaban tomar un té, pero Richardson rechazó su ofrecimiento alegando que debía revisar los apuntes para una clase de un compañero antes de cenar y se despidió de ambos, no sin antes disculparse por la interrupción. En el umbral de la puerta, dio media vuelta, se puso ligeramente de puntillas e hizo

otra reverencia.

–Dígame, señor, ¿qué le ha parecido el señor Richardson? –preguntó Elinor cuando estuvieron a solas.

–Dudo que mi opinión sea en modo alguno relevante.

–Sólo ha venido para conocerlo.

–Pensaba que había venido a visitar al Dr. Carbury.

–Ésa era su excusa –subrayó Elinor–. El señor Richardson sabía que vería al doctor esta noche y seguro que también sabía que ahora no se encontraba aquí. El señor Richardson está al día de todo lo que acaece en Jerusalem, o casi todo. Como estaba informado de su llegada, sentía curiosidad por verlo.

–En tal caso, espero que lo que ha visto haya sido de su satisfacción.

–Tenga cuidado con él, señor –le advirtió Elinor con suavidad.

–Si no me equivoco, es el tutor del señor Oldershaw.

–Sí, y le ha dedicado una atención especial por ser el hijo de lady Anne, pero me temo que él y su señoría no siempre están de acuerdo en todo.

–No entiendo nada de todo esto –soltó Holdsworth de repente.

–¿Qué es lo que no entiende?

–No entiendo este lugar, ni toda esta palabrería sobre rectores, tutores o colegiales.

–Eso es porque Jerusalem es un mundo dentro de otro mundo, al igual que el resto de los colegios universitarios de Cambridge o de cualquier otra universidad. Cada colegio es un mundo en sí mismo con sus propias leyes y costumbres.

–Por lo que a mí me concierne, podría ser un mundo poblado de salvajes.

Elinor reprimió sus deseos de romper a reír, impropios de una dama, y convirtió una incipiente carcajada en una educada tos.

–Yo tuve la misma percepción cuando llegué aquí por primera vez, o peor, dado que soy mujer y el colegio es feudo exclusivo de los hombres. Me sentí como una náufraga en una isla perdida en la otra punta del mundo, cuyos habitantes por fortuna hablan inglés.

Sorprendido, Holdsworth sonrió.

–Supongo, señora, que yo también soy un náufrago en esta isla, un náufrago al estilo de Crusoe, pero por fortuna me he encontrado con usted en la playa a la que me han arrastrado las olas y será tan amable de guiarme y explicarme dónde nos hallamos.

La sonrisa de Holdsworth tomó a Elinor por sorpresa tras su actitud hosca, casi grosera, de antes.

–En primer lugar, señor, piense usted que Jerusalem es como una especie de país en miniatura gobernado por un puñado de caballeros que debe acatar, al menos en teoría, las reglas dictadas por su

fundador, que han sido consagradas a perpetuidad en los estatutos. Jerusalem fue fundado por uno de los antepasados de lady Anne durante el reinado de la reina Isabel. La estirpe de nuestro fundador es reverenciada en Jerusalem, puesto que no sólo puede influir sobre la interpretación de los estatutos, sino que tiene la potestad de designar a dos miembros de la junta. Además, realiza muchas donaciones por lo que...

En las escaleras sonó una voz grave que hablaba alto y el sonido de unos pasos arrastrándose, lentos y pesados. Al cabo de un momento, Susan abrió la puerta y entró en la estancia un orondo anciano con una constitución semejante a la de un barril.

–¡Dr. Carbury! –exclamó Elinor–. Qué... qué alegría. No lo esperaba tan temprano.

–A sus pies, señora. –La voz del doctor era como él: redonda, lenta, profunda y un tanto vacilante–. Me he escapado tan pronto como me ha sido posible. No deseaba postergar el placer de dar la bienvenida a nuestro visitante.

* * *

Ya habían dado las nueve cuando se sentaron a cenar. La sala estaba iluminada por los candeleros de las mesas y los candelabros de las paredes, que producían irregulares juegos de luces y sombras. Los retratos de los rectores difuntos cobraban una tenue y efímera vida en las paredes a la luz de las llamas vacilantes que los iluminaban. El balcón, situado al otro lado de los biombos en un extremo del salón, permanecía casi invisible.

La mesa presidencial estaba colocada sobre una tarima en el lado este, flanqueada por dos grandes ventanales. Había unos diez o doce hombres sentados alrededor de la gran tabla de roble con el Dr. Carbury colocado en el centro por derecho propio. Al pie de la tarima, varias mesas alargadas ocupaban el centro del salón, pero sólo una estaba llena, la del extremo, la más próxima a la despensa y a las cocinas. Unos doce jóvenes estaban sentados a ella comiendo con gran celeridad, como si sus vidas dependieran de la velocidad a la que consumían los alimentos.

–Pensaba que habría más estudiantes –comentó Holdsworth al Dr. Carbury, que estaba dando buena cuenta de una generosa porción de empanada de cordero.

–¿Cómo dice? Ah, en la actualidad casi todos los estudiantes cenan en sus habitaciones o en las de amigos. Los que ve sentados ahí pertenecen a las clases más pobres, en su mayoría son sizars, es decir, estudiantes cuyos estudios subvenciona la fundación.

–Son afortunados de gozar de esta oportunidad de medrar en la

vida.

–Cierto es, si bien preferiría que su aspecto no fuera tan desharrapado.

En ese momento se inclinó hacia ellos el señor Richardson, que estaba sentado enfrente.

–Cabe la posibilidad, Dr. Carbury, de dar la vuelta a su argumento. Si mira a su alrededor, no menos de la mitad de los hombres sentados a esta mesa fueron sizars en este colegio o en otro. Por regla general, el resto de los estudiantes no se preocupa demasiado por los estudios y muchos ni siquiera se gradúan. Por consiguiente, la universidad necesita a los sizars tanto como ellos la necesitan a ella. Recuerde, además, que la mayoría de los académicos salen de sus filas.

–Es muy natural que, de todas las personas, sea usted quien...

En ese instante se oyó una risotada embriagada en el patio al otro lado del ventanal situado a la izquierda de Holdsworth. El Dr. Carbury se interrumpió en plena frase y lanzó una mirada severa al lugar de donde provenía el ruido.

–Vaya –comentó Richardson en tono neutro–, creo que ésa es la risueña voz del señor Archdale. Al menos reconocerá usted que los sizars no son ruidosos.

Carbury escarbó de entre los dientes unas hilachas de carne.

–Ese joven está cada vez más alborotado.

–Eso me temo, pero dulce est desipere in loco.

–Creo que ha cenado en compañía del señor Whichcote, señor, lo cual explicaría su actual estado –aclaró un joven alto sentado cerca del extremo de la mesa, cuya mueca de mal disimulado regocijo delató lo divertida que le parecía la situación.

–¿Es eso cierto, señor Dow? –preguntó el Dr. Carbury dedicándole una mirada fulminante–. Espero que no esté tratando de excusar el comportamiento del señor Archdale.

–En absoluto, rector. Una mente virtuosa y cultivada jamás debiera...

–Mañana tendré unas palabras con el señor Archdale –interrumpió Richardson, conciliador–. Una conversación a tiempo puede evitar muchos problemas en el futuro. Según la receta de Horacio, una mente sabia sólo puede permitirse una pizca de locura, pero parece que al señor Archdale se le ha ido la mano en su recetario moral.

El ingenioso comentario de Richardson provocó una carcajada general en la mesa, pero Holdsworth observó que Carbury no participó de la algarabía. En cuanto finalizó la cena, el grupo se trasladó a la sala común, situada justo detrás de la tarima, donde había dos mesas dispuestas, cada una de ellas con una tetera, para los bebedores de té, y una ponchera, para los que preferían el ponche. Algunos comensales siguieron bebiendo vino.

El señor Richardson, que se contaba entre los bebedores de té, se volvió sonriente hacia Holdsworth y le ofreció la silla de su izquierda, mientras que el Dr. Carbury tomó asiento a la cabecera, con la licorera a su lado. Éste se inclinó hacía Holdsworth y estaba a punto de decirle algo cuando de pronto sonaron unas risotadas en la otra mesa, donde se habían congregado casi todos los miembros más jóvenes.

–¿Qué sucede? –preguntó Carbury, cuyos gruesos labios estaban teñidos de púrpura por el vino–. ¿A qué se debe este maldito alboroto?

–El señor Miskin acaba de proponer una de sus apuestas –aclaró Richardson–. No tardaremos en saber de qué se trata.

No habían pasado ni cinco minutos cuando un criado se acercó a Richardson y le murmuró que el señor Miskin solicitaba su permiso para introducir una apuesta en el libro de apuestas. Richardson otorgó su autorización gentilmente.

–Los miembros más jóvenes obtienen un gran deleite del libro de apuestas –explicó a Holdsworth–, y me temo que algunos mayores también. Pronto sabremos de qué se trata. Para que una apuesta sea oficial, primero debe ser aprobada por mí y, para ello, debo ver el libro y dar el visto bueno. El cargo de miembro principal conlleva la presidencia de esta sala común.

–No aburra al invitado con estas menudencias domésticas –interrumpió Carbury–. Su tiempo es demasiado valioso. ¿Compartirá usted una copa conmigo, señor Holdsworth?

Holdsworth no podía por menos que aceptar la invitación. Richardson los contempló y por un instante asomó veloz entre los labios la punta húmeda y rosada de su lengua.

–No dude en decirme en qué puedo servirlo –instó Carbury tras apurar la copa–. Estoy a su entera disposición.

–Sí –apuntó Richardson arrastrando el monosílabo–, al fin y al cabo el señor Holdsworth está aquí en nombre de lady Anne, y usted gusta de complacerla, al igual que todos nosotros, señor.

A pesar de la aparente inocencia de estas palabras, Carbury enrojeció hasta tornarse granate. Richardson se volvió entonces hacia Holdsworth.

–Me preguntaba, señor, cuándo le iría bien que le muestre la biblioteca. Yo estoy disponible mañana por la mañana.

–Me temo que tengo un compromiso por la mañana –respondió Holdsworth, y detectó en el rostro de Richardson un fugaz cambio de expresión, una punzada de interés, que controló al instante–. ¿Quizá después de la comida podría dedicarme una hora de su tiempo, más o menos?

–En cuerpo y alma. ¿A las seis? ¿Le iría bien a esa hora? También hablaré con el ayudante de la biblioteca. No dude en dirigirse a él si necesita ayuda mientras está aquí.

–¿A qué hora suele comer usted?

–A las tres –respondió Richardson–. Me temo que somos como aldeanos. No hace tantos años comíamos a la una, al igual que nuestros padres y abuelos, pero me avergüenza reconocer que en Cambridge se considera más moderno comer a las tres. ¿Nos acompañará mañana, señor Holdsworth? Espero que así sea.

–Me temo que no puedo asegurárselo todavía. No soy dueño de mi tiempo.

El criado de la sala común se acercó con una bandeja en la que llevaba tinta y una pluma, así como un libro del tamaño de una cuartilla encuadernado en piel. Richardson le ordenó que la dejara en la mesa delante de él.

–Veamos qué proponen hacer esta vez –dijo abriendo el libro y pasando las páginas–. Ah, el señor Miskin apuesta dos botellas de vino al señor Crowley por ¿eh?... –se interrumpió y frunció un poco el ceño, pero al instante tomó la pluma y firmó la apuesta.

Richardson lanzó una mirada a Carbury, sentado al otro lado de la mesa, y volvió la página para mostrar a Holdsworth las apuestas anteriores al tiempo que colocaba el libro en un ángulo que le permitiera captar mejor la luz.

–Algunas apuestas son banalidades que sólo tienen interés para el colegio, pero otras hacen referencia a la universidad o incluso a asuntos de relevancia nacional. ¿Ve aquí? Ésta habla de los cambios en la administración del señor Pitt y esta otra se refiere a un árbol, al plátano que menciona Herodoto en su obra. Y aquí –válgame Dios– el señor Miskin apuesta al señor Whichcote que es capaz de ordenar por peso a todos los miembros de la junta. El señor Miskin es uno de nuestros jóvenes más chistosos. Me temo que en esa ocasión tuvimos que traer la báscula de la despensa para determinar el ganador.

–¿El señor Whichcote? –repitió Holdsworth con aire inocente–. ¿Se refiere al caballero que han mencionado antes, el que ha cenado con el señor Archdale? ¿También es miembro de la junta de Jerusalem?

–Ah, no. Pero es un personaje muy conocido aquí y aparece a menudo en el libro de apuestas.

Richardson y Holdsworth estaban muy cerca, casi cabeza con cabeza. El candelero situado en la mesa que se hallaba detrás del primero ensombrecía su rostro e iluminaba el de este último.

–¿Es posible que haya oído este nombre antes? Me resulta familiar –tanteó Holdsworth.

–Es posible, o quizá conozca a otros miembros de la misma familia. La rama principal procede de Northumberland, pero nuestro señor Whichcote proviene de una rama más pequeña. Hará unos diez o doce años que ingresó como colegial porcionista, pero no se graduó. De igual modo que muchos otros jóvenes, no le gustaban demasiado los

libros. No obstante, sigue residiendo en Cambridge y tiene muchos amigos aquí.

Richardson hizo visos de continuar, pero el Dr. Carbury se atragantó y empezó a toser y escupir. El criado acudió presto a su lado con un vaso de agua. Carbury tomó un sorbo y alejó al criado con un gesto de la mano. En su tez habían aparecido algunas manchas y sudaba copiosamente. Empujó la silla hacia atrás y se incorporó.

–Le ruego que me disculpe –solicitó a Holdsworth–. Tengo que leer varias cosas antes de irme a la cama. Mi criado lo esperará en casa despierto. Nos volveremos a encontrar mañana en el desayuno.

Carbury dio las buenas noches a todo el grupo y abandonó la sala. Las conversaciones se reanudaron más fuertes que antes.

Holdsworth echó un vistazo al libro en la mesa y giró la página. Allí encontró la última apuesta que acababa de inscribirse: «El honorable señor Miskin apuesta al señor Crowley dos botellas de vino a que el fantasma no volverá a aparecer antes de que finalice el trimestre».

–¿Significa esto que hay un fantasma en el colegio? –inquirió.

–No, señor, no se trata más que de una majadería –Richardson cerró el libro y lo entregó al criado–. Los alumnos se inventan historias para asustarse entre sí.

CAPÍTULO 8

Los jardines de Lambourne House se extendían hasta la orilla norte del río Cam. El anterior propietario, el tío abuelo del señor Whichcote, había construido allí el elegante pabellón, cuyos grandes ventanales ofrecían una magnífica vista del río y de los jardines de Jesus Green y Midsummer Common. La planta baja contaba con una galería en la que uno podía sentarse al fresco si hacía buen tiempo. El pabellón parecía ajeno y alejado del bullicio de Cambridge. A pesar de esta impresión, el Gran Puente del señor Essex que brindaba acceso a la ciudad tan sólo se encontraba a unos pocos cientos de metros en una dirección, con las mazmorras del cuerpo de guardia de las puertas del castillo a escasos metros más allá en la otra.

La estancia principal se hallaba en el primer piso. Era un salón grande en forma de doble cubo orientado al sur. El tío abuelo del señor Whichcote exhibía allí su colección de estatuas antiguas. También fue allí donde se dedicó a escribir una biografía y un estudio crítico del arzobispo Ussher, labor a la que dedicó los últimos años de su vida. El salón era totalmente independiente del resto de la casa, motivo por el cual Philip Whichcote solía celebrar allí sus fiestas de celebración de la soltería. Como algunos invitados preferían que sus idas y venidas quedaran ocultas bajo un manto de discreción, el río era una salida muy recomendable para ellos, sobre todo cuando hacía buen tiempo.

El viernes 26 de mayo, después de comer, Whichcote estuvo jugando a las cartas con un grupo de jóvenes amigos de Jerusalem y otros colegios de Cambridge. Pese a sus nobles dimensiones, la sala no lucía buen aspecto bajo la despiadada luz de la avanzada tarde. Su apariencia mejoraba al anochecer, cuando la luz de las velas disimulaba las cortinas raídas, las quemaduras de las alfombras deshilachadas y las manchas de humo y humedad en las paredes.

Todos los invitados se habían marchado, todos menos Harry Archdale, que tomó asiento al lado de su anfitrión a la mesa junto a una de las ventanas. Archdale era un joven orondo de labios húmedos y carnosos y barbilla diminuta. En el caso de que llegara a cumplir los veinticinco años, adquiriría el control de una fortuna estimada en casi tres mil libras esterlinas anuales. Jugaba a los cientos con Whichcote y estaba más animado de lo habitual, porque había ganado la última mano. Eso le permitía no recordar su derrota en las cinco manos anteriores o, de hecho, en la partida perdida.

El joven lacayo, Augustus, entró en la sala con sigilo y, arrimado a la pared, se acercó furtivo a la silla de su señor, al que susurró al oído

que el señor Mulgrave le esperaba en la casa.

–Te lo he hecho pasar mal en esta partida, ¿eh? –dijo Archdale sudoroso, luciendo una amplia sonrisa que le hacía parecer aún más rollizo, como si alguien le fuera hinchando con gas–. ¡No me lo negarás! ¡Comprueba tus ganancias! ¿Quieres otra?

Whichcote sonrió.

–Me temo que tendremos que posponerla. Ahora tengo que atender a otro asunto.

De repente la alegría abandonó el rostro de Archdale.

–Philip, ayer por la tarde fui a Barnwell para tratar de ver a Frank, pero me negaron el paso. No le habrá pasado nada, ¿verdad? Me habías dicho que se estaba recuperando... –inquirió atropelladamente.

–Así es. Tu preocupación te honra, Harry, pero no debes desasosegarte en lo más mínimo. Sé de buena tinta que se está recuperando muy bien. De hecho, creo que pronto lo trasladarán a Londres para estar con su madre. No le permitirían viajar si no estuviera bien de salud, ¿verdad?

–Supongo que no, pero ¿por qué está así? No lo entiendo.

–Es muy sencillo, se le ha desbocado la imaginación. Ya viste cómo estaba el último día que comisteis juntos en el Hoop. Lo asaltaban todo tipo de miedos y aprensiones, estaba inquieto. Esa noche yo cené con él y su melancolía era tal que parecía un demente. Pobre, no es la primera vez que soy testigo de un proceso así. Frank estaba viviendo al límite. Algunos hombres son capaces de soportarlo y otros no. Me temo que Frank no es tan fuerte como tú.

–Yo siempre he sido muy robusto.

–Desde luego, pero no todo el mundo tiene tanta suerte con su constitución. La crisis nerviosa que sufre Frank no es nada anormal, sólo necesita alejarse del bullicio del mundo por un tiempo. En nueve de cada diez casos, el reposo es la mejor medicina. He visto cómo funciona una y cien veces. Ya verás cómo después de las vacaciones Frank vuelve a estar con nosotros y será el de siempre.

–En cualquier caso, me gustaría que me permitieran visitarlo.

–Seguro que pronto podrás –respondió Whichcote con una sonrisa–. Por cierto, ahora que caigo, aunque me encantaría que te quedaras, ¿no me comentaste que habías sido invitado a cenar por unos amigos?

–¿A cenar? –Archdale sacó el reloj del bolsillo, una hermosa pieza esmaltada de origen francés–. ¡Dios mío! ¿Cómo puede ser tan tarde? Mi intención era hacer la redacción para el señor Richardson antes de cenar.

–Seguro que Ricky puede esperar.

–No lo entiendes. La necesito para obtener la medalla Vauden. Mi tutor quiere ver la redacción antes de que la presente. El domingo

comerá en Jerusalem y está empecinado en que consiga la medalla porque su hermano la ganó.

–¿Realmente merece la pena que pierdas el sueño por esto?

–Sí. Si deseo incrementar mi asignación, al menos debo participar en el concurso. Debo irme. No puedo perder ni un segundo más.

Whichcote llamó a Augustus. Archdale se incorporó, pero al hacerlo perdió el equilibrio y tuvo que agarrarse a la mesa para no caerse. De resultas de ello, volcó la copa y el vino se vertió. El lacayo trató de ayudarlo, pero Archdale le apartó el brazo de un manotazo.

–¡Torpe idiota! ¡Mira lo que me has hecho hacer!

Whichcote se había acercado a una mesa en el otro extremo de la sala.

–¿Por qué no firmas esto ahora? Así estaremos en paces para la próxima.

Archdale avanzó tambaleante hasta la mesa y garabateó su firma al pie de un pagaré por valor de sesenta y cuatro guineas. Acto seguido, Whichcote condujo a su invitado a la batea amarrada en el pequeño embarcadero del río. Augustus seguía sus pasos. Llevaba en sus manos la capa y la gorra de Archdale y las contemplaba con reverencia. Archdale era estudiante con privilegios, por lo que la gorra era de terciopelo con una borla dorada y la capa estaba ribeteada con una puntilla del mismo color. Tras varias maniobras, Whichcote y el lacayo lograron introducir a Archdale en la barca.

Sin dejar de maldecir y resoplar, Archdale por fin se dejó caer, despatarrándose, sobre los cojines. Al moverse, parecía una tortuga boca arriba. La firma del pagaré de sesenta y cuatro guineas lo había reavivado.

–Te lo he hecho pasar mal en la última, ¿eh? –se jactó agitando el dedo a Whichcote, que lo contemplaba desde la orilla–. Pronto jugaremos otra partida y, la próxima vez, no tendré piedad.

Cuando recibió la señal de su señor, Augustus sacó la pértiga hincada en el barro y empezó a maniobrar con destreza la inestable embarcación hacia el centro del río. Whichcote se despidió con la mano y cruzó con paso lento el jardín hasta la puerta lateral de la casa.

Mulgrave estaba sentado en un banco del vestíbulo. En cuanto Whichcote abrió la puerta, el gyp se puso en pie como impulsado por un resorte e hizo una reverencia, un tanto desmañada por culpa de los hombros torcidos. Ambos hombres se conocían desde que Whichcote llegó a Jerusalem con diecisiete años.

–Pensé que querría ser informado de inmediato, señor –comenzó Mulgrave–. El hombre de la señora Oldershaw llegó en la diligencia de la tarde.

–¿Cómo se llama?

–Holdsworth. Dicen que es un librero de Londres.

–¿Un librero? –repitió Whichcote, divertido–. Esperaba que enviaran a un médico o un abogado. ¿Dónde se aloja?

–En la residencia del rector, señor.

–¿Qué impresión te ha causado?

–¿Holdsworth? –Mulgrave miró a Whichcote con aire inocente–. Es un hombre grande, más alto que el pobre señor Cross y más joven también, mejor para él. –Guardó una pausa, pensativo–. No da la impresión de ser un hombre que sonría demasiado.

* * *

Ese mismo viernes, al caer la tarde, el señor Philip Whichcote fue a visitar a la señora Phear, que vivía en el lado este de Trumpington Street, enfrente de Peterhouse, en una pequeña casa de doble fachada con cuatro ventanucos que daban a la calle y un tragaluz y un farol sobre la puerta. El peldaño de la entrada era fregado y pulido cada mañana por Dorcas, una desgarbada aprendiz de criada sacada de la casa de la caridad temerosa más de la señora Phear que de Dios Nuestro Señor, a quien al menos se lo tenía por compasivo.

Whichcote llegó en baldaquín, pagó a los porteadores y repiqueteó en la puerta con la empuñadura del bastón. Cuando Dorcas vio quién esperaba en el umbral de la casa, hizo una reverencia y dio un paso atrás.

–La señora se encuentra en el salón, señor.

Whichcote halló a la señora Phear ocupada en sus labores de costura, sentada en una silla junto a la ventana. Aunque todavía entraba un hilo de luz del exterior, tenía dos velas encendidas sobre la mesa. Llevaba varias semanas trabajando en un pequeño tapiz que mostraba la destrucción de Sodoma, o quizá Gomorra, tampoco importaba cuál. El tapiz tenía como destino la pequeña escuela anexa al hospicio Magdalene y su instructivo fin era aleccionar a las mujeres de Londres caídas en desgracia y ahí recluidas. En cuanto le anunciaron la visita del señor Whichcote, la señora Phear dejó a un lado el bordado y comenzó a incorporarse.

–No se levante, por favor. No hace falta tanta ceremonia –dijo Whichcote acercándose a ella.

Haciendo caso omiso de sus palabras, la señora Phear se puso en pie e hizo una reverencia. Whichcote se percató del juego, sonrió e hizo lo propio.

–Señor Whichcote, qué alegría verlo. ¿Qué tal está usted?

Dedicaron uno o dos minutos a lo que la señora Phear denominaba –cuando instruía a los que le pagaban por otros servicios– «los usos civilizados de una conversación refinada». La señora Phear era

pequeña y rolliza. Un sombrero de viuda enmarcaba un rostro anodino. Whichcote la conocía desde los cinco años, cuando entró en su hogar como institutriz de su hermana. Más tarde se casaría con un párroco de la zona que murió al poco tiempo de la boda.

La señora Phear llamó a la criada y ésta apareció con el servicio de té, que depositó junto a la silla de la señora Phear.

–Dorcas, ve ahora mismo a la cocina a ocuparte de los cuchillos. Están muy necesitados de una buena limpieza –ordenó a la criada.

Una vez solos, la señora Phear abrió la tetera y se entretuvo dosificando el té y removiendo las hojas en el agua con la vista clavada en el remolino de pequeñas motas negras. Acto seguido, se acomodó en la silla y miró a Whichcote.

–¿Cómo van las cosas?

Whichcote tamborileó con lentitud el brazo del sillón.

–Así, sentada, parece usted la viva personificación de la paciencia. He venido a preguntarles si está todo dispuesto para el miércoles.

–Baje la voz, se lo ruego. Sí, está todo en orden. Tengo una joven pichoncita de agradable aspecto.

Whichcote enarcó las cejas sin decir nada.

–Está lista para ser desplumada, aunque no será la primera vez. Pero sabe cómo fingirlo. ¿Quién es el afortunado?

–El joven Archdale. Él también está listo para ser desplumado, por decirlo de alguna manera. ¿Está segura de que llegará a tiempo?

–No se angustie por eso.

–Claro que me angustio. Recuerde lo que sucedió la última vez. Claro que estoy ansioso.

–La última vez tuvimos mala suerte, querido –se lamentó ella al tiempo que le ofrecía la taza de té.

–¿Mala suerte? ¿Así lo llama usted? –exclamó Whichcote.

La mano le tembló y se vertió un poco de té en el platillo.

–¿Cómo podíamos saber lo que iba a suceder? A lo hecho, pecho. Al menos conseguimos traer aquí a Tabitha Skinner y el juez instructor no puso ninguna pega en ninguno de los dos casos.

–Fue la peor noche de mi vida –musitó él con la vista fija en el bordado–. Primero ella, y luego Sylvia.

–Esta vez no habrá problema alguno con la chica.

–¿Qué haría yo sin usted, mi querida señora? –preguntó Whichcote con amargura.

–No malgaste en mí sus halagos.

Whichcote soltó una carcajada y ella le sonrió. Con el semblante serio de nuevo, Wichcote volvió a hablar:

–¿No cree que es demasiado pronto para volver a celebrar otra cena? La cuestión es que preciso dinero y éste es el único recurso que me queda, aparte de las cartas.

–Es una fiesta privada, Philip, no una verbena. Además, su club no se distingue precisamente por mantener las formas. Sus chicos lo admirarán todavía más por ser tan osado, por ser un hombre que no se amedrenta ante las convenciones.

–Hay otro problema que quisiera comentar con usted.

–¿El pequeño asunto del fantasma?

Whichcote asintió con la cabeza.

–Peor, mucho peor que eso, es Frank Oldershaw. Ahora mismo me siento como si caminara bajo un nubarrón que está a punto de desintegrarse y soltar un chaparrón.

La señora Phear tomó un sorbo de té.

–¿Ha recuperado el juicio? ¿Tiene intervalos de lucidez?

–Que yo sepa, no. Me habrían informado si así fuera, pero ha pasado otra cosa. Lady Oldershaw ha enviado a un hombre para que investigue en nombre suyo. Ha llegado hoy a Jerusalem.

–Ah, lady Anne. Ésa es la raíz del problema, supongo.

–No –espetó Whichcote–. La raíz del problema es Sylvia. ¿Cómo pudo hacerme eso? ¿Cómo pudo?

–Ya le advertí en su momento que debería haberse buscado mejor partido que la hija de un abogado rural con apenas un chelín a su nombre.

Whichcote se levantó impaciente y comenzó a caminar de un lado a otro.

–Es como si me persiguiera su espíritu. Incluso ahora ha encontrado la manera de atormentarme. ¿Se quiere creer que hoy me ha parecido verla sentada en la pastelería de Petty Cury? Seguro que era otra mujer, ya lo sé, pero...

–Philip, balbucea usted como un chiquillo. ¿Por qué no se sienta?

Él la atravesó con la mirada, pero tomó asiento.

–Eso está mucho mejor –sonrió la señora Phear–. Coincido con usted en que todo esto es culpa de Sylvia.

–No es exactamente eso lo que pretendía decir...

–Sylvia está muerta, querido. Ésa es la cuestión. Ahora debe iniciar una nueva vida. Todavía es joven y, en cuanto haya resuelto el asuntillo del señor Oldershaw, deberá olvidar que Sylvia jamás existió.

CAPÍTULO 9

El ambiente en la sala común estaba espeso del humo del tabaco y los efluvios del ponche. A Holdsworth le dolía la cabeza y sentía los ojos como si se los hubieran rellenado con arena, por lo que decidió excusarse. Richardson se levantó en el acto y se ofreció a acompañarlo.

–Gracias, pero no creo que me pierda.

–De eso estoy seguro, pero quizá le gustaría dar una vuelta por el jardín antes de retirarse. Yo tengo comprobado que un poco de aire fresco y el ejercicio sano ayudan a aclarar las ideas y a dormir mejor.

Holdsworth aceptó la invitación y Richardson lo guió al exterior, a un patio rodeado de edificios con las fachadas revestidas de piedra de cantera que brillaba con luz tenue en la oscuridad. A la derecha se encontraban los grandes ventanales de la sala común y el refectorio. Richardson señaló con la cabeza la ventana más cercana, que tenía la cortina corrida y permitía ver al grupo de hombres sentados a las dos mesas envueltos en un halo de camaradería.

–Son animales muy gregarios. No hay que tenerles en cuenta sus aburridas libaciones, aunque algunos de ellos tendrán la cabeza dolorida por la mañana.

Tomó el brazo de Holdsworth y pasearon por la arcada delante de la capilla. Al otro lado del patio, en el edificio enfrente del refectorio y la sala común, las ventanas estaban iluminadas. De una de las ventanas del primer piso brotó el estruendo de una carcajada y un rítmico golpeteo amortiguado, como el de muchos puños aporreando una mesa.

–El señor Archdale continúa disfrutando de los placeres de la vida en sociedad –suspiró el señor Richardson.

Una voz comenzó a cantar, al principio en voz baja tanteando la melodía, pero en cuanto se hizo con el tono, subió el volumen. Otras voces se le unieron. El sonido no era melodioso, pero sin duda vigoroso. Continuaron los golpes, marcando el ritmo de la canción. Holdsworth y Richardson permanecieron a la escucha, ocultos en las sombras de la arcada. Las estrofas eran breves y muchos desconocían la letra entera, pero llegado el momento del estribillo, todos cantaban a una.

Jerry Carbury está contento,
dile al criado que traiga el sombrero.
Se acabó el evento,
y mejor todo fuera que dentro.

–Algunos jóvenes no tratan al rector con el respeto que se merece –murmuró Richardson–. Es lamentable, pero esa vulgar tonadilla se ha vuelto muy popular. Es muy cruel. El señor Carbury tiene el estómago delicado y un día se vio obligado a vomitar en público.

Se abrió una puerta del edificio y un hombre con toga quedó iluminado por un momento por el farol que colgaba de la arcada. Levantó la vista en dirección a las voces cantando y se dispuso a caminar a paso rápido hacia los paneles situados en el lado oeste del refectorio.

–¿Señor Soresby? –llamó Richardson–. ¿Podría concederme un minuto de su tiempo, por favor?

El hombre cambió de dirección y se encaminó hacia ellos. Era alto y delgado y, en vez de caminar, correteaba. Se sacó la gorra e hizo una torpe reverencia al señor Richardson. Miró a Holdsworth, oculto en las sombras de la arcada, pero Richardson no los presentó.

–Señor Soresby –pidió Richardson en tono amable–. ¿Me haría el favor de subir a ver al señor Archdale? Salúdelo de mi parte y comuníquele que me haría un gran servicio si pudiera cerrar las ventanas y moderar el volumen de las canciones.

–Creo que hay un bedel en la portería. Quizá fuera mejor si él...

–Se lo agradecería tanto, señor Soresby.

–Sí, señor. Claro, señor.

El hombre se dirigió con rapidez a la puerta de la escalera de Archdale. Richardson posó la mano sobre el brazo de Holdsworth para que no se moviera. Una vez más, la luz de la puerta iluminó la figura encorvada de Soresby y su raída toga. Las canciones siguieron unos minutos más y después se amortiguaron. Para sorpresa de Holdsworth, Richardson no se movió. A continuación se hizo el silencio, seguido al momento de unas atronadoras risotadas. Acto seguido, se cerraron las dos ventanas de la habitación y sus correspondientes postigos y, casi de inmediato, se oyó un retumbo, como si alguien hubiera caído por las escaleras, culminado por un gemido de dolor. Richardson hizo una señal a Holdsworth y ambos se alejaron.

La arcada recorría todo el lado este de los edificios y sólo se interrumpía en el centro para dar paso a la capilla, flanqueada a su vez por dos senderos que desembocaban en unos jardines posteriores. Al sur de la arcada surgía una nueva construcción, que según explicó el tutor era el Edificio Nuevo.

El señor Richardson llevó a Holdsworth por un sendero al este que se sumergía en la oscuridad. Los ojos de Holdsworth se acostumbraron a las tinieblas. La vereda marcada brillaba tenuemente ante ellos, iluminada por las estrellas que empezaban a salir. A la izquierda quedaba la capilla y, a continuación, un tramo de agua que cruzaba

un combado puente de madera.

–Me da la impresión que la tarea que ha encomendado al señor Soresby no era nada envidiable.

–Es un sizar –respondió Richardson–, su posición no es envidiable.

–¿Los sizars son los estudiantes más pobres?

–Así es. Según estipulan los estatutos del colegio, su estancia debe ser sufragada en parte por la fundación, pero también deben ganarse el pan trabajando de sirvientes. De todos modos, me alegra decir que las cosas han cambiado mucho. Cuando yo llegué a esta universidad a los dieciséis años, los sizars servían a los miembros de la junta y a los estudiantes con privilegios durante las comidas, y después se alimentaban de las sobras. Algunos hasta eran sirvientes particulares de los miembros. Incluso ahora muchos son pobres diablos que deben apretarse el cinturón para conseguir graduarse y que se tragan el orgullo para llegar a final de mes haciendo recados de diversa índole. No obstante, algunos de ellos acabarán ganándose el reconocimiento de esta universidad y del mundo entero. Sin ir más lejos, yo fui un sizar.

Era una noche muy tranquila. El jolgorio de Chapel Court se había extinguido y parecía que estuvieran en medio del campo. Casi todas las ventanas del Edificio Nuevo estaban a oscuras. Pasaron bajo la sombra de un gran árbol.

–Soresby es también mi ayudante de biblioteca. Mañana volverá a verlo –explicó Richardson al tiempo que señalaba la sombra que se extendía sobre ellos y a su alrededor–. Ahora nos encontramos bajo el plátano oriental del fundador. Estamos muy orgullosos de este árbol. Fue plantado por sir Walter Vauden con sus propias manos. Hay quien dice que es el ejemplar más magnífico de todo Cambridge. Realmente no hay ninguno que se le pueda comparar.

–Una de las apuestas hacía referencia a un plátano oriental.

Richardson soltó una risita.

–Varios miembros de este colegio toman nota de cada plátano que ven. Este espécimen es como el que nombra Herodoto en su obra. El emperador Jerjes le profesaba tanta admiración que ordenó engalanarlo de oro.

–¿Es ésta la Laguna Larga? –inquirió Holdsworth.

–Sí.

Holdsworth esperó a que añadiera algo más, pero Richardson no mencionó el cadáver hallado a principios de año.

La laguna trazaba una curva hacia la izquierda y el sendero finalizaba en una verja de hierro forjado. Richardson la abrió y la franquearon.

–Éste es el Jardín de los Licenciados, lo que en la antigüedad llamaban un hortus conclusus.

–¿Un jardín cercado?

–Exactamente. Cercado e inviolable –añadió Richardson con voz tan queda que Holdsworth tuvo que hacer esfuerzos para oírla–. De noche, cuando se cierran las verjas, el colegio se transforma en una fortaleza. En el Jardín de los Licenciados estamos doblemente encerrados y, por lo tanto, somos doblemente inviolables. Si mira a la izquierda por el espacio entre las ramas hacia el otro lado del lago, verá el jardín particular del Dr. Carbury, que empieza aquí y continúa hasta la residencia del rector.

Holdsworth contempló la otra orilla. En el primer piso de la residencia había una luz encendida. La ventana estaba abierta y podía oírse el sonido de unas voces masculinas hablando alto en medio de la noche. A su lado, Richardson escuchaba atento, rígido como un perro de caza al acecho.

Mientras observaban la ventana, apareció una figura. Holdsworth sólo vio una silueta de perfil borroso iluminada por la luz de las velas, pero estaba casi seguro de que se trataba del rector. Oyeron cerrar la ventana, que sonó como un martillazo.

Carbury cerró las cortinas y la luz desapareció.

–Ah –dijo Richardson soltando un largo suspiro–. Se hizo la oscuridad.

* * *

En medio de la oscuridad.

–¿Georgie? ¿Georgie?

La voz arrancó a Holdsworth del sueño. «Maria.» Ése fue su primer pensamiento, pero lo suprimió de inmediato.

Todavía era de noche.

«¿Es esto un sueño?»

Hacía demasiado calor. Las sábanas le envolvían el cuerpo como una mortaja y tenía la boca seca, lo cual no era de sorprender después de todo el vino que había bebido en la cena. De pronto, Holdsworth fue consciente de un motivo de incomodidad vergonzosa, pero urgente: la tenía más tiesa que una vara.

–¿Georgie? Ven con mamá.

«Tengo que analizar esto desde un punto de vista racional –se dijo–. No soy un animal.»

Su mujer lo visitaba en sueños más a menudo ahora que justo después de su muerte. A veces era sólo el eco de su voz o un olor, o el agudo dolor de su ausencia, como si hubiera estado presente hasta hacía poco. O no presente, dependiendo de cómo se mirara. Una cosa sí era segura, no era realmente ella quien estaba o dejaba de estar allí. Era un vacío personalizado, una especie de nada circunscrita, un deseo

de algo que ya no existía, ni volvería a existir en este mundo.

No obstante, si uno podía dar un nombre a una sensación irracional, ¿por qué no podía él denominar a la suya «Maria»? Era una especie de atajo filosófico.

Intentó darse la vuelta en la cama, pero las mantas lo mantenían bien sujeto. Lo único que consiguió con tanto movimiento imposible fue aplicar una presión dulcemente incómoda sobre su miembro viril.

«Amor mío, perdóname, pero mi miembro se está portando mal.»

En un momento del duermevela, sintió la presencia de Maria. Creyó ver su perfil por un instante, una sombra entre las sombras entre la cama y la ventana, pero más oscura que el resto.

Respiraba demasiado rápido y no podía inspirar aire suficiente. Trató de ralentizar el compás, pero algo más fuerte que su propia voluntad aceleró el ritmo. Pronto tuvo sudada la camisa de dormir. Comenzó a temblar y no pudo parar.

Poco a poco, el sueño –si era un sueño– comenzó a inundarse de una luz gris, una especie de neblina que velaba tanto como revelaba. Ya no se encontraba en la cama, sino en el Jardín de los Licenciados con la mirada fija en la Laguna Larga, donde había estado unas horas antes con Richardson. La transición no le pareció extraña. Miró el agua y allí estaba Maria, flotando boca arriba y con el cuerpo sumergido apenas unos centímetros. A pesar de hallarse en semejante estado, estaba hablando, o al menos él podía oír su voz claramente.

–Georgie –llamó–. Georgie, estoy aquí. Ven aquí, mi pequeño.

Maria, que se había ahogado en el Támesis, se estaba ahogando ahora en la Laguna Larga. En la lógica de su sueño, el agua era la misma. Quizá todos los momentos y lugares fluyen a través del mismo nexo circunstancial y ves ora uno, ora otro; en este caso, la Laguna Larga en Jerusalem en mayo o el Támesis en el Bankside en marzo. Todo dependía del punto de vista. En el sueño esta noción le pareció muy racional y se preguntó por qué no se le había ocurrido antes.

–¡Sal de ahí! –gritó–. ¡Te vas a ahogar! Toma mi mano, rápido.

Pero Maria no lo oyó. Seguía llamando a Georgie y diciéndole que lo quería y que era su pequeño tesoro.

Holdsworth le gritó sin articular palabra.

–Georgie, Georgie –su voz apenas se oía ahora–. El muñeco de mamá.

Su cuerpo ya no estaba allí. Ya no quedaba nada aparte de las aguas negras y espesas de la Laguna Larga, que iban subiendo cada vez más.

–¿Georgie? –La voz no era más que un susurro al borde del silencio–. ¿Georgie?

Holdsworth gimió. Le dolían los oídos y tenía la extraña sensación de haber sido despellejado. Las manos le hormigueaban y, de forma

latente, seguía sintiendo un deseo repugnante y desesperante de copular.

Tiesa como una vara

–¿Maria? –murmuró. Algo lo inquietaba, pero no conseguía identificar de qué se trataba. Era una anomalía monstruosa y atroz–. ¿Maria? ¿Maria?

Fue entonces, al decir su nombre por tercera vez, cuando la identificó. Era inexplicable que no se hubiera dado cuenta antes: el rostro distorsionado que había visto en el agua no era el de Maria, sino el de Elinor Carbury.

Se le encogió el pecho de dolor. Un fleje de hierro le ceñía las costillas y le vaciaba de aliento. Abrió la boca para chillar, pero las crecidas aguas negras del lago le cubrían la boca y, al abrirla, la oscuridad inundó su interior. Todo él se retorció.

Se liberó de las mantas. Se estaba cayendo. De pronto sintió una sacudida.

Recuperó la conciencia y supo que estaba en la habitación de la residencia del rector, tumbado en el suelo de madera entre la cama y las cortinas del dosel. Tenía el codo izquierdo dolorido, había soportado todo el peso de la caída. Empezó a bracear hasta encontrar una brecha entre las cortinas. Una brisa fresca le acarició la mejilla y vislumbró un poco de luz, una tenue línea vertical, allí donde los postigos no alcanzaban a unirse.

«Dios mío, ¿Elinor Carbury?»

Alejó el pensamiento de su mente. Se despreciaba a sí mismo y su cuerpo traicionero y pecaminoso.

Un reloj cercano con un extraño campanilleo tocó los tres cuartos. Holdsworth se puso en pie agarrándose al poste de la cama para no caerse. Se quitó el gorro de dormir y se frotó el sueño de los ojos. Dio varios pasos lentos hacia la ventana y abrió los postigos. Le dolía el cuerpo. Al este se distinguía un tono de cielo más claro, una oscuridad menos profunda. Gracias a Dios, pronto amanecería. Su erección empezó a perder fuerza.

El aire era fresco. Holdsworth se sentó en el alféizar tapizado de la ventana, abrazándose las piernas encogidas bajo la camisa de dormir como si fuera un niño grande.

En el exterior, la luz iba regresando poco a poco a los jardines de Jerusalem. Tenía frío y tomó una decisión irracional, como un niño que se inventa un propósito porque hasta un propósito inventado es mejor que no tener ningún propósito: regresaría a la cama en cuanto viera u oyera a otro ser humano, en cuanto percibiera una señal irrefutable de vida y cordura en el mundo.

No tuvo que esperar mucho. Por la ventana le llegó el sonido de unas ruedas cubiertas de hierro rodando sobre la piedra. Estiró el

cuello y entrevió una figura encorvada que empujaba una pequeña carretilla por el sendero situado detrás de la residencia del rector. Era un hombre que llevaba una larga chaqueta oscura y un sombrero con las alas caídas que se dirigía hacia un puñado de edificios situados a la izquierda, cerca del linde septentrional del colegio.

Debía de ser el pocero nocturno, no podía ser ningún otro. Era el hombre que había encontrado a Sylvia Whichcote en la Laguna Larga.

El hombre de las letrinas. No había nadie más, ni Maria ni Elinor Carbury.

CAPÍTULO 10

Después de desayunar, Ben –el criado del rector– indicó a Holdsworth la ubicación de la papelería, donde compró un plano de la ciudad y sus alrededores. Una vez pertrechado con el mapa, tomó la carretera de Barnwell al este de la ciudad, en dirección a Newmarket. Barnwell no era un pueblo ni una pedanía de Cambridge, sino algo intermedio. Carbury le había advertido que algunas zonas del barrio no eran muy agradables. Había tabernas de baja estofa y casas de mala reputación que atraían a gente de mal vivir de la ciudad y la universidad.

Sin embargo, el sábado por la mañana no vio nada de todo eso. En la carretera había bastante trajín, sobre todo tráfico en dirección al mercado y los comercios del pueblo. La casa que buscaba Holdsworth estaba situada en el límite oriental de Barnwell, una zona de casas dispersas y de acentuado aspecto rústico.

El ejercicio físico y el sol de la mañana le permitieron tomar distancia respecto de los terrores nocturnos. Un hombre racional no necesita fustigarse por sus sueños, se recordó a sí mismo Holdsworth, puesto que eran ajenos a su control y estaban plagados de ideas y sensaciones absurdas. Ya se enfrentaba a suficientes dificultades cuando estaba despierto como para crearse más.

El establecimiento del Dr. Jermyn estaba ubicado en un pequeño y agradable solar. Un muro casi tan alto como el de Jerusalem rodeaba el recinto. La cancela estaba cerrada con llaves. Había un tirador a la derecha de la verja, en el pilar, junto a un cartel que informaba a los visitantes que debían llamar y esperar. Holdsworth tiró de la empuñadura. Treinta segundos después, se abrió la puerta principal y un criado emprendió el recorrido del sendero con paso tranquilo para preguntarle en tono educado en qué podía ayudarlo.

–Me llamo Holdsworth. Tengo entendido que el Dr. Jermyn me está esperando.

El criado hizo una reverencia y sacó una llave para abrir la verja.

–Aquí están bien a salvo del mundo exterior –señaló Holdsworth.

–Esto no es sólo para evitar que entre gente de fuera –lo informó el criado mientras volvía a cerrar con llave y guiaba a Holdsworth por la senda–. Es para que no salgan los de dentro.

De camino a la casa, Holdsworth divisó a tres o cuatro hombres en el jardín. Uno parecía estar podando el seto, mientas que otro escarbaba con una azada un parterre de flores. Nada de extraño había en sus acciones, pero en lugar de ir ataviados de jardineros iban vestidos como caballeros. Incluso a distancia Holdsworth podía

distinguir sus chaquetas negras, calzones y medias de seda oscura y chalecos blancos. Además, al menos dos de ellos tenían el cabello empolvado y bien peinado, como si fueran a visitar a una dama en cualquier momento.

Cuando llegaron a la puerta de la casa, el criado hizo sonar la campanilla, como si él también fuera un visitante. Otro criado los dejó entrar y condujo a Holdsworth a un pequeño salón, donde el Dr. Jermyn no tardaría en atenderlo.

Holdsworth rondó por la estancia y se acercó a la ventana, desde donde se veía una gran extensión de césped bañada por el sol que flanqueaba ese lado de la casa y un grueso macizo de arbustos más allá. En ese instante se abrió la puerta y entró el Dr. Jermyn.

–Señor Holdsworth, a su servicio –saludó con tono brioso–. El señor Cross me escribió para decirme que era probable que nos honrase con una visita esta mañana.

Ambos hombres se saludaron con una reverencia. Jermyn era un hombre de rostro agradable y franco que apenas había superado la treintena, que vestía de forma sobria y elegante y no usaba peluca.

–Estaba usted examinando las ventanas. ¿Esperaba que tuvieran barrotes?

–No sabía qué esperar. ¿Los hombres del jardín son pacientes del centro?

–Sí. El trabajo sano y honrado al aire libre es muy beneficioso. Me complace poder decir que varios de los caballeros que se hospedan aquí se prestan a ayudar.

–Tengo una carta de presentación de su señoría –dijo Holdsworth mientras la sacaba del bolsillo.

El doctor le ofreció asiento y, susurrando una disculpa, rompió el lacre y leyó la carta despacio. En cuanto hubo acabado, lo miró.

–Estos asuntos son siempre muy delicados. Y, por lo que he podido ver, el caso del señor Oldershaw lo es por diversos motivos. Su señoría me dice que cuenta usted con su plena confianza y que debo ayudarlo en todo lo que sea posible.

–¿Cómo se encuentra el señor Oldershaw?

–En lo que respecta a su eventual recuperación, tengo grandes esperanzas puestas en él. Es de constitución robusta y carácter optimista. Tiene familia y amigos que le desean lo mejor y no le faltan recursos. En otras palabras, he visto alojados aquí a muchos pacientes en peor situación.

–No lo dudo –comentó Holdsworth.

–Por otro lado, no se trata de un caso anómalo. Hay muchos jóvenes que llegan a la universidad poco preparados para resistir las tentaciones y superar las pruebas que se les presentan. Algunos jamás han estado fuera de casa y, sin una guía firme y unos principios

morales bien inculcados, acaban deslizándose gradualmente hacia la catástrofe al combinarse la locura de la juventud con las oportunidades que brinda la independencia.

–Habla usted en términos generales –interrumpió Holdsworth–, pero ¿qué puede decirme del señor Oldershaw en concreto?

Por vez primera el Dr. Jermyn se mostró dubitativo.

–¿Le importaría decirme lo que sabe? No voy a dejar que lo vea sin ser consciente de lo que le espera.

–He visto el cuello del señor Cross.

–Ah. Eso fue un incidente lamentable.

–Según lady Oldershaw, su hijo era antes una persona de carácter afable que siempre estaba de buen humor.

Oyeron un ruido sobre sus cabezas, un aullido distante seguido de unos pasos rápidos y el sonido de una puerta al cerrarse de golpe.

–Una madre nunca es imparcial –declaró Jermyn–, pero es importante entender que el caso del señor Oldershaw no es fácil de comprender para un lego en la materia. Incluso es difícil para muchos de mis compañeros. Sólo un médico especializado en trastornos maníacos puede percibir los detalles más concretos.

–Le ruego entonces que me permita comprender los más generales tan bien como pueda. ¿Por qué ha sido traído aquí el señor Oldershaw en lugar de ser llevado a otro médico de la zona?

Jermyn parecía absorto en sus manos, que eran pequeñas, blancas y muy limpias, pero de pronto alzó la mirada y le sonrió, como si de repente hubiera recordado quién pagaba las facturas.

–Para empezar, no hay demasiados médicos especializados en tales casos en Cambridge. Además, me enorgullezco de ser conocido en la universidad. Los médicos locales, muchos de ellos hombres admirables, no han tenido el tiempo o la oportunidad de estudiar estas patologías, y mucho menos la ciencia moderna del tratamiento de la moral –asintió Jermyn con la cabeza, como si se dedicara un gesto de aprobación a sí mismo–. Hemos avanzado mucho desde la época de nuestros abuelos, ¿sabe?

–¿Y quién le recomendó a lady Anne?

–El tutor del chico, por supuesto, el señor Richardson. Al parecer, el señor Oldershaw llevaba varias semanas actuando de forma extraña, desde febrero. Ojalá me hubieran llamado antes, pero esperaron hasta que su estado se agravó. Eso fue en marzo.

–¿Y de qué enfermedad estamos hablando exactamente?

Jermyn juntó las manos y levantó los dedos entrelazados.

–Para que me entienda usted, su melancolía era tan profunda que había alcanzado un punto en que la vida se le hacía insoportable. Es como si hubiese tenido una crisis nerviosa en una parte del cerebro que le hubiera producido un estado de delirio. En estos casos, la

medicina diferencia entre melancolía y manía. Hay quien afirma que son patologías independientes, pero yo coincido con el profesor Cullen, que considera que la distinción no radica en la categoría, sino en el grado de la enfermedad. En su Nosología de la manía encontrará su doctrina explicada con gran detalle.

Holdsworth pensó en Maria y en el efecto que tuvieron en ella la pérdida de Georgie y el tener que abandonar la casa en la que él había vivido y a la que habían traído su pequeño cuerpo magullado. Según Jermyn, Maria habría pasado de la melancolía a la manía.

–¿No es posible que un factor externo actuara como desencadenante, que un fuerte trastorno le dislocara el sistema?

–No afirmo lo contrario, pero para obtener respuestas yo me fijo en la fisiología del cerebro, no en los acontecimientos reales o imaginarios que puedan haber acaecido fuera de él.

–¿Qué pasa entonces con el fantasma?

–Ah, nuestro fantasma –Jermyn sonrió de nuevo–. Me preguntaba cuándo llegaríamos a esa criatura fabulosa. El fantasma, muy señor mío, es un síntoma de la manía del señor Oldershaw, no una causa.

–Según tengo entendido, el señor Oldershaw caminaba una noche por los jardines de Jerusalem cuando creyó ver el fantasma de una dama recién fallecida, una dama que conocía y que era la esposa de un amigo, y que fue ese hecho lo que lo impulsó a intentar quitarse la vida.

–Eso es poner el carro delante del caballo. Piense en el ataque injustificado sobre el señor Cross, el administrador de su madre, un anciano que conoce desde la infancia. El señor Cross apenas entró en la habitación donde estaba el señor Oldershaw cuando éste se abalanzó sobre él. Si no hubiéramos estado un ayudante y yo para frenarlo, las consecuencias para el señor Cross hubieran sido fatales. No hubo ningún motivo externo que motivara ese ataque, del mismo modo que no hay razón alguna por la cual intentara darse muerte por propia mano en la laguna de la universidad. En ambos casos se encontraba bajo los efectos del delirio provocado por la manía. El término técnico es mania furibunda¸ es decir, manía acompañada de violencia.

–Olvidémonos de los tecnicismos por un momento –interrumpió Holdsworth–. ¿Había ocurrido alguna cosa que le hubiera podido llevar a pensar que el señor Cross era su enemigo?

–Por lo que yo sé, no –respondió el médico inclinándose hacia delante–. Por ahora no puedo explicar estas manifestaciones concretas de manía, pero sí creo conocer el fenómeno general que las causa. ¿Ha leído usted el Ensayo sobre el entendimiento humano de Locke?

–Le he echado un vistazo por encima, sí.

Jermyn se permitió otra sonrisa.

–Entre otras cosas, explica el método de discernimiento de la mente y el modo en que realiza otras acciones. El señor Locke presenta unos argumentos muy acertados acerca de los motivos por los cuales los dementes no disciernen bien las cosas, pese a estar capacitados para el pensamiento racional. Los idiotas, por otro lado, son intrínsecamente incapaces de razonar. –El tono de Jermyn fue adquiriendo poco a poco una inflexión que no hubiera desentonado en un púlpito–. Para los locos la dificultad radica en las premisas en las que basan sus razonamientos, y no tanto en...

–Discúlpeme, pero no entiendo cómo un error filosófico puede haber causado la manía del señor Oldershaw –interrumpió Holdsworth–. Y tampoco comprendo lo que tiene que ver su fisiología en todo esto.

–Nos estamos adentrando en el terreno de la medicina y es inevitable que ello le cause confusión. El señor Locke siempre es un buen guía en estos asuntos. Créame, si hubiera visto tantos casos desafortunados como yo, las teorías del señor Locke no le parecerían tan improbables.

–Pero todavía no ha conseguido esclarecer la causa de la manía del señor Oldershaw, ¿verdad? Porque, en resumidas cuentas, eso es lo que me está diciendo usted.

–No me interesa el contenido de los delirios del señor Oldershaw, me interesa el hecho de que los tiene. Por regla general, los desvaríos de un loco no son más que un fuego fatuo. Descubrir la causa no es la cuestión, lo importante es el hecho de que desvaría. Como todos los elementos del universo, desde la órbita del sol hasta la migración de las golondrinas, la melancolía y la manía siguen unas leyes inmutables. Estas leyes son como una llave maestra que permite desvelar los misterios de la naturaleza, incluidos algunos de la mente humana. Eso es todo lo que necesitamos.

–Y todo lo que necesita el señor Oldershaw es recuperar su sano juicio –sentenció Holdsworth–. ¿Qué tratamiento le está aplicando?

–Un sistema basado en el tratamiento de la moral. Creo que es el único método efectivo. El médico debe conseguir ejercer un dominio benigno sobre el paciente, tanto en lo físico como en lo psicológico. Una vez logrado esto, puede empezar a trabajar sobre los defectos del entendimiento subyacentes a la enfermedad. El éxito depende en buena parte de la habilidad del médico para dominar al paciente. Es algo parecido a educar a un niño.

–Tratamiento de la moral –repitió Holdsworth–. ¿Hace que sus pacientes le obedezcan como perros?

–Básicamente, sí. Es un sistema de reeducación en el que el paciente debe seguir unas pautas de pensamiento, habla y conducta apropiadas. En el caso del señor Oldershaw debo admitir que fui

demasiado optimista. Recomendé al señor Cross que le dijera que pronto le llevaría a casa junto a lady Anne y que, como su salud había mejorado tanto, podía organizar una pequeña comida aquí en la que actuaría como anfitrión y a la que acudirían, aparte del señor Cross y yo mismo, algunos de sus conocidos de Cambridge.

–¿Quiénes? –preguntó Holdsworth.

–Tan sólo tres hombres más. Su tutor, por supuesto, el señor Richardson. El señor Whichcote, un hombre de gran reputación y cierta fortuna que está muy presente en la vida social de por aquí; enviudó recientemente, pero sigue acudiendo a pequeñas reuniones privadas. En cierto modo, cobijó al señor Oldershaw bajo su ala. El otro hombre se llama Archdale y es un estudiante con privilegios de Jerusalem. Oldershaw y él siempre iban juntos a todas partes. Mi esperanza era que una comida íntima con las personas más cercanas fuera el primer paso para su reintegración en la sociedad, pero fue en vano. En la entrevista con el señor Cross se puso cada vez más nervioso y, cuando me distraje un momento, perdió el control y lo atacó, como usted ya sabe. Así funciona la mania furibunda, es tan imposible de prever como una tormenta de verano.

–Me gustaría verlo.

–No se lo aconsejo, quizá le provoque...

–Insisto. Tengo órdenes de lady Anne de verlo con mis propios ojos.

Con otra de sus sonrisas, el Dr. Jermyn se puso en pie y abrió la puerta. Había algo reluciente e impermeable en este hombre, pensó Holdsworth, era como si llevara una capa de barniz. Ni las palabras ni las argumentaciones más duras parecían penetrar en su interior; se quedaban en el exterior y acababan por desvanecerse sin causar ni un rasguño.

–Muy bien –accedió Jermyn–. Hasta un médico debe doblegarse ante la tierna curiosidad de una madre.

CAPÍTULO 11

Philip Whichcote estaba plantado en la puerta mordisqueándose el dedo índice. No le gustaba mirar la cama, pero no podía evitarlo. Era una cosa fea y anticuada, demasiado grande para la habitación. Un regalo de boda de la madre de Sylvia del que se había sentido extrañamente orgullosa. El colchón desnudo yacía sobre el esqueleto del armazón de madera. Los cuatro postes labrados de las esquinas sujetaban un dosel que siempre le había recordado el techo de una carroza fúnebre.

Aquí había yacido Sylvia noche tras noche, y él con ella. Su cuerpo cálido apretándose contra el colchón, y el cuerpo de él sobre el de ella. Noche tras noche.

La habitación silenciosa y tranquila le oprimía por más razones de las que podía molestarse en enumerar, pero la cama era lo peor. Le hubiera gustado poder ordenar que la desguazaran y llevaran abajo, al jardín de la cocina, y la quemaran junto con el colchón. En lugar de ello, tendría que venderla por lo que le dieran.

Whichcote fue a la habitación contigua, a la sala de estar de Sylvia. Se acercó con paso rápido a la ventana más cercana y la abrió tirando hacia arriba de la hoja de la guillotina. El sol de mediodía entró a raudales. Unas motas de polvo danzaron en el aire. Apartó las sábanas que cubrían los muebles. El escritorio era una buena pieza que había heredado de su tío abuelo; algo le darían por él. Sacó algunos libros de los estantes al azar; seguro que conseguía algunas guineas por los libros de Sylvia. Llamaría a alguien de Merrill's o de Lunn's para ver lo que le ofrecían.

Abrió el escritorio y metió los dedos en los recovecos y compartimentos con la esperanza de encontrar algo que se le hubiera pasado por alto la última vez. Había plumines oxidados, papel, tinta seca, lacre y cordel. Era sorprendente el poco rastro de sí misma que Sylvia había dejado tras de sí. Era como si apenas hubiera existido. Se había pasado la mitad de su vida escribiendo a otras mujeres, a su madre en el campo y a Elinor Carbury en Jerusalem, pero no había guardado las cartas que había recibido. Ni tampoco tenía un diario. No quedaba nada de ella.

Muerta. Muerta. Muerta.

Cerró la tapa del escritorio. Detrás de él oyó a Augustus emitir un gallo al intentar carraspear. El pequeño lacayo había intentado emular la tos discreta del criado bien educado que desea advertir al señor de su presencia, pero la naturaleza había decretado otra cosa.

–¿Qué sucede ahora?

–El señor Mulgrave está abajo, señor.

–Acompáñalo a mi despacho.

Whichcote cerró la puerta que conducía a las habitaciones de Sylvia y bajó las escaleras. Augustus anunció a Mulgrave casi de inmediato. El gyp entró con paso lento en la sala. Su cuerpo se inclinaba hacia la izquierda como de costumbre, ya que tenía la pierna izquierda más corta que la derecha.

–¿Qué noticias hay? –inquirió Whichcote.

Mulgrave se encogió de hombros.

–No ha habido grandes cambios, señor. Dicen que el señor Oldershaw está tranquilo. Como está drogado, se pasa la mayor parte del tiempo durmiendo. Come como una lima, pero no hay vida en él. Tiene la misma vida que este sofá.

–¿Los ayudantes del médico creen que puede curarse?

–Dicen que el doctor ha arreglado a mucha gente y ha ganado mucho dinero haciéndolo –sonrió Mulgrave–, pero no parece que haya avanzado mucho con el señor Oldershaw. Le grita como al resto de los pacientes y le dice que haga esto y lo otro y le bese el culo, pero el señor Oldershaw se queda allí sentado sin hacer nada o bien empieza a gritar o a llorar como si fuera a reventar.

–Cuida esa lengua. ¿Eso es todo?

–Sigue teniendo ataques violentos, si es eso lo que quiere saber. No muy a menudo, pero el señor Oldershaw es todo un hombretón y uno no quiere estar enfrente cuando le da uno de sus arrebatos.

–¿Cuándo vuelves a visitarlo?

–El martes, señor, salvo que me digan lo contrario. Tengo que hacer lo habitual: afeitarlo, arreglarle el cabello, cepillar la ropa, ocuparme de la colada. Por cierto, he oído que el señor Holdsworth también ha estado en Barnwell.

–¿El hombre de lady Anne?

–Sí –respondió Mulgrave frunciendo el ceño–. Habrá que andarse con ojo con ése...

–Quisiera saber más acerca de él. Ven a verme de nuevo cuando hayas vuelto a Barnwell, o antes si tienes más información, sobre todo de Holdsworth.

–Como usted mande, señor.

Whichcote dio media vuelta y miró fijamente por la mugrienta ventana.

–Ya puedes irte.

Mulgrave tosió.

–Disculpe, señor, pero está el pequeño asunto de mi minuta...

–Ahora no.

–Pero va subiendo, señor.

–El otro día ya te di algo –espetó Whichcote.

–Un par de guineas a cuenta a finales de marzo, señor. –Mulgrave sacó una libreta del bolsillo–. El 29 de marzo para ser exactos, señor. En ese momento la cuenta ascendía a trece libras, ocho chelines y cuatro peniques. Ahora ya es un poco más, son casi veinte libras.

–Maldita sea, ya te lo daré, pero ahora no.

Mulgrave no se dio por vencido.

–Le ruego que me disculpe, señor, pero no he podido evitar notar que estos últimos meses su estado no es tan boyante como antes. Ha despedido a todo el servicio menos al joven lacayo y las mujeres.

–Mi manera de organizar la casa no es asunto tuyo, ni tampoco deseo comentarlo contigo. Vete.

–También está el asunto del pagaré, cuando hubo problemas con la cuadra de pupilaje.

Whichcote se contuvo.

–Tu factura no ha vencido todavía. Además, tu dinero está tan seguro conmigo como si estuviera en el Banco de Inglaterra. Sólo es un problema temporal de disposición de efectivo.

–Sí, señor, no lo dudo, pero si me lo permite, podría empezar desde cero si hipotecara este lugar o lo vendiera, porque seguro que...

–Maldita sea tu estampa, Mulgrave.

–Escuche, señor, no deseo parecerle desagradecido. Usted y yo hace mucho que nos conocemos, pero necesito ganarme la vida. Yo también tengo a gente que depende de mí, igual que usted –dijo enarcando las cejas–. Bueno, supongo que siempre puedo acudir a su señoría.

–¿Qué señoría? –inquirió Whichcote con un hilo de voz apenas susurrado, sabiendo la respuesta antes de hacer la pregunta.

–Lady Anne, por supuesto, habida cuenta de lo mucho que he hecho por el señor Oldershaw desde que fue admitido en Jerusalem y sobre todo ahora que está con el Dr. Jermyn. Y no he cobrado nada por ello. Además, seguro que a su señoría le gustará hablar conmigo para que le explique cómo está su hijo –señaló mientras se daba palmaditas en el pecho–. Siento lástima por ella, señor. Yo también soy padre.

–No hay necesidad alguna de molestarla –comentó Whichcote–. En lo que respecta a tu factura, me ocuparé de ello para que puedas recibir algo más a cuenta.

–La factura entera, si no le importa. Con el pagaré, son poco menos de ochenta libras. –Mulgrave volvió a sacar la libreta del bolsillo–. Tengo la cifra exacta aquí.

–Algo a cuenta, he dicho –repitió Whichcote.

Tenía la sensación de que el suelo se abría a sus pies. Hubo un invierno, cuando todavía era estudiante, que había estado de caza en las marismas y la tierra bajo sus pies hizo exactamente eso: lo que

parecía terreno firme se convirtió en cieno y empezó a succionarle hacia abajo. Si un grupo de marismeños no hubiera estado cerca, se habría ahogado. Sacaron su cuerpo tembloroso del fango, la ropa sucia y empapada. Los hombres, agolpados a su alrededor, se rieron de él.

–Toda la minuta, señor –insistió Mulgrave–. Seguro que puede sacar algo de la casa. Será fácil.

–Vete –ordenó Whichcote–. Vete ahora mismo.

Mulgrave se dirigió a la puerta sin prisa. Antes de abrirla, se paró y dio un vistazo a la sala.

–Estoy seguro de que el viejo Jeevons vendría en un santiamén. ¿Lo conoce, señor? Está en la esquina de Slaughterhouse Lane. Sería muy razonable, teniendo en cuenta la situación. Siempre hay un camino, señor, siempre.

* * *

Subieron juntos las anchas escaleras de peldaños bajos. Un reloj marcaba el paso del tiempo en la fresca oscuridad del vestíbulo. El lugar olía a cera, zumo de limón y vinagre. La casa emanaba una normalidad tan rotunda y perfecta que hasta la normalidad parecía siniestra a su lado.

Jermyn se detuvo en el rellano.

–Es probable que no consiga sacar demasiado del pobre diablo –murmuró–. Como su médico, no puedo dejar de hacer hincapié en que continúe con el tratamiento aquí, es imprescindible no sacarlo de su ambiente.

Un psiquiátrico privado era un negocio. Holdsworth dudaba de que los motivos de Jermyn para crear el centro fueran única o principalmente científicos, y mucho menos filantrópicos. Se preguntó lo que le debía de estar pagando lady Anne por el alojamiento y tratamiento de su hijo, además de todos los gastos asociados a la estancia de un joven caballero de la posición del señor Oldershaw. ¿Cinco guineas a la semana? ¿Seis? Si Jermyn contaba con media docena de pacientes así, se estaría ganando bien la vida y, con doce pacientes, sus ingresos superarían a los de muchos miembros de la aristocracia rural.

En la primera planta, las puertas que daban al rellano estaban cerradas. Jermyn abrió la más próxima de la derecha sin llamar y entró en la habitación. Holdsworth siguió sus pasos. Era una habitación grande con dos ventanas con vistas a los jardines de atrás. Se respiraba un olor dulzón.

Un hombre musculoso y de anchas espaldas se levantó de una silla situada junto a la puerta. Jermyn lo interrogó en silencio enarcando las cejas. El hombre asintió con la cabeza. Ambos miraron al joven

que estaba sentado a una mesa de juego en la esquina más alejada de la puerta. Estaba concentrado en algo que tenía delante. No levantó la vista.

Jermyn se acercó al paciente.

–¿Qué tal, Frank? ¿Cómo está hoy?

El joven no respondió. Holdsworth no podía verle todavía la cara. Estaba vestido de negro de forma sencilla, pero elegante. Como era costumbre entre muchos jóvenes, no llevaba peluca.

Jermyn indicó a Holdsworth que se acercara y volvió a dirigirse al paciente.

–Muy bien, Frank, muy bien. Me gusta ver que está realizando una actividad útil.

Al cruzar la habitación, Holdsworth vio una silla de madera apoyada contra la pared junto a la chimenea con unas correas de piel anchas en las patas, los brazos y el respaldo. Las cinchas tenían el aspecto flexible que adquiere la piel con el uso.

El rostro de Frank Oldershaw se hubiera tenido por hermoso si hubiera pertenecido a una mujer. Tenía la vista fija en el suelo y el ceño un poco fruncido, como si fuera un ángel meditando acerca de las imperfecciones de la humanidad. En la mesa había varias docenas de pequeños cubos de madera con dibujos pintados en cada cara. De todas ellas, destacaban seis alineadas de forma que cada una encajaba con la de al lado, de manera que una imagen más amplia comenzaba a formarse. Los cubos le resultaron inesperadamente familiares, y de pronto Holdsworth se dio cuenta de que era uno de esos rompecabezas didácticos para niños cuyas piezas forman seis imágenes diferentes. Las muescas en los pequeños grabados permitían encajar las piezas entre sí. Una de las imágenes mostraba un árbol genealógico de los reyes y reinas de Inglaterra que se remontaba hasta el rey Arturo; otra, episodios del Antiguo Testamento en el que ocupaban un lugar preponderante los profetas, ordenados cronológicamente. Frank Oldershaw estaba ejercitándose con información útil presentada de forma racional. Holdsworth había tenido el rompecabezas en su tienda de Leadenshall unos pocos meses, pero no se había vendido bien.

–Frank, necesito que deje lo que está haciendo por un momento. Tiene visita.

Poco a poco, Frank dejó sobre la mesa el cubo que tenía en la mano y levantó la vista. Primero miró a Jermyn y, después, a Holdsworth.

–Levántese, señor, se lo ruego. Eso es lo que debe hacerse cuando alternamos con gente educada y cuando alguien nos es presentado.

Frank se incorporó con lentitud. Era un joven alto, casi tan alto como Holdsworth, pero menos corpulento. Sus movimientos eran algo desgarbados, como los de un adolescente, como si todavía no se

hubiera acostumbrado a la longitud y el peso recién adquiridos de sus extremidades. A pesar de la belleza de su rostro, su aspecto no era nada afeminado. Estaba de pie delante de ellos con los hombros caídos y la cabeza gacha. Holdsworth hizo una reverencia y Frank respondió con un leve movimiento de cabeza.

–Bien –prosiguió Jermyn–. Eso ha estado muy bien. Estamos todos muy a gusto, ¿verdad?

Hizo una pausa, pero nadie respondió.

–El señor Holdsworth ha venido a verlo de parte de lady Anne –lo enteró Jermyn–. ¿Quién sabe? Si sigue progresando así, quizá pueda regresar a Londres dentro de unas semanas.

De repente, Frank Oldershaw cobró vida y saltó como una trampa para ratones en una alacena. Dio media vuelta con los brazos extendidos y barrió con las manos las piezas de madera de la mesa. Impávido, Jermyn dio un paso atrás. Frank, con otro movimiento tan violento como el anterior, cambió de dirección y la pequeña mesa salió volando hacia el rincón.

El episodio finalizó casi tan pronto como había empezado. El ayudante corrió hasta Frank y lo agarró con fuerza para que no pudiera mover los brazos. El joven forcejeó, se revolvió y pateó, pero por más que lo intentó no logró liberarse de la llave que lo atenazaba.

Jermyn tocó la campanilla que colgaba de la pared junto a la chimenea. Se abrió la puerta y entraron dos hombres más. Entre todos, forzaron a Frank a sentarse en la silla de madera y lo ataron. Durante todo este tiempo, nadie dijo nada, era como si estos episodios fueran tan habituales que ya no quedara nada por decir.

Holdsworth recogió la mesa y la puso de pie en su lugar. Al hacerlo, pisó uno de los cubos de madera. Se agachó para cogerlo y lo dejó sobre la mesa. El dibujo superior era una imagen de animales de granja y, al girar el cubo, aparecía el sacrificio de Isaac. Al levantar la vista, se encontró con la mirada de Frank fija en él.

–Eso ha estado muy mal –le reprendió Jermyn acercando su cara a la de Frank–. No debe dejar que estos ataques de genio se apoderen de usted.

Frank tenía la boca abierta. Sacó la lengua y la agitó de un lado a otro.

–Cua, cua –replicó.

–Debe disculparse –prosiguió Jermyn–. Ante mí y, por supuesto, ante el señor Holdsworth. Es el emisario de su madre y merece una atención especial. Y ante el pobre Norcross, que ha tenido que reducirlo de nuevo.

Frank bajó la cabeza y se aisló de todos.

Jermyn lo agarró del cabello y le echó la cabeza atrás. Frank clavó los ojos en la cara del médico.

–Míreme, Frank –ordenó Jermyn con firmeza–. Míreme y dígame quién manda aquí.

Frank cerró los ojos con fuerza y se replegó en su oscuridad interior.

Jermyn hizo un gesto con la cabeza a Norcross, que se colocó detrás de la silla y abrió a la fuerza los párpados de Frank con los pulgares. Le estiró la cabeza hacia atrás para que mirara la cara de Jermyn, que se encontraba a menos de medio palmo de la suya.

–Míreme –repitió Jermyn–. Dígame quién manda aquí.

Frank empezó a mover los ojos de un lado a otro como si estuviera teniendo un ataque. Escupió a Jermyn. El médico dio un paso atrás y abofeteó a su paciente con minuciosidad: la palma izquierda sobre la mejilla derecha y la derecha sobre la mejilla izquierda. Sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la saliva de la cara y la manga de la chaqueta.

–Está aquí por su propio bien –lo aleccionó Jermyn con una voz profunda y resonante, hablando de forma lenta y acompasada–. Por su propio bien, debe obedecerme en todo. ¿Quién manda aquí?

La lengua de Frank apareció por un segundo entre sus labios, como si los estuviera humedeciendo. Gargarizó desde lo más profundo de su garganta.

–¿Quién manda aquí? –insistió Jermyn al tiempo que lanzaba una mirada al ayudante, que echó aún más hacia atrás la cabeza de Frank y le apretó todavía más los ojos con los pulgares.

–Usted –soltó Frank con una voz que no era más que un áspero susurro.

–Tiene que decirlo así –ordenó Jermyn–: «Usted manda aquí, señor».

–Usted... usted manda aquí.

–¡Señor! –rugió Jermyn.

–Señor –murmuró Frank.

Jermyn se alejó del paciente y Norcross lo soltó. El médico se volvió hacia Holdsworth con una sonrisa.

–Acaba de ver en acción el moderno sistema de tratamiento de la moral –señaló jubiloso–. Antes o después, siempre acaba funcionando, pero es importante que sepan quién manda. Ésa es la primera premisa.

Frank dejó caer la cabeza y cerró los ojos. Tenía las pestañas húmedas y brillantes.

–Me gustaría hablar con el señor Oldershaw –manifestó Holdsworth.

–Desde luego –concedió Jermyn señalando al paciente silencioso con un gesto de la mano–. Sin embargo, no creo que sus respuestas sean muy coherentes.

–Preferiría hablar a solas con él. Debo comentarle unos asuntos de

carácter privado.

Jermyn sonrió, cortés.

–No lo dudo, pero no lo puedo permitir.

Norcross cogió una mordaza de cuero de la repisa de la chimenea y miró a Jermyn a la espera de instrucciones.

El médico negó con la cabeza.

–Más tarde. Es mejor que nuestro huésped sepa a lo que nos enfrentamos.

Frank emitió un largo sollozo, inclinó la cabeza hacia atrás y comenzó a aullar como un lobo.

En cuanto cesó el aullido, Jermyn se volvió hacia Holdsworth.

–¿Me comprende usted ahora?

CAPÍTULO 12

Harry Archdale intentó levantarse, pero en cuanto sacó las piernas por el borde de la cama sintió un mareo insoportable. El movimiento desencadenó una violenta actividad interna que lo forzó a arrojarse fuera de la cama con la cabeza por delante y los brazos extendidos en busca de la bacinilla. Después de vomitar, tuvo que tumbarse de nuevo para recuperarse.

Se arrastró hacia un duermevela incómodo en el que aparecieron en su cabeza retazos del día anterior que flotaban como peces aletargados en su mente semiconsciente. Tenía la impresión de haber perdido una cantidad de dinero considerable con Philip Whichcote, no por falta de destreza, sino por las manos que le habían tocado en suerte. Si Whichcote le exigía el pago inmediato de la deuda –algo muy probable–, tendría que solicitar a su tutor otro adelanto sobre la asignación del siguiente trimestre, lo cual lo conduciría a otra escena desagradable y, como resultado, quizá no pudiera viajar a París en las vacaciones.

El recuerdo indeseable de la existencia de su tutor trajo consigo otro pensamiento igualmente molesto. Hoy debía de ser domingo. Sir Charles –que además de ser su tutor era su tío– llegaría a Cambridge esa misma tarde. Tenía previsto alojarse en el Blue Boar y, al día siguiente, iba asistir a la misa en la iglesia de Great St. Mary's y comer en Jerusalem. Era imprescindible no disgustar al viejo, pero no sería fácil, puesto que discutiría los progresos realizados por su pupilo con el señor Richardson.

Además, estaba el pequeño asunto de sus deudas. Su tío sólo liquidaría las relacionadas con la universidad y con los comerciantes legalmente establecidos que recibía directamente Richardson, pero había más deudas, como las de juego o los pequeños gastos varios de la vida diaria. Y para complicar las cosas más, a sir Charles se le había metido entre ceja y ceja que Archdale debía presentarse para la medalla Vauden.

Sea como fuere, Archdale tenía que lograr que el día de mañana transcurriera de una manera discreta y satisfactoria para todas las partes a fin de estar en perfecto estado para las emociones que le depararía la reunión del club del miércoles por la noche. No se la perdería por nada del mundo, esa noche le nombrarían apóstol. El Club del Espíritu Santo tenía fama de ser el club más selecto de Cambridge y sus miembros eran reclutados entre lo mejor de la élite. No había nada más deseable que ser uno de los doce apóstoles, pero su tío era incapaz de apreciar la importancia de todo ello. Si el viejo

cascarrabias estaba de mal humor, podía llegar a sacar a su sobrino de la universidad. En su última carta ya le había amenazado con ello si Archdale no aprendía a vivir ajustándose a la asignación y se aplicaba más a sus estudios. Tenía que hacer algo, necesitaba un golpe de efecto que convirtiera a sir Charles en la benevolencia personificada.

Archdale se incorporó hasta quedar sentado y lanzó un gemido. Alguien llamó a la puerta. La criada de alcoba asomó su cara sonrosada por el umbral.

–¿Me ha llamado, señor? –preguntó al tiempo que su mirada merodeaba rápida por las sábanas desordenadas, la montaña de ropa sucia apilada en el suelo, el orinal desbordado y el señor Archdale acurrucado en la cama.

–No –gimoteó–. Quiero decir, sí. ¿Dónde está Mulgrave? Necesito a Mulgrave.

–No está en el colegio esta mañana, señor.

–Qué inoportuno. Quiero... necesito... Se quedó sin palabras y se mordió el labio inferior en silencio a la espera de que remitiera el dolor de cabeza.

La criada decidió por él.

–Quiere una taza de té, señor –dijo–. Pediré a los de la despensa que preparen uno de sus brebajes especiales. Volveré enseguida.

–Sí, no... De acuerdo. No, espera. Hay otra cosa: necesito ver al señor Soresby de inmediato. Sube y mira si está. Normalmente... ay, Dios...

Archdale se interrumpió y buscó de nuevo el bacín. La criada se marchó discretamente.

Al cabo de un rato cesaron las turbulencias internas, pero el dolor de cabeza persistía, al igual que el mal sabor de boca. La criada volvió con el té y un recipiente que contenía el nauseabundo y harto costoso reconstituyente que preparaban en la despensa para los estudiantes en el estado de Archdale. La criada le comunicó que el señor Soresby bajaría enseguida.

El reconstituyente bien valía su precio. Archdale tardaría horas en recuperarse del todo, pero pronto se encontró lo bastante bien como para beber el té sentado en el sillón junto a la ventana. Mirando a través de ésta vio unas figuras en Chapel Court que llevaban una capa negra acortada por delante. En cuanto vio al señor Richardson cruzando en diagonal la explanada hacia la sala común, recordó que se había saltado otra vez la misa matutina sin haber tomado la precaución de conseguir antes un pase de pernocta. Eso le supondría otra multa y, seguramente, una desagradable conversación con el viejo Ricky.

A Archdale le llamó la atención un extraño que atravesaba el patio a solas procedente del pasaje que conducía a la sala común y a la

residencia del rector. Giró a la derecha y caminó junto al refectorio. Archdale supuso que se dirigía a la puerta principal. Era un hombre alto y corpulento vestido con raídas ropas negras, pero no era un clérigo.

En ese momento alguien llamó a la puerta y Soresby entró en la habitación arrastrando los pies. Junto a él sonó la voz de la criada, que le previno de que cuidara dónde pisaba.

Soresby hizo una reverencia.

–Señor Archdale, espero que esté usted...

–Sí, sí –interrumpió Archdale con un gesto impaciente de la mano–. Dime, ¿quién es ese hombre de allá abajo?

Soresby se acercó a la ventana. El extraño estaba hablando con Mepal, el jefe de los bedeles.

–Jamás le había visto en mi vida... –Soresby calló de repente–. Ahora que lo pienso, creo que lo vi anoche. Estaba con el señor Richardson.

–Es un amigo de Ricky, ¿eh?

–No lo sé. Me da la impresión de que ha preguntado a Mepal dónde se encuentra la biblioteca. Me parece que no va a tener suerte porque la puerta está cerrada.

–No se me ocurre ningún motivo para ir a ese lugar sombrío y deprimente.

–Permítame una pregunta, señor Archdale –inquirió Soresby con sequedad–. ¿Recuerda haberme visto anoche?

–No estoy seguro –respondió sorbiendo un poco de té y esbozando una mueca porque estaba caliente–. ¿Yo te vi?

–Sí, cuando el señor Richardson me mandó arriba para darle un recado.

Archdale se frotó la cabeza.

–Ahora que lo dices, creo recordar algo. –Frunció el ceño y, haciendo un esfuerzo, logró recordar algo de lo sucedido–. Sí, me temo que uno o dos hombres se hallaban algo alborozados. Cantábamos, ¿Verdad? Y dices que el tipo de allá abajo estaba entonces con Ricky.

–Creo que era él. Era de noche y se mantuvo en la sombra. Me parece que su nombre es Holdsworth.

–Observaron al hombre tentar la puerta de la biblioteca y volver sobre sus pasos.

–¿Deseaba verme, señor Archdale? –preguntó Soresby tirándose de los dedos hasta que una de las articulaciones crujió con un pequeño sonido perturbador del que no pareció percatarse–. Debo admitir que después de lo de anoche...

–Sí, sí, lamento sinceramente lo sucedido. Como te decía, algunos de los hombres estaban un poco alterados y se dejaron llevar por la

situación. Mil disculpas. Espero que no te causara demasiadas molestias ni te lo tomaras a mal. No tienes ningún hueso roto, espero.

–No, sólo los brazos magullados y este rasguño en la...

–Bien, bien. Me alivia saberlo, lo digo de corazón. Todo olvidado, entonces. De hecho te he mandado llamar porque necesito que me eches una mano en dos cosas. La primera, quiero que recojas una cosa de Pranton's esta tarde. Ya sabes dónde está, ¿no? Es el sastre de Green Street y quiero que me lo guardes hasta mañana por la tarde. La cuestión es que viene mi tutor y está totalmente en contra de que me compre un traje decente de vez en cuando. Y Ricky tampoco está a favor porque se supone que no debemos ir a Pranton's, que no está en la lista de la universidad, y es por eso que necesito que lo recojas. Se lo pediría a Mulgrave, pero el muy bribón está fuera esta mañana. Siempre pasa lo mismo con el servicio, ¿no es cierto? Están siempre que no se los necesita y, cuando se los necesita, no están. ¿Por dónde iba? Ah, sí, y otra cosa todavía más importante. Verás, se le ha metido en la cabeza que debo inscribirme en el concurso de la medalla Vauden y, si no lo hago, las consecuencias serán terribles.

–Disculpe, pero ¿a quién se refiere?

–Ya te lo he dicho, a mi tío, sir Charles. Ha decidido que tengo que darle algo de lustre al apellido de la familia. Mañana cenará en Jerusalem y espera tener el placer de leer mi escrito para obtener la medalla Vauden. Hace semanas que quería comentártelo, pero entre una cosa y otra se me había olvidado. Es un asunto complicado, créeme. No he escrito nada todavía y me interesa mucho que mi tío muestre un espíritu filantrópico.

Soresby frunció el ceño, pero guardó silencio. Desplegó su largo brazo y se apartó un mechón de la frente.

–Para ti es algo muy sencillo que podrías hacer dormido, querido compañero. –Archdale se aceleró al presentir la oposición de su interlocutor–. Ya sabes, todos para uno, y todo eso. ¿Crees que podrás ayudarme? Si nos sentamos juntos a hacerlo, lo tendremos listo en un periquete, pero tenemos que hacerlo pronto. Tengo que poder mostrarle algo mañana o las consecuencias serán terribles.

–El problema es que voy con el tiempo muy justo –empezó a decir Soresby.

–¡Pero te necesito! Un hombre como tú, siempre con la nariz metida en un libro. Apostaría por mi honor que escribías versos dignos de consideración cuando andabas en calzones cortos.

–Piénselo, señor Archdale, queda muy poco tiempo para presentar algo mañana. Además, para optar a la medalla Vauden se necesita una exhaustiva preparación preliminar. Seguro que su tutor querrá comentar con usted lo que ha escrito y tendrá que estar familiarizado con el tema.

–¡Tienes que ayudarme! –exclamó Archdale–. ¡Para un hombre como tú esto no es nada! Necesitamos un tema, claro está, pero puede ser cualquier cosa, siempre y cuando avale la existencia de Dios de acuerdo con las normas. ¿No es ése el tema principal? ¿Dios o algo así? Todo lo que hay que hacer es transformarlo en unos versos latinos. Tampoco hace falta que nos preocupemos demasiado por el viejo, mi tío no es un gran académico. Por eso es tan rematadamente injusto que espere que yo lo sea. Te prometo que no te arrepentirás –prosiguió antes de que un pensamiento cruzara su mente–. ¿No te habrás inscrito tú también? ¿Por eso te estás haciendo de rogar?

Soresby negó con la cabeza.

–Ya lo gané el año pasado, señor Archdale. Las bases del concurso no permiten a nadie presentarse dos veces.

–Ah. ¿Y cuál es el premio?

–Una guinea y la medalla, evidentemente.

–Vaya. ¿Eso es todo? Qué mezquindad. Hagamos una cosa, si me ayudas a escribir un discurso introductorio que sea algo decente, te daré tres guineas.

–¿Tres guineas? –repitió Soresby haciendo crujir la articulación de uno de sus dedos–. Dios mío, señor Archdale, eso es mucho dinero.

–Tampoco me hace falta ganar la maldita medalla. El único problema es que necesito el texto ahora, o al menos un maldito borrador.

–Quizá pueda ayudarlo con eso.

–¡Lo sabía! Sabía que un hombre tan listo como tú encontraría la manera de ayudarme.

–No le prometo que vaya a ganar, pero tengo una idea.

Archdale se agitó nervioso en el sillón.

–¿Cuál?

–El año pasado estuve trabajando en varios temas para el concurso hasta que me decidí por el que presenté –respondió Soresby a la vez que hacía crujir otra articulación–, seguro que puedo encontrar los apuntes.

–Muy buena idea, pero te ruego que no vuelvas a hacer ese ruido con los dedos, me enerva.

Soresby se sonrojó.

–Disculpe.

–No pasa nada. Continúa.

–Sólo había preparado la base. Había hecho un borrador y escrito una tercera parte de los versos, pero al final me parecieron un poco untuosos.

–¿Cómo dices?

–Untuosos, señor Archdale, es decir, pomposos y ampulosos, tal y como consideraba Tulio la retórica asiática.

–Si tú lo dices. En cualquier caso, eso es más que suficiente para mi tío. Hasta es probable que le guste, él también es un poco untuoso –Archdale notó que la resaca empezaba a amainar–. Ve a buscarlos ahora mismo. Después de comer, y después de que hayas ido a Pranton's, me explicas todo lo que tienes, y entonces puedes trabajar sobre el resto a tu ritmo. No te arrepentirás, te lo prometo. ¿Podrías tocar la campanilla? Creo que unas tostadas me sentarían bien.

CAPÍTULO 13

El señor Richardson estaba sentado a una mesa de su salón. A su lado, de pie, había un joven de recio porte. Ambos se volvieron cuando Holdsworth entró.El tutor se levantó. –Señor Holdsworth, qué sorpresa.

–Veo que está usted ocupado –dijo Holdsworth–. No quiero molestarlo, ya nos veremos más tarde en la biblioteca.

–No, le ruego que se quede. El señor Archdale y yo ya hemos acabado. Señor Holdsworth, permítame que le presente al señor Archdale, uno de nuestros estudiantes con privilegios. Señor Archdale, éste es el señor Holdsworth.

Archdale parpadeó e insinuó una reverencia. El joven tenía una cara redonda y sonrosada dominada por unos labios flácidos, de entre los cuales daba la impresión que la lengua podía escaparse en cualquier momento.

–A su servicio –murmuró–. Mucho gusto.

–El señor Holdsworth tuvo el gusto de oírlo anoche, aunque no de verlo, cuando estábamos dando un paseo por Chapel Court y ustedes cantaban.

El rostro de Archdale se sonrojó todavía más.

–Yo... le ruego que me disculpe, señor. Algunos de los presentes estaban un poco achispados.

–Estoy seguro de que no volverá a suceder, señor Archdale –sonrió Richardson–. Me alegro de que tenga algo que mostrar mañana a sir Charles; esta noche le daré la buena noticia. En cuanto haya hablado con él, me gustaría comentar con usted el programa de estudios que debe seguir a partir de ahora, así como sus planes para las vacaciones. ¿Le iría bien pasar a verme el miércoles? ¿A las siete?

Con la mano en el pomo de la puerta, Archdale se detuvo en seco.

–No sabe cuánto lo siento, señor, pero ese día tengo un compromiso.

Richardson enarcó las cejas.

–¿De veras?

–El Club del ES, señor. He sido elegido para ingresar como miembro.

–Ah, es verdad –pareció recordar Richardson al tiempo que su rostro se contraía levemente–. No querrá perdérselo por nada del mundo.

–El señor Whichcote ha sido de lo más insistente.

–En ese caso, quedemos el jueves a las siete y tomemos el té juntos –Richardson lo miró con aire pensativo–. Tenga cuidado con el Club

del ES, tiene cierta reputación.

–Sí, señor. Muchas gracias, señor.

Archdale hizo una reverencia a Richardson y luego a Holdsworth antes de cerrar la puerta tras de sí.

El tutor exhaló un suspiro.

–Tenemos demasiados jóvenes como él en la universidad. El señor Archdale no tiene mal corazón, pero por desgracia se da a la vida disipada. Es una lástima, porque no es del todo tonto y tiene cierta madera de académico. Podría hacerlo bastante bien si fuera más aplicado. En fin, no quiero aburrirlo con mis pequeños problemas. Esta mañana ha visitado usted al señor Oldershaw, ¿verdad? ¿Cómo está?

–Sano de cuerpo, pero no de mente –respondió Holdsworth.

–¿No ha habido ninguna mejoría?

–Parece que no. El Dr. Jermyn se muestra optimista, pero sólo si el señor Oldershaw permanece en su centro. El doctor tiene mucha fe en su sistema.

–El tratamiento de la moral –corroboró Richardson–. Dicen que es una manera nueva de tratar a los dementes.

–No puedo decir que me haya gustado lo que he visto hasta ahora. Me ha parecido más intimidación que otra cosa.

–Sea como sea, es menos cruel que atar a la cama a los pobres diablos con cadenas y dejar que se pudran en su propia inmundicia como solían hacer antes. ¿Ha podido hablar con el señor Oldershaw?

Holdsworth negó con la cabeza.

–Cuando el Dr. Jermyn me presentó, le sobrevino un arrebato violento y tuvieron que reducirlo. Por cierto, eso me recuerda una cosa: el señor Archdale acaba de mencionar al señor Whichcote, y el Dr. Jermyn también habló de él.

–Como creo que ya le comenté ayer, el señor Whichcote es alguien conocido en Jerusalem.

–Y también lo era su difunta mujer, si no me equivoco.

Richardson levantó las cejas.

–Veo que no tenemos secretos para usted, aunque la muerte de esa pobre dama tampoco es ningún secreto. Hay quien dice que el señor Whichcote sale más de lo que debiera siendo la pérdida tan reciente, pero yo creo que hay que mostrarse compasivo. No debemos escamotear al pobre hombre su búsqueda de consuelo.

–¿Por qué cree usted que el señor Oldershaw afirma haber visto el fantasma de la señora Whichcote?

–No sé qué decirle. ¿Qué razón puede tener? Conocía a la dama, por supuesto, pero el pobre hombre está desquiciado, así que no hay que buscar un motivo a sus delirios.

–Antes de ese incidente, ¿había alguna señal que indicara que no

estaba en su sano juicio? –indagó Holdsworth–. Lady Anne desea que averigüe todo lo posible al respecto, así que espero que no lo molesten mis preguntas.

–No puedo decirle mucho más de lo que usted ya sabe. El señor Oldershaw se hallaba en Lambourne House la noche anterior a la muerte de la señora Whichcote. Las circunstancias debieron de afectarlo. Hay que decir que por esa época estaba un poco melancólico, pero eso no es algo inusual entre los jóvenes. Siempre encuentran algún motivo por el que suspirar, ¿no cree?

–¿Cómo estaba el día antes de ver la aparición? ¿Y qué hacía en el jardín en mitad de la noche?

–Creo que comió en el Hoop con el señor Archdale y cenó a solas con Whichcote en el colegio.

–Quizás ello le hizo pensar en la señora Whichcote.

–Quizá. Supongo que debió de despertarse a mitad de la noche para ir a las letrinas de los estudiantes, que se encuentran en el otro extremo del jardín.

–¿Podría mostrarme el alojamiento del señor Oldershaw?

–Desde luego. Está todo como lo dejó. Su señoría no quería alarmar de forma innecesaria a los amigos de su hijo. Cuando fue confinado en el centro del Dr. Jermyn parecía que la recuperación iba a ser rápida, e incluso ahora rogamos que sea así. –Richardson parpadeó–. Lady Anne ha hecho saber a todos que su hijo está indispuesto y fatigado por el trabajo de la universidad.

–¿Cuándo le iría bien que visitáramos su dormitorio?

–Ahora mismo, si lo desea –respondió Richardson acercándose a la ventana que daba al patio para consultar el reloj de la fachada–. Nos queda media hora larga antes de que suene la campana de la comida.

Richardson se puso la toga, cerró la puerta con llave y guió a Holdsworth al exterior. Caminaron hasta la puerta de la esquina sudeste del patio, donde había una media docena de nombres escritos en el tablón de la entrada. Entre ellos figuraban los de Oldershaw y Archdale, cuyos dormitorios se hallaban en el primer piso. Cuando Richardson giró la llave del pesado portón exterior del dormitorio, no sucedió nada. Torciendo el gesto, aumentó la presión, pero la llave seguía sin moverse. Entonces decidió girar la llave en sentido contrario y la cerradura hizo un ruido seco.

Miró a Holdsworth con el ceño fruncido.

–Qué extraño.

–¿La puerta no estaba cerrada con llave?

Richardson volvió a girar la llave y abrió el portón exterior. A continuación, giró el pomo de la puerta interior, que conducía a una estancia más espaciosa y de techos más altos que la del tutor. Delante de ellos un hombre de baja estatura que vestía ropa oscura llevaba en

las manos una pila de camisas.

–¡Mulgrave! –exclamó Richardson–. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

–He venido a buscar unas mudas para el señor Oldershaw, señor. El Dr. Jermyn también me ha pedido que le lleve unos libros.

–¿Por qué no me has pedido la llave a mí?

–Perdone, señor. No quería molestarlo y el Dr. Jermyn me dio la llave del señor Oldershaw.

–Esto supone una grave contravención de las normas, Mulgrave, como tú bien sabes. No pueden repartirse las llaves de las habitaciones a diestro y siniestro.

–Sí, señor. Disculpe, señor. Dado que se trata del señor Oldershaw, pensé que haría una excepción.

–De ningún modo –declaró Richardson–. Debes entregarme la llave de inmediato.

–Muy bien, señor. El martes voy a visitar al señor Oldershaw de nuevo, así que tendré que pedírsela a finales de semana.

–No te preocupes por eso.

Mulgrave cojeó hacia el interior del dormitorio y colocó las camisas con sumo cuidado en una valija que estaba abierta sobre la alfombra.

–¿Con qué frecuencia visitas al señor Oldershaw? –preguntó Richardson.

–Dos o tres veces por semana, señor. El Dr. Jermyn me dice lo que debo llevar y cuándo debo pasar. Afeito al pobre caballero y le arreglo el pelo y hago los recados que me pide el doctor –respondió Mulgrave mientras ajustaba las correas de la valija y se ponía de pie–. Fue el señor Carbury quien me ordenó que fuera, pero paso mi factura al Dr. Jermyn, quien la añade a la cuenta de la señora.

–Tendrían que haberme avisado, como bien sabes. Yo soy el tutor del señor Oldershaw.

–Sí, señor, pero el rector dijo que ahora es diferente porque el señor ya no se aloja aquí.

–Ya veo. Muy bien. De ahora en adelante, ten la bondad de recordar que el señor Oldershaw es mi pupilo y te agradeceré mucho que me informes sobre su estado de salud.

–Sí, señor.

–Deja la llave sobre la mesa. Ya te puedes marchar.

–Mulgrave hizo otra reverencia, cogió la valija y cojeó hasta la puerta.

Richardson esperó a que Mulgrave hubiera cerrado la puerta. Estaba lívido.

–Es imperdonable; el rector ha actuado a mis espaldas. Seguro que pagó bien el silencio de Mulgrave. Es un gyp en más de un sentido.

–No entiendo lo que quiere decir –señaló Holdsworth.

–Ah, la palabra gyp deriva de la palabra griega «buitre», así que es muy apropiado en este caso. Estos parásitos se ganan muy bien la vida con sus honorarios y gratificaciones –explicó Richardson–. Verá, un gyp no es un sirviente al uso, ya que trabaja por su cuenta y ofrece sus servicios a quien él desea. Si por mí fuera, expulsaría a todos los gyps de Cambridge.

–Habla usted con enardecimiento.

–Hablo como me siento, señor Holdsworth. Discúlpeme, he dejado que mis sentimientos se apoderen de mí. Cuando uno se pasa la vida en la universidad viendo cada día a los mismos hombres, estas minucias acaban por ser de tremenda importancia. Las pequeñas pasiones crecen sin freno hasta alcanzar un tamaño monstruoso. –Rio con desgana–. Cuando yo era un sizar, hace treinta años, los gyps nos consideraban sus rivales y nos trataban como tales. Recuerdo a Mulgrave en esa época, no era más que un niño, claro, pero ya cojeaba por estos pagos y disfrutaba humillándonos.

Holdsworth se acercó a la ventana más próxima de las dos con vistas al prado que rodeaba la Laguna Larga, con la pared de la capilla a la izquierda y la gran cúpula que formaba la copa del plátano oriental más allá. ¿Acaso Frank Oldershaw había divisado el fantasma desde allí? ¿Había visto algo que lo impulsó a salir?

Richardson había recuperado la compostura y sonrió.

–Concédame el honor de ser su cicerone. Cuando nuestro fundador elaboró los estatutos del colegio incluyó una disposición en virtud de la cual siempre habría un apartamento disponible para cualquiera de sus descendientes que quisiera estudiar aquí. Creo que puedo afirmar sin miedo a equivocarme que sólo el rector dispone de un alojamiento superior. Éste es el salón o estancia principal; esa puerta conduce al dormitorio y aquélla al despacho. Y esa pequeña portezuela detrás de la chimenea da a la habitación del gyp, el feudo de Mulgrave y de la criada de alcoba.

–El mobiliario es espléndido.

–Lady Anne se ocupó de todo. Deseaba que su hijo viviera según corresponde a su estatus y sus expectativas, como es normal.

Holdsworth deambuló por las diferentes estancias. El despacho tenía vistas a un pequeño jardín soleado situado a la derecha del cercado. Era una habitación cuadrada con los techos altos, casi un cubo perfecto. Algunos volúmenes de Tácito, Virgilio y Livio y varios libros de matemáticas, tales como las Meditationes Analyticae de Waring o Los elementos de las sesiones cónicas de Vince, daban fe de que Frank se había aplicado de vez en cuando a sus estudios.

–¿Estudiaba mucho el señor Oldershaw? –preguntó Holdsworth.

–Muy poco. No tenía la cabeza puesta en los estudios. Lo que

realmente le importaba era hacer carreras enfrentando su faetón contra el de Archdale o el número de tordos que era capaz de abatir en una mañana de cacería.

Holdsworth abrió la puerta enfrente de la ventana y observó que daba a un gabinete con una cómoda y un gran armario. La puerta del otro lado comunicaba con el dormitorio. Echó un vistazo a la ropa: pelucas, chaquetas, calzones, medias, zapatos, botas, sombreros, guantes y abrigos.

–Aquí hay ropa suficiente para vestir a todo un pueblo, un pueblo habitado sólo por nobleza –comentó Holdsworth por encima del hombro a Richardson.

–Lady Anne no escatima en nada que pueda aumentar las posibilidades de su hijo. Cuando cumpla la mayoría de edad, el señor Oldershaw ocupará una posición importante en el mundo y alternará entre gente del más alto rango. Por eso su situación actual es tan mortificante para ella.

–¿Por orgullo?

–Eso también cuenta, claro está, pero eso no significa que no sienta el amor de una madre por su hijo. Pocas personas en este mundo pueden presumir de albergar sentimientos puramente desinteresados. Ni siquiera los más grandes de este mundo –afirmó Richardson mientras tiraba de la manga de una chaqueta de color verde intenso–. Ésta es la librea que el señor Archdale lucirá con gran orgullo el miércoles, la librea del Club del ES. Los botones llevan grabados el lema del club: Sans souci, «sin preocupaciones». Es una triste ironía en el caso del señor Oldershaw, ¿no cree?

Holdsworth miró el puño.

–Falta un botón.

El puño contaba con dos botones dorados en lugar de tres.

–Está sobre el tocador –dijo Richardson mientras miraba por la ventana–. El sacristán va a tocar la campana de la comida. Antes de irnos, quisiera pedirle una cosa –comentó posando la mano sobre el brazo de Holdsworth–: Tenga cuidado, por favor.

–¿Qué intenta decirme?

–Me duele mucho tener que decir esto, pero el Dr. Carbury sólo mira por su propio bien. Si cree que puede aprovecharse de usted para granjearse el favor de lady Anne, no dudará en hacerlo. Debe estar alerta.

Empezó a sonar la campana.

–Debemos darnos prisa –apuntó Richardson en tono alegre–. Si no ocupo mi sitio antes de que bendigan la mesa, tendré que pagar una multa de dos botellas de vino.

CAPÍTULO 14

Después de almorzar, Elinor Carbury ordenó a la criada que le llevara el servicio del té al salón. Apenas se hubo sentado cuando oyó voces en el vestíbulo y unos pasos subiendo por las escaleras. La puerta se abrió de golpe y el Dr. Carbury entró con el señor Holdsworth a sus espaldas.

–¡Ah, señora Carbury! –exclamó su esposo apoyándose sobre el respaldo de una silla–. ¡Y con la tetera! ¿Cómo decía Cowper? «Una burbujeante y sibilante urna que emite una columna de humo y tazas que... que...»

–«Alegran pero no embriagan», creo –continuó Elinor antes de saludar a Holdsworth con una reverencia.

–Sí, sí –corroboró Carbury desplomándose en la silla con tal fuerza que las patas se movieron unos centímetros hacia atrás.

–Siéntese, señor Holdsworth. Estaba a punto de hacer el té y seguro que Susan traerá ahora más tazas –ofreció Elinor sonriente y él le respondió con una sonrisa que transformó su semblante–. Qué placer tan inesperado. Pensaba que estarían con el señor Richardson.

Carbury reprimió un eructo.

–Más tarde. El obispo está comiendo en St. John's y el señor Richardson desea atender a monseñor. Por los motivos de siempre, supongo.

Elinor seguía mirando a Holdsworth.

–Lo que quiere decir el Dr. Carbury es que el obispo puede ayudar al señor Richardson a ascender posiciones.

–Pero yo no albergo demasiadas esperanzas. Me temo que tendremos que aguantarlo por algún tiempo.

Elinor removió el té con más fuerza de la habitual, hasta conseguir que el repiqueteo de la cuchara acallara a su marido. Carbury cambió de tema e indagó sobre el estado de salud del señor Oldershaw. Mientras los hombres hablaban, Elinor les ofreció sendas tazas.

–Pobre muchacho –comentó Carbury–. En resumidas cuentas, Jermyn no ha logrado ninguna mejoría.

–Según él, es cuestión de tiempo.

Carbury tomó un sorbo de té, arrugó la nariz y depositó la taza de nuevo en el platillo, no sin verter un poco de su contenido.

–¡Pero hay que hacer algo ahora! Esta situación daña la reputación del colegio y es muy desagradable para lady Anne –arguyó subiendo el tono de voz–. ¿Y qué me dice del fantasma, señor Holdsworth? Si pudiera demostrar que no es más que fruto de la imaginación desbocada del joven, ya sería algo. Un fantasma provoca cotilleos, y

ya hemos tenido suficientes. Me temo que el año que viene tendremos menos matrículas a causa de esta maldita historia. Nadie quiere enviar a su hijo a un establecimiento donde hay un fantasma –añadió mientras ventoseaba largamente–. No es nada refinado. Si es capaz de acallar este estúpido rumor, le estaremos eternamente agradecidos.

–Me resultaría útil saber más acerca de las circunstancias en las que se encontró el cadáver de la señora Whichcote.

–¿Para qué? No existe duda alguna sobre su identidad.

–Por si pudiera utilizar algún dato sobre su descubrimiento para socavar al menos una parte del convencimiento del señor Oldershaw de que vio su fantasma. Por ejemplo, ¿cómo consiguió entrar en el jardín?

–Tenía la llave –respondió Carbury–. Nos visitaba a menudo y mi mujer le había entregado una llave de nuestra verja particular, que da a Jerusalem Lane, para que pudiera entrar y salir sin necesidad de sufrir la desagradable experiencia de tener que pasar por delante de tantos ojos masculinos.

–La verja estaba cerrada –intervino Elinor–. Y la llave no se encontró.

Su esposo la miró con el ceño fruncido.

–Porque lo más probable es que se halle en el cieno del fondo de la laguna.

–¿Qué llevaba puesto la dama cuando la sacaron del agua? –preguntó Holdsworth.

–Un camisón –respondió Elinor–. Tenía los pies descalzos. Llevaba medias, pero estaban rotas y manchadas de barro. Nosotros...

–Procuramos evitar que las circunstancias fueran de conocimiento público –interrumpió Carbury–, pero los criados se fueron de la lengua. Sin duda alguna se le cayeron los zapatos en el agua y fueron arrastrados hasta la acequia del desagüe. O quizá los perdió mientras corría por la calle de noche.

Holdsworth se frotó los ojos cansados y enrojecidos.

–Pero ¿por qué querría la señora Whichcote venir a Jerusalem a esas horas?

–Para ver a la señora Carbury, claro está. Los sonámbulos no son, en un sentido estricto, irracionales en sus acciones. He hablado de este asunto con el profesor Trillo, que ha estudiado el tema desde la Antigüedad clásica, y los actos de los sonámbulos están guiados a menudo por consideraciones que podrían parecer razonables al lado consciente de su mente.

–A pesar de ello... Discúlpeme, señor, si insisto en este punto, pero ¿se encontraba la señora Whichcote falta de ánimo? La desesperación es el enemigo de la razón y uno puede cometer actos terribles bajo su influjo.

Carbury volvió a ventosear con una mueca de dolor.

–La señora Whichcote no estaba desesperada, señor. Y le agradecería que no mencionara a nadie esta posibilidad, porque podría dar una impresión equivocada. No deseamos que la reputación de la dama se mancille tras su muerte por una sospecha infundada de suicidio –dijo mientras se inclinaba hacia delante en la silla y se ponía de pie con paso vacilante–. Intentó hacer una reverencia a Elinor, pero el movimiento se tornó en una torpe inclinación de cabeza–. Debo... debo excusarme por unos instantes. Discúlpenme.

Elinor escuchó sus pasos inestables bajando las escaleras y el portazo de la puerta en la planta baja. Se volvió hacia Holdsworth y descubrió que la estaba mirando fijamente. Ella apartó la vista.

–Espero que el rector no esté indispuesto –comentó Holdsworth.

–No... seguro que no. Él... él a veces tiene que retirarse después de las comidas. Pero volvamos al señor Frank. Hoy escribiré a lady Anne. ¿Puedo decirle al menos que su salud es buena en lo que al cuerpo se refiere y que su salud mental no ha empeorado? ¿Hay algo más que pueda manifestarle?

–Una parte del tratamiento del Dr. Jermyn consiste en supervisar muy de cerca cualquier contacto de los pacientes con el mundo exterior. Al principio el señor Frank parecía muy sereno, pero cuando el doctor le dijo que yo venía de parte de su señoría y que, si mejoraba satisfactoriamente, podría regresar conmigo a casa en unas semanas, tuvo un arrebato furioso y carecía de sentido que permaneciera allí. Me gustaría saber si es posible hablar con él en privado, sin el médico y sin los ayudantes. Es algo necesario. Él cree haber visto el fantasma de la señora Whichcote, pero ¿cómo puedo demostrarle lo contrario sin conocer la naturaleza exacta de su delirio? Él es el único que puede explicármelo.

–Seguro que el Dr. Jermyn puede arrojar alguna luz al respecto, ¿no?

–Por desgracia, no. De hecho, mostró una total falta de interés por el tema del fantasma. Su método no tiene en cuenta los asuntos de esa índole. Él parte de la base de que sus pacientes están locos y, por lo tanto, sus delirios no merecen consideración racional alguna, porque son tonterías sin sentido. En lugar de ello, pone todo el énfasis en el tratamiento, en enseñarlos a razonar a partir de asunciones correctas. Se puso muy filosófico mientras me lo explicaba.

–Locke –señaló Elinor y disfrutó al ver la expresión de sorpresa en el rostro de Holdsworth.

–Así es. El Dr. Jermyn lo mencionó en numerosas ocasiones.

Elinor no respondió.

–Dígame, señora –continuó él–, ¿cómo era la señora Whichcote?

Elinor se puso de pie. Fue a buscar una carpeta en el cajón del

escritorio y la depositó en la mesa junto a la ventana. Deshizo el lazo y se volvió hacia Holdsworth, que también se había levantado de la silla.

–Venga, señor, y obtendrá su respuesta.

Elinor abrió la carpeta y sacó una hoja. Holdsworth se había puesto a su lado y ella era muy consciente de su mirada y del olor a vino que desprendía su aliento. Él miró el papel, que contenía un esbozo del busto de Sylvia Whichcote dibujado a pluma y hecho a mano alzada. El reloj sonó en la repisa de la chimenea. A Elinor se le aceleró la respiración. Holdsworth había arrugado el ceño y, ella, como buena ama de casa, deseaba alargar la mano y alisarlo.

–Sí –dijo por fin, alejándose–. Ya veo que era una mujer muy hermosa.

–No era sólo su aspecto, señor –interrumpió Elinor, de repente ansiosa por hacerse entender–. Si bien es cierto que su rostro era precioso, lo que más importaba, mucho más, era el encanto de su porte, su conversación, tenía algo indefinible, algo imprevisible que atraía a las personas. Bien sabe Dios que atrajo a Philip Whichcote, y si pudo atraerlo a él, podía atraer a cualquiera. Durante un tiempo él estuvo perdidamente enamorado de ella, y creo que seguía amándola a su manera, pero me temo que su matrimonio no era feliz.

Cerró la carpeta y anudó el lazo con unos dedos que se habían tornado torpes de pronto.

–Le agradecería mucho que pudiera contarme más cosas acerca de ella.

–Nos conocimos siendo niñas. Mi padre tenía una escuela en Bath y ella estaba interna. Nos hicimos íntimas amigas y continuamos siéndolo. Cuando me casé con el Dr. Carbury, ella venía a visitarme a Cambridge y conoció al señor Whichcote. En aquel momento nos pareció algo providencial, puesto que nos permitía seguir con nuestra amistad.

–¿Quién le hizo este retrato?

–Yo misma.

–Es usted habilidosa con la pluma, señora. ¿Se trata de un retrato reciente?

–De hace unos siete u ocho meses.

Elinor alzó la vista. Holdsworth volvía a tener la mirada clavada en ella.

Oyeron regresar al Dr. Carbury. Elinor se levantó y devolvió la carpeta al cajón. Su marido entró en el salón con paso lento, caminando con cautela, como si se encontrara en la cubierta de un barco a punto de cabecear.

–¿Sigue aquí, señor Holdsworth? Me alegro, porque deseaba hablar con usted de un asunto. Quisiera hacerle una advertencia. Albergaba

la esperanza de que no fuera necesario, pero veo que no hay más remedio. La señora Carbury me ha comunicado que, apenas hubo llegado usted ayer, el señor Richardson vino a conocerlo. Y desde entonces no le ha quitado ojo, ¿verdad?

–Como usted ya sabe, estuve un rato con él anoche –respondió Holdsworth–. Y esta mañana también he acudido a él porque deseaba visitar los aposentos del señor Oldershaw, y ha sido tan amable de acompañarme.

–Seguro –corroboró Carbury asintiendo con la cabeza–. Amable, ¿eh? Amable para consigo mismo, se lo aseguro. Me apena tener que decir esto de un miembro de nuestro profesorado, pero no estaría cumpliendo con mi deber si no le pusiera en guardia acerca de él. Me imagino que el señor Richardson ha sido todo sonrisas y cumplidos con usted, ¿verdad?

–Se ha mostrado muy agradable.

–¡Ja! Lo sabía.

Elinor se levantó e hizo ademán de marcharse, pero su marido le hizo un gesto con la mano para que volviera a sentarse.

–No hace falta que se marche, querida. Sólo será un momento y, además, está usted al corriente de todo esto y mucho más –dijo Carbury mientras metía los pulgares en los bolsillos del chaleco, de pie con las piernas separadas y dando la espalda a la chimenea vacía–. Cuando falleció mi predecesor se celebraron unas elecciones, como es costumbre, para elegir al siguiente rector. Los votantes son los miembros de la junta y, según los estatutos, cualquiera puede presentarse como candidato siempre y cuando posea un posgrado y pertenezca a la iglesia anglicana, obviamente. A menudo los candidatos se eligen entre los propios miembros, como es natural. Y así es como se procedió en las últimas elecciones. Los candidatos fuimos el señor Richardson y yo.

Elinor tosió.

–Estoy segura de que no hace falta agotar al señor Holdsworth con estas menudencias. Él tiene...

–Le ruego que guarde silencio, señora Carbury, y que deje estos asuntos en manos de aquellos que los entendemos.

Elinor sintió que se ruborizaba y giró la cabeza.

–Tal y como le decía, yo autoricé a mis amigos a que presentaran mi candidatura, pero lo cierto es que poco me importaba el resultado –reveló el Dr. Carbury con la vista fija en el techo–. Por el contrario, el señor Richardson tenía mucho interés en el asunto, tanto que los métodos que empleó para hacer prevalecer su candidatura fueron... en fin, no diré que fueron corruptos, pero me temo que así lo han sugerido algunas voces. En cualquier caso, no actuó como un caballero. De todos modos, como comentaba el otro día a la señora

Carbury, no se le pueden pedir peras al olmo. El señor Richardson es de origen humilde, como usted ya sabe, y, pese a sus indudables capacidades, su carácter esconde una vileza inexistente en un hombre de buena cuna. No deje que sus modales amables lo engañen, señor Holdsworth. Estudiamos juntos y su verdadero carácter ya era entonces evidente. Algunos de los compañeros más crueles lo llamaban «Dick el Sucio» porque decían que siempre olía mal. Su padre era curtidor, y ya sabe usted lo difícil que es librarse del hedor del cuero.

Carbury hizo una pausa y miró a Holdsworth como si esperara algún comentario por su parte.

–Sí, señor, lo sé muy bien, puesto que da la casualidad de que mi padre también fue curtidor.

CAPÍTULO 15

Soresby se estaba recortando las uñas con un cortaplumas bajo la arcada occidental de Chapel Court. A sus espaldas se encontraba el túnel que conducía a la entrada principal del colegio. Las verjas junto a la caseta del portero estaban abiertas. El arco exterior enmarcaba una vista de St. Andrew's Street, cuyo bullicio era la única nota discordante que interrumpía la solemne tranquilidad de Jerusalem.

Cuando el sizar vio a Holdsworth caminando hacia él, su rostro se ruborizó de forma poco atractiva. Escondió el cortaplumas en el bolsillo y se quitó la gorra.

–Por aquí, señor.

–Según me dice el señor Richardson, es usted el ayudante de la biblioteca, ¿en qué consisten sus obligaciones? –indagó Holdsworth demorándose en la puerta.

–Abro las puertas por la mañana, señor, y las cierro por la noche. Vuelvo a colocar los libros en las estanterías en el orden correcto y llevo el registro de préstamos.

–Veo que lo mantienen ocupado.

–Oh, y hay mucho más, señor. También llevo la contabilidad, bajo la supervisión del señor Richardson, y a menudo debo ayudar a los estudiantes a buscar un volumen en particular.

–¿Y además de hacer todo esto se dedica a sus estudios?

–Desde luego, señor. Si fuera tan amable de acompañarme hasta las escaleras, el señor Richardson lo está esperando.

Holdsworth lo siguió mientras se preguntaba cuánto debía de ganar Soresby por su trabajo. Al subir las escaleras, vio una puerta abierta que daba paso a una estancia alargada, iluminada por una hilera de ventanas a cada lado. La luz del sol de última hora de la tarde, dorada y densa, entraba oblicua por las ventanas de la derecha. Las paredes están cubiertas de estantes y armarios. En el centro de la habitación había una gran mesa de roble con el tablero manchado de tinta y con marcas de muescas y arañazos.

El señor Richardson avanzó hacia ellos con un libro en la mano.

–Señor Holdsworth, es usted maravillosamente puntu…

–Perdone, señor –interrumpió Soresby–. ¿Necesitará alguna cosa más?

–No, supongo que ahora mismo no. Salvo que el señor Holdsworth desee hablar con usted.

Holdsworth negó con la cabeza.

–Pero quédese de todos modos, quisiera hablar con usted sobre el libro registro de préstamos –ordenó Richardson a la vez que lanzaba

una mirada al volumen que estaba abierto sobre la mesa–. No estoy del todo convencido de que su método sea el mejor.

–Por favor, señor, tengo que hacer un recado.

–Muy bien, pero después hablamos.

–Sí, señor. Gracias, señor.

Soresby hizo una profunda reverencia y salió casi corriendo de la habitación.

–Disculpe, señor –comentó Richardson a Holdsworth–. Debo prestar mucha atención al más mínimo de los detalles si deseo que la biblioteca funcione bien. Intento asegurarme de que mis procedimientos se siguen al pie de la letra. Dígame, ¿en qué puedo servirlo?

–Le ruego que continúe con su trabajo, señor –respondió Holdsworth preguntándose si la escena que acababa de presenciar con Soresby no había sido sino una representación en su honor, para dar la impresión de laboriosidad y eficiencia–. No quisiera molestarlo por nada del mundo. Simplemente deseaba realizar una inspección preliminar.

–Dígame si necesita abrir algún armario. Las llaves están aquí. Los libros más valiosos se encuentran en el armario de la pared, a la izquierda de la chimenea.

Richardson se sentó y Holdsworth recorrió con paso lento toda la estancia. Había varias mesas de estudio pequeñas colocadas en ángulo recto bajo las ventanas para aprovechar la luz. Era obvio que las librerías habían sido montadas a medida por alguien que sabía lo que hacía: los estantes estaban protegidos por puertas de vidrio y había armarios y cajones debajo. Todo lo que podía abrirse tenía una cerradura para que su contenido estuviera a buen recaudo. Sin embargo, los volúmenes de las estanterías no impresionaban mucho a primera vista. El estado de la encuadernación era deficiente y muchos títulos versaban sobre temas teológicos que ya no se consideraban esenciales, o recomendables incluso, para la educación de los futuros sacerdotes de la iglesia oficial. Escaseaban los autores clásicos, así como los libros sobre matemáticas o de cualquier rama de la mecánica.

Una vez hubo finalizado la ronda, Holdsworth regresó junto al señor Richardson.

–Dígame, ¿la biblioteca dispone de un fondo para la compra de nuevos libros y el mantenimiento de los antiguos?

–No es un fondo propiamente dicho, señor. De vez en cuando, los miembros de la junta otorgan una suma de dinero a la biblioteca para una finalidad en particular. En ocasiones tenemos la fortuna de recibir ejemplares de los autores, o incluso de una herencia.

–En otras palabras, cualquier adición a la biblioteca es

circunstancial.

–Sí. Me temo que la situación no es ideal y me gustaría contar con unos fondos regulares, pero estamos mejor que otros colegios universitarios, ya que gozamos de la generosidad del difunto conde, el padre de lady Anne, que nos permitió guarnecer esta espléndida sala.

–La sala es espléndida, pero no puede decirse lo mismo de los libros que contiene.

–Vivimos en un mundo imperfecto –arguyó Richardson con sequedad–. No hay nadie más consciente que yo de las deficiencias de esta biblioteca, o de las del mundo.

* * *

En cuanto hubo acabado su inspección, Holdsworth bajó las escaleras y cruzó el patio con lentitud. Oyó pasos a sus espaldas y dio media vuelta. Soresby caminaba detrás de él con un gran paquete en las manos. El sizar respiraba con dificultad y tenía la pálida frente cubierta de sudor.

–Señor Soresby –dijo Holdsworth deteniéndose y señalando el paquete con un gesto de la cabeza–. ¿Ha estado usted de compras?

–Oh, no, señor, no es para mí. Es para el señor Archdale, pero Dios sabrá por qué... –Soresby se interrumpió y se sonrojó.

–¿Qué sabrá Dios, señor Soresby?

–Yo... yo sólo quería señalar que el señor Archdale no necesita la chaqueta hasta el miércoles, por lo que no creo que sea algo tan urgente. Sea como fuere, ha insistido mucho al respecto, mucho. Lo necesita para la cena del Club del ES. Es la librea, quizá por eso sea tanta la urgencia.

Soresby dejó asomar la lengua. A pesar de haber hablado con un volumen moderado y un tono neutro, la punta de la lengua delataba cierta malicia en sus palabras.

–El Club del ES... ¿qué es exactamente? –preguntó Holdsworth en parte por curiosidad y en parte por dar conversación a Soresby. Tenía la impresión de que podía ofenderse si lo despachaba sin más; el hecho de ser un sizar seguramente conllevaba un carácter más susceptible.

–Es un club que existe desde hace años, en un formato u otro. «ES» significa «Espíritu Santo».

El dato confería al joven Archdale una cualidad inesperada.

–¿Se trata de una hermandad religiosa?

–No exactamente –respondió Soresby con una amplia sonrisa que daba a su cara alargada un aspecto travieso y atractivo–. En Jerusalem, el Espíritu Santo tiene un significado bastante diferente. Es un club gastronómico y su manera de divertirse nada tiene que ver

con la religión, por lo que yo sé. Los miembros de pleno derecho visten una librea –explicó echando una mirada al paquete que llevaba–. Es una librea muy elegante. El sastre me la ha enseñado.

–Elegante y cara, sin duda.

–Sí, señor. Y dicen que los banquetes son soberbios.

–¿Se reúnen a menudo?

–No se han reunido desde febrero. Normalmente se reúnen en casa del señor Whichcote porque él es el presidente del club, pero enviudó hace poco. Sin embargo el miércoles...

–¡Eh!

Se volvieron hacia el lugar de donde procedía el grito. Archdale en persona estaba en la puerta de la escalera de Frank Oldershaw haciendo gestos impacientes con la mano a Soresby.

–¿Lo tienes? –preguntó Archdale antes de percatarse de la presencia de Holdsworth–. Disculpe, señor, no pretendía interrumpirlos.

Archdale volvió a entrar en el edificio.

–Será mejor que me vaya. Al señor Archdale no le gusta que lo hagan esperar –se excusó Soresby mientras hacía una reverencia.

–Un momento –lo detuvo Holdsworth–. He oído que el señor Frank Oldershaw también es miembro del club.

–Oh, sí, señor –corroboró Soresby, que ya se había puesto en marcha y dio media vuelta para responder–. Creo que fue investido miembro en la última reunión. Un caballero muy amable, señor, muy amable –dijo mientras hacía crujir una articulación–. Ésa fue la última cena del club. Entonces murió la señora Whichcote, encontraron su cadáver flotando en la Laguna Larga a la mañana siguiente.

* * *

El día había sido cálido y bochornoso. Elinor bajó las escaleras y salió por la puerta lateral que conducía al Jardín del Rector. Anduvo de arriba abajo por los senderos de grava, deambulando sin rumbo como si estuviera perdida en un laberinto. Los rectos senderos, que parecían trazados con regla, atravesaban los lechos de flores, en su mayoría triangulares. Todos estaban rodeados de setos bajos de boj y tejo, al más puro estilo holandés. Elinor odiaba su rígida simetría masculina. Le hubiera gustado transformar el jardín en un lugar con prados y árboles repletos de románticas y salvajes irregularidades y rincones ocultos.

Miró de nuevo los árboles del Jardín de los Licenciados junto a la Laguna Larga, en especial la fresca gruta verde que formaban las ramas del plátano oriental. Tomara el camino que tomara, todos parecían llevarla, tarde o temprano, al lado de la laguna opuesto al

plátano. Ése era su tramo más ancho. En una ocasión Mepal le había explicado que entre el cieno de sus turbias y profundas aguas verdes habitaba una enorme carpa, quizás incluso un gigantesco lucio. Los nenúfares parecían formar una corona de flores alrededor del lugar en que había sido hallado el cuerpo de Sylvia Whichcote.

Elinor percibió un movimiento por el rabillo del ojo y le irritó descubrir que no estaba sola. En la otra orilla una figura negra entraba y salía de la sombra moteada que proyectaban las ramas del árbol. Dio media vuelta y siguió el sendero hasta la laguna, echando una mirada de vez en cuando a la otra orilla del Jardín de los Licenciados.

Tomó un camino que conducía en diagonal a la esquina opuesta del jardín. El curso de agua que circulaba a su lado estaba bordeado por un alto seto espeso, también de boj. El camino finalizaba en una verja de hierro forjado integrada en el seto. Al otro lado se encontraba el pequeño puente de Frostwick, que desembocaba en el jardín principal. Elinor se detuvo un momento para mirar a través de la verja el verde prado soleado del otro lado.

Holdsworth caminaba hacia Chapel Court, su sombra oblicua cortando la hierba a su paso al otro lado del puente. Elinor comenzó a alejarse, pero fue demasiado tarde. Él la vio e hizo una reverencia que ella se vio obligada a devolver. Holdsworth se desvió de su camino y se acercó al puente.

–¿Le ha resultado útil la visita a la biblioteca, señor? –preguntó.

–Ha sido una primera aproximación, señora, nada más. –Cruzó el puente y se acercó a la verja–. Acabo de hablar con el jefe de los bedeles.

–¿Con Mepal? ¿Necesita usted algo?

–Deseaba preguntarle sobre el descubrimiento del cadáver de la señora Whichcote.

Elinor empujó la manija de la verja, pero no se abrió.

–Lo lamento mucho, señor, pero la verja está cerrada con llave. Me parece muy poco cortés hablar con usted así.

Holdsworth le sonrió y ella se percató de su dentadura completa. Era un hombre bien hecho, pensó, sin flacidez. Se preguntó cómo debía de ser su difunta esposa y lo que había sentido por él.

–No se preocupe, se lo ruego. No importa –dijo Holdsworth.

–¿Le ha servido de ayuda Mepal?

–Me ha mostrado el lugar donde encontraron el cadáver –respondió Holdsworth, titubeante–. Espero no perturbarla hablando del tema.

Elinor negó con la cabeza.

–No más de lo habitual. Mepal ayudó a sacarla del agua.

–Sí, él y el pocero nocturno, que fue quien dio la alarma. Mepal me ha dicho dónde puedo encontrarlo.

–Dudo que consiga sacarle nada. Según el Dr. Carbury, apenas es capaz de enhebrar dos palabras juntas.

–Debo seguir todas las líneas de investigación posibles.

Ella no respondió, pero se fijó en el vello negro que cubría sus manos y en la barba incipiente que perfilaba sus mejillas y mandíbula. Esa mañana no se había afeitado.

–¿Qué más puedo hacer si no? –continuó en tono irritado, como si ella le hubiera interpuesto alguna objeción.

–Pero ¿qué utilidad tiene esto, señor? –Horrorizada, Elinor sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas–. ¿Qué podemos hacer ninguno de nosotros que sea de provecho? No podemos lograr que retroceda el tiempo. No podemos devolver la vida a la señora Whichcote. Está muerta. Se acabó.

–No se acabó –replicó él–. Me temo que todavía no. Pero ¿sería tan amable de ayudarme con una pequeña cuestión geográfica? Mepal dice que la señora Whichcote fue encontrada allí, justo detrás del gran plátano.

–Eso tengo entendido.

–Entonces, ¿en qué lugar cayó el cuerpo al agua?

Elinor lo miró fijamente.

–¿Cómo puedo saberlo yo, señor?

–La presunción general es que la señora Whichcote debe de haberse caído al agua en el Jardín del Rector porque tenía la llave de la verja de Jerusalem Lane, pero, en teoría, podría haber accedido al lago desde el Jardín de los Licenciados o desde el jardín principal del colegio.

–Supongo que debió de caerse en el Jardín del Rector. No podía entrar en ninguno de los otros jardines.

–Pero no sabemos cómo murió, ¿verdad? –señaló Holdsworth hablando con lentitud y en voz queda–. Desconocemos todas las circunstancias y no sabemos si estaba sola. Ni siquiera sabemos si fue un accidente, un suicidio o un asesinato.

Elinor rompió a llorar y las lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas. Se sintió desfallecer y se agarró a los barrotes de la verja para no caerse. Veía el rostro de Holdsworth borroso, distorsionado por el agua y fragmentado por el hierro. Entonces, por un breve pero intenso instante, notó su mano caliente que se posaba sobre la suya.

–Señora –solicitó él con urgencia–. ¿Se encuentra usted indispuesta? ¿Desea que vaya a buscar a la criada? ¿Quiere beber agua?

Elinor negó con la cabeza. Dio media vuelta para ocultar su rostro y, sin despedirse, caminó con paso rápido hacia la puerta del jardín de la residencia. Se odiaba a sí misma por haberse mostrado tan débil y odiaba a Holdsworth por haber sido testigo de ello. Y se odiaba y lo

odiaba todavía más por el extraño y cálido cosquilleo que le había recorrido el cuerpo al sentir el contacto de su mano.

No miro atrás, pero sabía que todavía estaría allí, de pie junto a la verja, siguiéndola con la mirada a través del entramado de los barrotes.

CAPÍTULO 16

La verja seguía abierta. Cuando Whichcote entró en Jerusalem, vio a Mepal en su caseta buscando el mejor ángulo de luz para leer el periódico. En Chapel Court, se dirigió a la escalera de la esquina sudeste, subió hasta el primer piso y repiqueteó en la puerta con el bastón.

–¡Largo! –gritó Archdale.

Whichcote giró el pomo y abrió la puerta de golpe. El apartamento de Archdale se hallaba al otro lado del de Frank Oldershaw y tenía menos ventanas, pero la disposición era similar. Archdale no estaba en el salón, sino en el pequeño estudio. Podía ver su figura a través de la puerta abierta, sentado a la mesa junto a la ventana con una pila de libros ante él y una pluma en la mano.

–Maldita sea, te he dicho que... –se interrumpió al ver quién era–. ¡Philip! ¿Qué haces tú aquí?

Whichcote lo miró desde el umbral de la puerta.

–Valiente bienvenida. ¿Qué demonios estás haciendo tú?

Archdale sólo llevaba puesta la camisa y los calzones, la cabeza envuelta en una toalla húmeda en forma de desaliñado turbante. Llevaba los calzones desabrochados en las rodillas y la cintura para favorecer la ventilación.

–¿Acaso has olvidado que mi tío está en Cambridge? –preguntó–. Ya ha llegado y Ricky le está dando coba en el Blue Boar, pero a mí no me han invitado. Seguro que el viejo está tramando algo. Le ha entrado la perra con la medalla Vauden.

–¿De verdad cree que puedes ganar? –preguntó Whichcote sin poder ocultar su incredulidad.

–¿Por qué no? –replicó Archdale.

–Jamás te he visto tocar un libro.

–Pues en mis tiempos leí lo suyo –espetó Archdale–. El hecho de que a un hombre le gusten otras cosas no significa que nunca abra un libro. De todos modos, no hace falta que gane el maldito concurso, gracias a Dios, y además tengo a un sizar ayudándome. Sólo tengo que lograr que mi tío piense que lo estoy intentando. El problema es que, si no lo hago, me ha amenazado con retirarme de la universidad. Ya me ha montado un cirio por algunas facturas, y todavía no ha visto ni la mitad.

–¿Cuándo tienes que mostrarle el trabajo?

–Mañana. Después de misa comerá en el refectorio y, a continuación, él y Ricky me darán las instrucciones pertinentes.

Whichcote se apoyó en la jamba de la puerta.

–Pero no nos fallarás el miércoles, ¿eh? Contamos contigo, Harry. Si no lo tienes claro, dímelo ya. Tengo una lista de postulantes tan larga como mi brazo.

–No, no. –Archdale hizo un gesto con las manos señalando los libros y papeles que tenía delante–. Por mi honor, en cuanto haya acabado con esto, nada más ocupará mi mente. Esta tarde me ha llegado la librea. Me la he probado y me queda muy bien. Sans souci, ¿eh? –Archdale chasqueó la lengua–. Ése es mi lema. ¿Está todo preparado? ¿El... el sacrificio aguarda?

–Por supuesto. No te preocupes por eso.

Archdale se secó la frente con la manga de la camisa.

–Maldita sea, el calor no hace más que arreciar.

–Te dejo con tus menesteres –Whichcote empezó a marcharse, pero de pronto se paró como si le hubiera asaltado un pensamiento–. Por cierto, deseaba comentarte algo acerca de Mulgrave. Lo he despedido.

Archdale lo miró boquiabierto.

–Pensaba... quiero decir, hace años que está a tu servicio.

–He decidido prescindir de él. Lo descubrí robando. Ya hacía tiempo que tenía mis sospechas. Te aconsejo que te lo pienses dos veces antes de recurrir a él.

–Dios mío. –Archdale se echó hacia atrás en la silla–. Menudo problema. Es un hombre tan servicial... y además es capaz de conseguir cualquier cosa que le pidas.

–Pero no se puede confiar en él –apuntó Whichcote–. Todo tiene un límite.

Archdale estaba sumido en sus propios pensamientos.

–Me pregunto si Ricky lo sabe...

–¿Cómo dices?

–Desde que Frank no está, Mulgrave ha estado entrando y saliendo de sus aposentos para buscar cosas que necesitaba. Me imagino que Frank debió de darle la llave. Sin embargo, cuando Ricky entró hoy con el hombre de lady Anne antes de comer y se encontró con Mulgrave, se ha armado una buena. De hecho, le retiró la llave.

Whichcote frunció el ceño.

–¿El hombre de lady Anne?

–Lo he conocido esta tarde en el apartamento de Ricky. Se llama Holdsworth.

–Lo sé.

–Supongo que trabaja para ese viejo administrador. ¿Cuál es su nombre? Ya sabes, el que tiene cara de medio muerto.

–Cross –contestó Whichcote–. Holdsworth ha ido a ver a Frank, ¿lo sabías?

Archdale alzó la vista.

–¿Y? –preguntó alarmado–. ¿Crees que habrá averiguado algo?

Whichcote se rio, aunque por dentro se sentía preocupado. Archdale no sabía de la misa la mitad acerca de lo ocurrido esa noche de febrero.

–¿Cómo puede una vieja señora de Londres saber algo? Pero ya basta, te dejo con tus libros. Nos vemos el miércoles. Asegúrate de estar en buenas condiciones, no puedes hacer un sacrificio semejante a los dioses si no te encuentras en plena forma.

* * *

La entrada al patio de The Angel estaba cerca de Corn Market. Holdsworth entró en el café, donde un camarero lo condujo hasta un portero que, por un incentivo de seis peniques, se mostró dispuesto a llevarlo hasta las letrinas situadas al otro lado de la cocina. La caseta apestaba como una pocilga. Un hombre roncaba sobre una pila de sacos en la esquina.

–Aquí lo tiene, señor –dijo el portero–. Tom Heces a su servicio.

Agarró el hombro del durmiente y lo sacudió con una fuerza que hubiera tumbado un saco de carbón. El pocero nocturno gimió, abrió los ojos, dio media vuelta y vomitó en el suelo.

–Entra fácil, sale fácil –comentó el portero–. A juzgar por el olor, diría que su comida ha consistido en cerveza y aguardiente. –Pellizcó la oreja de Tom con el índice y el pulgar y lo obligó a sentarse–. Este caballero quiere verte. Presta atención.

–Gracias –dijo Holdsworth al portero–, eso es todo.

Holdsworth esperó hasta que el hombre se hubo marchado y entonces se volvió hacia Tom Heces, que se estaba limpiando la boca con la manga.

–Me envía el señor Mepal, de Jerusalem.

–Yo no he hecho nada malo, señor. Ya se lo he dicho al señor Mepal, tengo que hacer mi trabajo y no puedo evitar el chirrido de las ruedas...

Holdsworth sacó un chelín del bolsillo del chaleco y se lo mostró. El torrente de palabras se detuvo como si la cola de la frase hubiera sido tajada con un hacha. Tom contempló la moneda con la boca abierta. Con un rápido gesto, la agarró y deslizó en el bolsillo de los calzones. Al hacerlo se tambaleó y casi perdió el equilibrio. Era un hombre pequeño y encorvado, probablemente diez o veinte años más joven de lo que aparentaba. Todavía llevaba la larga chaqueta marrón. Su acento de las marismas era turbio y espeso, como el cieno. Al principio Holdsworth apenas podía entender una palabra de cada tres.

Holdsworth lo llevó al patio, donde el aire relativamente fresco lo reavivó un poco.

–Yo no he hecho nada malo, señor –repitió Tom–, sólo hago mi

trabajo.

–Quisiera preguntarte acerca del cuerpo que encontraste.

Tommy le lanzó una mirada astuta.

–¿Cuál?

–No pretendas tomarme el pelo si deseas continuar gozando del favor del señor Mepal... Háblame de la dama de Jerusalem, la de la laguna.

–Pensaba que era una sábana o una capa en el agua, señor.

–¿Por qué? ¿Estaba oscuro?

–Casi, era justo antes del amanecer. Me caí en el agua. Sentí la muerte cerca... el frío. Y... noté su mano... –se interrumpió como si estuviera pensando–. Pensé que era la otra.

–¿Qué otra? –preguntó Holdsworth, perplejo.

–La mujer de su señoría, señor.

–¿La esposa del rector? ¿La señora Carbury?

Tom asintió con la cabeza.

–Pero no era ella la que había estirado la pata, sino la guapa.

–¿Conocía su rostro?

La cara del pocero se descompuso en una sonrisa desdentada.

–Si la veías una vez, era imposible olvidarla, señor. Solía visitar a la otra. Supe quién era en el momento en que la sacamos del agua. Tenía el rostro desencajado, como si hubiera visto un fantasma. Dicen que hay muchos fantasmas en Jerusalem... Salen de noche, como ese otro, ese fantasma que...

–Pamplinas. Los fantasmas no existen más allá de las mentes de los necios y de los niños. Pero no voy a discutir eso contigo ahora –replicó Holdsworth reprimiendo la rabia que lo embargaba, consciente de que era absurda y desconcertado ante su mera existencia. En ese momento su mente reparó en un dato brevemente, pero desapareció en el acto. Trató de recordarlo en vano–. Regresa al momento en que te caíste al agua, cuando descubriste que aquella cosa era un cadáver. ¿Estaba boca arriba?

–No lo sé, señor.

–¿Qué hiciste?

Tom cerró los ojos.

–Hacía frío, señor, un frío de muerte. Grité y grité pensando que me ahogaba. Pisé el fondo y noté que el fango y las algas se aferraban a mí como si pretendieran arrastrarme hasta lo más hondo.

–Deja de decir tonterías. Por mucho fango y algas que hubiera, no te habrían querido arrastrar a ningún lado, carecen de sentimientos.

–Sí, señor, perdone. Me estaba encaramando a la orilla cuando el señor Mepal vino corriendo y me arrastró hacia fuera –explicó con el semblante orgulloso–. Entonces me desmayé del horror, señor.

–Menudo idiota –increpó Holdsworth.

–Sí, señor, pero enseguida me recompuse. Vino el señor Richardson y sacamos a la pobre dama del agua. Fue entonces cuando vi quién era. El señor Richardson ordenó al señor Mepal que buscara ayuda y que trajeran una puerta para colocarla encima. –El hombre titubeó y miró a Holdsworth con recelo antes de continuar–: Su cara estaba rara. Parecía muy asustada, se lo juro por Dios.

–¿Qué cree usted que pasó?

–Pensé que la dama se habría alojado con la señora Carbury, como hacía a veces, que habría salido a tomar el aire y que se habría resbalado. Debió de caerse y golpearse la cabeza, señor, y entonces rodó al agua.

–¿Se golpeó la cabeza? ¿Qué quieres decir?

–Lo digo por la herida, señor.

Holdsworth le clavó la mirada y Tom Heces se la devolvió sin rastro de astucia. Ninguno de los dos habló durante un instante.

–¿La herida? –preguntó Holdsworth sin darle importancia aparente–. ¿A qué herida te refieres?

–En la cabeza, señor –Tom se tocó sobre la oreja izquierda.

A pesar del calor de la tarde, Holdsworth sintió un escalofrío.

–¿Era reciente?

–Sí, señor. Verá, estábamos esperando que trajeran la puerta para colocar a la dama y mientras tanto el señor Richardson la examinó para ver si todavía quedaba algo de vida en ella. Yo estaba sentado en el banco, a su lado. Él también la vio.

–Pero antes has dicho que no había amanecido todavía –arguyó Holdsworth–. ¿Cómo es posible que pudieras percatarte de ello?

–Cada vez había más luz –replicó Tom en tono de reproche–. Vi la herida tan claramente como lo veo a usted ahora.

–¿Era un morado o una herida? ¿La piel estaba rasgada?

–Las dos cosas, quizá. La piel estaba cortada, sin duda alguna.

–¿Estaba sangrando?

–No, señor. El agua debió de lavar la sangre.

Holdsworth lo miró fijamente y ante sus ojos apareció con terrible claridad el pequeño salón de Bankside en el que Maria solía rezar y al que llevaron su cadáver empapado. Nadie dijo nada sobre la ventana rota que daba al río, ni sobre la silla quebrada ni sobre las gotas de sangre en el suelo. Alguien cerró los ojos de Maria, y él lo agradeció. Unos ojos muertos también pueden ser acusadores. Tenía un rasguño en un lado de la cabeza. La herida estaba en la sien izquierda, medio oculta por los mechones de pelo mojado.

La herida tenía el color de las ciruelas y el tamaño de un penique.

Holdsworth rogó que fuera el río quien la hubiera causado. De lo contrario, si no se la había hecho al caer al agua o justo después, entonces era de antes, de cuando le propinó un puñetazo y la mandó

volando al otro extremo de la habitación.

–De todos modos, eso no significa nada –agregó Tom–. El señor Richardson dijo que no importaba. Dijo que estaba oscuro, que la pobre dama se había caído al agua y se había ahogado.

–¿De qué tamaño era? –indagó Holdsworth.

–¿Cómo dice, señor?

–La herida de la cabeza, ¡maldito seas! –Holdsworth lo agarró de las solapas–. Por el amor de Dios, dime, ¿qué tamaño tenía?

Tom levantó la mano temblorosa e hizo un círculo con el pulgar y el índice.

El tamaño de un penique.

CAPÍTULO 17

En cuanto hubo acabado de hablar con Tom Heces, Holdsworth entregó al hombrecillo de tez morena otro de los chelines de lady Anne y se fue paseando hasta el mercado. No sabía qué hacer. No quería beber, la cabeza ya le dolía bastante. Tampoco quería sentarse en la sala común de Jerusalem. Y, sobre todo, no quería pensar en una herida del tamaño de un penique en la sien de una mujer.

Era como si el calor de las calles bulliciosas se hubiera transferido al interior de su cabeza. El mercado estaba repleto de borrachos que discutían, apostaban, se abrazaban, cantaban, vomitaban y dormían. En la esquina de Corn Market con Garden Market se libraba una feroz pelea entre tres hombres de la ciudad y cuatro estudiantes.

Holdsworth intentó evocar en su mente el rostro de Maria, pero no conseguía recordar su aspecto. Había quedado reducida a una dolorosa ausencia, como la de una extremidad amputada. Por el contrario, le resultaba demasiado fácil visualizar a Elinor Carbury, pero el mero hecho de pensar en la mujer del rector le parecía una deslealtad hacia la pobre y ahogada Maria.

Se adentró en un callejón estrecho y oscuro que conducía al sur. Caminó con lentitud por pura necesidad. A pesar de haber menos gente y menos luces, sentía que los edificios a uno y otro lado se le echaban encima. Seguía sin refrescar. Un hedor terrible emanaba de la acequia que recorría el centro del pavimento adoquinado. La inmundicia se apilaba por todos lados y podía oír a las ratas corretear y alborotar constantemente; de vez en cuando vislumbraba la sombra escurridiza de sus largas colas.

El problema era, se dijo a sí mismo, que lo habían enviado a Cambridge para ayudar a Frank Oldershaw a recuperar el juicio, pero por ahora no había conseguido cruzar ni media palabra con él. También se lo había contratado para encontrar a un fantasma, pero en lugar de ello había hallado a una mujer muerta con una herida en la cabeza.

¿Una herida como la de Maria?

No obstante, las autoridades de Jerusalem, al menos Richardson y Mepal, habían decidido no hacer pública la lesión de la señora Whichcote. La explicación más probable era la más obvia, que el colegio pretendía minimizar las habladurías sobre Sylvia Whichcote para salvaguardar su reputación. Eso no significaba que su muerte se debiera a un motivo distinto del suicidio. La herida podía haberse producido cuando se hundió en el lago y se golpeó la cabeza contra una piedra. O bien podía haber resbalado y caído en su trayecto hacia

el colegio por estas calles mal iluminadas y peor adoquinadas; de hecho, lo extraño hubiera sido que no fuera así. Además, el pocero nocturno no podía ser considerado un testigo fiable. Cualquiera sabía que cuanto más escandalosa es una historia, más atención atrae aquel que la cuenta.

«Una herida del tamaño de un penique»: no cesaba de repetir la frase en su mente como una maldición.

Más bien por azar que por buena orientación, Holdsworth había avanzando por las estrechas callejuelas hasta llegar a un espacio abierto cuya forma asemejaba la de la hoja de un hacha. Reconoció el lugar gracias a su anterior paseo ese mismo día: era Beast Market. Por el sur circulaba Bird Bolt Lane y, si giraba a la izquierda, estaría de regreso en Jerusalem en unos minutos.

Por Dios que ese calor tan inusual en esa época del año era terrible. Alteraba cada fibra de su ser y lo despojaba de todo vestigio de raciocinio, permitiendo que, por un repentino y endemoniado truco de la mente, no pudiera dejar de pensar en la fresca y pálida piel de Elinor Carbury.

«El tamaño de un penique» –murmuró en voz alta–, un penique.

Tenía la sensación de que esa maldita herida, ya fuera la de Sylvia o la de Maria, era la llave, la llave que abriría una puerta en su interior que mejor debía permanecer cerrada toda la eternidad. Si se abría esa puerta, sólo Dios sabía lo que podía salir.

Por primera vez en meses deseaba poseer a una mujer ya, casi a cualquier mujer, pero sobre todo deseaba a Elinor. No era ninguna belleza, al menos no al estilo clásico, pero poseía una cualidad más fuerte que la belleza, una cualidad superior de la mente y el cuerpo. Que Dios lo perdonara, pero la deseaba, no podía negarlo.

Visualizó la mano de Elinor en la verja del Jardín del Rector. Recordó el modo en que tembló ligeramente al tocarla y cómo ella contuvo el aliento, como si le hubiera clavado una aguja, justo antes de dar media vuelta y marcharse.

¿Qué hubiera sucedido si se hubiera quedado? ¿Si su mano hubiera permanecido bajo la suya? ¿Qué sucedería si volvían a encontrarse en el jardín, y de noche? ¿Esa misma noche? Pensó en los suaves dedos de Elinor recorriendo su brazo y...

Unos pasos muy reales deshicieron tan dulce imagen; el sueño se tornó al instante en algo sórdido e irrelevante, en lo que realmente era: una simple fantasía lasciva.

El tamaño de un penique. «¡Oh, Maria, perdóname!»

Alguien se acercaba por el camino de Jerusalem. Holdsworth se refugió en las sombras tras un grupo de árboles y arbustos en la esquina del mercado. A esas horas de la noche, no se sabía quién podía andar merodeando por las calles y un lugar como ése en las

afueras era muy propicio para los asaltos. Al otro lado de la calle se encontraban los Leys, una zona de campos y marismas que lindaba con la ciudad por el sur.

«Perdóname.»

Una tenue luz ardía sobre la puerta de un edificio en la esquina opuesta del mercado e iluminaba unos metros de la calle adoquinada. Holdsworth observó a un hombre bajo y robusto andar con paso lento hacia la parcela de luz, detenerse con las manos en los bolsillos y mirar hacia la oscuridad de enfrente.

«No está mirando, está mostrándose.»

Oyó otros pasos más ligeros. Una mujer cruzó la calle hacia el hombre. Debía de haber estado refugiándose en los Leys o en sus cercanías. Se detuvo junto a él, sus cabezas muy juntas, y mantuvieron una breve conversación en susurros. El hombre tomó la barbilla de la mujer y le inclinó la cabeza para verla bajo la luz. Holdsworth sintió una punzada de envidia, estaba claro lo que estaban negociando. Tintinearon unas monedas y la mujer se alejó de la luz. El hombre esperó y giró la cabeza para recorrer la calle con la mirada de arriba abajo, lo que permitió a Holdsworth identificar su perfil.

Era el joven Archdale. La envidia de Holdsworth se transformó en repugnancia. Era así como se conseguía una puta. Había que mostrarse bajo la luz de Beast Market y esperar a que una acudiera a ti, como una polilla a la llama de una vela. Si se quedaba esperando bajo la luz, Holdsworth también podría encontrar una. ¿Tan bajo había caído? –se preguntó–. Un viudo afligido al menos conservaba un poco de dignidad, pero ¿qué dignidad tenía un hombre que pagaba por fornicar amparado por la oscuridad?

Harry Archdale cruzó la calle con rapidez en pos de esos favores de última hora. Se adentró en los Leys y se sumergió en las profundas tinieblas que acababan de engullir a su puta.

«Perdóname.»

* * *

Fueron pocos los que lograron conciliar el sueño esa noche que presagiaba tormenta.

Cuando el señor Richardson dejó a sir Charles Archdale en el Blue Boar después de cenar, no le apetecía nada volver de inmediato al colegio, por lo que comenzó a caminar por las calles sin rumbo fijo. Ese calor tan desacostumbrado le provocaba picores por todo el cuerpo. Mientras caminaba comenzó a rascarse, sobre todo bajo la peluca. El aire estaba infestado de efluvios insoportables. Lo husmeó y percibió la insufrible y familiar pestilencia de las curtidurías.

No había sido una velada agradable. Sir Charles era pesado por

naturaleza y disfrutaba escuchándose a sí mismo. Además, estaba disgustado por las noticias de la muerte acaecida en Jerusalem, por lo que Richardson había tenido que proceder con especial tacto. La velada había tocado a su fin, pero no lograba apaciguar su mente. Tenía muchas cosas en la cabeza y no tenía claro el camino que debía seguir.

Al pasar por la iglesia de San Miguel creyó oír a alguien murmurando su nombre, o más bien uno parecido: «Richenda». Se dijo que había bebido demasiado vino, pero de pronto se sintió desagradablemente sobrio. Richardson apretó el paso.

* * *

Tobias Soresby también deambulaba por las calles, pero a diferencia de su tutor estaba muy sobrio. Punteaba al azar sus grandes zancadas con el tenue crujido de las falanges de los dedos tironeadas. El sizar ponderaba con creciente desesperación las ventajas y los inconvenientes de una decisión que lo asustaba por su complejidad e inminencia. Ese mismo día había oído que el señor Miskin podría abandonar pronto la plaza de Rosington en la junta de gobierno. Era una noticia inesperada que podía cambiarlo todo.

* * *

Durante su paseo sin rumbo Soresby pasó por delante de la pequeña casa de Trumpington Street donde la señora Phear bordaba a la luz de la vela el tapiz de la destrucción de Sodoma, o quizá Gomorra. Cuando se le cansó la vista, llamó a Dorcas, revisó los cerrojos y pestillos de puertas y ventanas y se preparó para ir a la cama, pero no logró dormirse al apagar la vela. A ella también le rondaban muchas cosas por la cabeza. Ante todo le preocupaba Philip Whichcote. No era su deseo preocuparse por él, pero ya hacía tiempo que se había resignado al hecho de que no podía evitarlo. Quizá las cosas hubieran sido diferentes si hubiera tenido un hijo propio. La señora Phear culpaba sobre todo a Sylvia por los problemas de Philip.

Había pensado que las cosas mejorarían tras su muerte, pero lo cierto es que habían empeorado.

* * *

En la planta superior, justo encima del dormitorio de su ama, Dorcas se quitó la ropa y se tumbó sobre la cama. Estaba completamente desnuda y el sudor manaba de su cuerpo. Su habitación se encontraba justo bajo el tejado y todo el calor del día

parecía haberse acumulado allí.

Dorcas rezó el padre nuestro, primero del derecho y después del revés, por si acaso. En la mano izquierda sujetaba una cabeza de ajo; una gitana del mercado le había asegurado que era un remedio infalible contra los fantasmas.

En febrero habían depositado a Tabitha Skinner sobre la cama contigua a la de Dorcas y la cubrieron con una manta hasta la cabeza. Dorcas había pasado la noche en vela con una chica muerta. Todo el mundo sabía que el alma pervivía en su morada terrenal hasta que el cuerpo recibía cristiana sepultura, pero en casos como el de Tabitha, donde las circunstancias de la muerte eran pecaminosas, el alma podía permanecer mucho más tiempo en el lugar donde había estado el cuerpo.

Cuando conseguía dormir, Dorcas soñaba a veces que Tabitha se quitaba la manta, se sentaba en la cama y le hablaba. En ocasiones también le hablaba estando despierta, pero Dorcas jamás lograba entender lo que le decía. Una vez tuvo una pesadilla en la que Tabitha se levantaba de la cama y se metía en la suya. En esa ocasión, Dorcas se despertó gritando y la señora Phear subió a darle unos azotes.

Dorcas rezaba, pero no le servía de ayuda. El recuerdo de Tabitha, viva y muerta, persistía como un mal olor, al igual que este terrible calor. Continuó tumbada en la cama con la mano derecha entre las piernas y se preguntó qué habían hecho a Tabitha con exactitud.

–¿Tab? –susurró en la oscuridad–. ¿Tab? Vete, por favor, sé buena.

* * *

Mulgrave, que residía en una casita de campo ubicada de espaldas al foso del castillo, no lejos de Lambourne House, dormitaba en el sillón después de una cena tardía. Había dedicado buena parte de la tarde a calcular su patrimonio: la casa en la que vivía, unos cientos de libras en el banco y casi lo mismo en bonos.

Se ganaba la vida atendiendo a los caprichos de los cachorros de rico, del mismo modo que Tom Heces ganaba dinero con la mierda. Era un trabajo fatigoso, pero lucrativo. En su duermevela, Mulgrave comenzó a pergeñar un plan para disminuir su carga de trabajo e incrementar sus beneficios. Al fin y al cabo, los banqueros y abogados tenían a sus pasantes, los comerciantes a sus aprendices y el clero a sus coadjutores. ¿Por qué debía ser diferente para un gyp?

* * *

En la casa del Dr. Jermyn en Barnwell, Frank Oldershaw roncaba boca arriba en la cama. Tras el ataque de esa mañana, Jermyn había

ordenado a su ayudante que le administrara una buena dosis de láudano. El celador abría la puerta del dormitorio cerrada con llave cada hora y acercaba el candil a su rostro para comprobar que seguía allí y continuaba respirando.

* * *

Harry Archdale estaba en los Leys. Apenas había bebido una gota de vino desde la comida. Ya había acabado de revisar sus apuntes para la medalla Vauden y el comentario pormenorizado de Soresby. Para su propia sorpresa, creía dominar el tema lo suficiente como para superar con dignidad el examen al que lo sometería su tío Charles, cuya erudición era ampliamente admirada, pero escasamente prodigada. Dudaba que el resultado engañara al señor Richardson, pero no le preocupaba. Ricky deseaba tanto como él evitar un disgusto a sir Charles.

Archdale acababa de descubrir que la combinación de los estudios con una inhabitual sobriedad le confería un vigor considerable. La chica decía llamarse Chloe, lo cual era poco probable, pero conocía bastante bien el oficio. La empujó contra un árbol y la trató con hombría, convencido de que tardaría en olvidar los potentes embates de su miembro viril. Llevaba puesta la envoltura para el encuentro. A su manera, Archdale era un joven prudente, pese a que no existía duda alguna de que la protección restaba placer al juego amoroso. En cualquier caso, no la necesitaría en el Club del Espíritu Santo porque la joven sería una virgen.

Sólo una virgen era apta para la ocasión. Al fin y al cabo, se trataba del Club del Espíritu Santo, y el Espíritu Santo insistía en que fuera una virgen. Ésa era la gracia.

* * *

En la residencia del rector, Ben finalizó su jornada y abandonó el colegio para dirigirse a su habitación en Vauden Alley, junto al muro norte de Jerusalem.

Susan, la doncella de Elinor Carbury, era la única persona del servicio que dormía en el colegio. Subió a su dormitorio en la buhardilla y cerró la puerta con pestillo. Abrió el baúl y sacó la ropa especial que se ponía los días de fiesta. Colocó las prendas una junto a la otra sobre la cama y se arrodilló ante ellas con la vela en alto para contemplarlas mejor.

Al final eligió la capa de terciopelo que le había regalado la señora Carbury. Era su prenda favorita, el más preciado de sus objetos. La capa estaba tan pulcra y reluciente que parecía recién salida de la

tienda del señor Trotter en St. Mary's Lane. A pesar del calor vespertino, se envolvió en ella. Los ricos y suaves pliegues descendieron hasta el suelo y la envolvieron. Respiró profundamente aspirando su olor, absorbiendo su esencia y haciéndola suya.

Susan cerró los ojos, acarició el tejido y pensó en Ben.

* * *

Elinor Carbury también se dirigió a sus aposentos, pero tampoco pudo conciliar el sueño. Se sentó en un sillón en la oscuridad y escuchó los sonidos a su alrededor. Oyó pasos en el rellano y supo que eran de Holdsworth. Trató de convencerse de que no merecía la pena pensar en los errores del pasado, ya fuera en el matrimonio o en todo lo demás. Había que sacar provecho de lo que uno tenía. Al fin y al cabo, quien tenía un techo sobre la cabeza y comida en el plato no albergaba motivos para desesperar. Lo que más temía Elinor en este mundo era la pobreza.

Se preguntó lo que habría pensado Sylvia Whichcote de Holdsworth y viceversa. ¿Le habría encandilado del mismo modo que a muchos hombres? Sin duda alguna, Holdsworth era un hombre de talento y cierta cultura, pero emanaba un cierto aire de rudeza que parecía indicar que tanto podía rodear un obstáculo en la vida como apartarlo de una patada. Quizá las muertes de su mujer e hijo le habían agriado y exacerbado el carácter. Sea como fuere, Elinor no se sentía del todo cómoda teniéndolo como invitado, ni siquiera teniéndolo en Jerusalem. Se preguntó si podía decir algo a lady Anne para acortar su estancia en la residencia del rector. Por otro lado, no quería que se marchara.

* * *

Pasó el tiempo y los relojes de los colegios universitarios y las iglesias tocaron los cuartos. El ambiente era cada vez más sofocante, pero no fue hasta bien entrada la medianoche que empezaron a caer los primeros goterones de lluvia sobre el caliente plomo de los viejos tejados, las polvorientas calles pestilentes, los jardines resecos y las pocas personas que seguían en la calle.

Más allá del río, en Lambourne House en Chesterton Lane, Philip Whichcote estaba muy despierto, sentado al escritorio en el estudio. La pila de papeles parecía haber crecido en altura y desorden desde que había empezado, como si las facturas hubieran procreado en su ausencia con un entusiasmo irresponsable.

La lluvia repiqueteó en la ventana. Whichcote llamó al lacayo, que dormitaba en una silla del vestíbulo. El muchacho entró tambaleante

en la sala, frotándose los ojos para borrar los rastros del sueño. Augustus era un nombre demasiado grandilocuente para un niño tan insignificante.

–Tráeme más velas. Espera un momento... ¿qué edad tienes?

–Trece años, su señoría –respondió Augustus bajando la mirada–. Bueno, los cumplo en septiembre.

–Ven aquí, ponte delante de mí.

Augustus se acercó con paso lento y se detuvo cerca de Whichcote, que giró la silla para encararse con el chico. Contempló al escuálido chiquillo, que estaba temblando, a la espera de un bofetón.

–¿Cuánto llevas trabajando en esta casa?

–Casi nueve meses, señor.

–¿Deseas continuar trabajando a mi servicio?

–Sí, señoría, por favor. En mi casa somos ocho y nuestra madre no puede alimentarnos a todos –la voz del niño delató su pánico–. Me gusta mucho mi trabajo, señor. Espero que esté usted satisfecho con él.

–Eso está por ver. Ahora ve a buscar las velas.

En cuanto regresó, Whichcote le ordenó que le iluminara el camino hasta el piso de arriba. En el rellano, abrió con la llave la puerta de los aposentos de Sylvia. Una vez en su interior, ordenó al chico que dejara las velas y se fuera. Cuando se quedó a solas, paseó por las diferentes estancias sosteniendo una palmatoria. El lunes subastaría el mobiliario de Sylvia, lo que alertaría a sus acreedores, pues lo interpretarían como una señal de ruina, pero no podía evitarlo. Al menos dispondría de dinero contante y sonante y no tendría que volver a ver esa maldita cama.

Sylvia había tenido sus secretos y le había ocultado cosas. Era algo que Whichcote sabía ahora. Por lo tanto, quizás había escondido algún objeto de valor. Valía la pena asegurarse de que no había pasado nada por alto, quizás un anillo o unas guineas. Cualquier cosa le serviría de ayuda.

Abrió el escritorio y dejó la palmatoria sobre la tapa. Alargó la mano hacia la parte posterior, pero a la luz de la vela no calculó bien la distancia y las puntas de los dedos rozaron la base que unía los diminutos cajones y las pequeñas casillas. Notó que se movía al tacto, así que sacó uno de los cajones y tiró de la base, que salió con suavidad del cuerpo posterior del escritorio.

Whichcote la extrajo y la dejó en el suelo. Alumbró con la vela el amplio espacio plano que había dejado y lo repasó con los dedos. Para su decepción, no había nada más que polvo, pero al llegar a la esquina, notó el perfil de un recoveco en el lateral del escritorio. Dentro había algo.

Casi tumbó la palmatoria por la impaciencia. Sacó un fragmento de papel amarillento doblado en un pequeño paquete. «Dios mío –pensó–,

un billete, que sea un billete, por favor.» Pero, al darle la vuelta sobre sus manos temblorosas, algo afilado le pinchó el dedo y gritó, a causa tanto de la sorpresa como del dolor. El papel llevaba enganchado un alfiler oxidado.

Acercó el papel a la llama de la vela y lo desplegó por completo: la aguja sujetaba un mechón de cabello recio y oscuro junto al que Sylvia había escrito «Mi queridísimo Philip».

Para su consternación, Whichcote notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. Era un pensamiento extraño e incómodo saber que esto era lo que Sylvia había escondido en su lugar más secreto, cuidadosamente envuelto para un futuro que no fue. Recordó que cuando la cortejaba le había suplicado, con la rodilla hincada en el suelo, un mechón de su cabello. Ella se había ruborizado y, tras un largo regateo, había aceptado su petición, solicitando un mechón suyo a cambio.

Dobló el papel con cuidado y lo metió en el bolsillo del chaleco.

–¿Sylvia? –dijo con suavidad.

La llama de la vela vaciló. Oyó un sonido lejano en el dormitorio. ¿Acaso un suspiro o un gemido de dolor reprimido al instante?

Tonterías. No eran más que el viento y la lluvia en la chimenea y el sonido del agua que discurría por el bajante junto a la ventana.

Se chupó el dedo pinchado con la aguja. La herida era más profunda de lo que pensaba. Su sangre era salada. ¿Qué había hecho él con el mechón que ella le había entregado? No tenía ni idea.

Todavía con el dedo en la boca, se acercó a la puerta del dormitorio con la palmatoria en la mano. Se quedó en el umbral y clavó la vista en el perfil difuso de la enorme cama.

Una prisión de madera, pensó, una prisión de sombras y secretos.

–¿Sylvia? –susurró–. ¿Sylvia? ¿Eres tú?

CAPÍTULO 18

Cuando Susan la despertó, Elinor le ordenó que abriera la ventana. El cielo estaba cubierto de nubarrones altos, pero el aire era fresco y estaba impregnado de un agradable olor a tierra mojada. Había llovido con fuerza durante casi toda la noche, pero al amanecer había amainado. Preguntó por su esposo y fue informada de que todavía no se había levantado.

Elinor decidió desayunar abajo. Era lo más cortés, se dijo a sí misma, de lo contrario el señor Holdsworth desayunaría solo. Por regla general, no era una mujer presumida, pero se cambió el sombrero y los lazos dos veces antes de bajar.

El comedor de los Carbury era una pequeña sala cuadrada que daba al patio occidental de la residencia del rector. Holdsworth ya estaba sentado a la mesa con un tazón de té en la mano. Al entrar ella, se levantó e hizo una reverencia. Ambos se interesaron por su respectivo estado de salud y comentaron –con una educada falta de sinceridad– que el ruido de la tormenta habría impedido dormir bien al Dr. Carbury. Elinor le preguntó –con suma delicadeza para no parecer osada– por sus planes del día.

–Creo que volveré a Barnwell, señora.

–¿Lo esperan?

–No.

Con expresión lúgubre, Holdsworth se bebió el resto del té. Elinor siguió desmigajando el panecillo que todavía no había mordido, tampoco había probado el té.

Él alzó la vista de repente y se encontró con la mirada de ella. Entonces inspiró, como si hubiera tomado una decisión.

–Para comprender la naturaleza de los delirios del señor Oldershaw, es importante que hable con él directamente, sin ningún intermediario ni intérprete y sin nadie que escuche detrás de la puerta. Si deseo progresar en este asunto, debo empezar por él, por muy loco que esté, pero el Dr. Jermyn se opone. Sin duda tendrá sus razones.

–Es probable que hoy no encuentre al Dr. Jermyn en Barnwell.

–¿Cómo lo sabe?

–Él y la señora Jermyn vienen cada domingo a Cambridge para asistir a la misa en la iglesia de Holy Trinity. Ella es muy devota y seguro que este domingo estará presente, puesto que el predicador es el señor Revitt y asistirán todos los evangélicos en pleno. Después, suelen almorzar en casa de los padres de ella en Green Street.

Él sonrió al captar la pista de inmediato.

–Le agradezco la información, señora.

Elinor comenzó a esbozar una sonrisa en respuesta, pero se detuvo en seco y se obligó a adoptar una expresión seria. La actitud del señor Holdsworth no podía calificarse en absoluto de insinuante, pero en cierto modo era como si flirteara o intentara flirtear con ella. Se recordó a sí misma que era viudo desde hacía poco, que era un invitado en su casa y que, además, era un comerciante que se hallaba en circunstancias menesterosas. Pensó en su absurda conducta de la tarde anterior cuando lo había mirado a través de la verja del jardín del rector y él le había rozado la mano de forma inexplicable, aunque sin duda accidental.

–Si ve usted al señor Frank esta mañana y... se presenta la oportunidad, le ruego que lo salude de mi parte.

–Puede confiar en ello, señora. ¿Podré hablar con usted más tarde cuando haya vuelto de Barnwell por si hay alguna noticia?

–Por supuesto –asintió Elinor, y comenzó a desmigajar otro panecillo.

Él le agradeció de nuevo su amabilidad y se fue con una falta de ceremonia tal que rayaba en la descortesía. Elinor se percató entonces de que tenía el plato casi totalmente cubierto de migas.

* * *

Las calles estaban tranquilas y desprendían un olor dulzón, el que emanaba del polvo aposentado por la lluvia. La mayoría de las personas con las que se cruzó Holdsworth iban de camino a la iglesia. Bajó el ala del sombrero para que le cubriera los ojos y giró la cabeza cada vez que pasaba un carruaje por su lado pisando los charcos dejados por la tormenta de la noche anterior. Holdsworth no deseaba encontrarse con el Dr. Jermyn y su esposa de camino a Holy Trinity. En cuanto llegó al pueblo, vio y reconoció casi de inmediato a una pequeña figura que cojeaba delante de él. Apretó el paso y se puso a su lado.

–Señor Mulgrave, buen día tenga usted.

El gyp hizo una reverencia.

–Buen día tenga usted también, señor.

Mulgrave no parecía sorprendido por el encuentro.

–¿Va usted a visitar al señor Oldershaw? –preguntó Holdsworth.

–No, señor. Iré el próximo martes, creo. Pero como ha refrescado por la lluvia, he pensado que podía llevar mi factura al Dr. Jermyn.

–Creía que estaba en misa.

–Así es, señor –contestó Mulgrave, cuyos ojos oscuros rebosaban una maliciosa inteligencia–. No hace ni diez minutos que lo he visto pasar con su señora.

–¿Qué sucede los domingos en casa del doctor? ¿Van todos a misa?

–Un pastor viene a leer las oraciones por la mañana, señor, y por la tarde el Dr. Jermyn suele acompañar a algunos caballeros a la iglesia. A los más sobrios, ya me entiende.

Holdsworth asintió con la cabeza. Caminaron un rato en silencio y éste acortó el paso para adaptarse al ritmo de Mulgrave.

–Por lo que tengo entendido, trabaja usted para varios caballeros.

–Así es, señor. Un hombre debe intentar llegar a fin de mes como sea. Pero no siempre es fácil, porque por mucho que uno trabaje, no todos los caballeros son buenos pagadores. Algunos acumulan facturas que no pueden pagar, ni saben cuándo podrán hacerlo.

Holdsworth lo miró de reojo.

–Cuando yo regentaba mi propia tienda pude observar que muchos caballeros poseían una visión del dinero muy distinta a la del resto de nosotros. De hecho, algunos no poseían visión alguna, y dinero tampoco, pero eso no les impedía gastar lo que no tenían.

–Los caballeros más jóvenes no están tan mal. Siempre puedes acudir a sus tutores y, por regla general, ellos tienen claro lo que es justo. El problema son los caballeros de mayor edad, como el señor Whichcote, por ejemplo. –Mulgrave giró la cabeza y escupió en el suelo–. Intentar sacarle dinero es como tratar de extraer una pinta de sangre de una chuleta de ternera.

Ambos volvieron a guardar silencio mientras avanzaron un centenar de metros más.

–A mí me gustan los hombres que pagan lo que deben –comentó Holdsworth haciendo tintinear unas monedas en el bolsillo de la chaqueta–. Quizá sepa usted que estoy aquí en representación de lady Anne.

Mulgrave lo miró de hito en hito.

–Como buena madre, le preocupa el grave estado de su hijo –explicó Holdsworth.

–Es natural, señor.

–Desde luego. Por eso desea que hable con él lo antes posible para ver cómo puedo ayudarlo. No obstante, los métodos del Dr. Jermyn no permiten al paciente mantener una conversación privada con el representante de su propia madre. Es muy fastidioso.

Mulgrave sacudió la cabeza con expresión solemne.

–El Dr. Jermyn puede ser muy inflexible, señor.

–Como es obvio, escribiré a lady Anne para solicitar la autorización pertinente –prosiguió Holdsworth–. Pero ello llevará su tiempo, y yo estoy convencido de estar en situación de poder ayudar al señor Oldershaw ahora. No deseo que su sufrimiento se prolongue ni un minuto más de lo necesario. Y estoy seguro que su señoría tampoco.

Los hombres siguieron caminando juntos mientras Holdsworth continuó haciendo sonar las monedas en el bolsillo.

–Su señoría no olvida a quienes le prestan un servicio, ni yo tampoco.

Se encontraban apenas a un centenar de metros de la cancela del Dr. Jermyn.

–A mí me conocen bastante bien allí –señaló Mulgrave–. Visito regularmente al señor Frank y también he estado muchas veces antes por otros jóvenes caballeros.

–¿Así que no le ponen ningún impedimento para entrar?

–Por supuesto que no, señor. ¿Por qué iban a hacerlo? ¿Ha tenido usted ocasión de conocer al señor Norcross?

–Si no recuerdo mal, ése era el nombre del ayudante que se hallaba en la habitación del señor Oldershaw.

–Exacto. George Norcross es mi cuñado, y él es quien se ocupa de todo cuando se ausenta el Dr. Jermyn. Siempre lo he considerado un hombre muy solícito y razonable.

–Le estaría enormemente agradecido si me permitiera hablar en privado con el señor Oldershaw, o al menos intentarlo. Y también lo estaría su señoría. –Holdsworth dejó de juguetear con los peniques de la chaqueta, metió dos dedos en el bolsillo del chaleco y sacó media guinea–. Me pregunto si esto podría ayudar. Y habría otra una vez haya visto al señor Oldershaw.

Mulgrave se detuvo, y Holdsworth también. El gyp contempló la moneda entre los dedos de este último.

–El señor Norcross no desearía poner en peligro su trabajo.

–Por descontado.

–No obstante, como el hombre que abre la cancela ya sabe quién es usted, podría pensar que está todo en orden si nos ve juntos. Es decir, si llegamos juntos, es probable que piense que vamos juntos.

–Es probable.

–No hay nada cierto en este mundo, señor –declaró Mulgrave con expresión piadosa–. No puedo responder por el señor Norcross, por ejemplo. Incluso si consigue usted hablar en privado con el señor Oldershaw, es posible que el pobre caballero esté demasiado alterado y lo que diga carezca de todo sentido.

–Por supuesto, pero tanto usted como el señor Norcross recibirán media guinea, sea cual sea el resultado. Y si consigo hablar en privado con el señor Oldershaw, esté alterado o no, recibirán media guinea más.

Mulgrave asintió con la cabeza.

–No se puede ser más justo. ¿Y pagará a toca teja?

–Lady Anne insistiría en ello.

–Por lo tanto, es media guinea para cada uno ahora –repitió

Mulgrave como si estuviera realizando una interesante operación aritmética–. Y otra media guinea por cabeza si todo va bien.

* * *

El señor Norcross estaba descansando en un pequeño salón junto a la despensa del mayordomo, sentado en una silla con brazos junto a la ventana abierta, con la pipa en una mano y una jarra de cerveza en el alféizar de la ventana. Se había quitado la peluca y la chaqueta y desabrochado el chaleco. Cuando vio a Mulgrave en la puerta, se incorporó e hizo ademán de ponerse en pie.

–No te levantes, George –dijo Mulgrave de inmediato–. He traído conmigo al señor Holdsworth porque precisa un favor y unas palabras –explicó Mulgrave haciendo un guiño cómplice–. Sólo si estás disponible, claro está. Como bien sabes, viene en nombre de lady Anne.

Holdsworth esperó en el pasillo examinando una enorme cesta que contenía verduras recién cogidas del huerto. Mulgrave susurró unas palabras al oído de su cuñado. El señor Norcross asintió con la cabeza y se puso en pie con lentitud. La parte superior de su cráneo era una cúpula de cabello gris y su cuello no era visible. Algo en su aspecto recordó irremediablemente a Holdsworth una patata sin lavar. Era casi como si la falta de chaqueta y peluca le hubiera impedido ver antes al visitante.

–Señor Holdsworth, ¿cómo está usted? –preguntó.

–Bastante bien, gracias.

–Siempre es un placer poder servir a lady Anne –continuó Norcross–, y a un caballero como usted. No obstante, existen maneras y maneras de hacer las cosas –insinuó tocándose el lado de la nariz a la vez que asentía con la cabeza–. Yo diría que no lo he visto a usted aquí, señor.

–¿Cómo dice?

Norcross pareció no oír a Holdsworth.

–Cuando esta mañana ha llegado el señor Mulgrave, usted estaba junto a él en la cancela. Dado que el portero conoce al señor Mulgrave y sabe que viene a visitarme, no ha tenido usted ningún problema en entrar, puesto que el portero ha pensado que usted acompañaba a Mulgrave, cuando lo único que hacían ustedes era darse los buenos días. Me imagino que es así como ha logrado usted acceder a la casa. Después, me imagino, habrá visto al caballero trabajando fuera y se habrá escabullido antes de que yo tuviera la oportunidad de echarle el ojo encima. Dado que usted deseaba conversar con el señor Oldershaw en privado, seguro que se le ha ocurrido la idea de que podía estar trabajando en el jardín con el resto de los pacientes. Y, por casualidad,

se ha dirigido usted a la parte posterior de los establos, donde se halla el huerto de la cocina. Si esto es lo que ha hecho, no me sorprendería que hubiera visto al señor Oldershaw entre las lechugas y demás hortalizas. De todos modos, tampoco puede sorprenderme porque yo no sé nada de todo esto. ¿Me sigue hasta ahora, señor?

–A la perfección –respondió Holdsworth–. ¿Habrá algún ayudante vigilando al señor Oldershaw?

–Sí, señor, por supuesto. Cuidamos muy bien a nuestros caballeros. Yo diría que habrá un ayudante en el huerto todo el tiempo. Me imagino que estará sentado en el banco junto a la puerta de la cocina, o bien vigilando a uno o dos de los otros caballeros que trabajan allí, pero como verá su chaqueta negra, quizá piense que es usted uno de los colegas del doctor. Al fin y al cabo, estuvo usted aquí el otro día, así que sería muy natural que cometiera ese error.

–¿Cómo se encuentra hoy el señor Oldershaw?

–Más tranquilo que ayer, sin duda.

–¿Es capaz de mantener una conversación racional?

Norcross se encogió de hombros y sacó un reloj del bolsillo.

–Voy arriba a hacer mis rondas –informó–. Por eso no lo he visto a usted.

Sin mediar palabra se marchó, su gran cuerpo bamboleando de un lado a otro como si tuviera los muslos de granito.

Mulgrave se acercó a Holdsworth en el pasillo.

–Por aquí, señor –le indicó al tiempo que le conducía hasta una puerta lateral que daba a un camino de grava–. Siga este sendero hasta los establos, señor. El huerto de la cocina se encuentra detrás.

Un mozo miró a Holdsworth con curiosidad cuando cruzó el patio hacia los establos, pero no hizo ademán alguno de detenerlo. En el extremo del jardín, cinco o seis caballeros elegantemente vestidos cortaban el césped a lo largo de una hilera de árboles. En el campo de bolos había un hombre de pie que leía de un volumen de Tucídides en voz alta, fuerte y acompasada como si se dirigiera a un gran público invisible. Dos ayudantes conversaban bajo una sombra cercana.

Holdsworth abrió la verja que conducía al huerto de la cocina. Un tercer ayudante estaba repantingado en un banco cerca de la puerta con un periódico abierto sobre las rodillas y una pipa en el asiento contiguo. Levantó la mirada y volvió a bajarla, satisfecho de que Holdsworth no fuera un paciente que trataba de escamotearse del trabajo asignado.

Había tres hombres trabajando entre las hortalizas. Dos de ellos, ambos de mediana edad, estaban arrancando mala hierba, mientras que Frank Oldershaw estaba en el extremo del huerto, una figura solitaria a cuatro gatas.

Holdsworth avanzó por el sendero de ladrillo que dividía en dos

partes el jardín cercado. La chaqueta y el chaleco de Frank descansaban doblados dentro de una carretilla cercana. Estaba hincado de rodillas en la tierra recién cavada con unos calzones de seda negros y una elegante camisa blanca. En la mano sostenía una pequeña horquilla de la que se ayudaba para recolectar los rábanos. A pesar de haber oído con toda certeza los pasos de Holdsworth, no alzó la vista.

–Buenos días, señor –saludó Holdsworth–. ¿Me permitiría tener unas palabras con usted?

No obtuvo respuesta.

–Nos conocimos ayer brevemente –prosiguió Holdsworth–. Le doy mi palabra de que no haré nada en contra de su voluntad.

Frank dejó su frenética actividad, pero no levantó los ojos.

–Si no desea que esté aquí, si hago cualquier cosa que lo desagrade, sólo tiene que llamar al ayudante y decir que lo estoy molestando, que no tengo permiso para estar aquí. El doctor no sabe que he venido. Me ha prohibido que hable con usted en privado.

Por primera vez, Frank giró la cabeza y miró a Holdsworth. A pesar de la calidad de su ropaje, su aspecto distaba mucho del de un caballero. Tenía la cara manchada de barro, las manos sucias y las uñas rotas. Todavía a cuatro gatas, comenzó a balancearse hacia delante y atrás como si el peso que soportaban sus manos y rodillas fuera demasiado para él.

–Debo acabar esta hilera y la siguiente –murmuró–. Si no lo hago, no me darán de comer.

–Hay tiempo suficiente –lo tranquilizó Holdsworth–. Hablemos un poco.

Frank clavó la pequeña horquilla en la tierra, se dio la vuelta y se puso en cuclillas en el sendero.

–Estoy tan cansado que podría dormir para siempre.

–Es por las drogas que le dan.

Frank asintió con la cabeza.

–Para matar la pena.

–¿Cómo dice usted? ¿Está afligido? ¿Por qué?

Frank sacudió la cabeza pero no respondió.

–Me han dicho que vio usted un fantasma –comentó Holdsworth de pasada, como si ver un fantasma no fuera algo de especial interés–. Supongo que era el fantasma de la señora Whichcote, ¿no?

Frank dejó caer la cabeza sobre el pecho.

–¿Así que era ella? ¿Cómo lo supo?

–¿Quién más sino ella podía ser? –masculló Frank–. ¿Por dónde si no iba a rondar Sylvia?

–¿Por qué? ¿Porque murió allí?

Frank trazó en la tierra un círculo, un cero, con el dedo.

–Dígame, ¿por qué salió usted esa noche? ¿Iba a hacer sus necesidades?

Frank negó con la cabeza. Su rostro empezó a desencajarse, los músculos retorciéndose y danzando bajo la piel.

–No podía dormir –respondió–. Necesitaba aire. Nada importaba.

–Salió usted fuera –repitió Holdsworth–. Necesitaba aire y nada importaba. Ya veo.

Frank sacudió la cabeza con un vigor casi maníaco.

–No, usted no ve nada. Es usted un idiota. Yo era Dios. Yo era el Espíritu Santo –espetó llevándose las manos a la cabeza–. Y ahora estoy loco. He perdido el juicio. No entiendo nada, y usted tampoco. Es usted un perfecto imbécil.

Holdsworth se incorporó. Se había producido un cambio en la conversación y Frank se había dirigido a él como lo haría un joven caballero enfurecido a un inferior.

–Yo soy el Espíritu Santo –continuó Frank con un hilo de voz–. Por eso vi un fantasma. Quod... quod erat demonstrandum.

–¿Es usted feliz aquí? –preguntó Holdsworth tras una pausa.

–Odio este lugar y a todos los que lo habitan.

–Si quisiera, podría marcharse.

–No puedo ir a casa –declaró Frank–. No iré a casa.

–¿Por eso atacó al señor Cross? ¿Para evitar que lo enviara a casa?

Frank bajó la cabeza y dibujó otro círculo, otro cero, en el suelo.

–Pobre Cross. Tuve un arrebato, no pude evitarlo. Ahora no puedo evitar nada. Estaría mejor muerto. Ojalá lo estuviera.

Holdsworth había sentido lo mismo cuando le trajeron a casa primero a Georgie y después a Maria. Las personas infelices comparten un mismo idioma. Él hubiera dado la vida por Georgie. ¿Acaso no lo sabía Maria? También hubiera dado la vida por salvarla a ella, pero en lugar de eso le hizo una herida del tamaño de un penique y le despertó el deseo de morirse.

«Perdóname.»

–Dígame –prosiguió Holdsworth–. ¿Qué le parecería si pudiera convencer a su señoría de que ordenara al Dr. Jermyn que lo liberara y pusiera bajo mi custodia?

–¿Cómo puedo confiar en usted? Me llevaría de regreso a mi madre. Por lo que yo sé, podría llevarme a un lugar peor que éste,

–No puedo obligarlo a confiar en mí, por lo que apelo a su juicio.

–Carezco de juicio.

–Para esto tiene usted el juicio suficiente, señor, creo yo. En cualquier caso, partamos del supuesto que así es. Si solicito a su señoría que lo ponga bajo mi custodia y buscamos un lugar tranquilo donde vivir, ¿no sería mejor que estar aquí? En lo que respecta a la confianza, mírelo desde mi perspectiva. Yo sólo puedo llevar a cabo

esta sugerencia con el permiso de su madre. Si le acaece cualquier cosa, si le sucede algo indeseable a causa de ello, su señoría me echará los perros. Por lo tanto, en mi propio interés, no puedo más que ofrecerle lo mejor. Incluso si no me es posible hacer nada por curarlo, al menos habrá escapado de aquí. Estará fuera del alcance del Dr. Jermyn y de su tratamiento de la moral.

Frank trazó otro cero en la tierra.

–No deseo ver a mi madre ni a Cross ni a Whichcote ni a Harry Archdale ni a mi tutor ni a ninguno de ellos. A nadie.

–Eso sería muy comprensible. Si me permite presentar esta propuesta a su señoría, le comunicaré que usted y yo debemos vivir recluidos. Ésa debe ser una condición indispensable.

Frank le lanzó una mirada astuta.

–¿Y qué sucederá si no deseo ser curado? ¿Ha pensado en ello? ¿Qué pasará entonces?

Antes de que Holdsworth pudiera responder, oyeron un repentino alboroto a sus espaldas. Holdsworth y Frank se giraron. Dos hombres habían entrado en el huerto: Norcross y el propio Jermyn. Norcross sujetaba a un mastín atado en corto. El otro ayudante se incorporó de un salto y el periódico voló hasta el suelo. Las únicas personas a las que no parecía afectar la situación eran los dos pacientes de mediana edad que seguían con su trabajo como si nada.

–¿Quiere que escriba a su señoría? –inquirió Holdsworth en voz baja–. ¿Sí o no?

–¡Usted, señor! –gritó Jermyn–. Venga aquí ahora mismo u ordenaré a mi hombre que suelte al perro.

–Sí –susurró Frank–. Hágalo rápido.

CAPÍTULO 19

Una vez finalizada la misa un mar de sombreros y trajes inundó las puertas de la iglesia de Great St. Mary's y se dispersó poco a poco por las calles, los callejones y los colegios de la universidad. Holdsworth se detuvo junto al enrejado de Senate House para contemplar el espectáculo. La mayoría de los fieles iban ataviados con su ropaje académico, con togas y capas de variados colores y texturas. Algunos andaban con aire gacho y otros paseaban, mientras que otros charlaban en grupos o iban en silencio, y uno o dos andaban con la nariz metida en un libro. Era la universidad al completo engalanada de domingo, una visión magnífica a la vez que desmañada.

Holdsworth no tenía prisa alguna por llegar a Jerusalem. A su regreso de Barnwell había hecho una parada en Lambourne House en Chesterton Lane, pero el pequeño lacayo que respondió a la puerta le comunicó que el señor Whichcote no se encontraba en casa. Holdsworth no le informó del motivo de su visita. Al dar media vuelta para marcharse, vislumbró el pulcro y agraciado rostro de un caballero que lo observaba desde una ventana del primer piso. Era probable que Whichcote lo hubiera confundido por un inoportuno comerciante que reclamaba el pago de una factura y que hubiera ordenado al lacayo que le diera largas con una educada excusa.

Holdsworth se entretuvo deambulando por la ciudad. Cambridge parecía estar en manos de un ejército de ocupación: las calles estrechas y concurridas y las casas feas y pequeñas se amontonaban entre sí como buscando protección. Los ciudadanos se afanaban de un lado a otro con expresión lúgubre, como si no tuvieran derecho a estar allí. Los verdaderos amos del lugar eran las figuras con toga que vivían detrás de las rejas y los muros de los colegios de la universidad. En ocasiones podía distinguirse una torre o un alto pináculo asomando entre los tejados, o bien una gran entrada de piedra rodeando un bello prado flanqueado de elegantes edificios, algunos modernos, otros góticos y pintorescos. En Cambridge las apariencias engañan, pensó para sí: era un lugar que guardaba con sumo celo sus secretos y tesoros, y quizá también sus fantasmas.

En cuanto se hubo disgregado la multitud de Great St. Mary's, Holdsworth cruzó la calle y se adentró en St. Mary's Passage, un callejón que circulaba por el lado sur de la iglesia. Delante de él, a unos treinta metros de distancia, identificó la pulcra figura del señor Richardson. Caminaba junto a un hombre alto y de gran porte que blandía un bastón con la empuñadura de oro. Otra figura más pequeña andaba detrás de ellos imitando de forma exagerada los movimientos

bamboleantes del hombre del bastón: era el joven Archdale, que daba rienda suelta a su sentido del humor.

Holdsworth los siguió hasta Jerusalem. Al cruzar la entrada, Mepal presentó sus respetos al pequeño grupo con efusivas reverencias. Los tres hombres se detuvieron en Chapel Court bajo la diluida luz del sol. El hombre alto miró a Holdsworth como mira un propietario al intruso. Éste, pensando que su presencia no sería bienvenida, iba a pasar por su lado sin detenerse, pero, cuando estaba casi a su altura, Richardson murmuró algo a sus acompañantes y se apartó para saludarlo.

–Señor Holdsworth, qué bien haberlo visto. Albergaba la esperanza de encontrarme con usted antes de la comida. Me imagino que irá a la biblioteca después de comer. Yo estaré con sir Charles, pero Soresby le hará de guía, es muy eficiente. Diría que casi sabe tanto de la biblioteca como yo. Esta mañana lo he visto después del servicio religioso y le he recordado la cita. Pídale cualquier cosa que desee. Estará a su entera disposición durante todo el tiempo que precise.

Richardson se despidió de Holdsworth y salió corriendo detrás de los Archdale, que paseaban por la sagrada parcela cuadrada de césped en el centro del patio. Holdsworth tomó un pasaje junto a la sala común hasta la puerta de la residencia del rector. Cuando Ben le abrió la puerta, le informó de que su amo ya se había levantado y vestido y que estaba con la señora Carbury en la sala de estar.

Holdsworth subió las escaleras. Carbury estaba sentado en el sillón y vestía una chaqueta negra más elegante de lo habitual, se acababa de afeitar y tenía el cabello recién empolvado, pero parecía viejo y enfermo. Elinor, sentada junto a la ventana, le hizo sentirse consciente de su presencia de forma incómoda.

–Espero que se haya recuperado usted por completo, señor –dijo Holdsworth tras los obligados saludos de cortesía y sin poder evitar una mirada furtiva a Elinor.

–Sí, sí, pero estoy indignado. Ese idiota de Ben me ha dejado dormir hasta tarde y tenía intención de ir a misa. Dígame, ¿usted ha ido?

–No, pero pasé por delante de Great St. Mary's mientras salían todos.

–Sir Charles Archdale tenía previsto asistir a la misa –comentó Carbury–. Ojalá hubiera estado allí.

–Creo que lo vi saliendo con el señor Richardson y el joven señor Archdale.

Carbury frunció el ceño.

–En fin, tendré el placer de ver a sir Charles en la comida.

–¿Es aconsejable? –preguntó Elinor–. Todavía no se encuentra bien del todo.

–Estoy perfectamente –replicó Carbury sin mirarla.

–Desde luego –Elinor se levantó y se acercó al sillón de su esposo–. De todos modos, no merece la pena agotar al señor Holdsworth con estas minucias. Recordará que esta mañana tenía previsto visitar al señor Frank. Quizá sea portador de buenas noticias para nosotros y para su señoría.

Carbury miró a Holdsworth con interés.

–Sí, ¿cómo le ha ido? ¿Pudo entrar sin cita previa?

–De hecho, el doctor no estaba ahí cuando llegué. –Holdsworth intercambió una mirada con Elinor. Ninguno de los dos mencionó la conversación del desayuno y ese conocimiento compartido devino en una especie de traición–. Y tuve la oportunidad de mantener una conversación privada con el señor Oldershaw.

–¿Tenía sentido lo que decía? ¿Ha recuperado el juicio?

–Iba tan drogado que es difícil determinar cuál es su estado, señor. Está temeroso, pero no estoy seguro de qué tiene miedo. Aunque le falla el juicio, yo no diría que es un demente. Una cosa de la que estoy seguro es que el tratamiento al que lo someten en ese lugar no es el apropiado para él, no le está favoreciendo en nada. Le pregunté si aceptaría ser transferido a mi custodia con la condición de que viviríamos recluidos del mundo durante un tiempo sin ver a nadie de su vida pasada, incluida su madre. Creo que le iría bien. Una medida así no lo perjudicaría e incluso podría beneficiarle. Al menos no estaría peor de lo que está ahora.

–Debemos solicitar la opinión de Jermyn –apuntó Carbury–. Hay que proceder del modo correcto.

–Dudo que se muestre a favor, señor. Apareció de forma inesperada mientras hablaba con el señor Oldershaw y no parecía nada contento. De hecho, me escoltaron hasta expulsarme del recinto.

–Si el señor Frank dejara de estar bajo la tutela del Dr. Jermyn y todo el mundo lo supiera, ¿no daría eso la impresión de que su salud habría mejorado? ¿No daría a entender que su juicio ya no padece ningún trastorno? –preguntó Elinor con un hilo de voz.

Carbury soltó un gruñido.

–Es una consideración que cabe tener en cuenta, señora. No beneficia a la reputación del colegio que todos sepan que Frank Oldershaw está internado en el manicomio del Dr. Jermyn. Por consiguiente, el hecho de que deje de estarlo y que parezca que se haya curado sólo puede ser beneficioso.

–El tema es urgente, señor –añadió Holdsworth–. Si no está loco ya, ese lugar lo enloquecerá.

–De acuerdo, pero no podemos proceder en un asunto tan importante sin la autorización de lady Anne.

–Si enviamos un correo urgente mañana, el martes obtendríamos

una respuesta –apuntó Elinor.

–¿Apoyará usted al plan, señor? –preguntó Holdsworth–. Una carta de su parte tendrá mucho más peso que una carta mía.

–Quizá –respondió Carbury frotándose con delicadeza el estómago–. Es cierto que no beneficia a nadie que el señor Frank empeore. Muy bien, escribiré de inmediato a lady Anne. Merece la pena intentarlo, pero haré hincapié en el hecho de que se trata de su idea, señor Holdsworth. Al fin y al cabo, su señoría ha delegado en usted. ¿Adónde llevará al señor Frank si logra sacarlo de Barnwell?

–Había pensado que podía alquilar una casa en el campo no muy lejos de Cambridge. Creo que sería mejor eso que alquilar unas habitaciones, donde la servidumbre y los inquilinos podrían hablar.

–Necesitarán a alguien que se ocupe de ustedes, señor –comentó Elinor–. ¿Qué tal el señor Mulgrave? Es alguien conocido y es sabedor del estado del señor Frank, por lo que estaría preparado para lo que fuera a encontrarse.

–Déjeme darle vueltas al asunto. El colegio posee varias propiedades cerca de Cambridge y podría haber algo disponible. Me pondré con ello esta misma mañana –decidió Carbury. Empezaron a sonar unas campanadas en la distancia. Al oírlas, se levantó del sillón–. Bien, bien, es la hora de la comida.

–¿Realmente cree que le conviene comer en el refectorio? –aventuró Elinor–. Podría enviar a Ben a las cocinas para que le subiera algo.

–Voy a bajar al refectorio –replicó Carbury con un gesto de la mano mientras se balanceaba sobre los pies.

–Pero...

–Ya no me siento hinchado, y espero que no piense que puede enseñarme algo acerca de mis obligaciones.

Holdsworth observó que Elinor se había ruborizado antes de apartarse sin decir palabra.

Los hombres bajaron las escaleras juntos a paso lento. Carbury se agarró al pasamanos.

–¿Por qué importunarán tanto las mujeres a los hombres? –se preguntó sin molestarse en bajar la voz–. Es fastidioso, ¿no cree? Pero, en fin, supongo que no podemos culpar al bello sexo de su débil entendimiento.

En el callejón se encontraron con el señor Richardson, que venía de Chapel Court. Saludó al rector y a Holdsworth con una reverencia y una sonrisa.

–¿Dónde está sir Charles? –indagó Carbury.

–Él y su sobrino vendrán directamente, rector. Sir Charles es un hombre muy agradable, ¿verdad? Tan refinado y a la vez tan afable, nada afectado. –Richardson se detuvo con la mano en la puerta de la

sala común–. Por cierto, rector, ¿ha oído usted la noticia? A Miskin le han propuesto vivir en Gloucestershire, le ofrecen una pequeña parroquia y setecientas libras de renta anuales.

–Lo sé –respondió Carbury–. Me lo dijo ayer.

–Echaremos de menos su alegre risa por aquí, ¿verdad? El actual párroco debe marcharse después de las Navidades, por lo que habrá que elegir a un nuevo ocupante de la plaza de Rosington para el año próximo.

–Le agradezco la información, señor Richardson –repuso Carbury mientras entraba en la sala común–, pero no hace falta que se preocupe por nada. Según establece el reglamento de la plaza de Rosington, su elección es potestad y privilegio del rector. Puede usted dejarlo en mis manos con toda tranquilidad.

* * *

La comida del domingo fue un acontecimiento prolongado con tintes de celebración. Comenzaron con salmón fresco hervido acompañado de eperlano frito, salsa de anchoas y gambas, cabeza de ternera, empanada de pollo y espalda de cordero asado. El segundo plato consistía en una pierna de venado con salsa de carne y gelatina de grosellas. También había anguilas rayadas, ganso salvaje, langosta y tartas. Holdsworth se preguntó si las comidas del domingo servidas en la mesa presidencial de Jerusalem eran siempre así de fastuosas o si bien era una ocasión especial motivada por la presencia de sir Charles Archdale.

Harry Archdale estaba sentado junto a su tío. Las correrías de la noche anterior no habían mermado su apetito. Holdsworth observó la mesa de los sizars en el centro del refectorio. La comida que allí se servía era más sencilla. Soresby estaba encorvado sobre la mesa, los codos saliendo de las mangas de la sucia toga negra que arrastraba a cada lado del plato mientras engullía sin cesar.

La conversación en la mesa presidencial estaba dominada por Carbury y Richardson, que competían por monopolizar la atención de sir Charles. Después de comer, en el traslado a la sala común, Holdsworth se encontró caminando al lado de Harry Archdale. Sin decir nada, Holdsworth cedió el paso al joven en la puerta. Eran los últimos que quedaban en la tarima, aparte de los sirvientes que estaban ocupados recogiendo la mesa.

Archdale dudó antes de dirigirse a él.

–Dígame, señor, ¿cómo se encuentra el pobre Frank? Espero que mi pregunta no lo importune. El señor Richardson me ha comentado que lady Anne lo ha enviado aquí para supervisar la evolución de Frank y ver la biblioteca.

–Su salud mejora de forma paulatina –respondió Holdsworth con voz queda–, pero todavía no se ha recuperado del todo.

–¿Le importaría decirle cuando lo vea que Jerusalem es terriblemente aburrido sin él? Si... si le parece oportuno, claro está.

En la sala común, Holdsworth bebió una taza de té y se excusó. Caminó hasta la arcada occidental y subió las escaleras de la biblioteca. Soresby debía de haberlo visto u oído, puesto que lo esperaba en la puerta e hizo una reverencia cuando apareció. En la gran mesa detrás de él había varios libros abiertos y un manojo de hojas sueltas escritas a mano.

–Espero no haber interrumpido sus estudios, señor Soresby –comentó Holdsworth.

–Para nada, señor. Estoy a su entera disposición.

–¿Es ésta la totalidad de la colección? –preguntó Holdsworth echando un vistazo a su alrededor.

–Además de los libros que se encuentran en préstamo.

–¿Sabe cuántos libros contiene la biblioteca?

–No, señor. Creo que nadie lo sabe –contestó Soresby cruzando los dedos–. Yo me aventuraría a decir que son unos mil quinientos o dos mil títulos.

–¿Hay algún catálogo?

–El predecesor del señor Richardson intentó confeccionar uno. Por desgracia, a su muerte, aún estaba incompleto.

–¿Cuenta la biblioteca con algún otro material aparte del que se ve aquí?

–Lo que ve en las estanterías son todos los volúmenes encuadernados de los que disponemos, señor –respondió Soresby señalando los armarios bajo los estantes–. Sin embargo, muchos licenciados del colegio han cedido a la biblioteca el fruto de su trabajo académico y almacenamos aquí sus papeles. Catalogarlos sería una tarea inmensa. También tenemos varios manuscritos de considerable antigüedad; creo que el más antiguo data del reinado del rey Juan, pero todos se guardan en la tesorería, junto con la plata, las escrituras, los arriendos y cosas así.

–Le agradezco la información. Debo llevar a cabo un inventario y puede llevarme varios días. En principio, no precisaré de su ayuda. Además, trabajo mejor a mi propio ritmo. De todos modos, si tuviera cualquier duda, acudiría a usted directamente –explicó Holdsworth.

–¿Desea empezar ahora, señor?

–No, ni tampoco le robaré más tiempo esta tarde –respondió señalando los libros en la mesa–. Veo que está usted ocupado.

Soresby tiró del índice de su mano izquierda con repentina violencia.

–Debo estudiar cada momento que puedo, señor.

–¿Para obtener una buena titulación?

–No puedo permitirme lo contrario, señor. No tengo ni un penique en este mundo. Si deseo llegar a ser algo, no me basta con obtener una titulación, debo estar muy bien colocado en la lista Ordo Senioritatis, espero que en la categoría de Wrangler –se interrumpió–. Discúlpeme, señor, hablo demasiado sobre mis propios asuntos.

–De ningún modo. Le he hecho una pregunta y me ha respondido muy cortésmente. De hecho, le agradecería que pudiera satisfacer mi curiosidad un poco más, puesto que no estoy familiarizado con las costumbres de la universidad. ¿Qué sucede si obtiene una buena titulación?

–Espero obtener una plaza en la junta y ordenarme sacerdote.

–¿Cuál sería la ventaja para un joven de su posición?

–Verá, señor, con la plaza se obtienen unos ingresos y alojamiento. Además, permite mejorar los ingresos de uno dando clases particulares o, quizá, clases en la universidad. El colegio dispone de varias parroquias y, con el tiempo, puede haber alguna vacante. Por lo tanto, también existe la posibilidad de ascender dentro del seno de la Iglesia.

–He oído que pronto quedará vacante la plaza de Rosington.

Soresby cambió de expresión: sus facciones se estrecharon y agudizaron. Su rostro parecía el de un hombre famélico.

–Si se me ofreciera esa vacante, mi situación mejoraría de manera asombrosa, pero es una prerrogativa del rector –comentó Soresby antes de proseguir su discurso con inusitado fervor–. Al final todo se reduce a una cosa, señor. Aquí en Jerusalem uno no puede aspirar a nada, ni grande ni pequeño, sin el apoyo del Dr. Carbury.

CAPÍTULO 20

El martes por la mañana Elinor mandó a Susan a blanquear cuellos y puños en el lavadero, que se encontraba en el pequeño patio del excusado. Se trataba de un lugar húmedo y lúgubre siempre en penumbra por la sombra que producía el gran muro de Yarmouth Hall a un lado y la fachada posterior de la residencia del rector al otro. Más tarde durante la mañana, Elinor cruzó el patio de camino al servicio. La puerta del lavadero estaba entreabierta y oyó la risa contenida de Susan.

Se detuvo en la puerta y estuvo a punto de entrar cuando oyó hablar a un hombre. Su criada no estaba sola. De pronto Susan emitió un gemido similar al quejido de un perro al que le han pisado la pata, pero enmudeció al instante. Elinor dio un paso hacia la puerta, pero se detuvo en seco al percibir un movimiento rítmico que iba cobrando brío.

Podía entrever lo que estaba sucediendo dentro. Había dos personas tumbadas sobre el suelo enladrillado. Sólo podía ver una parte de las piernas y el calzado. Los zapatos y las medias de Susan, las punteras cuadradas de un calzado masculino, una parte de los calzones y un destello de unos muslos blancos musculosos que bombeaban arriba y abajo.

–¡Oh, sí! –exclamó Susan–. ¡Oh, sí!

Susan yacía con Ben. Lo que estaban haciendo era repugnante. Era inmoral. Elinor tenía el derecho a entrar ahí dentro y despedirlos a los dos en el acto. En lugar de ello, sintió que se ruborizaba y que se le aceleraba la respiración.

Ben gimió con urgencia.

–¡Shhh! –susurró Susan.

Elinor entró en casa y dio un portazo. En su mente comenzaron a formarse las palabras: «Mis sirvientes están copulando en el lavadero, retozando como cerdos en su pocilga». Estaba temblando. ¿Cómo se atreven? Y a plena luz del día, cuando cualquiera puede tropezar con ellos. Su osadía superaba los límites de su imaginación.

Encontró al Dr. Carbury sentado en el sillón junto a la ventana del pequeño comedor de la residencia del rector. Tenía la boca abierta, los pies encima de un escabel y un libro abierto sobre su regazo. Estaba tan inmóvil que por un instante pensó que había muerto. De pronto se despertó y miró desconcertado a su alrededor antes de reparar en ella. Su aspecto era el de un hombre viejo y enfermo.

–Mi querido señor, ¿qué le sucede? –preguntó.

–Nada, absolutamente nada. Sólo estaba dando una cabezada.

¿Qué quiere?

Elinor pretendía quejarse de la conducta lasciva de los sirvientes, pero no deseaba molestarlo viéndolo en ese estado. Le distrajeron unos pasos en el rellano.

–¿Es ése el señor Holdsworth? –preguntó el Dr. Carbury–. Dígale que venga a verme, por favor.

Holdsworth ya se dirigía hacia el comedor. ¿Qué hubiera sucedido si hubiera estado Holdsworth con Susan en el lavadero? «Retozando como cerdos en su pocilga.» La mera idea era absurda e inverosímil, pero sintió una sensación extrañamente parecida a los celos.

«¿Celos?»

¿Y si hubiera estado ella con Holdsworth copulando en el lavadero? «Retozando como cerdos en su pocilga.» Se apartó a un lado asustada por la inmoralidad obscena de su imaginación. Simuló que colocaba bien una bandeja en el aparador.

–No he estado ocioso, señor Holdsworth –dijo el señor Carbury–, creo que he encontrado un lugar para que se aloje con el señor Oldershaw, al menos unos dos días. El colegio tiene una pequeña propiedad más allá de Histon, en el linde con Whitebeach Fen. No hay más que una granja y un molino con una casa. El molino está vacío y los nuevos arrendatarios no lo han ocupado todavía.

–¿Hay vecinos, señor? –inquirió Holdsworth.

–Sólo el granjero, un hombre llamado Smedley. Un tipo taciturno que no lo molestará si decide alojarse allí. Por si acaso, le escribiré hoy y le diré que mande un sirviente para que prepare la casa.

–Pero ¿qué le dirá? –preguntó Elinor volviéndose hacia los hombres. Estaba casi segura de que no había nada en su aspecto que pudiera traicionar las enojosas imágenes que acababan de pasar por su mente.

Carbury respondió mirando a Holdsworth, como si hubiera sido éste quien hubiera planteado la pregunta.

–Le diré que hay un pequeño grupo de estudio que pasará unos días en la casa y que no debe molestarlos bajo ningún concepto. El último arrendatario falleció y el mobiliario sigue allí. Como la familia no ha ido a buscarlo, no pueden quejarse si lo usamos. También hablaré con Mulgrave.

Elinor clavó la vista en la mano de Holdsworth que había tocado la suya a través de la verja. Pensó en Ben y Susan en el lavadero. Dios mío, incluso sentía envidia de ellos. «Retozando como cerdos en su pocilga.» ¿Cómo debía de ser esa sensación?

Alguien llamó a la puerta del vestíbulo.

–¿Dónde están los sirvientes? –inquirió Carbury cuando nadie fue a abrir–. Nunca están cuando se los necesita. Debes hablar con ellos.

–Sí, señor –respondió Elinor–. Susan está en el lavadero, quizá Ben

esté en el jardín. Iré a ver quién es.

Abrió la puerta y reconoció al instante al hombre que esperaba fuera. Era uno de los lacayos de Golden Square y sostenía una misiva de lady Anne en la mano.

* * *

Su señoría les concedía su permiso para llevar a cabo la propuesta del señor Holdsworth. Aceptaba que Frank fuera retirado del establecimiento del Dr. Jermyn, pero su autorización estaba sujeta a condiciones y punteada por admoniciones y amenazas veladas. Sin decirlo abiertamente, estaba claro que la negativa constante de su hijo a regresar a casa era un duro golpe para ella.

A partir de ese momento las cosas se aceleraron. La cuadra de pupilaje se mostró reticente a alquilar una de sus calesas más grandes sin que contrataran a uno de sus cocheros o lacayos, pero el dinero de lady Anne venció su reticencia con rapidez. Ben fue enviado a recoger el carruaje a las cuatro de la tarde del miércoles.

Carbury hizo hincapié en el hecho de que, cuanta menos gente supiera el paradero de Frank Oldershaw, mejor sería para todos. Confiaba en que Ben supiera mantener la boca cerrada.

–Es mejor usar al servicio propio para estos asuntos, señor Holdsworth. No en vano dependen de nosotros.

Mulgrave llegó tarde. La calesa ya estaba lista cuando apareció por las cercanías de Chapel Court trotando a una velocidad considerable.

–Discúlpenme –farfulló–. El señor Archdale está muy nervioso y llega tarde a la comida del señor Whichcote.

–¿Comida? –repitió Carbury–. ¿A estas horas?

–En Lambourne House comen muy tarde, señor, sobre todo cuando celebran una reunión del club. Y creo que no se sientan a la mesa hasta las cinco o las seis.

–Ya veo... pero olvida eso ahora –ordenó Carbury–. Lo importante es que ya has llegado. Recuerda que estás a la entera disposición del señor Holdsworth. Deberás dejar de lado al resto de los caballeros por un tiempo.

Mulgrave y Ben cargaron el baúl de Holdsworth mostrando enorme rapidez y eficiencia. Mulgrave hizo ademán de colocarse en el pescante junto a Ben, pero Holdsworth le ordenó que se sentara dentro con él.

* * *

La calesa arrancó con una sacudida y cruzó traqueteando el arco que daba a Jerusalem Lane. La carretera a Barnwell estaba muy

concurrida y al principio avanzaron con lentitud al quedar atrapados detrás de dos carros que salían con estruendo de la ciudad.

–No creo que haya problemas con el señor Oldershaw –explicó Holdsworth con voz queda–. No obstante, salvo que te indique lo contrario, deseo que te mantengas siempre cerca durante nuestra estancia en el molino. Te repito lo que te ha dicho el rector: ahora trabajas sólo para mí como enviado de lady Anne. Para nadie más. Es importante que esto te quede claro.

La calesa fue abriéndose paso por el tráfico.

–El señor Archdale me ha preguntado adónde iba, señor –comentó Mulgrave–. Quería saber por qué no puedo servirle mañana de la manera habitual.

–¿Y qué le has dicho?

Mulgrave se encogió de hombros.

–Le he dicho que me había contratado usted para cuidar del señor Oldershaw, pero no le he dicho dónde y él no ha preguntado. Dios mío, tiene la cabeza tan ocupada con lo de esta noche que no es capaz de pensar en nada más.

–¿El Club del Espíritu Santo?

–Exacto, señor. Hoy será investido miembro de pleno derecho y lleva la librea por primera vez. Se ha pasado media tarde pavoneándose delante del espejo, hecho unas castañuelas. Mañana su estado será terrible, créame. Y el señor Whichcote será un poco más rico, aunque a mí no me llegará nada de ese dinero.

–¿Un poco más rico?

–Por el amor de Dios, señor. El señor Whichcote no actúa guiado por la bondad de su corazón. Los jóvenes caballeros deben pagar una cuota de inscripción que no es barata. Además, en estas reuniones siempre se juega y las apuestas son altas. He oído que pueden jugarse cientos de libras a una carta o un dado. De todos modos, no es asunto mío el modo en que los caballeros se divierten, siempre y cuando paguen lo que deben.

El movimiento del coche se aceleró de repente. Holdsworth miró por la ventana. Pronto llegarían a casa de Jermyn.

–También deseaba preguntarte acerca de la cena que serviste al señor Oldershaw en la noche de su... su ataque.

–Tan buena como la que jamás haya servido, modestia aparte. Todo muy bonito y elegante.

–¿Y cómo estaban los caballeros? ¿Estaban animados?

Si a Mulgrave le extrañó la pregunta, no dio señales de ello.

–No, señor. El señor Whichcote estaba callado y serio, y el señor Oldershaw estaba cabizbajo. Ya llevaba días así. Creo que ese día había comido con el señor Archdale e hicieron una larga sobremesa con vino, por lo que debía de tener la mente un poco embotada y al

final de la noche debía de estar bastante borracho, a juzgar por las botellas vacías y el estado de la ponchera.

La calesa se detuvo frente a la verja del establecimiento del Dr. Jermyn y dio una sacudida cuando Ben se bajó para llamar al timbre.

–Cuando llegue el señor Oldershaw, deberás ir fuera con Ben –dijo Holdsworth en voz baja.

Mulgrave lo contempló con mirada astuta desde la otra esquina del coche.

–¿Está usted seguro, señor? Si tiene uno de sus ataques incontrolables...

–Bastante seguro.

–Entiendo que desee que el joven caballero disfrute de un poco de intimidad, señor. No me extraña. Además, siempre puede llevarlo atado, como precaución. Seguro que Norcross puede prestarle una camisa de fuerza a cambio de algún detalle.

–Se lo agradezco, pero no creo que necesite una camisa de fuerza.

Se abrió la verja y el carruaje avanzó lentamente por el camino de acceso. Una vez llegados a la casa, Ben permaneció en el coche. Mulgrave abrió la puerta, salió del coche, y desplegó la escalerilla para Holdsworth. Ahora que el gyp estaba a la vista del público, se había transformado, con la rauda eficiencia que le era propia, en el perfecto sirviente de la clase superior, una máquina diseñada con ingenio para atender a los deseos de su amo.

Cuando se abrió la puerta, Holdsworth se encontró cara a cara con Frank Oldershaw, flanqueado por Norcross y un ayudante. El joven iba impecablemente vestido de negro. Miró primero a Holdsworth y luego la calesa que esperaba en el camino de grava frente a la puerta.

–Aquí tiene un par de baúles de viaje, señor –dijo Norcross–. Sin duda su señoría mandará a que recojan el resto de sus cosas.

–Muchas gracias. ¿Dónde está tu amo?

–El Dr. Jermyn le manda sus saludos, señor, y lamenta no poder recibirlo.

–Muy bien, pues ya no necesito entretenerte más. Señor Oldershaw, ¿me haría el favor de entrar en el carruaje?

Al oír estas palabras, Mulgrave se cuadró con un golpe de talones y abrió la puerta del coche. Ignorando a Holdsworth, a Norcross y al ayudante, Frank bajó la escalinata, cruzó el camino de grava y subió. Holdsworth lo siguió. Mulgrave cerró la puerta tras de ellos y plegó la escalerilla. Frank se sentó en la esquina más alejada, mirando al frente, y Holdsworth en el otro lado, en diagonal. Mulgrave se subió al pescante y arrancaron con una sacudida.

–Tengo el permiso de su señoría para llevarlo a una casa al norte de Cambridge, señor –explicó Holdsworth mientras avanzaban con lentitud por el sendero–. Se trata de un lugar retirado donde no

veremos a nadie. Mulgrave estará a nuestro servicio y no habrá nadie más.

Frank no respondió. Tenía la vista clavada en el asiento vacío delante de él.

–Debemos atravesar Barnwell y Cambridge para llegar a nuestro destino –prosiguió Holdsworth–. Para evitar contrariedades, le propongo que subamos las ventanas y bajemos las cortinas hasta que hayamos dejado la ciudad atrás.

Holdsworth subió su ventana y echó la cortina y después se inclinó para hacer lo mismo en el lado de Frank. El joven no hizo movimiento alguno para impedírselo.

Cruzaron Cambridge con lentitud, a menudo avanzando al mismo paso que si fueran a pie. El interior del coche era lúgubre y opresivo. A Holdsworth le dolían las extremidades. Tenía la sensación de haberse pasado la mayor parte de los últimos tres días encogido en un carruaje. Le resultaba bastante sencillo adivinar dónde se encontraban por la velocidad a la que avanzaban, por la superficie sobre la que circulaban las ruedas y por los sonidos que le llegaban del mundo exterior. Primero pasaron por calles adoquinadas y carreteras pavimentadas, pero el timbre de las ruedas cambió al rodar por el gran puente cercano a Magdalene College. Ganaron velocidad durante un breve momento para después volver a desacelerar en la colina junto al castillo. Una vez pasado éste, giraron a la derecha y abandonaron la carretera principal de Huntingdon para viajar hacia el norte por un camino cuyo estado empeoraba a cada paso.

–Ahora ya puede abrir las cortinas si lo desea, señor –dijo Holdsworth.

Frank no respondió.

Holdsworth abrió la cortina de su lado y la luz entró a raudales. También bajó la ventana. Circulaban por un camino largo y recto con extensos campos a lado y lado.

De pronto oyó un revuelo en el otro lado: Frank abrió las cortinas, bajó la ventana y sacó media cabeza al exterior. El viento lo despeinó y el talco de su cabello empolvado salió volando en pequeñas nubecillas y remolinos. Holdsworth lo contempló sin moverse.

Al cabo de un momento, Frank volvió a meter la cabeza dentro y se acomodó en su asiento.

–Le... le estoy muy agradecido, señor. Su nombre es Holdsworth, ¿verdad? –comentó con toda naturalidad.

–Sí, señor. Recordará usted que me envía su señoría, que alberga la esperanza de que se recupere pronto para poder regresar junto a ella.

Frank hizo una mueca y giró la cabeza.

–¿Qué importancia tienen sus deseos? –murmuró–. Soy el más infeliz de todos los desgraciados de este mundo. Ojalá estuviera

muerto.

CAPÍTULO 21

La venta del mobiliario de su esposa permitió a Whichcote recaudar el dinero necesario para el banquete. Hacía tiempo que tenía un acuerdo con el propietario de la taberna Hoop, que le proporcionaba su cocinero francés y varios camareros para la ocasión. Algunos de los platos también se preparaban en las cocinas de la taberna. Después del desayuno llegaron tres lacayos, un padre y dos hijos, que ya habían trabajado para Whichcote antes y que, al igual que el propietario del Hoop, habían insistido en que el pago fuera por adelantado. Necesitaron casi una hora para rizarse y empolvarse el cabello y vestirse con la librea que les proporcionó el señor Whichcote. Las chaquetas entristecían a cualquiera de puro raídas y no se ajustaban muy bien a sus nuevos usuarios.

Por la tarde, Whichcote se retiró a su despacho y echó el cerrojo. En una esquina de la habitación, fuera de la vista de la ventana y de cualquiera que estuviera en la puerta, había un armario alto empotrado en un hueco de la pared. La puerta tenía dos cerraduras, pero ningún pomo. Whichcote giró la llave en ambas y la puerta se abrió.

El armario contenía los archivos del Club del Espíritu Santo, además de varios objetos asociados. En un estante había una colección de copas, poncheras, vajilla y cubertería de curioso diseño. En el estante superior reposaba una hilera de volúmenes encuadernados en piel con el registro de los miembros, actividades, cuentas y actas del club a lo largo de sus tres decenios de existencia. El armario también albergaba los libros de apuestas y el inventario de la bodega.

Whichcote sacó el libro de la bodega. El club contaba con sus propios vinos, un tema de especial interés para los miembros, así como una fuente de gasto considerable para ellos. Ya había seleccionado los de aquel día y los había retirado del lugar de Lambourne House reservado para su almacenamiento, pero durante la noche anterior había decidido que no estaría de más subir otra docena de botellas de burdeos y de oporto. Había supervisado su retirada justo después del desayuno. Llevó el libro al escritorio, anotó las botellas seleccionadas y volvió a colocar el libro en el estante.

Pasó el índice por el lomo de los libros. Había leído, o al menos hojeado, todos ellos. El club había sido fundado por Morton Frostwick en la década de 1750. El número de socios se restringía al presidente –conocido como Jesús– y a los doce apóstoles. Sus reuniones pronto se volvieron legendarias en Cambridge por su naturaleza misteriosa y fastuosa.

Ambas cualidades se debían a Frostwick, que había pasado muchos años en Bengala como empleado de la East India Company, una actividad que le reportó pingües beneficios. De regreso en Inglaterra, visitó Cambridge y le gustó tanto la sala común de Jerusalem que solicitó su ingreso en el colegio como estudiante con privilegios. Disfrutaba de la compañía de los jóvenes y su dadivosidad le valió el sobrenombre de Nabab Frostwick. Donó al colegio el pequeño puente que cruzaba la Laguna Larga, una réplica más pequeña del famoso puente de madera del señor Essex de Queens' College.

Frostwick sufragó de su propio bolsillo el vino para la bodega del club, así como las copas, la cubertería y la vajilla de curioso aspecto que todavía se utilizaban. Entre dichos objetos se encontraba un cáliz del que todo nuevo miembro debía beber. Su original forma se asemejaba a la de un pene erecto con sus testículos; tenía capacidad para media pinta de vino y todos los postulantes debían apurarla de un trago. Frostwick abandonó Cambridge de manera inesperada tras un episodio que, según los rumores, implicaba a uno de los sizars de Jerusalem. Se decía que había ido a vivir al extranjero con un harén de efebos y que murió de cólera.

Los miembros del Club del Espíritu Santo siempre habían sentido un interés especial por desflorar vírgenes, tal y como se documentaba ampliamente en los archivos. Según Frostwick, nada había más apropiado para el nombre y los fines del club que el derramamiento de sangre virginal marcara el ascenso de un discípulo al rango de apóstol. ¿Acaso no era él, en calidad de Jesús, hijo de la Virgen? ¿Acaso el vino que bebían en las cenas no representaba la sangre? ¿Acaso no eran ellos por definición Espíritus Santos que debían yacer con vírgenes siempre que pudieran en respetuosa emulación de un episodio similar en las Sagradas Escrituras? En los tiempos de Frostwick, esa parte del ritual de iniciación tenía lugar delante de Jesús y los apóstoles. No obstante, tras su marcha, sus sucesores decidieron que sería más caballeroso permitir que el desfloramiento se realizara en privado tras el resto del ritual, a modo de recompensa que sellaba todo lo acaecido con anterioridad.

Philip Whichcote devolvió el libro a su lugar. Mientras cerraba la puerta, Augustus entró en el despacho mirando a un lado y a otro como si esperara descubrir monstruos agazapados en los rincones.

–Disculpe, señor, pero ha venido el señor Richardson.

–Hazle pasar, tonto.

El tutor entró en la estancia e hizo una elegante reverencia. Su peluca estaba perfectamente empolvada, el corte de la chaqueta era impecable y lucía una sonrisa en su cara recién afeitada. Sólo sus ojos eran perturbadores, unos ojos inquietos con motas de ámbar.

–A su servicio, señor –saludó Richardson–. Albergaba la esperanza

de que no estuviera con alguna visita, me imagino que debe de estar muy ocupado.

–Siempre espero tener tiempo suficiente para saludar a mi viejo tutor.

–Es usted muy amable. He oído que el club se reúne hoy. Me imagino que tales ocasiones requieren una enorme cantidad de trabajo previo.

Whichcote sonrió.

–En absoluto, estimado señor, estas cosas se preparan solas. El servicio ya sabe lo que hay que hacer.

–Por supuesto.

Richardson cambió de tema con habilidad. Primero habló del tiempo para pasar, poco a poco, al tema reciente de los problemas de salud del rector, que Richardson deseó que no se repitieran.

–Estoy convencido de que es consciente de las dificultades que su indisposición entraña para el colegio. Sin él no puede tomarse ninguna decisión importante. –Richardson vaciló antes de continuar–. Por ejemplo, si hubiera estado mejor de salud, quizás habría podido ayudar al pobre señor Oldershaw.

–Pobre diablo. ¿Ha experimentado alguna mejoría?

–No, que yo sepa. Claro, él también es miembro del Club del Espíritu Santo. De hecho, ahora que lo pienso, me parece que su melancolía data de la última de sus cenas –comentó Richardson y, acto seguido, se inclinó hacia delante con expresión compungida–. Le ruego que me disculpe, este tema debe causarle un inmenso dolor.

–Estoy seguro de que no ha sido su intención ofenderme, por lo que no me lo tomaré como una ofensa –replicó Whichcote a sabiendas de que Richardson jamás hablaba sin medir bien sus palabras–. En lo que respecta al pobre Frank, yo ya había percibido algunos indicios de melancolía mucho antes de esa noche; me contó sus penas en varias ocasiones.

Richardson inclinó la cabeza en señal de reconocimiento al mayor saber de Whichcote sobre el asunto.

–Creo recordar que usted no fue miembro del Club del Espíritu Santo, ¿verdad? –preguntó Whichcote.

El rostro de Richardson cambió de expresión.

–No, yo no me movía por esos círculos cuando era estudiante.

–Pero debía de conocer a nuestro fundador. ¿No era un hombre de Jerusalem? Morton Frostwick, un estudiante con privilegios, si no recuerdo mal, aunque ya había dejado atrás la flor de la juventud.

Richardson giró la cabeza.

–Sí, creo que lo conocí muy por encima.

Whichcote sonrió.

–Cuando estoy ocioso, a veces paso las horas leyendo los archivos

del club. El señor Frostwick ocupa un papel muy destacado en ellos, como se puede imaginar.

–Apenas lo recuerdo.

–¿De verdad? –replicó Whichcote dejando entrever deliberadamente un ligero tono de incredulidad–. Existen historias muy divertidas acerca de él.

El tutor hizo un grácil gesto con la mano derecha que puso de relieve sus finos dedos blancos.

–Siempre es agradable rememorar las escenas de juventud de uno, pero en estos momentos hay un tema acuciante que me preocupa más. Quizá sepa usted que el señor Archdale es uno de mis pupilos.

Whichcote asintió con la cabeza.

–Es un hombre afortunado.

–Y por lo que tengo entendido, hoy será investido miembro de pleno derecho del Club del Espíritu Santo.

–Estoy convencido de que será una adición popular a nuestra pequeña hermandad.

–No lo dudo. Sin embargo, estuve conversando con su tío tanto el sábado como el domingo, cuando sir Charles almorzó en Jerusalem, y está preocupado en extremo por su sobrino. ¿Puedo hablarle en confianza, mi estimado señor?

–Por supuesto –respondió Whichcote.

–Sir Charles teme que la vida que lleva el muchacho pueda perjudicar su salud y sus perspectivas de futuro. Dado que ustedes mantienen una relación muy estrecha, he pensado que era mi deber comentárselo. Archdale le tiene un gran respeto, y una palabra suya en el momento adecuado puede obrar milagros.

–Creo que tiene usted en demasiada estima mi capacidad, señor.

–No lo creo –replicó Richardson poniéndose en pie–. No lo molestaré más, señor. Sé que puedo confiar en que hará lo que sea menester y por ello gozará de mi eterna gratitud.

Whichcote lo acompañó hasta el vestíbulo, donde Augustus abrió la puerta y le hizo una profunda reverencia al marcharse. Whichcote permaneció en el escalón despidiéndose con la mano alzada de su visita mientras éste se alejaba a paso ligero por el pequeño sendero que daba a la carretera principal. Había recibido un aviso: Richardson no deseaba que un nuevo escándalo del club afectara a un estudiante de Jerusalem.

Fue una verdadera lástima que, antes de que el tutor llegara a la verja, apareciera la señora Phear en la entrada y, detrás de ella, la putilla destinada al señor Archdale para esa noche. Richardson se descubrió y saludó a la señora Phear con una reverencia al pasar, al tiempo que miraba con curiosidad a la joven del hospicio Magdalene, que pasó junto a él con los ojos clavados en el suelo.

El encuentro había sido poco afortunado, pensó Whichcote. Esperaba que no fuera un mal presagio.

* * *

Los apóstoles fueron llegando de uno en uno o en parejas. Algunos lo hicieron a pie para hacer gloriosa ostentación de la librea del club bajo el sol de la tarde, mientras que otros prefirieron ocultar su esplendor y trasladarse en baldaquín o en coche de alquiler. Los lacayos los acompañaban hasta el pabellón al final del jardín, donde Whichcote los recibía en el gran salón que daba al río.

La señora Phear y la joven del hospicio se hallaban en el pequeño dormitorio del piso inferior. El nombre de la muchacha era Molly Price. No era tan guapa como Tabitha Skinner, pero sabía bien qué se esperaba de ella. Afortunadamente, la señora Phear se ocupó de todos los preparativos: visitó la cocina y procuró que el servicio notara su vigilante presencia, pues de todos es sabido que los sirvientes son una tropa chapucera de vagos codiciosos que deben ser vigilados muy de cerca. Debían recibir a los invitados, atenderlos en la comida, recoger la mesa y servir la cena. Una vez que la cena estuviera en la mesa, podían marcharse. A partir de ese momento, los miembros del club se servirían solos, o con un poco de ayuda de Augustus en caso necesario. Sería entonces cuando comenzaría el acontecimiento más importante de la noche.

Harry Archdale fue uno de los que eligió el baldaquín. Su rostro había perdido su rubor habitual y la palidez de su piel contrastaba con su cabello cuidadosamente arreglado, empolvado con un talco blanco con un distintivo tono rosado. Whichcote advirtió el hedor de coñac en su aliento.

Antes de almorzar, los miembros del club estuvieron paseando por el jardín. Vistos así, todos juntos, tenían muy buena pinta. Cuando se anunció la comida, Whichcote los siguió al primer piso, donde se sentaron alrededor de la mesa por orden de precedencia. Colocó a Harry a su derecha.

No había reparado en gastos para el banquete. El primer plato consistió en bacalao, espalda de cordero, sopa y empanada de pollo, así como muchas tartaletas y verduras. El segundo plato se componía de filete de ternera con setas, pichones y espárragos, lechecillas asadas, langosta hervida, tarta de albaricoque y, en el centro de la mesa, una gran pirámide de dulces de nata y gelatina. El banquete era mucho más que una comida, era una inversión.

Después del almuerzo algunos miembros, entre ellos Archdale, mostraron una pertinaz tendencia a permanecer junto al vino alargando la sobremesa, pero Whichcote los destetó para llevarlos a

las mesas de juego montadas en el otro extremo del salón. Después de todo, ésa era la parte lucrativa de la velada. Nunca animaba a los miembros a jugar a los cientos o juegos similares, puesto que duraban demasiado y sólo requerían dos jugadores. Eran mucho mejores los juegos más cortos y sencillos, tanto de cartas como de dados, ya que los jugadores ganaban y perdían con tanta rapidez que los invadía un ansia desaforada por jugar y cada pérdida era sustituida por la esperanza de ganar la siguiente mano.

Whichcote iba pasando de grupo en grupo. Llevaba unos dados trucados en un bolsillo oculto del chaleco. Además, había tomado la precaución de abrir una nueva baraja de cartas, limar las esquinas de algunas y volver a colocarlas con cuidado en el envoltorio original, debidamente sellado. No le gustaba depender de estos viles trucos y, por lo general, no eran necesarios. Si permanecía sobrio y se molestaba en calcular las probabilidades aritméticas, podía recuperar el coste de la comida en veinte minutos.

Las horas pasaron de manera agradable. Los sirvientes, ocultándose de los comensales, colocaron un biombo que escondía la mesa del resto del salón e iban y venían, ocupados con los preparativos de la cena. Los miembros continuaron bebiendo, alzando más la voz a medida que los rayos de luz abandonaban el salón. El ambiente se llenó de humo, que era mecido de un lado a otro por la corriente de aire, al igual que la espesa luz de las velas.

Las ganancias de Whichcote fueron en aumento, una parte de las cuales eran en efectivo y, la otra, en pagarés. Mientras circulaba de mesa en mesa, no quitaba ojo a Harry Archdale. El joven bebía como el que más y su rostro sudoroso había perdido todo rastro de palidez. Su arreglada melena era ya una estropajosa fregona y las hombreras de la chaqueta verde estaban espolvoreadas por el polvo desprendido de su cabello. Jugaba con tanto frenesí que llevaba perdidas al menos cien guineas, y no todas en manos del anfitrión.

Fue justamente tras perder otra partida cuando Archdale se levantó de golpe empujando la silla hacia atrás y corrió tras un biombo de la esquina, donde se había dispuesto junto a la pared una hilera de cómodas con jofainas y bacinillas para el alivio de los invitados. Al ver que no regresaba al cabo de cinco minutos, Whichcote fue en su busca. El joven se había echado, abatido, en el alféizar de una ventana y tenía la cara apoyada sobre el cristal.

–Harry, ¿qué te ocurre?

Archdale volvió la cabeza con presteza y se sentó bien.

–No es nada... hace... hace un calor del demonio ahí dentro y necesitaba un poco de aire.

–Salgamos entonces a dar una vuelta por el jardín.

Whichcote lo guió escaleras abajo. El cielo estaba negro. Una

palmatoria iluminaba la puerta y dos o tres más marcaban el sendero hacia la puerta lateral de la casa. Pasearon por el camino de grava entre el pabellón y el río. Al otro lado del agua, Jesus Green estaba sumido en la oscuridad, salvo por las tenues luces del colegio y, más a la derecha, las luces de la ciudad.

–Parecías triste hace un momento –observó Whichcote.

–No es nada –replicó Archdale–. Me he mareado un poco por el ambiente tan viciado, pero ya me he recuperado por completo.

–Me alegra saberlo –dijo Whichcote–. Después de todo, esta noche debes portarte como un hombre. Debes ponerle empeño, ¿eh?

–Así lo haré, desde luego que sí.

Caminaban junto a la fachada posterior del pabellón que daba a la casa y, de pronto, Archdale se detuvo y se apoyó contra la pared con la vista clavada en la hilera de ventanas de la planta baja.

–¿Está... está ya ahí?

–¿El sacrificio? Oh, sí –respondió Whichcote–. La virgen aguarda para tu placer.

–¿Sabe lo que va a suceder?

Whichcote se rio en voz baja.

–¿Cómo puede saberlo? Es una doncella. Su conocimiento de tales asuntos es meramente teórico.

–Pero ¿sabe que yaceré con ella?

–Está todo arreglado. Podrás actuar como un hombre con una doncella. No tienes que preocuparte en lo más mínimo por ella. Si muestra alguna resistencia, no tengas escrúpulos en dominarla. De hecho, a muchos nos gusta que sea así porque aumenta el placer de la conquista. El fruto de la victoria es más dulce si se gana con esfuerzo.

–Sí, sí... Philip, ¿me disculpas un momento?

Sin previo aviso, Archdale se alejó tambaleante del sendero y se abrió camino a ciegas hasta un gran arbusto plantado en una maceta. Whichcote esperó pendiente del sonido de las arcadas. Archdale regresó y se limpió la boca con un pañuelo perfumado.

–Muy inteligente –murmuró Whichcote.

–¿Qué? ¿Cómo dices?

–Tu decisión de vomitar. Como dicen los franceses, reculer pour mieux sauter.

–Sí –corroboró Archdale con un hilo de voz–. Sí, es cierto, vomitar con el fin de recuperar fuerzas era una práctica habitual en la Antigüedad. Me parece que Séneca hace referencia a ello en algún punto de sus Epístolas morales, mientras que Cicerón explica, creo que en Pro Rege Deiotaro, que el propio César no era ajeno a esta costumbre. Además... –Archdale paró en seco–. Disculpa, se me ha disparado la lengua.

Whichcote no dijo nada. Por mucho que Archdale adoptara el

papel de truhán, albergaba en su interior el alma de un erudito. Le tocó el brazo y se alejaron del lugar pasando por delante de la ventana con postigos del dormitorio de paredes blancas donde aguardaba Molly Price con la señora Phear.

–Me gustaría que Frank estuviera aquí –comentó Archdale.

–Sí, a mí también. A todos nos gustaría

–Le pregunté cómo había ido la noche, la noche en que fue investido apóstol, pero no me lo dijo.

–Muy respetuoso por su parte. Ese día prestó un juramento inquebrantable que lo obligaba a jamás revelar a nadie que no sea un apóstol lo acaecido durante la noche. Y tú deberás hacer lo mismo llegado el momento, pero como ya casi eres uno de nosotros, te diré en confianza que Frank actuó como un hombre con su virgen, tal y como estoy convencido que harás tú.

Regresaron al pabellón y subieron al primer piso. Whichcote había presidido demasiadas iniciaciones como para sorprenderse ante lo ocurrido. Archdale había estado a un suspiro de abandonar el club, pero era un trofeo demasiado preciado como para perderlo. Ése era el objetivo de la ceremonia... y del sacrificio de la virgen sobre todo. Archdale había mencionado a César, pues bien, César cruzó el Rubicón para invadir Italia y, al hacerlo, tomó una decisión para la que ya no hubo vuelta atrás. Archdale pensaría lo mismo cuando su ardor viril venciera la fingida resistencia de Molly Price.

Llegaron al rellano y Whichcote se detuvo al oír un batiburrillo de voces. Algunos apóstoles estaban cantando.

Jerry Carbury está contento,
dile al criado que traiga el sombrero.
Se acabó el evento,
y mejor todo fuera que dentro.

Archdale parpadeó varias veces. Parecía estar al borde de las lágrimas.

–Ahora vamos a cenar –explicó Whichcote con suavidad–. Los criados se marcharán y nos serviremos nosotros mismos. Después pasaremos a los brindis y a la ceremonia de iniciación y canonización. Se te asignará el nombre de San Bartolomeo. Finalmente, cuando ya seas uno de los nuestros, se te conducirá hasta tu virgen temblorosa.

CAPÍTULO 22

La cena transcurrió en un suspiro; la siguieron los brindis interminables y, por fin, la ceremonia de iniciación. Archdale se arrodilló ante Whichcote, magnífico en su aspecto, sentado en una silla que parecía un trono flanqueado de dos cirios negros. Whichcote, en calidad de Jesús, leyó una lista de principios redactada en latín macarrónico a cada uno de los cuales debía asentir Archdale.

A continuación, Archdale tomó el cáliz fálico, lleno a rebosar de vino, y apuró el contenido sin apartarlo de los labios jaleado por los vítores y alaridos apostólicos. Después se comprometió con el Espíritu Santo para la eternidad. Amén. Abjuró del papa de Roma y toda su obra y juró no dejar ninguna botella sin vaciar, ningún brindis sin beber y ninguna virgen sin desflorar. Amén, amén, amén, amén. Hubo más declamaciones y más vino y la cabeza le empezó a dar vueltas. Observó que la costura de la puntera del zapato izquierdo de Whichcote estaba desgastada y que la suela empezaba a separarse de la parte superior. Masculló las respuestas exigidas y bebió los brindis requeridos, pero hubiera dado todo lo que poseía por posar su cabeza doliente sobre una almohada limpia y quedarse dormido para siempre. Amén.

En cuanto hubo finalizado la ceremonia, se formó una procesión a su alrededor. Jesús estaba a su derecha y San Pedro a su izquierda. San Andrés mostró el camino enarbolando un cirio negro y San Simón lo siguió con el otro, mientras San Juan hacía sonar una campana de mano. Jesús y los apóstoles escoltaron a Archdale escaleras abajo entonando una versión obscena del ángelus que se regodeaba morosamente en el esplendor fálico del Espíritu Santo. La procesión se detuvo en el pasillo. Archdale estaba rodeado de voces discordantes que se entremezclaban con el repiqueteo de la campana.

Aparte de los cirios, la única luz provenía de una palmatoria que ardía en el extremo del vestíbulo. Archdale creyó vislumbrar al lacayo Augustus refugiándose medroso en el vano de una puerta y, por un instante, sintió una punzada de alivio al saber que no era el único que tenía miedo.

San Juan repiqueteó con elegancia una de las puertas más cercanas, tocó la campana y exigió a los ocupantes que le abrieran en nombre del Espíritu Santo. Los apóstoles formaron un arco frente a la puerta con Archdale en el centro. Cuando se abrió, pudieron entrever la sombra de una mujer menuda, tan pequeña como una niña, que vestía hábito y tenía el rostro oculto bajo la toca.

–En nombre del Espíritu Santo, un apóstol exige el sacrificio de

una virgen –corearon los apóstoles casi al unísono.

La monja dio un paso atrás y abrió la puerta de par en par. Los apóstoles bramaron de alegría. Jesús y San Pedro guiaron a Archdale, que miró desconcertado la pequeña celda blanca. Sólo había dos velas encendidas, una en la mesa cerca de la chimenea y, la otra, junto a la cama. Allí estaba su virgen, tumbada sobre la colcha blanca, las extremidades amarradas a los postes de la cama. Llevaba un sencillo camisón blanco con el cuello abierto. Alzó la vista y lo miró con unos grandes ojos aterrados.

–Puedes poseerla así amarrada –le murmuró Whichcote al oído–, pero si prefieres que esté suelta, puedes desatarla. De todos modos, te advierto de que este diablillo quizá se resista.

San Pedro le dio unas palmadas en el hombro.

–A por ella, chico –instó–. Demuestra a la doncella quién es su amo.

Archdale oyó la puerta cerrarse tras de sí. Alguien comenzó a cantar de nuevo la canción de taberna sobre Jerry Carbury. Los pasos apostólicos fueron alejándose, incluso la monja se había ido. Estaba a solas con la joven.

La miró y ella le devolvió la mirada. No era poco agraciada, después de todo, pensó, y sin duda era joven. Además parecía limpia, algo a su favor comparada con Chloe en su encuentro de la otra noche. Mientras la contemplaba, ella se mojó los labios. Advirtió que tenía una boca bonita y carnosa. Se quitó la chaqueta verde y la dejó sobre la silla que había junto a la mesa. Sin apartar la vista de la muchacha, se desabrochó el chaleco con lentitud. Tenía los dedos torpes y le pareció necesitar una eternidad. Le dolía la cabeza y tenía la boca seca. Había vino en la mesa, pero quería agua. ¿Por qué no había agua?

Empujó con los hombros el chaleco bordado y lo dejó caer al suelo. En ese momento había dos camas delante de él y dos vírgenes. De no haber sabido lo que sabía, hubiera jurado que ambas le sonreían. Trató de arrancarse la corbata y el movimiento brusco lo hizo tambalearse. Osciló hacia la derecha y trató de agarrarse a uno de los postes al pie de la cama, pero por algún motivo inexplicable su mano no halló ningún poste. Cayó hacia delante y se golpeó la cara contra él. Soltó un alarido de dolor. De pronto se encontró con medio cuerpo encima de la cama y medio cuerpo fuera.

Tenía la sensación de que la corbata lo estrangulaba. Se la arrancó y la arrojó al suelo. Miró a la chica, furioso de que hubiera sido testigo de ese momento de debilidad, pero su cara permanecía inmutable, seguía mirándolo con la misma expresión.

Archdale se apoyó en el poste para incorporarse. Se quitó los zapatos de una sacudida y miró de nuevo a la joven por encima del

hombro. Debía desflorarla a la fuerza, por eso estaba allí. Era impensable que fracasara en la labor. Todos lo sabrían: Whichcote, los otros apóstoles, la pequeña monja, incluso la chica. Se lo contaría a todos, seguro. No había más remedio, tenía que hacerlo.

Se desabrochó el calzón, se puso de pie y éste cayó hasta las rodillas. Lo empujó hacia abajo y sacó los pies, pero en el último momento tropezó, cayó sobre la cama y aterrizó parcialmente entre las piernas y parcialmente sobre el cuerpo de la chica, que lanzó un grito ahogado. Frunciendo el ceño, le subió el camisón y expuso su monte de Venus. Entonces metió la mano bajo su camisa ondeante y se agarró el pene.

* * *

Para su enorme e intolerable horror, su miembro viril yacía pequeño y flácido en su mano. Lo masajeó, primero con suavidad y luego con vigor. No sucedió nada. El sudor comenzó a recorrerle la sien. Cerró los ojos e intentó concentrarse para forzar una erección por pura fuerza de voluntad. Seguía sin suceder nada.

La chica carraspeó.

Era como si una figura de cera hubiera emitido un sonido. Sobresaltado, Archdale abrió los ojos y la miró. Ella era el primer testigo de su vergüenza. No podía verla claramente, pero tenía la sensación de que lo contemplaba seria, sin pestañear, con una expresión de pena en el rostro.

–Puedo echarle una mano, señor –dijo en voz baja, casi susurrando.

–¿Qué? ¿Qué has dicho? ¿Cómo?

–A veces los caballeros gustan de recibir un poco de ánimo para estar firmes, señor.

–Sí, sí, es cierto –corroboró mientras se alejaba de ella, abrazaba el poste de la cama y apoyaba encima la mejilla. Pero... ¿cómo sabes tú eso?

Soltó una risilla.

–¡Ay, señor! Por la noche, cuando dormimos juntas, las mozas hablamos de todo tipo de cosas. Y, a veces, hablamos de los hombres y sobre cómo podemos satisfacerlos llegado el momento. Si me desata, se lo mostraré.

Archdale se arrastró por la cama y desató los cuatro nudos. Eran tan holgados que pensó que la chica podría haberse soltado ella misma si así lo hubiera querido. Una vez liberada, se incorporó y se sacó el camisón por debajo de los hombros. Atrajo a Archdale hacia sí, lo besó varias veces y le instó a frotar la cara contra sus pequeños pechos, todo lo cual hubiera sido de lo más agradable en

circunstancias normales. Por desgracia, él no podía eludir la sensación subyacente de pánico, la sospecha del fracaso inevitable.

Le murmuró palabras cariñosas, algunas sorprendentes para provenir de una doncella, lo empujó sobre la cama y se sentó a horcajadas sobre sus piernas. Le subió la camisa y expuso su cuerpo blando y sonrosado. Empezó a trabajar sobre su miembro, primero con las manos y después con la boca.

No sucedió nada.

Tras dos o tres minutos de atenciones, Archdale gimió. La joven levantó la cabeza y se sentó en cuclillas. Era un fracaso, Archdale lo sabía, un fracaso total y absoluto. Pronto Jesús, los apóstoles y el resto de los discípulos se reirían a carcajadas de él. No era más que un medio hombre, una pobre criatura afeminada, y sus deficiencias quedarían expuestas ante el mundo entero. Se imaginó que la noticia correría por Cambridge, susurrada en cafés y clubes, hasta llegar a Londres, donde hombres y mujeres se reirían de él en la calle, y sir Charles Archdale le retiraría la asignación y lo desheredaría. Quería vomitar, quería llorar, quería morirse.

–Pobrecillo –se compadeció la chica–. Es el vino, nada más. Han sido muy crueles por obligarlo a beber tanto.

Archdale parpadeó.

–Sí, sí... el vino.

Los dedos de la chica regresaron de nuevo a su miembro.

–Y este pajarito es tan bonito. ¡Cómo deseo tenerlo dentro de mí!

A Archdale se le ocurrió la posibilidad de que quizá la doncella no fuera tan virgen como se suponía. Parecía conocer muy bien la anatomía masculina.

–¿Qué no daría yo por tener el honor de perder mi virginidad con un caballero tan refinado como usted? –murmuró–. Me apuesto lo que sea que dentro de una hora o dos, cuando se haya recuperado, hará que me desmaye de placer.

Archdale notó unas lágrimas punzantes contra los párpados. La vida era tan injusta. Ésta era una ocasión de celebración. Era el momento adecuado. La chica era agradable. Sin embargo, su cuerpo no le permitía desempeñar el papel que le tocaba.

–¿Qué importa, señor, si lo hace ahora o mañana? Da lo mismo.

–Sí, pero no lo comprendes. Los otros... –calló y miró con tristeza el pequeño dosel blanco sobre su cabeza.

La joven seguía acariciándole el muslo.

–Los otros no están aquí. Ninguno de ellos. Sólo estamos usted y yo, señor. Así que sólo sabrán lo que nosotros les expliquemos.

Archdale bajó los ojos y la miró a la cara. Seguía teniendo la impresión de que eran dos.

–¿Quieres decir...?

–Podemos decir que me hizo suya, señor. Tal y como estoy segura que hará cuando se recupere.

–Tú... tú eres virgen, ¿verdad?

–Oh, sí, señor –respondió ella con mirada candorosa.

–Hay... hay señales.

–No siempre, señor. Además, tengo un plan.

Le desmontó como si fuera un caballo sobre el que hubiera paseado a horcajadas. Fue a la chimenea, cogió una cesta tapada que había junto a ella y la dejó sobre la mesa. La destapó y sacó un pequeño vial con un corcho que contenía un líquido oscuro. Lo sostuvo en alto entre el índice y el pulgar. Por casualidad, el vial quedaba en línea directa entre los ojos de Archdale y la llama del candelero sobre la mesa.

Dos llamas, dos viales, claro, y en el centro de cada vial una oscura chispa roja.

–Unas gotas de esto en la sábana, señor, y ya tiene mi virginidad.

–Pero ¿cómo...?

–Silencio, señor. No hable tan fuerte. Una doncella debe ser previsora.

Regresó a la cama y descorchó el vial. Archdale estaba tumbado con las piernas separadas y la camisa arremangada. Ella vertió unas gotas del líquido rojo entre sus muslos.

–Lo ve, señor –dijo sentándose junto a él y tomándole la mano. Ahora sólo queda una cosa más y ya estaremos.

Archdale la miró con el ceño fruncido.

–¿Una cosa más? ¿Cuál?

La joven abrió la boca –con lo que expuso sus dientes ennegrecidos– y profirió un grito.

CAPÍTULO 23

Holdsworth durmió mal en su primera noche en Whitebeach Mill, con las piernas encogidas en un pequeño camastro empotrado en la pared. Había cedido a Frank Oldershaw el mayor de los dos dormitorios del primer piso, el de la cama decente. El chico se hallaba a tan sólo unos pocos metros de distancia, al otro lado del tabique de madera enyesada, y su cama crujía con cada uno de sus movimientos.

Al despuntar el alba e inundarse de luz el pequeño dormitorio, recordó de forma inesperada la casa de Bankside próxima a Goat Stairs. La ventana de su actual dormitorio daba al jardín, más allá del cual se encontraba la represa del molino y el pantanoso río de aguas verdes, apenas un arroyo en comparación con el Támesis de Londres, pero, por un extraño efecto de la luz, reflejaba en el techo una imagen tenue y sinuosa de agua en movimiento. Se trataba de un fenómeno pobre e insustancial en comparación con las luces destellantes –las aguas fantasmagóricas de Georgie– que arrojaba el Támesis a través de las ventanas, pero era una conexión entre el aquí y el allí, entre el ahora y el entonces.

Al igual que la luz, Georgie y Maria se habían tornado menos sustanciales, se alejaban de él con cada minuto que pasaba. En lugar de ser sus amados muertos, eran a la vez reales e irreales como sus personajes favoritos de una obra de teatro.

Holdsworth se levantó temprano, se vistió y cruzó el pequeño rellano descalzo. Echó un vistazo a Frank. Tumbado boca arriba con un brazo estirado por encima de la cabeza, daba la impresión de dormir profundamente. Parecía muy joven, completamente vulnerable. Holdsworth no había advertido antes la perfección de sus rasgos. En la casa de Barnwell había sido considerado un loco y la de un loco había sido su apariencia. Dormido en Whitebeach, parecía un niño demasiado grande para su edad.

En el caso de haber vivido, ¿Georgie habría dormido del mismo modo, con tanta despreocupación y abandono, tan inocente? Holdsworth no había logrado salvar a su hijo, por lo que nunca lo sabría, pero ¿podía salvar a este muchacho viviente que tenía ante sí? ¿Compensaría eso en algo la muerte de Georgie?

Bajó la escalera, que de tan empinada que era parecía una escalerilla de mano. El interior de la casa era lúgubre debido al pequeño tamaño de las ventanas y a los aleros voladizos del tejado de paja. De la cocina emergía el sonoro traqueteo causado por el hierro del fogón. Holdsworth salió al jardín. Pese a lo temprano de la hora, la luz rebosaba de la cúpula gris del cielo y telarañas plateadas por el

rocío brillaban en el prado de hierba larga. Siguió el sendero hasta el río y permaneció un rato en la orilla, contemplando a un par de zancudas pollas de agua que salieron volando al verlo, muy tiesas y con las patas colgando. Tanto el agua como el aire eran notablemente más limpios que en Cambridge. Aparte de Mulgrave trabajando en la cocina, no se oía ningún sonido producido por el hombre. Cerró los ojos y escuchó el burbujeo del agua, el graznido de un pájaro que no supo identificar y el suave susurro de la hierba meciéndose.

Gracias a Dios, pensó. Gracias a Dios que el chico sigue aquí.

Ése había sido su mayor temor, que Frank Oldershaw aprovechara su repentina libertad para huir o encontrar la manera de quitarse la vida. Ambas cosas podían pasar en el futuro, pero al menos había superado la primera noche y el chico seguía durmiendo.

Holdsworth rodeó la casa hasta el patio adoquinado y se lavó la cara y las manos en la bomba de agua. El molino estaba ubicado junto a la pequeña casa, esquina con esquina, la rueda de la noria alzada por encima del agua. Al lado había una hilera de edificios con tejados de paja y detrás de la bomba de agua estaba el camino al pueblo. Un gato de pelaje anaranjado se escabulló bajo la verja y se enroscó entre las piernas de Holdsworth con la cola enhiesta. Éste intentó empujarlo con el pie, pero el animal lo esquivó y ronroneó como si le hubiera hecho un cumplido.

Mientras se secaba con los faldones de la camisa, oyó pasos detrás de él. Dio media vuelta y se encontró con Frank.

–Señor Oldershaw... qué temprano se ha levantado usted.

El joven parecía sorprendido de verlo ahí. Tenía el cabello revuelto, llevaba puestos la camisa y el calzón, pero iba descalzo.

–¿Desea lavarse? –preguntó Holdsworth–. Ordenaré a Mulgrave que traiga una jofaina y una toalla.

Frank Oldershaw levantó los brazos y los echó hacia atrás como si se preparara para zambullirse. Su rostro, hasta ese momento muy serio, se iluminó con una sonrisa.

–Cuac –dijo–. Cuac. Soy un pato.

Salió disparado del patio como una flecha, tomó el camino que rodeaba el hastial de la casa y entró en el jardín. Holdsworth trotó tras de él. Al pasar por la ventana de la cocina, vio el pálido rostro de Mulgrave observándolos boquiabierto.

En el jardín, Frank abandonó el sendero y se adentró en la maraña de hierba alta y maleza. Mientras corría, agitaba los brazos y pateaba en todas direcciones, daba saltos con un abandono alegre y alocado. Sus pies esparcían una lluvia de rocío plateado a su paso. Era como un niño al que habían dejado salir del colegio.

–¡Cuac! –gritó–. ¡Cuac cuac!

Delante de él se extendía la plácida represa del molino. Frank no

ralentizó el paso. En el borde, se zambulló con una patosa pirueta. Su cuerpo golpeó el agua con fuerza y las olas se extendieron concéntricas por toda la superficie de la balsa. Las aves se alejaron aleteando, asustadas.

–¡Señor Oldershaw! –gritó Holdsworth–. ¡Señor Oldershaw!

Unos segundos más tarde, el muchacho apareció en la superficie a unos diez metros de la orilla. Se volvió sobre la espalda, medio sumergido y agitando los brazos y las piernas.

–¡Cuac, cuac!

–Le ruego que salga, por favor –suplicó Holdsworth–. Puede haber algas u otros peligros. Yo no puedo salvarlo... no sé nadar.

Frank dejó de chapotear y graznar y miró fijamente a Holdsworth.

Maria tampoco había sabido nadar, y menos aún Georgie, así que el agua los había engullido enteros y escupido a la superficie en cuanto les hubo aspirado toda la vida.

¿Había sabido nadar Sylvia Whichcote? ¿Se había ahogado como ahora iba a ahogarse Frank?

Holdsworth abrió la boca, pero no salió ninguna palabra. En lugar de ello tragó aire, pero no lograba inhalar el suficiente. Sintió unas agudas punzadas en el pecho y el gran cielo gris comenzó a aplastarlo. Dios mío, se estaba ahogando en el aire.

Frank se dio la vuelta y nadó con tranquilidad hasta la orilla. De pronto, el mundo recuperó el juicio. Resollando, Holdsworth dio un paso adelante y le ofreció la mano. Frank la tomó para salir del agua.

–¡Dios mío! –exclamó Frank con los dientes castañeteándole–. ¡Hace un frío del demonio!

Durante el resto del primer día en el molino, Holdsworth y Frank fueron dando vueltas el uno en torno del otro como animales que no se conocen, pero que han sido obligados a compartir el mismo espacio confinado. Hasta ese momento, Holdsworth había seguido su instinto y la senda marcada por el sentido común. En ningún momento había dudado sobre que retirar a Frank del cuidado del Dr. Jermyn sería muy beneficioso para el chico y, por ende, para él, pero ya no lo tenía tan claro. De hecho, no tenía nada claro.

La conducta de Frank era imprevisible. Iba brincando de un lado a otro como un cachorro grande y lleno de vida, lo que hacía pensar a Holdsworth de forma irremediable en Georgie cuando se emocionaba por algo. Frank cantaba con voz desafinada y mezclaba canciones de taberna con nanas, y a veces aplicaba la letra de unas a la melodía de las otras. Se comía todo lo que le servían, engullendo la comida a paladas como si en Barnwell lo hubieran matado de hambre. Se resistía, o más bien ignoraba, cualquier intento de guiarlo en ninguna dirección. De vez en cuando se quedaba dormido en medio de una actividad, de nuevo como Georgie, ya fuera en la mesa con la cabeza

sobre los brazos, en la hierba del jardín, en el suelo adoquinado del patio o en un rincón de la cocina junto al fregadero de piedra.

Mulgrave no decía ni hacía nada que no estuviera relacionado con sus tareas. Aguardaba las órdenes de Holdsworth y, cuando las recibía, las acataba con prontitud y bastante eficiencia. Evitaba que lo dejaran a solas con Frank, aunque Frank lo ignoraba tanto como ignoraba a Holdsworth. Mulgrave era un buen sirviente y un aliado inútil.

El único otro ser vivo en la casa era el gato anaranjado, que, a diferencia de los tres humanos, no parecía para nada preocupado por la extraña situación. Se acercaba a todos ellos con el mismo entusiasmo impersonal. No pedía ser mimado ni alimentado. Para gran vergüenza suya, Holdsworth se descubrió a sí mismo acariciando al animal cuando saltaba sobre su regazo, e incluso lo alimentaba con trozos de carne de su plato. Cuando lo apartaba de un empujón, el gato saltaba a las rodillas de Frank y éste lo acariciaba con aire ausente del mismo modo que hacía Holdsworth.

En una ocasión el gato estaba con Frank, pero se cansó de él y decidió saltar al suelo y deambular hasta la cocina para acosar a Mulgrave, quien no deseaba su atención y le propinó una patada. El gato soltó un aullido de dolor y sorpresa. Esto tuvo un efecto inesperado sobre Frank, que lo había observado todo a través de la puerta abierta.

Se incorporó de golpe y su silla cayó al suelo detrás de él. Asustado, el gato empezó a dar vueltas por la cocina.

–Déjalo en paz –ordenó Frank con voz ronca y rasposa debido a la falta de uso–. Deja que vaya por donde él quiera, ¿me oyes?

Mulgrave hizo una reverencia y se acercó para poner la silla de pie. Frank frunció el ceño. Parecía desconcertado, como si se estuviera preguntando lo que había sucedido, y se sentó en la silla sin mirar antes atrás para comprobar que estaba allí. El gato saltó de nuevo sobre sus rodillas y ronroneó con fuerza.

CAPÍTULO 24

Con el señor Whichcote nunca sabía uno a qué atenerse. En la madrugada del jueves, Augustus logró echar una cabezada de casi dos horas en una silla que acercó a las brasas mortecinas del fogón de la cocina. Incluso en sus sueños oía el tintineo de la campanilla sobre la puerta, pero no se requirió su presencia y siguió cabeceando hasta que la fregona llegó a las cinco.

La chica, que apenas escapaba de la completa necedad, atizó el fuego y puso las ollas de agua a calentar con un estruendo terrible. El resto de los sirvientes fue apareciendo uno a uno por orden de jerarquía: la doncella bizca, el anciano que desde los tiempos del tío abuelo del señor Whichcote cuidaba del jardín con eficacia decreciente y, por último, la cocinera, una mujer de porte majestuoso pero cara agria que estaba a punto de abandonar ese trabajo. A ninguno de los sirvientes les gustaba el día después de una cena del club. El propio día de la cena comportaba mucho trabajo, pero al menos rompía la rutina y era emocionante por las caras nuevas y por la embriagadora posibilidad de conseguir bagatelas desechadas o propinas inesperadas. Sin embargo, al día siguiente se enfrentaban a la desagradable tarea de tener que limpiarlo todo.

Un poco después de las ocho sonó la campanilla del señor Whichcote. Augustus le subió la jarra de agua caliente, pero cuando regresó treinta minutos después con el té y unos panecillos en la bandeja, advirtió que no la había tocado. El señor Whichcote seguía teniendo la bata puesta. Estaba sentado en la cama tomando notas en una libreta. Hizo un gesto a Augustus para que dejara la bandeja en la mesita de noche. Al hacerlo, el lacayo bajó la vista y vio que su amo estaba sumando una columna de números junto a la cual había una serie de entradas.

Una hora más tarde, alguien llamó a la puerta de la casa. Augustus la abrió y se encontró con la señora Phear y con su doncella Dorcas a dos pasos detrás de ella.

La señora Phear irrumpió en el vestíbulo tan implacable como un pequeño nubarrón en un cielo azul despejado.

–¿Dónde está tu amo? –preguntó al aire ante ella.

Augustus se apresuró a abrir la puerta del estudio. El señor Whichcote ya se estaba poniendo en pie. La señora Phear explicó que había traído consigo a su doncella porque en casa estaba ociosa y el trabajo le iría bien.

Whichcote se volvió hacia Augustus y le entregó una llave.

–Tú y la chica limpiad el pabellón. Quiero verlo limpio, barrido y

arreglado. Debe estar todo en su sitio como antes. –Augustus hizo una reverencia y dio media vuelta, pensando que ya había sido despachado–. Espera. Ven aquí –ordenó Whichcote con tono amenazante–: Sólo tú y la criada podéis trabajar allí. Te hago responsable, de esto y de todo lo demás. Ahora, vete.

El señor Whichcote mantenía el pabellón cerrado bajo llave. Según la cocinera, era porque ese edificio estaba reservado para las actividades obscenas y blasfemas del amo, especialmente aquellas que tenían lugar en las noches de las cenas del club, por lo que la admonición del amo era muy comprensible. La cocinera también decía que ella jamás entraría allí sola, ni por todo el té de China. Tenía al señor Whichcote por un caballero capaz de helarle a uno la sangre, por eso había presentado su dimisión; los otros motivos eran la muerte del ama (que Dios tuviera en su Gloria), las actividades impías del amo y sus amigos y (el peor de todos) su incapacidad para pagar al servicio con puntualidad. Además, la cocinera sostenía que si el señor Whichcote te helaba la sangre, la señora Phear la congelaba en tus venas y convertía tu corazón en un bloque de hielo. Y la cocinera tenía razón.

Augustus condujo a Dorcas al ala del servicio, donde recogieron los cepillos, fregonas, trapos y cubos. Llevaba la llave del pabellón en el bolsillo, muy consciente de su peso y de la responsabilidad que acarreaba. Dorcas, que le pasaba media cabeza, caminaba con la vista clavada al frente. Tenía el rostro blanco y huesudo y pecas como manchas de barro en la piel.

–Haremos la sala grande de arriba –dijo él mientras abría la puerta del pabellón–. Después la pequeña habitación que usaron en la planta baja y la escalinata.

–Tú haz lo que quieras –comentó la criada sin mirarlo siquiera–. Yo primero quiero ver el dormitorio.

Augustus la miró fijamente.

–¿Cómo sabes que hay un dormitorio?

–Porque me lo dijo la chica, la que estuvo toda la noche allí atada como un pollo para el horno.

–Te lo estás inventando –replicó Augustus, sin tenerlas todas consigo–. Yo estuve aquí anoche.

–Pero no en el dormitorio, ¿verdad?

–No más que tú.

–La chica sí, y debía fingir que era virgen, pero no es más virgen que mi abuela. Estuvo con un joven caballero gordo que estaba tan borracho que no pudo hacerlo, pero le dio tres guineas.

–¿Dónde está ella ahora?

–Ha regresado a Londres.

Augustus abrió la puerta pensando que Dorcas debía de decir la

verdad, puesto que sabía lo del joven caballero gordo, el señor Archdale. Ella se abrió paso empujándola a un lado, fue hasta el vestíbulo y miró en todas direcciones.

–¿Dónde está?

Sin esperar respuesta abrió la puerta más cercana, que daba al pasillo que recorría toda la planta baja del pabellón. Con Augustus pisándole los talones, avanzó con brío por él probando todas las puertas hasta dar con el dormitorio.

Con un cubo en una mano y la fregona en la otra, Augustus esperó en la puerta y observó a Dorcas mientras inspeccionaba la habitación como si fuera la señora de la casa buscando pruebas de las fechorías de su criada. Chasqueó la lengua en señal de desaprobación al ver el cerco de cera al pie de una de las palmatorias en la mesa. Suspiró sonoramente al tapar con el corcho una botella de licor. Levantó las cejas ante el montón de ropa de cama en el suelo y tocó con el índice una de las cuerdas de seda blanca que seguían atadas a los postes de la cama. Estudió las manchas rojas de la sábana en el centro de la cama y arrugó la nariz.

–Ésta se las sabe todas.

–¿Qué?

Ella lo miró sin acritud. Le pasaba tres pulgadas y era nueve meses mayor que él, pero por su expresión de superioridad cualquiera hubiera dicho que era tan alta como la capilla de King's College y casi igual de vieja.

–Ayer durmió conmigo y no dejó de parlotear. Por eso sé que el caballero no pudo cumplir. Según ella es algo muy habitual y entonces tiene que fingir, pero le sale a cuenta.

Augustus se sintió incómodo y acalorado. Se apartó deseoso de recuperar el control de la situación. Al fin y al cabo, él era en cierto modo el anfitrión y, además, era un hombre, mientras que Dorcas no era más que una niña.

–Ven conmigo arriba –ordenó–. Ahí es donde está lo peor.

Salió del dormitorio sin mirarla y la guió de nuevo por el pasillo hasta la larga sala de la primera planta.

–¡Puf! –exclamó Dorcas al cruzar el umbral de la sala–. Esto es peor que un estercolero en un día de calor.

Caminó por la sala con Augustus pisándole de nuevo los talones. El aire apestaba a alcohol rancio, a tabaco y al humo de las velas, así como a otros olores latentes menos agradables. Dos de las sillas estaban tumbadas en el suelo. Había cercos de cera y vino en la mesa y en el suelo. Al menos se habían roto media docena de copas, algunas a propósito, y los fragmentos de cristal yacían alrededor de la chimenea vacía. Había un charco de vómito en un frutero y otro a un extremo de la mesa. La situación era peor detrás del biombo, la fuente

de los peores olores, donde una de las cómodas había volcado y la bacinilla se había hecho añicos. El suelo estaba resbaladizo por la orina, más vómitos e incluso un mojón de excrementos.

–Vamos a necesitar varios días para arreglar esto –señaló Dorcas, que por primera vez parecía impresionada e incluso asustada.

Juntos examinaron los restos de la mesa. Dorcas cogió una fresa y se la comió. Augustus encontró una pata de pollo a medio comer. Estuvieron buscando comida unos minutos y metiéndose las sobras en la boca.

Dorcas se limpió los labios con el dorso de la mano.

–¿Crees que lo disfrutan?

Se oyó un portazo en la planta baja y pasos en las escaleras. Dorcas agarró un cepillo y empezó a barrer con fuerza. Augustus colocó bien una de las sillas tumbadas. La puerta de la habitación se abrió y apareció el señor Whichcote en el umbral.

–No te pago por estar ocioso –riñó a Augustus.

Éste podría haber contestado que el señor Whichcote no le pagaba en absoluto, pero en lugar de ello bajó la cabeza y se ruborizó.

Dorcas hizo una honda reverencia y no dijo nada, los ojos clavados en el suelo.

–Empezad por ventilar la sala –ordenó el señor Whichcote–. ¿A qué esperáis? Abrid las ventanas.

Saltaron a cumplir la orden. Whichcote se paseó por la sala tapándose la nariz con un pañuelo.

–Recordad que jamás debéis hablar con nadie de fuera de lo que acaece aquí. Si corre algún rumor estúpido en la ciudad, sabré que uno de vosotros o los dos os habéis ido de la lengua. En ese caso, la señora Phear y yo sabremos lo que hacer –miró primero a Augustus y después a Dorcas antes de proseguir con la misma voz baja y sosegada–: Ya es casualidad que ninguno de vosotros tenga amigos en este mundo, ¿verdad? Por eso la señora Phear y yo debemos ocupar su lugar. Descubriréis que, del mismo modo que sabemos castigar las faltas, sabemos recompensar la fidelidad.

Sin decir una palabra más, salió del salón con paso tranquilo y bajó las escaleras. Ni Dorcas ni Augustus se movieron hasta que oyeron cerrarse la gran puerta del vestíbulo.

–Nos matará si hablamos –soltó Augustus.

Miró de reojo a Dorcas y se asustó al ver que tenía lágrimas en los ojos.

–¿Recuerdas la otra chica, la que murió? –murmuró.

–¿La que vino en febrero? ¿Tabitha? Dicen que se atragantó.

–¿Quién sabe? Quizá la mataron ellos. Lo que sí sé es que mi ama me encerró esa noche con el cuerpo de Tabby y ahora nunca se va.

–¿Qué quieres decir?

–Está allí cada noche –susurró Dorcas–. Veo su forma en la cama de al lado. No para de hablar, pero no oigo lo que dice.

* * *

Sentada en el salón, Elinor Carbury intentaba releer el capítulo 31 de Rasselas:

Que los muertos no se aparecen –dijo Imlac– es algo que yo no asumiré mantener contra el testimonio concurrente e invariable de todos los tiempos y todos los pueblos. No hay persona, culta o ignorante, que no crea en las apariciones de los muertos. Esta opinión prevalece tanto como difusa es la naturaleza humana y deviene universal por su certidumbre: aquellos que no se conocen entre sí no podrían coincidir en un relato que nada salvo la experiencia puede hacer creíble. El hecho de que una voz discordante lo dispute no debilita la creencia general, porque los que lo niegan con la lengua lo confiesan con sus miedos.

No obstante, su mente se negaba a concentrarse en las palabras que tenía ante sí y acababa con la mirada perdida entre el jardín de terrible diseño formal y la masa verde oscura del plátano. Pensó en John Holdsworth y en cómo le iría en el molino. Fue consciente de su ausencia durante el desayuno, pero no había nada reprobable ni fuera de lo normal en ello, se dijo a sí misma. En unos días había tenido más compañía de la que solía tener en el mismo número de semanas, John Holdsworth había formado parte de dicha compañía y como anfitriona había tenido la obligación de verlo bastante. En cualquier caso, no podía negar que se sentía vacía y desganada.

Las ventanas del salón estaban abiertas, así como otras ventanas de la casa. Advirtió que el Dr. Carbury tenía visita en la biblioteca, en la planta baja. El sonido de las voces, la de su marido y la del otro caballero, fueron subiendo de tono. La conversación se fue acalorando.

Elinor sonó la campana y, cuando por fin Susan hizo su entrada de forma atropellada, le preguntó quién era la visita.

–Pues el Dr. Jermyn de Barnwell.

Elinor despachó a la criada. ¿Eran imaginaciones suyas o había algo distinto en la actitud de Susan? El último día o dos había estado rara, extrañamente alegre, pero también alerta, casi aprensiva.

Dadas las circunstancias, no era de sorprender que el Dr. Carbury y el Dr. Jermyn intercambiaran alguna palabra más alta que otra. A pesar de que nada tenía que ver con su esposo el hecho de que Frank se hubiera marchado del manicomio, era natural que Jermyn pensara que tenía una parte de responsabilidad.

Lo que sorprendió a Elinor fue lo que sucedió después. Los hombres bajaron la voz, por lo que cabía deducir que habían hecho las paces. Sin embargo, unos diez minutos más tarde, oyó que se abría la puerta del jardín y, al asomar la cabeza por la ventana de una manera muy poco apropiada para una dama, vio alejarse al Dr. Carbury y a su invitado por el sendero de grava y cruzar la verja que daba al patio del lavadero.

Los hombres estuvieron ausentes unos quince minutos y, al regresar, hablaban con las cabezas muy juntas, concentrados en la conversación. Al poco rato oyó que Jermyn se marchaba.

Era muy curioso, pensó Elinor, no se le ocurría qué podían haber estado haciendo los hombres en el patio. No podía tener nada que ver con lo que había sucedido allí el martes por la mañana, ¿verdad?

«Susan y Ben retozando como cerdos en su pocilga.»

* * *

El jueves Harry Archdale se recuperó con lentitud de su ascenso al rango apostólico. Sería penalizado por el hecho de no haber asistido al servicio religioso, al desayuno y a la clase de la mañana y era casi seguro que debería soportar una desagradable conversación con el señor Richardson, por no hablar de posibles castigos adicionales. Cuando sonó la campana del almuerzo, se obligó a salir de la cama, pero la idea de ir al refectorio se le hacía insoportable. Sentado en el borde de la cama con la cabeza entre las manos, gimió. No creía que jamás pudiera volver a probar bocado.

Se vistió de forma paulatina, pero cuando hubo acabado, el almuerzo ya había tocado a su fin. El ambiente en sus habitaciones era opresivo, irrespirable. Comenzó a bajar las escaleras, demorándose en cada escalón, moviendo las extremidades como si fueran de cristal y pudieran resquebrajarse al más mínimo golpe.

En el patio, la luz del sol le hirió los ojos. Soresby pasó junto a él deseándole un buen día y el mero sonido de su voz le hizo gemir.

Como un animal enfermo, siguió los dictados de su instinto en lugar de la voz de la razón. Cruzó tambaleante la arcada, pasó por la capilla y entró en los jardines. Avanzó hacia la verja que daba al Jardín de los Licenciados, al que tenía acceso por ser un estudiante con privilegios. La verja no estaba cerrada con llave. Caminó parsimonioso por el sendero junto a la Laguna Larga. Era un lugar fresco y umbrío. Al cabo de un rato empezó a encontrarse mejor, pero el más mínimo de los esfuerzos le producía un enorme cansancio. Llegó a un banco de madera y se sentó de golpe. Cuando el impacto reverberó hasta su cabeza, se le torció el gesto con una mueca de dolor.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí sentado. Nadie lo había molestado. Era un banco aislado rodeado de un gran seto por tres de sus lados. Cerró los ojos y dormitó incómodo, inmerso en un universo de dolor.

Unas voces lo despertaron. Abrió los ojos. Las voces venían del otro lado de la laguna, del Jardín del Rector. Bostezó y se frotó la cabeza. Vislumbró dos figuras vestidas de negro que cruzaban un espacio entre dos setos. La primera era la figura corpulenta e inconfundible del Dr. Carbury en persona, bamboleándose como un gran animal cansado. Lo seguía Tobias Soresby, alto y encorvado, las piernas moviéndose con desgarbada celeridad. Continuaban conversando, sus palabras inaudibles.

Archdale frunció el ceño. Todo el mundo sabía que Soresby era el protegido de Richardson, lo cual significaba de forma automática que a Carbury no le gustaba Soresby. Además, Carbury no era amigo de los estudiantes pobres, de ninguno, era hostil a su especie. Por lo tanto, ¿qué hacía Soresby paseando en el jardín de Carbury? No tenía sentido.

Archdale volvió a quedarse dormido. Una voz volvió a arrancarlo del sueño.

–¡Maldito seas mil veces! –maldijo Carbury en voz alta. En el acto su voz devino un murmullo y, después, silencio.

Archdale abrió los ojos. No había nadie allí. El Jardín del Rector pudo haber estado vacío. Quizá lo había soñado. Cerró los ojos.

Está vez durmió de forma más profunda y durante más tiempo. Cuando se despertó de repente, el sol estaba más bajo y había refrescado. Notó una mano en el hombro.

–Harry, ¿estás bien?

Archdale giró la cabeza y levantó la vista. Philip Whichcote le sonreía de pie junto al banco. Tenía un aspecto insultantemente sobrio y saludable.

–Estoy muy bien, jamás he estado mejor –respondió Archdale con amargura.

Whichcote se sentó y estiró las piernas

–He ido a buscarte a tus habitaciones, pero no estabas. Mepal me ha dicho que quizá te encontraría aquí. Estás un poco pálido, espero que no te hayas excedido con los estudios.

–Márchate, Philip –protestó Archdale con un hilo de voz–. No estoy de humor para tus bromas.

–Dentro de una hora o dos funcionarás como un reloj, ya verás. Por cierto, tu proeza de anoche fue muy admirada por el resto de los apóstoles. Todos comentaron que pocas veces habían oído a una doncella gritar tan fuerte.

–¿Dónde... dónde está ahora?

–¿La muchacha? ¿Cómo quieres que lo sepa? Supongo que de regreso a Londres. En cualquier caso, el propósito de mi visita era ver cómo estabas e invitarte a comer mañana con algunos de los muchachos. Había pensado que podíamos acercarnos hasta Newmarket.

–No –respondió Archdale con una vehemencia que incluso le sorprendió a él–. No... no me parece una buena idea.

Permanecieron sentados en silencio un instante. Archdale había decidido para sí mismo que, a partir de ese momento y con la ayuda de Dios, se dedicaría de pleno a los estudios. Nunca antes le pareció tan atractiva la idea de mantenerse alejado de la bebida. Jamás el juego, las putas y el vino le habían parecido unas cosas tan insensatas, desagradables, caras y perjudiciales para la salud.

Whichcote se rio.

–Debería habértelo preguntado más tarde, mi querido Harry. No te pongas así. Pronto te sentirás mejor y te lo volveré a preguntar.

–Y obtendrás la misma respuesta.

–Debes pedir a Mulgrave que te prepare uno de sus reconstituyentes, capaz de resucitar hasta los muertos. Por cierto, ¿lo has visto? Tengo que decirle una cosa.

–¿Mulgrave? ¿No me dijiste el otro día que ya no era de confianza y que lo habías despedido?

–Así es, pero necesito hablar con él.

–Pues no está aquí, y tardará en venir.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Whichcote, alerta–. Siempre está rondando por todos lados, igual que la peste.

–Está cuidando de Frank.

–¿Se ha ido a Barnwell?

Archdale negó con la cabeza e hizo una mueca de dolor.

–Frank ya no está allí.

–¿Cómo? –Whichcote le agarró el hombro–. ¿Me estás diciendo que Frank se ha curado?

–Eso ya no lo sé –respondió Archdale apartándose de Whichcote–, pero ya no está en Barnwell. Está con ese hombre que envió lady Anne, Holdsworth. Y Mulgrave se ocupa de ellos.

–Pero ¿dónde están? ¿Holdsworth se ha llevado a Frank de regreso a Londres?

–No lo sé. –La resaca de Archdale se estaba tornando en irritación–. Y tampoco me importa demasiado.

* * *

A última hora de la tarde Whichcote depositó una moneda en un extremo de la repisa de la chimenea de la señora Phear. Al otro

extremo había una vela encendida, la única de la habitación. Todavía había luz fuera y una pequeña criatura se escabulló entre las hojas de un peral emparrado sobre el muro posterior del jardín. Whichcote puso otra moneda sobre la repisa, a unos centímetros de distancia de la primera. Había sido un día largo y se sentía cansado y abatido.

–Habrá más. Esto es simplemente un anticipo de lo que está por llegar.

–¿Tiene suficiente para sus acreedores? –preguntó la señora Phear.

–Nunca hay suficiente para esos buitres, señora, pero gracias por preguntar.

Dejó otra moneda sobre la repisa, esta última encima de la primera, y colocó una cuarta sobre la segunda. Poco a poco, los montones de oro fueron creciendo. En total, el dinero ascendía a un depósito de diez guineas. Sabía que para la señora Phear esta suma podía marcar la diferencia entre una pobreza solemne y una solemne solvencia.

–Hemos recuperado parte de lo perdido, pero todavía falta más. ¿Podemos organizar otra cena antes de finalizar el trimestre?

–Es la muchacha lo que lleva tiempo. La siguiente reunión del comité del hospicio Magdalene no es hasta finales de mes. No será fácil organizar algo hasta entonces.

–Es una lástima. Los chicos están listos para otra, o casi todos lo están. Y el joven Chiddingley está ansioso por convertirse en apóstol, y para eso necesitamos una chica.

–Existe otra posibilidad –señaló la señora Phear mirando por la ventana–. ¿Por qué no usamos a la misma muchacha? Sólo la vio el señor Archdale.

–¿No habíamos decidido que cuanto menos supieran las chicas, mejor? Si las usamos más de una vez...

–En general, es lo mejor, pero en este caso creo que merece la pena hacer una excepción. Esta moza parece una mocosa discreta. Anoche manejó muy bien al señor Archdale.

–¿Cómo me dijo que se llamaba?

–Molly Price. No es muy guapa, lo sé, pero lo suficiente como para representar el papel.

–Una flor en espera de ser cogida –comentó Whichcote, irónico.

–Piense en la conveniencia de todo ello. Siempre es un problema y un riesgo reclutar a una chica nueva. Además, lleva su tiempo. Pero si Price repite, en el hospicio siempre puedo decir que albergo esperanzas sobre una señora que busca una nueva criada.

–¿No es más peligroso? Si la chica hablara...

–Déjelo en mis manos, yo respondo por su discreción. Además, nadie la creería si dijera algo –comentó la señora Phear antes de agregar con aspereza–: Entrégueme el dinero, se lo ruego. No me gusta

que la tentación se cruce en el camino de mis criados.

Whichcote empujó las monedas de la repisa sobre la palma izquierda y se las entregó.

–Muy bien. Hablaré con los apóstoles y le comunicaré una fecha en uno o dos días.

–Cuanto antes, mejor.

–Con esto resolvemos un problema, señora, pero seguimos teniendo otro que no será tan fácil de solucionar. Esta tarde he visto a Harry Archdale y me ha informado de que Frank ya no está al cuidado del Dr. Jermyn.

–¿Cómo? ¿Se ha curado?

–Supongo que sí.

–Eso o lady Anne ha preferido ponerlo al cuidado de otro médico o trasladarlo a su casa de Londres.

–Todo lo que sé es que Frank ha dejado Barnwell. Holdsworth, el enviado de su señoría que estaba alojado en Jerusalem, es quien se ha ocupado de todo. Él también se ha marchado. Según Archdale, Mulgrave está con ellos.

–¿El sirviente del colegio?

–Es un gyp, así que sólo se debe lealtad a sí mismo, pero por desgracia es un tipo astuto y sabe muy bien lo que hace.

La señora Phear se acarició sus pequeñas manos carnosas y las observó con expresión preocupada, como si fueran unos animalillos desvalidos que precisaran sus cuidados.

–Habrá que esperar a ver lo que sucede. Por muy recuperado que esté el señor Oldershaw, eso no significa que alguien lo crea. Un hombre que ha perdido el juicio no es un testigo fiable. Además, es su palabra contra la de usted y él debe saber que usted también puede lanzar acusaciones. No importa cómo se mire, su posición no es nada favorable –resumió con una sonrisa–. De todos modos, no puedo evitar pensar que su madre ha actuado con imprudencia al permitir que abandonase el establecimiento del Dr. Jermyn. A un joven cuya cordura se ha debilitado de tal modo puede sucederle cualquier cosa. Podría acabar quitándose la vida de propia mano tras acabar primero con la de todos los que lo rodean.

Whichcote suspiró. Cruzó la habitación hasta la ventana y permaneció de pie junto a la silla de la señora Phear. Estaban tan juntos y la estancia era tan silenciosa que podían oír la respiración del otro. No se miraron. Tenían la mirada clavada en el cielo y vieron la oscuridad cernerse poco a poco por encima del peral.

CAPÍTULO 25

En Whitebeach Mill el tiempo discurría como el agua del río. Un día seguía al otro como una masa informe. Hacía calor. Los días soleados se sucedían casi ininterrumpidos y llenaban el aire de bochorno.Después de la primera noche Frank Oldershaw pasaba buena parte del tiempo durmiendo, al igual que el resto. Era como si todos estuvieran convalecientes de una larga fiebre consuntiva y que el único remedio fuera el tiempo y el descanso. La criatura más vivaz de la casa era el gato anaranjado, lo que no era decir mucho.

Habían llegado al molino la tarde del miércoles 31 de mayo. Tras el primer día, Frank se había tranquilizado. Aunque el agua seguía estando muy fría, nadaba mucho, cruzando la represa de un lado a otro con largas y armónicas brazadas. «Cuac, cuac», exclamaba a veces, pero por lo demás no mostraba indicio alguno de perturbación mental mientras nadaba. Al principio Holdsworth intentó disuadirlo de meterse en el agua por miedo a que sufriera un percance, pero podría haberse ahorrado la saliva, pues Frank hizo caso omiso. Poco había que Holdsworth pudiera hacer para detenerlo salvo reducirlo a la fuerza.

Frank se negaba a hablar sobre su locura o el fantasma y se enfurecía cada vez que Holdsworth mencionaba a lady Anne. Por lo demás, hacía lo que se le decía, más o menos. No trataba a Holdsworth ni a Mulgrave con consideración, pero tampoco les exigía nada irrazonable. Si se tenía en cuenta el abismo social que los separaba, su conducta podía considerarse casi condescendiente.

Mulgrave había traído una valija con pertenencias de Frank recogidas de sus habitaciones en Jerusalem, entre las que se encontraba un ajedrez, un backgammon y unas damas. Holdsworth le proponía jugar una partida casi cada noche. Cuando jugaban al ajedrez, Frank ganaba de forma invariable. Su capacidad de razonamiento no estaba afectada. Tampoco se le daban mal las damas, pero tenía menos éxito con el backgammon, donde el factor suerte lo hacía precipitarse.

A veces Holdsworth leía en voz alta. Había traído consigo los Pensamientos nocturnos de Young y encontrado un volumen deteriorado de El progreso del peregrino en su dormitorio, donde el suelo desnivelado lo había destinado a calzar la mesa. No eran lecturas especialmente alegres, pero parecían tener un efecto calmante sobre Frank, que solía quedarse dormido escuchando a Holdsworth.

Mulgrave intentaba pasar desapercibido siempre que podía. Vivía, trabajaba y dormía en la cocina. Lo observaba todo y decía lo menos

posible.

En la tarde del lunes 5 de junio se acercó a Holdsworth para murmurarle que se estaban quedando sin provisiones. Podía conseguir pan, cerveza, leche, huevos y algunas hortalizas de la granja, pero necesitaba ir más lejos para cualquier otra cosa.

–Ve a Cambridge mañana después del desayuno –decidió Holdsworth–. Quiero que lleves una carta al Dr. Carbury, y allí podrás comprar todo lo que necesites.

–Es una larga caminata, señor, y además tendré que cargar con peso a la vuelta. El señor Oldershaw dijo que quería vino y necesitamos carbón para el fuego de la cocina.

–Acércate a la granja por la mañana a ver qué puede hacerse –respondió Holdsworth–. En caso necesario, un recadero puede traer las cosas más pesadas y dejarlas con el señor Smedley, pero en cualquier caso tú debes volver enseguida y mantener la boca cerrada, ¿entiendes? No debes decir dónde estás ni con quién. Sólo puedes hablar abiertamente con el Dr. Carbury y su señora.

–Sí, señor.

Holdsworth tenía un mal presentimiento. No es que desconfiara de Mulgrave, aunque tampoco confiaba en él, pero el hecho de que abandonara el molino, aunque sólo fuera por unas pocas horas, destruía el espejismo de que los tres hombres se encontraban aislados del mundo exterior y sus malignas influencias.

Esa noche durmió mal. El jergón tenía bultos y la cama empotrada era como un ataúd. Tenía mucho calor, pero cuando se quitaba la colcha, pasaba frío. Mientras tanto, iba entrando y saliendo de sueños que seguían una lógica que no lograba captar; los temas parecían inconexos entre sí. Una vez creyó que estaba de nuevo en Bankside y que Georgie se había despertado por la noche llorando porque el barquero ahogado de Goat Stairs había venido a arrastrarlo consigo hasta el fondo fangoso del río.

Después soñó que estaba junto a los escalones de Goat Stairs mirando el agua, pero no veía la cara de Georgie, sino la de Maria. Podía ver con bastante claridad el morado de la sien, del color de una ciruela y del tamaño de un penique.

¿Pero quién estaba en el fondo? ¿Era Maria o Sylvia Whichcote?

–¡Despierte! ¡Despierte!

Holdsworth se sintió repentina y dolorosamente despierto. Se esforzaba por respirar como si fuera él quien se estuviera ahogando. Se incorporó de golpe en la cama. La media luz grisácea que precedía al amanecer inundaba la habitación.

Frank tenía agarrado el brazo izquierdo de Holdsworth y lo sacudía con fuerza.

–¡Por Dios Santo! ¿Qué le sucede? –preguntó como cualquier joven

caballero en perfecto estado de salud que regaña a un pobre sirviente. Dio un paso atrás y miró a Holdsworth con furia–. Nos ha despertado a todos con ese maldito ruido.

Holdsworth pestañeó y se frotó los ojos. Mulgrave estaba al pie de la estrecha escalera mirando la habitación de soslayo. Tanto él como Frank llevaban puestas las camisas de dormir y nada más.

–¿Qué demonios le sucede? –preguntó Frank–. ¿Por qué grita?

–Discúlpeme... ha sido un sueño. No es nada.

Era el viejo sueño de siempre. No había nada que pudiera hacer para detenerlo. Ni ahora ni nunca.

* * *

El lunes por la tarde Elinor oyó el caminar familiar de unos pasos pesados en la escalera. El Dr. Carbury entró en el salón, la saludó y se sentó. Sacó un pañuelo y se limpió la frente de sudor.

–Ha llegado temprano, señor –comentó Elinor–. ¿Quiere que toque la campanilla para que traigan el té?

Su esposo hizo un gesto negativo con la voluminosa cabeza. No podía hacer mucho que se había acabado la cena del refectorio, calculó Elinor. Por norma general su esposo remoloneaba al menos una hora en torno al vino y los licores de sobremesa tras la cena.

Carbury se palpó los bolsillos uno a uno en busca de la cajita de rapé.

–Si Miskin se marcha, estoy pensando en reservar la plaza de Rosington para Soresby –soltó sin más como si llevaran largo rato hablando del tema.

Encontró la cajita, dio unos golpecitos en la tapa, la abrió y tomó un pellizco de rapé. Elinor aguardó con el estómago encogido sabiendo lo que iba a suceder, pero no cuándo. Por fin el Dr. Carbury estornudó con gran estruendo y roció su regazo de hebras de rapé. Se sonó la nariz y guardó silencio mientras se abanicaba en vano con la mano y se retorcía en el sillón.

–Pensaba que el señor Soresby no se había licenciado todavía.

–Se licenciará en enero. Es un hombre muy capacitado. Seguro que ocupará una posición prominente en la lista y los estatutos me permiten reservarle la plaza durante tanto tiempo como yo desee. Hace tiempo que le estoy dando vueltas al asunto en la cabeza.

–Seguro que la decisión complacerá al señor Richardson, dado que el señor Soresby es uno de sus discípulos, ¿no?

–Me importa un comino si complace o no a Richardson –espetó Carbury, vehemente y entrecortada–. La cuestión es hacer aquello que sea mejor para el colegio y recompensar los méritos individuales. Eso es de todo de lo que se trata, señora.

Elinor no respondió. Su esposo estaba muy alterado y sabía que algo tenía que haber pasado para que hubiera cambiado de opinión de forma tan extraordinaria. Soresby pertenecía al bando de Richardson y, dentro de un orden normal de las cosas, Carbury no podía esperar nada a cambio de su patrocinio. Salvo, claro está, que Soresby hubiera mudado su lealtad.

El Dr. Carbury tomó otro pellizco de rapé y varias hebras cayeron sobre el chaleco. Volvió a estornudar y los dos guardaron un silencio absoluto, Carbury con los ojos cerrados. Elinor contempló a su esposo y pensó en lo feo que era, pero se dijo a sí misma que debía sentirse agradecida porque a él le debía casi todo aquello que hacía que su vida fuera llevadera, incluido el techo sobre su cabeza.

–Señora Carbury, hay algo más que debo decirle.

Elinor sintió una punzada de culpabilidad. Era como si pudiera leerle la mente, sus pensamientos acerca de él, incluso sus pensamientos acerca del señor Holdsworth.

–Hace tiempo que quería comentárselo, pero nunca encontraba el momento adecuado. –Tenía los ojos abiertos, llorosos por el rapé, y la miraba fijamente–. Quizá nunca sea un momento adecuado. Ya sabe que llevo un tiempo preocupado por mi salud.

–Y yo también, señor.

–Por supuesto, y se lo agradezco mucho. Hace tiempo que tengo molestias en el estómago –dijo mientras se enjugaba las lágrimas con el pañuelo–, eso que llaman el mal inglés.

–¿No cree que el remedio puede estar en parte en sus manos, señor? Si cambiara de dieta y no se entretuviera tanto con el vino, estoy convencida de que su salud se beneficiaría enseguida. Durante las vacaciones quizá pueda plantearse ir a un balneario. He oído que las aguas de Scarborough son muy saludables.

Carbury levantó la mano para silenciar su torrente de palabras. Elinor guardó silencio, pero se sentía inexplicablemente inquieta, casi al borde del pánico.

–Es usted muy bondadosa, señora, pero estos remedios no funcionarán. No sé si sabrá que el Dr. Jermyn vino a verme la pasada semana.

–¿Acerca de Frank?

–Sí, estaba enojado y no le culpo por ello, pero no es ningún tonto y tampoco es dado a guardar rencores, al menos durante mucho tiempo. Mientras estuvo aquí le pregunté si podía hacerle una consulta acerca de mi caso.

–¿Su caso, señor? Pero seguro que usted no necesita a un... un hombre como él.

–¿Quiere decir los servicios de alguien que se gana la vida con pacientes con trastornos maniáticos? –sonrió Carbury, incómodo, casi

tímido–. No, no he llegado a ese punto, pero el Dr. Jermyn es considerado casi una eminencia en otras áreas de su profesión. De hecho, creo que está bien cualificado para tratar a cualquier tipo de paciente.

–Entonces, ¿por qué le consultó, señor?

–Porque buscaba una segunda opinión. El doctor Milton ya me había examinado y diagnosticado con bastante precisión, creo yo, pero el viejo Milton es de la vieja escuela y me temo que no está al día de los descubrimientos más recientes.

–No me había dicho nada de todo esto.

–No deseaba alarmarla innecesariamente, pero ahora el Dr. Jermyn ha confirmado el diagnóstico original y ha llegado el momento de decírselo.

Elinor se levantó y se acercó a su silla.

–¿De qué se trata, señor?

–Me temo que tengo un tumor aquí –declaró palpándose el abdomen con ambas manos.

–Pero seguro que un cirujano podría extirparlo, ¿no?

Carbury negó con la cabeza.

–Es imposible extraerlo debido a su ubicación. Por lo que me han dicho, está en una fase avanzada y el Dr. Jermyn cree que puede haber otros tumores parecidos en otros lugares.

–Otra opinión podría afirmar lo contrario, señor –arguyó Elinor, asustada–. Es usted todavía un hombre relativamente joven. Seguro que...

–No, querida, no –El Dr. Carbury no solía dirigirse a ella en términos cariñosos, ni siquiera tan suaves como ése, lo cual parecía corroborar las terribles noticias que traía–. Me temo que no hay resquicio alguno de duda. El Dr. Jermyn quiso ver mis heces y lo llevé al retrete, donde había guardado una muestra. Según él, los indicios no tienen ninguna otra interpretación.

A Elinor se le llenaron los ojos de lágrimas. Había visto a ambos hombres dirigirse al excusado desde la ventana del salón donde se hallaba en ese instante. Intentó hablar, pero no logró ordenar bien las palabras. Lo intentó de nuevo.

–¿Cuánto tiempo dicen que le queda?

–No demasiado. Ninguno de los dos me lo ha podido precisar con exactitud. Pueden ser unas semanas o unos meses. –La miró y le dedicó una cariñosa sonrisa que no permitía dudar sobre la autenticidad del afecto. No tiene por qué sentirse tan afligida, querida. Vivo pendiente de una sentencia de muerte y no sé cuándo se ejecutará, pero ¿en tanto difiero del resto de la humanidad? Todos sabemos que debemos morir, pero nadie sabe cuándo, salvo el condenado a la horca, pero yo espero escapar a ese destino –bromeó

con una amplia sonrisa.

–¿Qué puedo hacer? ¿En qué puedo ayudarlo?

–En nada, gracias, al menos no de momento. Pero supongo que debe sentirse angustiada por su futuro. Todavía es una mujer joven. Yo proveeré por usted lo mejor que pueda, pero no soy un hombre rico. Cuando me vaya, la casa y mis ingresos se irán conmigo, pero haré lo que pueda.

Quejumbroso, Carbury se acercó al borde del sillón, se agarró a los brazos y se levantó.

–Me siento un poco fatigado. Buenas noches tenga usted, señora mía.

Se marchó arrastrando los pies y cerró la puerta tras de sí. Elinor oyó sus pasos en el rellano mientras avanzaba de forma lenta y dolorosa hacia su dormitorio. En ese momento fue consciente de que no hacía semanas, sino meses, que los signos de la enfermedad eran evidentes. El Dr. Carbury no había enfermado de repente: se había estado muriendo ante sus ojos, pero ella no se había dado cuenta.

Volvió a sentarse en el sillón junto a la ventana con las lágrimas rodándole por las mejillas. Lloraba por su esposo, porque le apenaba su pérdida pese a no haberlo querido nunca. Lloraba por lo que la vida de viuda le depararía. Lloraba porque la asustaba terriblemente volver a ser pobre.

Finalmente lloró porque se sentía culpable, porque a una parte de ella le alegraba saber que pronto sería viuda.

CAPÍTULO 26

¿Por qué gritaba? –preguntó Frank Oldershaw. Holdsworth levantó la vista del libro.

–¿Qué? –¿Por qué gritaba? Me refiero a cuando nos despertó al amanecer.

–Ya se lo he dicho... un sueño estúpido. No lo recuerdo.

Frank se inclinó hacia delante en su sillón.

–Algo debe de recordar. Siempre se recuerda algo.

Estaban sentados en el jardín en unos sillones del salón que habían sacado fuera. El pesado tejado voladizo de paja absorbía el aire de la casa y el ambiente en su interior era sofocante.

El gato deambuló entre la hierba alta y la maleza hasta llegar a Frank. Se apoyó en él y ronroneó con la cola ondeando por encima de la cabeza como una bandera.

–Cuac –saludó Frank, cordial–. Cuac –repitió y, al alzar la vista, descubrió que Holdsworth lo estaba mirando–. Cuac –reiteró una tercera vez–. Me gustaría que me contara su sueño.

–No puedo contarle lo que no sé.

–Cuac –replicó Frank–. Hace un calor terrible. Me voy al agua –declaró, y señaló el sauce llorón junto al río más allá de la balsa del molino–. Allí hay una batea con la que puedo navegar. Si lo desea, puede venir conmigo para asegurarse de que no me pasa nada.

Sin esperar respuesta, se levantó y cruzó el jardín hacia el agua. El gato miró a Holdsworth de reojo y se marchó; éste masculló una maldición. Frank ya no era tan dócil como al principio, cuando el tratamiento de Barnwell lo había reducido a un cruce entre un niño y un vegetal. Ahora se mostraba asertivo y más capaz de mantener una conversación racional. A veces volvía a las andadas y graznaba como un pato o decía tonterías, o bien se apoderaba de él una tremenda tristeza, o conversaba con el gato como si fuera un igual, pero estos episodios eran cada vez menos frecuentes.

Poco a poco empezaba a revelarse la verdadera personalidad del joven, que gozaba de un físico vigoroso. Por naturaleza y crianza estaba acostumbrado a dar órdenes y a ser obedecido con la convicción de que se trataba de un designio divino. No había que olvidar que Frank Oldershaw era un caballero y John Holdsworth no. En lo que a Frank Oldershaw concernía, el orden natural de las cosas dictaba que era él quien daba las órdenes

Cuando Holdsworth llegó al sauce se encontró a Frank estudiando la batea. Era más pesada y rudimentaria de las que Holdsworth había

visto por el río en Cambridge. No era más que un cajón rectangular construido a base de tablones sin desbastar. A ojos de Holdsworth, la embarcación era tan estanca como un colador.

–Enseguida estaremos en el agua –afirmó Frank–. Usted tome este lado y yo tomaré este otro. Primero la pondremos de lado para volcarla y que escurra el agua. Después la deslizaremos en el río.

–Pero no tiene ninguna pértiga.

–Para eso están estas ramas. –Frank señaló con la cabeza dos palos embarrados que estaban apoyados contra el tronco del árbol–. ¿Me echa una mano?

Reticente, Holdsworth obedeció. Volcaron la embarcación sobre un lado, vaciaron casi toda el agua y pusieron de nuevo el casco en el suelo. A continuación la maniobraron lentamente hasta la orilla fangosa y la deslizaron en el río, donde se balanceaba de forma alarmante. El gato los observaba a una distancia segura.

–Está entrando agua –apuntó Holdsworth–. Tiene fugas, no es seguro subirse.

–Pamplinas. Un bote viejo siempre tiene fugas. No tiene nada que temer. Quizá se moje un poco los pies, pero estas bañeras nunca se hunden. Es cuestión de sacarse los zapatos y las medias, y listos.

Por un momento Holdsworth estuvo tentado de imponer su autoridad e insistir en que permanecieran en tierra firme, pero se reprimió. Por un lado, no estaba convencido de que Frank Oldershaw lo obedeciera, pero había otro motivo: a pesar de su terquedad, Frank se estaba comportando de un modo totalmente racional, o al menos todo lo racional que cabía esperar de un joven de su edad y posición. En otras palabras, estaba mejorando y eso era algo que debía alentarse. Por otro lado, Holdsworth se avergonzaba del miedo atroz que le infundía el agua. ¿Cómo podía vencer los demonios de otro si no derrotaba antes los propios?

Frank arrojó las ramas a bordo y subió a la batea a la vez que se agarraba a una de las raíces del sauce para mantenerla en la orilla.

–Entre, señor mío –ordenó–. Siéntese en el otro lado.

Desde las muertes por ahogamiento de su esposa e hijo, Holdsworth había evitado cualquier embarcación, incluso las que cruzaban el Támesis de forma constante. Subió a bordo y la barca se movió bajo su peso. Sintió que el estómago le daba un vuelco. Frank agarró una de las ramas y empujó con fuerza. La batea se adentró en el río. Al cabo de un instante la orilla estaba fuera de su alcance.

–Está usted más blanco que un fantasma –observó Frank al tiempo que señalaba a tierra con la pértiga improvisada–. Mire, allí está Minino mirándonos. Cuac.

El gato anaranjado los observaba con aire grave.

–No se mueva y pronto se recobrará –le aconsejó Frank–. Tenía la

impresión de que era usted un tipo firme, que nada en este mundo podía alterarlo.

Holdsworth se agarró con fuerza a la borda hasta que la madera le rasgó la piel. Sintió un dolor terrible en el pecho y se obligó a respirar.

–No es de extrañar, señor, no sé nadar.

–Eso tiene rápido arreglo. Yo le enseñaré.

Frank soltó la pértiga y se puso en pie. La barca cabeceó y balanceó.

–Le ruego que se siente, señor Oldershaw. Tenga cuidado, el movimiento hará que acabemos volcando.

La barca se balanceaba con fuerza. Frank Oldershaw se rio y, de pronto, hubo un gran revuelo, un chapuzón y una lluvia de espuma. Una ola inundó el bote entrando por una borda y a Holdsworth se le empapó el calzón. Gritó, era un aullido inarticulado, tanto una protesta como una súplica, que emergía del miedo.

Frank flotaba en el agua, sus blancos brazos espectrales moviéndose de un lado a otro bajo la superficie.

–Es muy refrescante. Ya verá lo sencillo que es. Nuestro cuerpo es como la vejiga de un cerdo llena de aire, por eso flotamos.

Nadó hasta la borda y se agarró con ambas manos.

–Si salta por un lado y se agarra así, verá que está perfectamente a salvo. Al cabo de un instante se acostumbrará a la sensación del cuerpo en movimiento en el agua. Le aseguro que es una delicia, aunque la notará un poco fría al principio. El cuerpo se vuelve muy ligero. Estoy convencido de que los ángeles deben desplazarse así por el aire.

Maria, pensó Holdsworth. Georgie. Ambos ahogados en Goat Stairs. Miró la cara sonriente de Frank Oldershaw y vio sus rostros detrás del suyo: semblantes pálidos, mojados, encerados por la muerte.

–Lléveme de vuelta –susurró–. Se lo ruego, señor, lléveme a la orilla.

Frank sacudió el lado de la barca e hizo que se balanceara.

–Con dos condiciones.

–¿Cuáles?

–Primero, que me permitirá enseñarlo a nadar mientras estemos en el molino. No hace falta que sea ahora mismo, si no lo desea, pero más tarde, cuando se haya acostumbrado a la idea y esté más cerca de la orilla, donde pueda tocar el fondo con los pies.

–Lléveme de vuelta.

–Prométamelo.

–No.

–Y la segunda condición es que me tiene que explicar por qué nos despertó esta mañana.

–No lo sé. –La batea volvió a cabecear–. Por el amor de Dios, señor Oldershaw...

–Claro que lo sabe. Uno siempre se acuerda de las pesadillas.

Sí, pensó Holdsworth, el chico tenía razón.

Frank se rio de él, pero sin maldad.

–Vamos, señor. Interpretaré su silencio como consentimiento. Me lo explicará después. Mire, ya estamos casi en tierra firme.

Holdsworth volvió la cabeza. Durante los últimos minutos su congoja y sus miedos lo habían mantenido atrapado en una pequeña burbuja formada por la pequeña embarcación, Frank y el curso de agua que los rodeaba. No se había dado cuenta de que durante todo ese tiempo la corriente los había arrastrado de forma imperceptible río abajo y que habían entrado en un meandro poco profundo que apenas se encontraba a unos metros de la orilla.

Frank se incorporó. El agua a duras penas le cubría la cintura. Empujó la barca hacia la orilla. Holdsworth sacó las manos para agarrarse a lo que fuera. Cogió un manojo de hierba, pero se le escapó. Se tiró por la borda y cayó de bruces en el suelo. El prado a su alrededor estaba cubierto de cardos y boñigas. Unas pocas vacas que se habían refugiado bajo las ramas de un roble en una esquina del prado volvieron la cabeza una a una para mirarlo. Se quedó tumbado, temblando, mojado y jadeante; apretó la mejilla contra el suelo duro y seco.

Frank llegó a la orilla y se sentó. Estaba manchado de barro. Se apartó el pelo mojado de la cara y se volvió hacia Holdsworth.

–Le pido disculpas, señor. No debería haber bromeado así. Ha sido muy desagradable por mi parte.

Holdsworth se sentó e intentó controlar su respiración acelerada a fuerza de voluntad. Si se tenían en cuenta las circunstancias, era una disculpa inesperada y generosa. Además, era un acto muy racional. No por vez primera, Holdsworth se preguntó cuál era la naturaleza exacta de la demencia de Frank Oldershaw.

–Usted no podía saberlo –respondió con un hilo de voz.

–¿Qué es lo que no podía saber?

Holdsworth se encogió de hombros.

–Que... que siento una profunda y arraigada aversión al agua.

–Supongo que se trata de algo más que eso.

Ninguno de los dos habló durante un instante. Holdsworth pensó que era muy extraño estar sentado con el nieto de un conde en un prado de vacas al lado de un río fangoso. Su vida parecía carecer de todo sentido. Era como si el universo, con todas sus leyes y todos sus mecanismos de regulación, se hubiera vuelto loco.

–No sabe nadar –comentó Frank con suavidad–, pero ése no es motivo para temer el agua. Debe de haber una causa concreta.

Holdsworth pensó que la locura del mundo se había recompuesto y convertido en el nuevo orden racional. Hasta se le antojaba natural explicar sus penas y terrores nocturnos precisamente al joven demente al que él debía ayudar. Después de todo, ¿quién mejor que los afligidos por la pena para socorrer a los apesadumbrados? ¿Quién mejor que un lunático podía entender las locuras de un demente?

–Durante muchos años viví junto al Támesis. El agua no me asustaba en lo más mínimo y a menudo cruzaba el río. Pero entonces mi hijo se ahogó, a muy corta edad y, poco después, mi esposa. Por eso me asusta el agua. Por eso tengo pesadillas.

–No soy yo el único que ve fantasmas.

Holdsworth giró la cabeza y miró a Frank a los ojos.

–He aceptado su segunda condición y también aceptaré la primera. ¿Me enseñará a nadar?

CAPÍTULO 27

Confío en que se quedará a comer, ¿verdad? –preguntó el señor Richardson–. Hacía mucho que no lo veíamos por aquí. Whichcote hizo una reverencia y respondió que nada le reportaría mayor placer. Se había encontrado con Richardson en Chapel Court. Había ordenado a Augustus que intentara averiguar todo lo que pudiera sobre el paradero de Frank. Él no podía hacer nada hasta que supiera algo más, pero nunca se sabía lo que podía comentarse en la sala común o en la mesa presidencial del refectorio, las migajas de información que podía recopilar aquí y allá. Carbury debía de saber dónde se hallaba Frank, y lo más probable es que Richardson también, y quizás otros lo sabían o se lo figuraban. Por otro lado, Whichcote tenía hambre, y su cocinera iba descuidando cada vez más sus obligaciones a medida que se acercaba la fecha de su partida.

Todavía faltaban veinte minutos para la comida y Richardson le propuso dar un paseo para abrir el apetito. Cruzaron la arcada de la capilla, entraron en los jardines y pasaron por debajo de la sombra del plátano oriental. Whichcote sonrió para demostrar que no le molestaba estar en un punto de la Laguna Larga tan próximo al lugar donde había sido hallado el cadáver de su mujer y donde supuestamente se había aparecido su fantasma. De todos modos, pensó que era de una mala educación tremenda por parte de Richardson haberle sugerido pasear por allí. Mediante una observación constante y cuidadosa, Richardson había adquirido las maneras de un caballero, pero en opinión de Whichcote se trataba de una mera imitación superficial.

Cruzaron la verja del Jardín de los Licenciados y caminaron junto a la laguna.

–Estuve aquí con Harry Archdale el otro día –comentó Whichcote–. ¿Lo ha visto últimamente? Espero que se encuentre bien.

–Estuvo bastante delicado de salud después de la última reunión del club –explicó Richardson–, pero me complace decir que se ha recuperado por completo. Además se ha aplicado a los estudios con ahínco inusitado. Sir Charles desea que participe este año en el concurso de la medalla Vauden y está esforzándose de veras. El señor Soresby, una de nuestras jóvenes promesas, está estudiando con él.

–¿Y el pobre Frank Oldershaw? ¿Hay alguna novedad sobre él?

–Ninguna que yo sepa.

–Harry me dijo que ya no estaba con el Dr. Jermyn.

–Sí, algo he oído.

–Me pregunto adónde lo habrán llevado.

–Es muy extraño, pero no tengo ni idea.

Cuando tocaron la campana de la comida Richardson y Whichcote regresaron a Chapel Court y entraron en la sala común, donde ya se habían reunido diez o doce miembros de la junta. Cuando cesaron las campanadas, entró el rector. A Whichcote le sorprendió el aspecto demacrado de Carbury, que seguía siendo un hombre grande y orondo, pero daba la impresión de que su peso se había redistribuido y que el entramado interior que sostenía su cuerpo había perdido rigidez. No obstante, estaba de buen humor y saludó a los comensales con una amabilidad desacostumbrada.

Entraron en el refectorio, donde ya estaban reunidos los estudiantes a la espera de que el rector y el profesorado tomaran asiento. Cuando Carbury y el resto de la comitiva de la mesa presidencial estuvo de pie junto a sus sillas, se hizo un silencio. Carbury miró al profesor en el atril a modo de señal de que debía bendecir la mesa.

El silencio se había hecho de forma súbita y casi completa. Un joven en el extremo del refectorio seguía hablando a uno de los sirvientes de la despensa en voz alta y emocionada:

–Y una jarra de dos litros de cerveza de la buena, ¿me oyes? Y...

Whichcote, que estaba situado casi enfrente de Carbury, miró al rector, quien había vuelto la cabeza en la dirección del ruido y se sonreía.

El profesor bendijo la mesa y todos se sentaron.

–El señor Soresby está muy animado hoy –comentó el señor Dow.

–Y ha pedido nada menos que cerveza de la buena, debe de haberle caído algún dinero –añadió el señor Dow.

–Señores, creo que puedo ayudarlos a resolver el misterio –interrumpió Carbury–. El señor Soresby ha recibido buenas noticias.

El ambiente de la mesa cambió. Whichcote lo percibió, pero no entendió el motivo.

Con la copa en la mano, el rector se inclinó hacia los dos miembros más jóvenes.

–Sabrán ustedes que el señor Miskin dejará vacante la plaza de Rosington en Navidad. Pues bien, he decidido reservarla para el señor Soresby con la condición de que los resultados de sus exámenes justifiquen mis expectativas. Como le he comunicado hoy la decisión, sospecho que eso puede tener algo que ver con el hecho de que haya pedido cerveza de la buena.

Carbury había hablado lo bastante alto como para que sus palabras fueran oídas por todos en la mesa presidencial. Se produjo una oleada de sorpresa.

Richardson dejó el cuchillo sobre la mesa.

–¿No es algo poco ortodoxo, rector? Tal y como dice usted, el

señor Soresby no se ha licenciado todavía.

–Soy muy consciente de ello, señor, pero si se toma la molestia de consultar las condiciones de la plaza, descubrirá que no sólo es potestad del rector concederla, sino que éste tiene el privilegio de reservarla sine die si lo considera oportuno.

–No dudo que tenga usted razón –respondió Richardson mientras se limpiaba la boca con la servilleta–. Y es muy gratificante para mí que uno de mis pupilos haya sido seleccionado para un puesto tan distinguido. No obstante, reconocerá usted que se trata de algo poco habitual designar a un estudiante, incluso si se trata de uno con un futuro tan prometedor como el señor Soresby.

–En lo que a eso respecta, para cuando el señor Miskin abandone la plaza el señor Soresby estará a punto de realizar los exámenes de licenciatura, y no tengo duda alguna que ocupará un puesto muy alto en la lista de aprobados –sonrió Carbury, lo cual no era una visión agradable–. Estará de acuerdo conmigo, señor, que en estos asuntos la única consideración debe ser el mérito del candidato. Muchos grandes académicos de esta universidad son de origen humilde como el señor Soresby. Estoy seguro de que, con el aliento necesario, llegará muy lejos y que este colegio se beneficiará enormemente de su presencia.

Carbury apuró la copa de un trago como si brindara por lo propio y acertado de sus sentimientos. Richardson murmuró para sí que las palabras del rector eran ciertas, muy ciertas. La conversación alrededor de la mesa tomó un cariz general, pero Richardson habló poco y apenas probó bocado.

Una vez terminada la comida, Whichcote no se entretuvo demasiado en la sala común. Encontró a Augustus esperándolo en la arcada junto a la capilla. Abandonaron el colegio sin hablar, el lacayo caminando varios pasos por detrás de su amo, pero al llegar a Christ's College, Whichcote ordenó al muchacho que se acercara.

–¿Qué has descubierto?

–He estado haciendo pesquisas en la cuadra de pupilaje, señor. Ben pasará a buscar el faetón con el poni enganchado mañana a las diez de la mañana.

–¿Adónde tiene previsto ir?

–No lo sé, señor. No lo ha dicho, pero el señor Mulgrave ha venido hoy a pie de algún sitio. Ahora ya se ha marchado, pero dicen que pasó por la casa del rector.

Whichcote se frotó la mejilla. Mulgrave no podía ir muy lejos con su cojera. El faetón debía de ser para la señora Carbury, seguramente con un hombre que la condujera. Un transporte tan ligero no soportaría el peso del rector. Además, nadie alquilaría un faetón con un poni para un viaje largo.

Clavó la mirada en el rostro delgado y sucio del lacayo.

–Mañana irás a la cuadra y esperarás hasta que se vayan, entonces deberás seguirlos.

–Pero irán más rápido que...

–Pues tendrás que correr –replicó Whichcote–. No es más que un poni tirando de un faetón, así que no puede ir mucho más rápido que un hombre al paso. Quiero saber quién va en él, adónde van y a quién van a visitar, pero no deben descubrirte o si no te azotaré hasta dejarte en carne viva.

* * *

Debieron de andar entre quince y veinte kilómetros en esa larga tarde de junio por caminos rurales que resplandecían de polvo y lindes de granjas embarrados, incluso con un clima tan seco y caluroso. Caminaron por los elevados terraplenes verdes de acequias, drenajes y presas, que los ingenieros holandeses habían hecho todo lo posible por construir como trazados a escuadra y cartabón. Chapotearon por marismas donde los altos juncos se alzaban por encima de las aguas malolientes a causa de las pútridas plantas muertas, y perturbaron la paz de innumerables aves acuáticas.

–Ojalá tuviera un rifle –comentó Frank varias veces–. Haríamos una buena cacería.

Se toparon con poca gente y casi todos caminaban en solitario, hombres encorvados, como salidos del fango, que parecían formar parte del húmedo paisaje al igual que los juncos y el agua salobre.

–¡Ja! –exclamó Frank después de encontrarse con alguien–. Me apuesto lo que sea a que piensa que somos padre e hijo.

Holdsworth no respondió. Georgie, pensó, mi querido hijo.

A pesar del calor caminaron rápido, sin apenas hablar. La combinación del paisaje llano y el aire claro hacía que Holdsworth se sintiera como una mera mota de polvo perdida en la inmensidad de los cielos. Frank, por el contrario, parecía disfrutarlo mucho. Hubo un momento en que, llegados a la cima de un terraplén bajo el que discurría un canal de drenaje, se paró un instante, levantó los brazos y empezó a girar sobre sí mismo para después mirar a Holdsworth y sonreír como un niño feliz. Sin mediar palabra, emprendió de nuevo la caminata al mismo ritmo veloz que antes.

Ya eran pasadas las siete cuando volvieron a tener Whitebeach a la vista. Al pasar por la granja del señor Smedley, los perros comenzaron a ladrar agitando las cadenas y corriendo hacia la verja, donde contemplaron a los extraños con sus salvajes ojos amarillos.

Alertado por los ladridos, Mulgrave vino a recibirlos en el patio del molino. Frank lo saludó sin más y entró en la casa, no sin antes decirle por encima del hombro que quería una palangana de agua caliente, cerveza, pan y queso.

Holdsworth aguardó fuera.

–Dime, ¿has conseguido todo lo que necesitabas?

–Sí, señor. He pasado mucho calor caminando hasta la ciudad, pero de regreso he vuelto casi todo el camino en el carro de una granja.

–¿Has pasado por Jerusalem?

–Sí, señor. La señora Carbury me ha dado esta carta para usted.

Se la sacó del bolsillo y se la entregó a Holdsworth.

–¿Has visto a algún conocido más?

–Sólo a los sirvientes del college, señor. Al señor Mepal en la residencia y a otros por el estilo.

–Espero que no les hayas explicado adónde ibas.

Mulgrave trató de adoptar el gesto de una persona ofendida.

–Por supuesto que no, señor.

Holdsworth despachó al sirviente y se sentó en el banco junto al abrevadero de los caballos. Olvidado ya el cansancio, dio vueltas a la carta en sus manos. La textura del papel y la visión de su nombre escrito con esa letra desconocida le producían un placer casi sensual. Rompió el lacre y abrió la carta.

Colegio Universitario Jerusalem, 6 de junio.

Estimado señor, su señoría me ordena que lo visite para ver cómo se encuentra el señor Oldershaw en su nuevo alojamiento. He organizado todos los preparativos para trasladarme allí mañana. Espero que le resulte conveniente recibirme a eso de las dos. Sincera y muy atentamente, E. Carbury.

La letra de la señora Carbury era como su rostro, pensó Holdsworth, demasiado decidido y prominente para ser considerado hermoso según el sentido tradicional y habitual de la palabra, pero sin duda llamativo. Leyó de nuevo la carta, pese a que no era necesario, como si quisiera asegurarse de que no había una última gota de significado que pudiera estrujarse de esas pocas palabras.

El gato cruzó el patio con paso liviano y trazó un ocho alrededor de los tobillos de Holdsworth, que sintió un escalofrío al contacto del cuerpo del animal y su intimidad natural. Pensó en la mano de Elinor Carbury en la verja del puente.

Tócame, pensó, tócame.

CAPÍTULO 28

Elinor oyó tras la puerta al Dr. Carbury arrastrando los pies embutidos en sus pantuflas. Al cabo de un rato entró con parsimonia en el salón, vestido todavía con camisa y gorro de dormir, apoyándose en un bastón. Sólo con mirarle a la cara supo que no había pasado buena noche. Se acercó a él de inmediato y lo guió hasta el sillón. Desde que le dio la noticia sobre su salud, había sentido emociones contrapuestas. No sabía qué debía o podía sentir. No le gustaba estar casada con él, pero era mejor que no estar casada con nadie y, sin él, no tendría adónde acudir, salvo a la generosidad incierta de lady Anne. Lo más extraño es que sentía lástima por él, incluso cierto respeto. A pesar de encontrarse en la mismísima antesala de la muerte, su esposo parecía sentir más irritación que terror por su estado.

Como si deseara quebrar a propósito cualquier simpatía que hubiera podido despertar, Carbury soltó una larga ventosidad con la naturalidad de un niño a solas en su cama.

–Esta mañana tiene previsto visitar el molino, ¿verdad? Dependo de usted para que estudie al señor Holdsworth muy de cerca. No sé si verá al señor Frank, quizás haya que reducirlo habitualmente y necesite estar encerrado bajo llave. Deberá permitir que el señor Holdsworth sea su guía en este asunto. –La miró con sus pequeños ojos oscuros, parcialmente ocultos por los pliegues de piel–. Creo que es un hombre de fiar. Al igual que nosotros, tiene motivos para desear que el señor Frank recobre la salud. ¿A qué hora la espera?

–A las dos.

–Vaya antes. A la una, quizá, o incluso antes. Tómelos por sorpresa y los verá tal cual son. Lady Anne desea recibir información exacta acerca de todo, y ésta es la manera de obtenerla.

–Muy bien. Como usted diga, señor.

–Me gustaría poder dar a su señoría todo lo que desea –puntualizó parsimonioso–. Tengo un favor especial que pedirle.

Hizo una pausa que llevó a Elinor a deducir que el favor tenía que ver con ella y lo que sería de ella cuando enviudara, pero interrumpió el hilo de sus pensamientos al percatarse de que su marido estaba temblando. Elinor se puso rígida en el sillón. Al Dr. Carbury le temblaban los labios y el gran barril que era su pecho se sacudía como si hubiera un pequeño objeto pesado botando en su interior. Abrió la boca para preguntarle lo que le sucedía y en ese instante se percató de que no era necesario: el Dr. Carbury se estaba riendo.

–Ojalá lo hubiera visto, mi querida señora Carbury... al señor

Richardson, quiero decir. Fue muy divertido. No sabía qué decir o qué hacer.

–¿Acerca de qué, señor?

–Acerca de la plaza de Rosington, claro está. Se lo dije en la comida, delante de todos. El pobre hombre casi se cae de la silla. –Carbury dobló las manos encima de su gran estómago–. Desea ser rector por encima de todas las cosas. Si su señoría usa su poder en contra de él, sería maravilloso. Y Soresby también puede resultar de utilidad porque, si ocupara la plaza, tendrá un voto en las elecciones.

Torció el gesto al sobrevenirle un espasmo de dolor que poco a poco fue remitiendo. Entonces le dedicó una sonrisa tan amplia que sus ojos desaparecieron por completo entre los pliegues de piel.

–Mi querida señora Carbury –repitió–. Tendría que haberle visto la cara, de verdad.

Elinor sonrió e inclinó la cabeza a modo de asentimiento, como debía hacer una buena esposa cuando su esposo la invita a compartir su gozo. Su marido moribundo estaba más preocupado por el destino de su enemigo que por el futuro de su mujer. A las puertas de la muerte, el odio era más poderoso que el amor.

* * *

El problema con el faetón era que sólo tenía un pescante que Elinor estaba obligada a compartir con Ben, un hombre grande y sudoroso cuyos muslos tendían a ocupar todo el asiento. Era difícil evitar el contacto con él, y era imposible no pensar en esos muslos blancos bombeando arriba y abajo en el lavadero. El pobre poni tiraba trabajosamente del faetón por la cuesta de Huntingdon Road. El vehículo era un pequeño carro de cuatro ruedas de estructura ligera y con los costados guarnecidos de cañizo. Elinor era perfectamente capaz de conducirlo ella sola, y de hecho era un vehículo diseñado para mujeres, pero el Dr. Carbury no le permitía hacerlo por las carreteras públicas.

Poco después de abandonar Cambridge dejaron la carretera principal y se adentraron en una red de caminos constreñidos por altos terraplenes y setos. A sus espaldas, una estela de remolinos de polvo blanco jalonaba su avance. La superficie sobre la que rodaban era cada vez más abrupta y el poni iba tropezando con los socavones del camino.

Tomaron una curva y, tras recorrer cuatrocientos metros, un puñado de tejados apareció ante su vista. Ben le informó de que eso era Whitebeach, y de que el molino estaba al otro lado. Al aproximarse, los perros ladraron en un coro frenético. La aldea era tan pequeña que ni siquiera merecía tener nombre. Dos o tres casas se

agrupaban alrededor de una taberna ruinosa. Detrás de ellas se encontraba la granja, el edificio de más entidad con un patio y graneros, y el hogar de casi todos los perros. Ben se enderezó y arreó un latigazo al poni. El animal, distraído, volvió a tropezar y el faetón se inclinó hacia el seto del lado de Elinor. El poni ralentizó el paso, cojeaba.

Ben masculló una maldición.

–Lo siento, señora, pero el animal ha perdido una herradura.

–No pasa nada si tenemos que caminar el último trecho. Solicitaremos la ayuda del señor Smedley.

Ben se bajó del carro y ayudó a su ama a descender de su asiento. Elinor caminó lo más rápido que pudo sin prestar atención al barro en los zapatos y el polvo en el dobladillo de la falda. Ben la seguía guiando al poni y el faetón. La granja se encontraba en el otro extremo de la aldea. Elinor oyó el tañido de un martillo golpeando el metal. Justo antes de llegar a la granja había una pequeña herrería de cuya chimenea salía humo. Quizá no fuera preciso molestar al señor Smedley.

Envió a Ben a la herrería mientras ella esperaba en el camino con el poni. El criado reapareció al instante acompañado por el herrero, un tipo chaparro y con joroba de hombros estrechos y enormes antebrazos, como los de un tejón.

–El herrero puede ocuparse de ello, señora –dijo Ben.

–¿Cuánto tiempo necesita? –preguntó Elinor directamente al herrero.

El hombre arrastró los pies en el suelo, titubeante, y murmuró algo acerca de una hora más o menos, pero no podía decirlo con exactitud.

–¿A qué distancia se encuentra Whitebeach Mill?

Apuntó con una falange renegrida el inicio del camino más allá de la granja, al otro lado de la carretera. Volvió a mirarla, recorriéndola con la vista como si estuviera sopesando su condición física como lo haría con un caballo.

–Cinco o diez minutos, quizá.

Elinor tomó una decisión.

–Yo voy a continuar –comunicó a Ben–. Cuando el poni esté listo, ven al molino.

–Pero, señora, ¿no debería acompañarla?

–No –respondió Elinor–. Quiero que esperes al poni.

Inició la marcha de inmediato, antes de que le fallara el ánimo. Sabía que Ben la observaba con expresión preocupada. El criado era lo bastante inteligente como para saber que el amo hubiera preferido que acompañara a su señora.

El camino al molino olía fuertemente a ajo por la abundancia de plantas de ajo de oso que crecían frondosas a ambos lados. Redujo el

ritmo en cuanto pensó que ya no estaba a la vista de Ben y el herrero. No llevaba reloj, pero sabía por la posición del sol que debía de ser poco después del mediodía. No importaba. Si no había nadie en el molino, algo poco probable, buscaría un lugar sombreado y esperaría. La posibilidad de estar sola en público, aunque fuera en ese lugar remoto, era una especie de liberación. Todas sus preocupaciones se habían quedado atrás en Cambridge: el asunto de Sylvia, la enfermedad de su esposo y la amenaza de regresar a la solitaria pobreza. Aquí se sentía casi borracha de libertad, capaz de hacer cualquier cosa, sin nadie para impedírselo ni atestiguarlo. Hacía meses que no se sentía tan feliz, desde la muerte de Sylvia.

Pronto vería al señor Holdsworth. También a Frank, claro, pero él no era más que un niño. Era extraño, sólo hacía dos semanas que había conocido a Holdsworth, pero parecía mucho más.

El camino atravesaba un bosquecillo de tilos y castaños, sus hojas exultantes de frescor con el verde de principios de verano, y rodeó una pequeña curva. De pronto ya se encontraba en su destino. Delante tenía una verja y, detrás, el molino y la casa. Salía humo de la chimenea. A la sombra del abrevadero yacía un gato anaranjado. La estaba observando.

Abrió la verja y cruzó el empedrado. Hacía mucho calor en el patio cercado. Un sendero la llevaba al otro lado de la casa hasta un jardín lleno de mala hierba crecida. La puerta principal de la casa estaba en ese lado, al igual que las ventanas de las habitaciones de la planta baja. Miró dentro.

No había nadie. Sin embargo, había signos de que la casa estaba ocupada: velas, una jarra de peltre, un libro en la mesa y una chaqueta sobre el respaldo de una silla.

La puerta estaba entornada. La abrió del todo y saludó, primero en voz baja y después en voz alta. No hubo respuesta. Dudó un instante y entró. Pensó que quizás encontraría a Mulgrave en la cocina, que asumió que era la estancia junto a la chimenea encendida. Pero no había nadie allí. Incómoda, se sintió como una espía.

Por primera vez la asaltó cierta inquietud. Allí estaba ella, una mujer sola y desvalida, en una casa vacía en medio del campo. Si bien era cierto que su criado sabía su paradero, se encontraba a cientos de metros de distancia, fuera del alcance de su voz. Podía sucederle cualquier cosa y nadie lo sabría.

Regresó a la habitación que parecía ser utilizada como salón y por un momento pensó empuñar uno de los candeleros a modo de arma. En lugar de ello se hizo con el libro que había a su lado: los Pensamientos nocturnos de Young. Salió fuera con la intención de hojearlo mientras esperaba, pero la luz del sol la cegó, ya se le habían acostumbrado los ojos al lúgubre interior de la casa. El jardín se

extendía hasta llegar al agua. Pasto crecido, hierba alta abatida, plantas de digital y, cerca del fondo, apiñados, unos mustios árboles frutales sin podar; más allá, un sauce. Algo se movía entre las ramas de los árboles porque podía ver destellos de blanco entre el verde. Quizá Mulgrave había lavado las camisas y las había tendido en las ramas para que se secaran.

Entonces, cuando se le acostumbraron los ojos a la luz, hubo un extraño momento intermedio en que vio con bastante claridad lo que las ramas sólo ocultaban en parte. La blancura que veía no era la de una camisa, sino la de la piel, la piel de un hombre alto y desnudo.

Alguien hablaba. El hombre se volvió hacia la voz y levantó el brazo, con lo cual reveló una parte más de su cuerpo largo y musculoso. Las gotas de agua resbalaban y salían volando de él, como una aspersión de diamantes a la luz del sol.

Elinor se retiró al interior de la casa. Por fin su cerebro había logrado recomponer la mezcla de percepciones de los últimos segundos y había llegado a una conclusión.

John Holdsworth estaba en el jardín, empapado y totalmente desnudo.

CAPÍTULO 29

¿Lo ve? –preguntó Frank detrás de él–. No se ha hundido. Holdsworth dio media vuelta. Seguía temblando, las gotas de agua salían disparadas de su cuerpo y brillaban a la luz del sol.

–Sólo porque su brazo me sostenía.

–No todo el tiempo –Franz salió del agua, se puso en pie y movió los brazos para secarlos–. Ha flotado. Más que eso, ha pateado...

–No era mi intención. Ha sido la reacción de un hombre desesperado, no era consciente de ello.

–No importa. Ha dado patadas y se ha movido dentro del agua, más bien por encima del agua. A eso se le llama nadar, señor Holdsworth. Ésa es la palabra técnica.

Holdsworth se rio. Descolgó el calzón de la rama del peral que tenía al lado y se lo puso.

–Será mejor que nos demos prisa, señor Oldershaw. Deben de ser las doce pasadas.

La alegría desapareció del rostro de Frank.

–Desearía que la señora Carbury no viniera hoy.

–No podemos hacer nada al respecto. –Holdsworth se puso la camisa por la cabeza, el tejido flotó a su alrededor y el algodón amortiguó su voz–. Su señoría desea saber cómo está usted, como es natural.

–¿Qué le va a decir?

–Es más una cuestión de... –Holdsworth se interrumpió. Al sacar la cabeza por el cuello de la camisa, vio la puerta abierta de la casa y algo moverse por entre las sombras del interior. Se volvió rápido hacia el agua–. Maldición, creo que ya está aquí –dijo en voz baja y con urgencia. Se metió la camisa apresuradamente dentro del calzón. –¿Dónde demonios está Mulgrave? ¿Por qué no nos ha avisado?

Cuando estuvieron decentes, incluso respetables, con camisa y calzón puestos, los dos hombres caminaron descalzos hacia la casa, con Frank rezagado. Al acercarse a la puerta, la señora Carbury se levantó de la silla junto a la mesa con un libro en la mano.

–Mil disculpas, señora –dijo Holdsworth–. ¿Hace mucho que espera?

–He llegado antes de hora –respondió la señora Carbury mirando a Frank, que estaba a un lado con la vista clavada en el suelo–. El condenado poni ha perdido una herradura, así que lo he dejado con Ben en la herrería y he venido el resto del camino andando.

–Debe de estar cansada, señora.

–Oh, no... quería hacer ejercicio.

Se oyeron unos pasos apresurados en el sendero del molino y apareció Mulgrave estirándose la camisa. Desprendía un fuerte olor a tabaco. Holdsworth lo dejó con la señora Carbury mientras Frank y él se retiraban a sus dormitorios. Cuando regresaron vestidos de una forma apropiada para estar en presencia de una dama, Mulgrave estaba sirviendo el té. Frank permaneció de pie junto a la ventana, como un niño enfurruñado al que obligan a estar con los mayores y comportarse, pero que arde en deseos de salir a jugar. Holdsworth advirtió que Elinor tenía más color en la cara de lo habitual y que le sentaba muy bien. No entendía cómo podía haber pensado hasta ahora que sólo era llamativa; cualquier idiota se daría cuenta de que era una mujer hermosa.

–Dígame, señor Holdsworth, ¿qué tal están usted y el señor Oldershaw? ¿Les gusta Whitebeach?

–Cumple su propósito de maravilla, gracias.

Elinor carraspeó, como si se aclarara la garganta, y tomó un sorbo de té.

–Señor Frank, me gustaría dar una vuelta por el jardín. ¿Sería usted tan amable de acompañarme?

Frank hizo una torpe reverencia y permitió que lo guiara fuera. Holdsworth se sentó a la mesa y los contempló mientras descendían por el sendero en dirección al agua, la mano de Elinor apoyada ligeramente sobre el brazo de Frank. Ella le hablaba con la vista puesta en su rostro, pero Frank tenía los ojos clavados en el suelo.

Holdsworth admiró la elegante figura de la señora Carbury, que balanceaba el cuerpo de un lado a otro al caminar. Una mujer en movimiento era algo hermoso. Durante su visita tendría que hablar con ella en privado. No sería una conversación fácil. Hablaran de lo que hablaran, o no hablaran, él no podría evitar preguntarse si lo había visto desnudo en el jardín.

* * *

La pregunta que se hacía Elinor mientras hablaba con Frank Oldershaw en el jardín no era una pregunta que pudiera plantearle a él, ni a nadie. ¿Sabía el señor Holdsworth que lo había visto tan desnudo como Eva vio a Adán antes del pecado original?

El simple deseo de querer preguntarlo la mortificaba. Lo cierto es que nunca antes había visto a un hombre completamente desnudo, aparte de en esculturas o pinturas, pero eso no contaba. Algunos miembros de las clases inferiores le habían ofrecido una visión fugaz de las partes de su anatomía que la decencia solía ocultar, pero si la vestimenta desarreglada de un borracho o un vagabundo se las había revelado en alguna ocasión, era fácil y deseable desviar los ojos. El

problema es que había visto al señor Holdsworth totalmente desnudo. Lo había visto de cuerpo entero, blanco y peludo, al sol junto a los frutales, y una parte de ella no había querido apartar la mirada. El espectáculo le había parecido curiosamente fascinante.

Además, el señor Holdsworth parecía muy feliz en su desnudez. Ni siquiera el Dr. Carbury, su propio esposo, le había revelado por completo lo que ocultaba bajo su ropa. Al inicio de su matrimonio, en esas raras ocasiones en las que había acudido a ella durante la noche, siempre había sido cubierto por el manto de la oscuridad y, quizá para asegurarse de que no viera nada indecoroso, nunca se había sacado la camisa de dormir. Ella lo había agradecido. No tenía ningún interés en ver a su esposo desnudo, ni que él la viera en ese estado.

Todos esos pensamientos llenaban su mente, pesados y opresivos, como el aire en la noche antes de una gran tormenta. Trató de ignorar su agotadora persistencia y se recordó a sí misma que estaba allí por un motivo.

Ésta era la primera vez que veía a Frank Oldershaw desde que había sido apartado de la casa del Dr. Jermyn. Le sorprendió su aspecto tan normal. Había esperado verlo sin rasurar, con el pelo desarreglado, en mangas de camisa y, quizá, reducidos sus movimientos, constreñidos por una camisa de fuerza. En lugar de ello, paseó arriba y abajo por el jardín en compañía de lo que, a simple vista, parecía un joven muy respetable, todo salud. El cabello de Frank, húmedo todavía del río, estaba bien arreglado. Iba vestido con sencillez con una chaqueta negra y su ademán, aunque apagado y poco comunicativo, no se salía de lo normal. Cuando le preguntó cómo estaba, giró la cabeza y musitó que muy bien.

–¿Prefiere su situación actual a estar con el Dr. Jermyn?

–Sí –murmuró.

–¿Tiene la sensación de que su estado de salud está mejorando, señor?

–Sí.

–A su señoría le alegrará oírlo. Está muy preocupada, como es natural, y desea saber todo lo que pueda explicarle sobre usted, pero le encantaría recibir noticias suyas directamente. ¿Puedo transmitirle algún mensaje de su parte? ¿Una carta, quizá?

Él negó con la cabeza vehementemente. Era un joven muy bien parecido y en las últimas semanas su aspecto había mejorado por el hecho de haber comido y bebido mucho menos de lo habitual y haber realizado más ejercicio. De todos modos, en ese momento parecía un niño a punto de enfurruñarse.

–Usted es lo más importante en la vida de su señoría –insistió Elinor con voz queda–, y la haría muy feliz tenerlo de nuevo a su lado. ¿No puedo decirle al menos que espera poder estar pronto con ella?

Frank dejo de caminar y se volvió hacia Elinor. Tragó saliva, abrió la boca y se humedeció los labios. Ella esperó con paciencia a que hablara.

–Cuac, cuac, cuac –dijo–. Cuac.

De pronto echó a correr por el jardín graznando y agitando los brazos como si fueran alas. Corrió a través del campo de árboles frutales y saltó al agua.

* * *

Holdsworth corrió jardín abajo hasta la orilla. Elinor sintió una ráfaga de aire cuando pasó por su lado. Mulgrave lo siguió con paso más lento.

«¿Habré precipitado al pobre chico al suicidio?»

Holdsworth gritó a Frank. Elinor no logró captar sus palabras, pero sonaba irritado y preocupado a la vez.

El chico trazó un amplio círculo en el agua con toda tranquilidad y regresó a la orilla. Salió del agua y permitió que lo llevaran a la casa. La ropa empapada se ceñía a su cuerpo. Había perdido un zapato y Mulgrave llevaba el otro en la mano. El aspecto de Frank era el de un guiñapo desmañado, como un chapucero espantapájaros atrapado en una tormenta; ya no parecía tan apuesto. No la miró al pasar por su lado.

Elinor estuvo caminando de un lado al otro sintiéndose estúpida, aliviada e inútil a la vez. Al cabo de un rato se le acercó Holdsworth.

–¿Cómo está Frank? –le preguntó impaciente.

–Está usted más afligida que él, señora. –Elinor tenía a Holdsworth muy cerca y le hubiera gustado apoyarse en él como contra un árbol–. Debe sentarse y tranquilizarse. ¿Desea un té? ¿Un coñac, quizá?

Negó con la cabeza.

–Estoy bien, gracias. ¿Está seguro de que no ha sufrido ningún daño?

–No le va a pasar nada por mojarse otra vez, pero estoy muy enojado con él por asustarla. Mulgrave está arriba ayudándolo a cambiarse. Espero que venga a disculparse en persona antes de que usted se marche, pero mientras tanto deseo hacerlo yo en su nombre y en el mío.

–No es necesario. Me ha cogido por sorpresa. Al principio parecía ser el mismo de siempre, aunque más apagado.

–¿De qué hablaban cuando perdió el control?

–Mencioné a su madre y lo mucho que le gustaría verlo. Fue entonces cuando hizo ese ruido estúpido y salió corriendo. Es como si le tuviera miedo.

–No podemos esperar que se cure en cuestión de días, señora. Ojalá

pudiera ser así. ¿Qué va a decir a lady Anne?

–No lo sé todavía.

De pronto se sintió muy cansada y dejó que Holdsworth la escoltara a la casa. Tropezó al cruzar el umbral y la mano de él le sujetó el codo de inmediato para estabilizarla. Por un instante se apoyó más en él de lo necesario. Se sentía más insegura que antes. Él la guió a una silla.

–Sigo pensando que la única manera de conseguir que recupere el juicio consiste en descubrir aquello que le hizo perderlo en primera lugar –señaló Holdsworth con voz queda cuando ella se hubo sentado–. Creo que ahora confía en mí un poco. No mucho, quizá, pero algo es algo. Necesitamos más tiempo, señora. Es fácil olvidar lo mucho que hemos avanzado ya.

–Comunicaré a lady Anne lo que me acaba de decir.

Holdsworth se sentó y se inclinó hacia ella. Ella lo miró y tuvo la aterradora sensación de que iba a suceder algo inevitable. ¿Era esto a lo que se refería Sylvia? ¿Esa necesidad absoluta de estar con alguien? ¿Tener la compulsión de acercarse, sentir un poder de atracción tan irracional como la propia gravedad que no puede controlarse con la fuerza de voluntad?

–¿Señora? ¿Quiere un vaso de agua?

Elinor tenía la sensación de haber caído de un acantilado y, si había algo que no podía hacer, era volver a subir y continuar con su vida anterior, con sus comodidades e inconvenientes conocidos. Ahora ya sólo era cuestión de saber cuándo golpearía el suelo y el efecto que tendría el impacto.

Oyeron unos pasos pesados que se acercaban por el sendero de la casa. Elinor se apartó de Holdsworth y cogió los Pensamientos nocturnos que tenía junto al codo. Él se acomodó en la silla y tamborileó la mesa con los dedos. Ninguno se había movido más de unos centímetros, pero sus movimientos fueron muy repentinos y desconcertantemente simétricos. La figura de Ben ocupaba casi todo el vano de la puerta y tapaba la luz. Era como si hubiera caído la tarde con una rapidez tropical.

Ben presentó sus respetos.

–El poni ya está listo, señora.

CAPÍTULO 30

Fue durante la cena cuando Frank empezó a beber. Propuso varios brindis y cantó varias canciones. Instó a Holdsworth a brindar con él, copa tras copa. Holdsworth pensó que debía de ser un indicio de que estaba recuperando la salud. Era natural, pensó, que el joven deseara beber a gusto. Habiendo estado bajo la tutela de Jermyn desde marzo, Frank apenas había tenido ocasión de beber durante tres meses.

Mulgrave había puesto la mesa bajo los árboles frutales. Bebieron una botella primero, y después otra. Frank pidió una tercera y acto seguido solicitó al gyp que preparara una cuarta. Sus conversaciones se combinaban con cómodos silencios que fueron incrementando a medida que avanzaba el crepúsculo.

Frank estaba contento y cada vez más locuaz, y todo lo racional que le permitía el vino. Su actitud oscilaba entre la de un anfitrión aristocrático y la de un niño hosco y extraño haciendo confidencias, si bien el talante predominante era este último. Les explicó episodios de su niñez, en especial las largas visitas a la casa de su abuelo lord Vauden en los condados del oeste. Al hablarle de la administración de las tierras lo hacía con conocimiento de causa y entusiasmo. Preguntó a Holdsworth por su período de aprendiz y éste se descubrió a sí mismo explicándole con detalle su época en el río con Ned Farmer y sus viajes por el Támesis.

Con la tercera botella hablaron menos. Todavía era de día, pero quedaba poca luz. La brisa era suave y dulzona. El agua borboteaba en la distancia. Mulgrave se había ido a dormir en la cocina. Una palmatoria solitaria ardía en la ventana de la casa. En el cielo gris brillaban alfilerazos de luz.

–¿Cuándo sucedió?

Holdsworth alzó la vista.

–¿El qué? –No podía distinguir el rostro de Frank. Era como si le hubiera hablado una sombra–. ¿Cuándo sucedió el qué?

–Su esposa, señor –respondió Frank; su rostro era una mancha borrosa–. Su hijo.

Holdsworth no contestó. Oyó el tintineo del cristal contra el cristal y el gorgoteo del vino.

–Cuando murió Sylvia no dejaba de preguntarme lo que debe sentirse cuando uno se ahoga –explicó la voz en la oscuridad–. Me imagino que usted también debe de preguntárselo. No... no es mi deseo causarle dolor. Sólo quiero entenderlo.

–Mi esposa falleció en marzo y mi hijo el noviembre anterior –dijo Holdsworth.

–¿Cómo se llamaban?

Holdsworth levantó la vista al cielo y vio brillar otra estrella.

–Maria. –Apuró la copa y alargó la mano en busca de la botella–. Georgie.

–¿Cómo murieron?

Holdsworth se lo explicó. Le contó a ese niño rico, loco y consentido cosas que ni siquiera Ned sabía. Le habló de su pequeña familia en Bankside y de la tienda en Leadenhall, de las luces fantasmagóricas del río y del día en que Georgie murió en Goat Stairs. Le habló de la búsqueda de Georgie por parte de Maria y de la farsante en cuyas garras cayó, de La anatomía de los fantasmas, del carro de libros de segunda mano y de la lápida que no pudo comprar hasta que su señoría le dio dinero. En la oscuridad, su voz podía haber pertenecido a otra persona, y era como si él hubiera estado de pie escuchándola a su lado, pero sin prestar demasiada atención porque ya conocía la historia.

Frank buscó a tientas el sacacorchos y una nueva botella.

–No es de extrañar, entonces.

–¿El qué?

Sacó el corcho de la botella con una suave explosión.

–Que no le gusten los fantasmas.

–Ahora es su turno –repuso Holdsworth.

–Mi turno para qué.

–Para que me hable de sus fantasmas.

Frank no dijo nada. Bebió.

–Hoy es la noche de los fantasmas –prosiguió Holdsworth–. Es bueno soltarlos y que se aireen.

Frank se rio. El sonido brotó de su garganta como agua burbujeante.

–Habla de los fantasmas como si fueran nuestros prisioneros.

–¿Acaso no lo son en cierto modo? Y un régimen humanitario debe permitir a los cautivos un poco de esparcimiento de vez en cuando. ¿Vio a la dama sólo una vez?

–¿Los fantasmas pueden aparecer en sueños? Algunas personas afirman que sí. En tal caso, vi a la señora Whichcote en numerosas ocasiones, tanto viva como muerta. Era muy hermosa, ¿sabe?

–He visto su retrato.

–Pero sólo vi su fantasma una vez, en el jardín –relató Frank con una voz lenta y relajada, como la de un niño somnoliento–. Es decir, sólo una vez estando despierto.

En su fuero interno Holdsworth sabía que ambos estaban borrachos, que él estaba cansado y Frank, extenuado. Nadie podía fiarse de lo que dijeran, pensaran o hicieran, pero mientras Frank seguía hablando con su voz adormilada, Holdsworth tuvo la impresión

de que no oía la historia que le contaba, sino que la estaba viviendo de algún modo.

–Fue el viernes tres de marzo –puntualizó Frank–. Dos semanas después de que fuera hallado su cadáver.

Holdsworth estaba allí, detrás de los ojos de Frank, encastrado en su cráneo, atrapado en otro momento y otro lugar. Acechaba a Frank, o quizás era Frank quien lo acechaba a él. No estaba seguro. ¿Era posible que se acecharan mutuamente? ¿Era un diálogo?

En aquel momento y en aquel lugar, en la noche del 3 de marzo Frank se hallaba casi en trance, en un estado en el que tenía la impresión de que su cuerpo inerte estaba suspendido en un líquido pesado y viscoso. Flotaba justo por debajo de la línea de la conciencia, manteniéndose a flote por una sensación de emoción intensa. Sus procesos mentales eran un hervidero de actividad. Sin embargo, Frank sabía –o Holdsworth sabía, o ambos sabían en el momento y lugar actuales– que, tras haber cenado con Whichcote esa noche, había bebido varias tazas de café, así como tomado vino, ponche y láudano, y todas esas cosas tenían algo que ver con su estado de ánimo.

Frank estaba en su dormitorio de Jerusalem y hacía frío.

En un momento dado se sintió muy incómodo y salió con lentitud de la cama, a tientas como un anciano ciego, y enfundó los pies en las zapatillas. Entró en el salón, donde el fuego de la chimenea todavía emitía un poco de luz y calor.

El aire estaba viciado por los efluvios del alcohol. Se acercó a la chimenea tambaleándose, atraído por su resplandor anaranjado, pero se sintió desfallecer y tuvo que detenerse y agarrarse a la mesa. La náusea acudió a su garganta; se sintió abrumado por una invasiva sensación de inutilidad, que subía como la bilis.

Sylvia no lo dejaba en paz. Ahora que estaba muerta era peor, mucho peor.

Frank cruzó la habitación dando tumbos, cogió la toga y la gorra de la percha de forma automática, abrió la puerta interior y desatrancó el portón de roble. Sus pies encontraron las escaleras como por propia voluntad. Comenzó a bajar bamboleándose, atraído por la fuerza de la gravedad, y chocó contra la pared del rellano.

Sintió que el frío lo envolvía. Todavía llevaba la gorra y la toga en la mano. Con los dientes castañeteando, se puso ambas. Se arropó con la toga y bajó el resto de las escaleras como pudo, abrió la puerta, resbaló en el escalón y cayó de espaldas sobre el suelo adoquinado del patio.

Estuvo tumbado un instante y cogió todavía más frío. Apenas le sorprendió el hecho de no sentir más dolor. La humedad le caló los huesos y contempló la vida desde esta nueva perspectiva horizontal. Chapel Court era frío, monocromático y regular. A la izquierda, un

farol colgaba de la arcada que conducía a la verja principal y a la caseta del bedel. El resto de la luz provenía de la luna y las estrellas. Encima de los edificios había un mundo oscuro de habitantes plateados muy, muy lejanos. El peso de todo ello lo aplastó todo y lo convirtió en frío polvo insustancial.

Se apoyó sobre las manos y las rodillas, cogió la gorra, se la puso en la cabeza y se levantó del suelo.

Philip Whichcote tenía razón. ¿Qué importaba todo eso? ¿Qué importaba nada?

Frank Oldershaw no había sido nada y no sería nada. Su presencia o ausencia, sus acciones o palabras o pensamientos carecían de sentido. Hiciera lo que hiciera, las estrellas seguirían brillando en su fría y negra nada. Si el Dios del obispo Oldershaw se encontraba en algún lugar allí fuera, no importaba, porque a Él le importaba un comino lo que había creado y al mundo no le importaba Él.

Frank oyó el ruido áspero y el crujido de un pestillo cerca de la caseta del bedel. Se escondió entre las sombras de la arcada de la capilla, al este del patio. Esperó, pero no oyó ningún ruido más. Sonaron un chirrido y un crujido leves en el otro lado del colegio, o incluso más lejos, pero también cesaron. Una parte de su ser era consciente de que cada vez tenía más frío, pero no importaba. El frío era una parte necesaria de este extraño mundo amoral donde la claridad de pensamiento era posible y donde el pecado no existía, por lo que no había necesidad de perdón.

Dejó la arcada y se deslizó hacia los jardines. No había más luz que la del cielo. A su derecha, a unos treinta metros detrás del Edificio Nuevo y en parte oculto por una hilera de arbustos, estaba Jericho, las letrinas de los estudiantes. Caminó en dirección contraria, hacia la oscuridad más profunda, más allá del lado este de la capilla. La hierba mojada le empapó las zapatillas. Las sombras se desplazaban a su alrededor. Creyó ver algo que se movía en el puente. ¿Alguien o algo?

Tonterías, no había nada. Se mantuvo todo lo recto que pudo; extendió los brazos, que enfundados en las mangas de la toga parecían alas negras. Avanzó lento sobre la hierba.

–Ahora –declaró en voz alta–, ahora sé que puedo hacer cualquier cosa. –Aspiró el aire frío y avanzó hasta la Laguna Larga–. Sé que puedo hacer cualquier cosa –dijo de nuevo, más alto que antes–. Soy libre. Yo soy Dios. Yo soy el Espíritu Santo.

Se acuclilló en la orilla. La luna resplandecía en el agua negra. Palpó la superficie con los dedos. Las yemas crearon pequeñas ondulaciones en el agua. El reflejo de las estrellas danzaba en la superficie y la luna cabeceaba y se desintegraba en miles de fragmentos lunares, un millón de lunas sobre otros planetas.

–Yo soy Dios –repitió mientras observaba el movimiento de los

universos que había creado–. Yo soy el Espíritu Santo.

Se levantó y un sonido surgió de su boca que era en parte una risa y en parte el castañeteo de los dientes. Tomó una decisión: rodearía la Laguna Larga hasta la verja del Jardín de los Licenciados y volvería. Contemplaría los universos en la laguna. Después regresaría a sus habitaciones, se metería en la cama y podría dormir sin soñar. Y, al despertarse, Sylvia se habría ido para siempre y todo estaría bien.

Podría haber tomado el sendero, pero continuó caminando por la hierba, por algún motivo profundo pensaba que el frío y la humedad estaban conectados de alguna manera valiosa a lo que estaba haciendo. Sus ojos se habían habituado a la oscuridad. Al otro lado del agua pudo distinguir las copas de los árboles en los jardines, sus perfiles oscuros contra el cielo como puntas de pluma. Plumas negras, pensó, a juego con sus alas negras. Todo ello debía de tener algún significado, se dijo, puesto que en el club habían sacrificado un gallo negro una noche para que les proporcionara buena fortuna.

En el punto en que la laguna trazaba un meandro se adentró en la gran tiniebla del árbol del fundador, cuya cascada de ramas rozaba el suelo como las patas de una araña. Con las manos extendidas, caminó con lentitud bajo el árbol.

Tocó algo con la mano izquierda. Paró, la mente acelerada tratando de digerir este retazo de información inesperada. ¿Qué era? Su mente lo definió con frases negativas: no era frío, no era caliente, no era duro. Bajó las manos unos centímetros y, por un breve instante, rozó un grueso tejido aterciopelado bajo el cual se palpaba el perfil de los pechos de una mujer, que ascendían y descendían como negras aguas bajo sus dedos. También tocó algo metálico con la punta de los dedos, no mayor que un pulgar, que trazaba una curva aquí y allá.

Frank lanzó un grito, un grito agudo como el de una mujer o un niño. Hubo un revuelo. Se dio la vuelta.

Negro sobre plateado. No era un hombre, era una mujer.

Frank volvió a gritar y echó a correr. Se adentró a ciegas en la negrura de la araña, bajo el plátano oriental, donde estaba demasiado oscuro para ver nada.

El suelo se abrió a sus pies.

El Espíritu Santo camina sobre el agua.

* * *

–¿Qué es eso? –Holdsworth se enderezó de golpe–. Allí.

Eran las primeras palabras que habían emitido en varios minutos, quizá más. Frank Oldershaw levantó la cabeza, que tenía apoyada sobre los brazos en la mesa. Había refrescado y había muy poca luz en el jardín, aparte de la luz de la vela en la ventana, y la procedente de

las estrellas.

Escucharon en silencio. Oyeron el movimiento atenuado del agua y las hojas. Un búho ululó.

–Un pato –sentenció Frank–. Quizás un zorro.

Holdsworth se levantó y cruzó a paso lento el jardín hasta la represa del molino. Se puso en cuclillas en la orilla, ahuecó las manos y se lavó la cara. Sabía que debía de estar borracho, pero no se sentía así. Recordaba la historia que había contado Frank como un sueño. Alzó la vista al cielo como había hecho Frank el día en que vio el fantasma y recordó a Maria en el patio de la casa de Bankside unas semanas después de la muerte de Georgie. La había encontrado allí una fría noche de diciembre mirando el cielo. Movía la cabeza de lado a lado como un marinero en busca de tierra a la vista. El cielo era más turbio que en Whitebeach, pero incluso en Southwark había estrellas.

–¿Qué haces? –preguntó.

–Busco a Georgie –respondió Maria.

Le trajo una capa y se la puso en los hombros. Maria creía que Georgie estaba en el cielo y que allí ocupaba un lugar entre las estrellas, y que su ubicación era tan real como la de la casa de Bankside. Si miraba bien, lo vería. Como cualquier persona, contemplaba la inmensidad del cielo nocturno y colocaba allí lo que deseaba.

Regresó a la mesa.

–Esa noche tenía usted la cabeza llena de fantasías –explicó a Frank–. El vino, el láudano, el café, los sueños mientras dormía... todas esas cosas pueden llenar de monstruos la cabeza de un hombre, sobre todo si se combinan entre sí. Debe considerar la posibilidad de que el fantasma no fuera sino un producto de su imaginación, más que una extraña aberración del orden natural de las cosas.

Frank le tocó la manga.

–¿Nota usted esto? Yo noté así el tejido de la capa. Suave al tacto, aterciopelado.

–Muchas personas llevan terciopelo. Quizá tocó a una persona de carne y hueso.

–No, señor, no... la capa llevaba un broche con la letra «S», «S» de Sylvia, en forma de serpiente. Era inconfundible, lo tenía bajo los dedos. Además, vi a alguien en el puente, estoy seguro de ello. Vi a Sylvia.

Holdsworth suspiró.

–Pero si realmente era el fantasma de la señora Whichcote, ¿por qué decidió rondar por Jerusalem?

–No fue a Jerusalem, señor, sino a «mí».

–¿Por qué?

–Porque si no fuera por mí seguiría viva.

Se había levantado una brisa y las hojas de los árboles empezaron a susurrar más fuerte. De pronto Holdsworth se sintió muy cansado. Frank estaba diciendo tonterías, pero al menos su discurso sonaba totalmente racional. ¿Era eso un progreso?

–¿Es eso todo? –preguntó–. ¿En eso consiste su fantasma?

Frank no respondió.

–Si conseguimos que el espíritu de esa dama descanse en paz, ¿volverá a estar todo bien?

–Las cosas nunca podrán volver a estar bien –replicó Frank. Se levantó de la mesa y tomó con lentitud el sendero de la casa. Mientras caminaba, masculló–: Usted no entiende nada. El fantasma es sólo una parte. ¿Qué más da el fantasma, por el amor de Dios?

CAPÍTULO 31

El jueves por la mañana Whichcote ordenó a Augustus que lo rasurara –el lacayo mostró una destreza sorprendente para la labor– y que lo vistiera con especial cuidado. Las apariencias son importantes cuando son todo lo que uno tiene. Whichcote se paseó por Cambridge con Augustus a sus talones, vestido con una librea que a duras penas le ajustaba. Por el camino respondió a los saludos de amigos y conocidos, pero evitó toda conversación. Cuando llegó a Trumpington Street, los relojes de alrededor daban las once.

Dorcas lo acompañó al salón.

–Está en Whitebeach –espetó Whichcote sin preámbulos tras cerrarse la puerta–. A unos siete u ocho kilómetros de Cambridge.

La señora Phear no dijo nada y se sentó con un movimiento extrañamente grácil para su cuerpo pequeño y rechoncho. Le indicó una silla y no habló hasta que se hubo sentado.

–¿Cómo lo sabe?

–Mi lacayo los siguió. Están alojados en la casa de un molino que pertenece al colegio. Oldershaw está con Holdsworth, y Mulgrave les sirve. No hay señales de nadie más. La señora Carbury los visitó ayer.

–Lady Anne querrá saber cómo está su hijo. ¿Cómo está, por cierto? ¿Qué opinión le mereció a tu chico?

–No vio a la señora Carbury más que cuando llegó y se marchó. Después vigiló el jardín, donde Holdsworth y el señor Frank pasaron la mayor parte del tiempo, pero no estaba lo suficientemente cerca como para oír lo que decían.

–Así que no sabemos nada, excepto dónde están y quién está con ellos –comentó la señora Phear asintiendo con la cabeza–. Algo es algo.

–Sabemos un poco más –vaciló él–. Bueno, no es que lo sepamos. Es sólo la impresión de un crío bobo, pero parece tener buena vista y quizá no sea tonto del todo. Me dijo que Holdsworth y el señor Frank estuvieron hablando hasta bien entrada la noche y, por lo que pudo percibir, el tenor de la conversación fue totalmente racional. No hubo ataques de histeria, ni movimientos repentinos, ni gritos, ni lloros... En resumen, nada que indicara que ambos no están tan cuerdos como usted y como yo.

–Deduce usted por lo tanto que el señor Oldershaw se ha curado.

–Es posible o, al menos, está en proceso de curarse. Y si la señora Carbury informa al respecto a su señoría...

Whichcote calló y guardaron silencio un instante. Se oyó un movimiento en algún lado de la casa y una risa acallada de inmediato.

Augustus y Dorcas estaban entretenidos.

–Y todo esto por un fantasma –habló despacio la señora Phear–. ¿Puede haber algo más ridículo que esto?

–No es el fantasma nuestro problema, señora, es lo que sucedió en el club.

La señora Phear frunció el ceño.

–Eso no es del todo cierto. ¿Acaso no supimos resolver el asunto? El problema llegó después, y ya sabemos quién fue la responsable.

–Sylvia –respondió Whichcote–. ¿Me dejará en paz alguna vez? ¿No me hizo suficiente daño en vida?

* * *

Fueron pasando los días y Elinor se permitió albergar la esperanza de que ya había pasado lo peor. En cuanto llegó a Jerusalem después de la visita a Whitebeach escribió a lady Anne y le envió la carta mediante correo postal rápido el jueves por la mañana. Lady Anne respondió al día siguiente. En su misiva decía que el progreso de Frank le causaba gran alegría y que apreciaba los esfuerzos realizados por los Carbury en su nombre. Además, adjuntó un pagaré por cincuenta libras canjeable en su banco de Cambridge para cubrir los nuevos gastos en los que habían incurrido los Carbury en su nombre.

Lo mejor de todo fue la posdata: «Soy consciente de los esfuerzos que has realizado por mí, querida. Verás que no olvido a aquellos que me han servido».

–Muy cortés –comentó el Dr. Carbury al leer la carta–. Y el dinero nos irá bien. –Miró a Elinor y sonrió–. Ya no debe preocuparse más por la anualidad que le prometió Lady Anne en su herencia. Creo que ya la tiene asegurada.

Soresby fue invitado dos veces a la residencia del rector y sus visitas sellaron su deserción del bando de Richardson. Tomó el té con Elinor, quien lo encontró al principio torpe, soso y callado. No estaba acostumbrado a la compañía femenina y la trataba con un respeto tan profundo y reverencial que resultaba casi embarazoso. Aun así, ella trató de hacerle sentir cómodo y al final de la segunda visita su ademán era casi sociable, revelando una inteligencia rápida e inquieta que encajaba con sus movimientos nerviosos y el crujido de las articulaciones de los dedos.

–Lo hará bien –comentó Carbury después–. No hay dudas de que recibirá la beca y no es más muerto de hambre de lo que era Dick el Sucio en sus tiempos de sizar.

–El señor Soresby me ha comentado que está estudiando con el señor Archdale.

Carbury se frotó las manos.

–Perfecto. Eso fastidiará al señor Richardson, el tío del señor Archdale estará contento y Soresby está cultivando una relación que puede resultarle útil en el futuro. Si consigue que el señor Archdale le esté en deuda, mucho mejor para él.

–No pensaba que el señor Archdale fuera un hombre estudioso, señor.

–Yo tampoco, pero el placer de adquirir conocimientos puede arraigar en el suelo más inesperado.

Por una vez, parecía que la alegría reinaba en la residencia del rector, o al menos ambos intentaron dar esa impresión, pero el pronóstico del Dr. Jermyn se cernía sobre ellos como una sombra.

* * *

El lunes 12 de junio, después de desayunar, Holdsworth se fue andando a Cambridge con un macuto colgado del hombro. Había decidido dejar a Frank solo unas horas. El chico se encontraba mejor y una señal de ello era que la presencia constante de Holdsworth lo irritaba. Por lo tanto, había decidido dejarle saborear un poco la independencia; con ello le demostraba que pensaba que estaba mejor.

A pesar de todo, era un riesgo. No sabía lo que se encontraría de vuelta al molino.

Holdsworth ya llevaba en Cambridge y sus alrededores unas dos semanas y media y estaba más familiarizado con la ciudad. En Bridge Street pasó por una o dos tiendas para comprar lo que le había encargado Mulgrave. Cuando regresó a la verja principal de Jerusalem eran casi las dos y media. Al entrar en Chapel Court vio al señor Richardson paseando bajo la arcada con Harry Archdale.

–En general se cree que la proposición número cuarenta y siete del primer libro es la más difícil –decía el tutor–. Pero con esfuerzo y aplicación conseguirá dominarla. Valdría la pena que... –Al ver a Holdsworth, Richardson se apartó de Archdale para saludarlo–. Mi estimado señor, ¿cómo está usted? Lo hemos echado mucho de menos. ¿Daría usted una vuelta conmigo en el jardín? Hay algo que necesito comentarle. El señor Archdale y yo casi hemos terminado y estaré con usted en un santiamén.

Después de un revuelo de reverencias, Richardson regresó junto a su pupilo.

–Nuestro querido señor Dow ha arrojado mucha luz sobre las propuestas más complejas de Euclides. Encontrará su librillo en la biblioteca. Le aconsejo que lo lea antes de tratar de resolver el problema. Para el álgebra, lo mejor es consultar a Maclaurin. –Echó un vistazo al reloj de la capilla–. No lo entretengo más, señor Archdale. Veo que es casi la hora de comer.

El estudiante miró a Holdsworth como si deseara decirle algo, pero Richardson no le brindó la oportunidad de ello. Tomó a Holdsworth del brazo y lo guió por la arcada de la capilla hasta los jardines posteriores. Mientras caminaban por el sendero hasta la verja del Jardín de los Licenciados, empezó a llover y se refugiaron bajo el paraguas del plátano oriental. La lluvia caía con fuerza, pero las gotas no atravesaron el grueso manto verde que cubría sus cabezas.

–¿Ha oído la noticia? –El rostro de Richardson perdió todo atisbo de urbanidad. La rabia retorcía sus rasgos. Continuó hablando sin permitir que Holdsworth hiciera comentario alguno–. Jamás pensé que alguien pudiera hacer algo así, ni siquiera el señor Carbury.

–¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

–Ha sobornado a uno de mis pupilos, no hay otro término para ello. La plaza de Rosington quedará vacante en breve y, de todas las personas posibles, se la ha ofrecido a Soresby, pero yo ya lo he calado. Está claro que desea comprar la lealtad de Soresby, y lo peor de todo es que su vil estratagema parece haber funcionado. Supongo que no puedo culpar al pobre diablo por haber aceptado la plaza. Después de todo, ¿qué peso tiene la gratitud en el platillo de la balanza frente a una tentación tan considerable como Rosington?

El chaparrón no duró más de tres o cuatro minutos y, una vez cesó, se extinguió también la ira del señor Richardson.

–Perdóneme por la fuerte vehemencia con la que me expreso –se disculpó tocando la manga de Holdsworth–. Es estúpido por mi parte dejar que me amargue este asunto, pero cuando vivimos tan pegados unos a otros como aquí, no es fácil mantener el sentido de la proporción. No obstante, reservar la plaza para un hombre que, por muy capaz que sea, no ha obtenido todavía la licenciatura, es muy irregular. Tiemblo al pensar lo que deben decir de nosotros el resto de los colegios de la universidad, pero dejemos el tema. Quería preguntarle por algo mucho más importante. Se rumorea que está usted con el señor Frank Oldershaw. ¿Es cierto? ¿Cómo está el pobre muchacho?

–Me temo que es confidencial –respondió Holdsworth con una sonrisa.

–Ah, así están las cosas, ¿eh? En fin, esté donde esté, espero que su salud mejore. Dígame si puedo serles de alguna utilidad a usted o a él. Y, si por casualidad lo ve, salúdelo de mi parte.

Había dejado de llover. Ambos hombres anduvieron con paso lento bajo la sombra verde del árbol en dirección a Chapel Court y el Edificio Nuevo. Ninguno de los dos habló. A la izquierda sonó un traqueteo metálico que continuó durante varios segundos y se detuvo. Era el ruido producido por el ribete de hierro de las ruedas de una carretilla sobre las piedras. Tom Heces estaba haciendo su ronda.

Empezó a sonar la campana de la capilla.

–Ah, es la hora de la comida. ¿Comerá con nosotros, señor? Será más que bienvenido.

–Se lo agradezco, pero no. Por cierto, cambiando de tema, quería preguntarle por la herida de la señora Whichcote.

–¿La herida? –Richardson se detuvo y enarcó las cejas–. Me temo que no sé de lo que me habla.

–Hablé con el pocero nocturno y me comentó que tenía una herida en la cabeza, en la sien izquierda.

Richardson se rio.

–Lo que Tom denomina herida no era más que una leve decoloración. Un moratón antiguo, sin duda alguna. Quizá la pobre se golpeó la cabeza contra una viga un día o dos antes de morir. Es típico de las mentes incultas montar un drama de una circunstancia tan banal.

* * *

Jericho era una caseta de ladrillo adjunta a la pared limítrofe de Jerusalem, en el lado sur de los jardines. La puerta estaba en un extremo, elevada del suelo un metro, más o menos, y con cinco escalones de piedra que conducían a ella. No había ventanas, sólo una hilera de largas salidas de ventilación justo por debajo de los aleros. Detrás de la puerta y los escalones había una portezuela baja, tan ancha como la primera, pero de poco más de un metro de alto. Ambas puertas estaban abiertas. La carretilla de Tom Heces estaba cerca.

Holdsworth subió los escalones y se detuvo en el umbral de la puerta superior. La estancia estaba vacía, pero se oía abajo el sonido de alguien rascando, afanándose y escupiendo.

En la pared de la derecha había un banco con cuatro asientos, cada agujero separado del contiguo por una pequeña partición que proporcionaba una sensación de intimidad mayor que la que existía en realidad. Generaciones de estudiantes habían grabado en la madera sus iniciales y una selección de insultos y obscenidades.

La campana de la capilla siguió tocando para avisar a los miembros del colegio de que debían acudir al refectorio.

Cuando Holdsworth salió de las letrinas apareció Tom Heces por la puerta inferior, encorvado para no tocar el dintel. Se protegía la ropa con un grueso delantal manchado de excrementos y orina. En una mano llevaba un cubo rebosante de inmundicia y pedazos de periódico que vació en la carretilla y, en la otra, un pañuelo con puntilla que estaba manchado y que metió en un pequeño saquito que colgaba de uno de los mangos de la carretilla mientras silbaba sin ton ni son. Se enderezó para sonarse la nariz entre el índice y el pulgar y

entonces vio a Holdsworth observándolo desde arriba.

–¿Has llegado más tarde de lo habitual? –preguntó Holdsworth.

–Vengo cuando puedo, señor.

Tom se llevó los nudillos a la frente en forma de saludo y se volvió hacia la puerta del pozo negro.

–Espera. Deseo hablar contigo.

–¿Conmigo? –repitió Tom como un loro, dando la impresión de que su capacidad de comprensión era la misma que la del pájaro.

–Quiero preguntarte algo.

–Debo seguir trabajando, señor. Siempre hay mucho movimiento en Jericho después de la comida –explicó con otra sonrisa desdentada–. No le gustaría estar aquí abajo cuando los jóvenes caballeros están allá arriba, señor, por mi honor que no le gustaría.

Holdsworth hizo tintinear un puñado de monedas en el bolsillo.

–Es acerca de lo que descubriste en la Laguna Larga.

–¿El fantasma que se quitó la vida, señor?

–Maldito seas, no se quitó la vida. No era un fantasma entonces y no lo es ahora. Era una mujer de carne y hueso que tuvo el infortunio de caer en el agua y ahogarse.

–Si usted lo dice, señor.

–Yo lo digo. Ahora escúchame, cuando tú y yo hablamos en The Angel me comentaste que, al encontrar el cuerpo, pensaste en un principio que se trataba de la señora Carbury porque es la única mujer que duerme en Jerusalem.

–Son dos.

–¿Qué?

–La criada también duerme allí –aclaró con una risita–. No es natural, ¿verdad? Dos mujeres y todos esos hombres.

–Escucha, dijiste que esta vez no era ella, ¿significa eso que la señora Carbury pasea a veces sola por el jardín a primera hora de la mañana? ¿O incluso de noche?

Tom se acercó al vano de la portezuela, el cubo tintineando. No miró a Holdsworth.

–¿Es así? ¿Es cierto o no?

El pocero nocturno lo miró y apartó la vista.

–A veces, quizá.

–¿Sabe ella que usted la ve?

El hombre se encogió de hombros.

–Seguro que debe de oír las ruedas de la carretilla –insistió Holdsworth.

–No siempre me estoy moviendo, señor. A veces estoy quieto, descansando.

–Me imagino que fumando, tomando algo para calentarte o echando una cabezadita, ¿no? ¿Y dónde lo haces?

Tom Heces hizo un gesto vago con la mano que abarcaba casi todos los terrenos del colegio.

–En ningún lugar en especial, señor. Sólo busco un sitio donde resguardarme y un poco de tranquilidad.

–¿Bajo el gran árbol de la laguna, quizá?

Tom asintió con la cabeza.

–¿Y dónde has visto a la señora Carbury?

–En el Jardín del Rector, señor, caminando de arriba abajo. O a veces viene por aquí a través de la verja del otro lado del puente. –Señaló con la cabeza la verja con el enrejado de hierro colado a través del cual los dedos de Holdsworth habían rozado los de Elinor Carbury–. Supongo que la dama tenía problemas para dormir.

Holdsworth sacó un puñado de monedas del bolsillo.

–¿Tenía? ¿Ya no sale a caminar por las noches?

–No lo sé, señor. Todo lo que sé es lo que ven mis ojos y lo que oyen mis oídos. Y yo no la he oído ni la he visto desde hace semanas, pero tampoco la he buscado. Tengo trabajo que hacer, ¿sabe? Quizá salga todavía a pasear o quizá duerma mejor ahora.

Holdsworth alargó la mano y Tom Heces se quedó mirando las monedas.

–Una vez vi a las dos.

–¿Cómo? ¿A quién?

El pocero nocturno se limpió la nariz en la manga.

–La esposa del rector, señor. Estaba con la que murió, el fantasma.

–¿Cuánto hace de esto? –inquirió Holdsworth.

Tom Heces lo miró con ojos asustados.

–Hace meses, señor. Antes de Navidades, antes de que muriera la guapa. Caminaban por el jardín a la luz de la luna.

CAPÍTULO 32

Dos cornejas grises cruzaron la sagrada parcela central de Chapel Court, cuales académicos en miniatura. Bastón en mano, Philip Whichcote entró en la arcada junto a la caseta del bedel. Su ademán era todo finura y cortesía. Las aves agitaron las alas con desgana y ascendieron vacilantes.

No había nadie a la vista. En la hora posterior a la comida poco sucedía en Jerusalem. Whichcote se dirigió a la escalera de la esquina sudeste y subió al primer piso. La puerta exterior de los aposentos de Frank seguía cerrada, pero el portón de roble de Harry Archdale estaba abierto. Percutió la puerta interior con la empuñadura del bastón y la voz de Archdale respondió desde dentro.

–Mi querido Harry, ¿cómo estás? Hace una eternidad que no nos vemos.

Archdale estaba de pie junto a una mesa buscando algo entre una pila de libros. Dejó el volumen que tenía en la mano y se acercó a saludar a Whichcote.

–Ricky me ha dado mucho que leer. Hace días que no salgo.

–Eso no puede ser. Seguro que tanto leer no es bueno para el hombre, debe de mermar sus facultades intelectuales. He venido con la intención de liberarte unas horas e invitarte a una cena íntima con sólo un puñado de nuestros amigos más cercanos. Me imagino que después jugaremos un rato a las cartas.

–Es muy amable de tu parte, pero me temo que no estoy libre.

La buena educación de Whichcote no le permitió mostrar su sorpresa.

–En ese caso haremos otra cosa. Hace muy buena tarde, ¿te apetece dar un paseo por el río?

–Lo siento, pero no puedo –Archdale señaló con un gesto los libros encima de la mesa–. Tengo demasiado trabajo. Cuando has llegado estaba a punto de ir a la biblioteca.

–¡La biblioteca! Ah... ya veo. Esto es cosa de tu tío, ¿verdad?

–Sir Charles desea que preste la atención debida a mis estudios, como es natural –respondió Archdale, incómodo.

–Bueno, no pasa nada. Ya vendré en otro momento cuando estés menos ocupado con tus libros. Quiero fijar una fecha para la siguiente cena del club, pero antes me aseguraré de que no tienes ningún otro compromiso.

Whichcote dedicó los siguientes minutos a hablar sobre banalidades a fin de limar las posibles asperezas derivadas de la conversación. Mientras tanto, se acercó a la ventana más próxima y

echó un vistazo al patio. Un hombre alto caminaba con paso ligero por el lado opuesto en dirección al pasaje junto a la sala común. Era la persona a la que Augustus había negado el paso en Lambourne House el domingo por la mañana después de la tormenta.

Whichcote se volvió hacia Archdale.

–¿No es ése el señor Holdsworth?

–Es bastante probable. Creo que lo vi antes de comer. Llegó mientras hablaba con Ricky y se fueron juntos.

–Pensaba que se había marchado de Cambridge para siempre con Frank. Por cierto, ¿cómo está nuestro amigo? ¿Hay alguna novedad?

–Ricky cree que debe de estar mucho mejor, si no Holdsworth no estaría aquí.

–Me alegra oírlo. Espero que pronto esté de nuevo entre nosotros. –Whichcote miró por la ventana otra vez, pero Holdsworth había desaparecido–. ¿Tiene previsto alargar su visita aquí? Me refiero a Holdsworth. Tenía entendido que lo habían enviado para examinar la biblioteca del colegio.

–No lo sé.

Archdale no le ofreció nada para beber ni dio señales de desear prolongar la conversación. Whichcote se despidió y se dirigió a la caseta del bedel, donde lo esperaba Augustus. Mepal le confirmó que Holdsworth había llegado poco antes de la hora de la comida y que nada indicaba que tuviera previsto pasar la noche allí. Tampoco había oído nada acerca del paradero de Frank Oldershaw.

Whichcote permaneció un rato indeciso en la entrada de Jerusalem sopesando las alternativas en su mente y llamó a Augustus.

–Quiero alquilar una montura para el resto del día. Ve a la cuadra y diles que llegaré en una hora y que deseo partir de inmediato.

* * *

–Dígame la verdad –exigió Holdsworth.

Elinor Carbury no respondió durante unos segundos. Sus pasos crujían al unísono sobre la grava del camino. Ese hombre la desconcertaba. Hizo un esfuerzo por ordenar sus pensamientos y se encaró a él.

–¿La verdad, señor? ¿Y qué parte de la verdad desea que le proporcione?

–Estaba pensando en la parte que tiene que ver con su noctambulismo.

Ella se paró en seco.

–¿Mi noctambulismo?

–Lo digo en el sentido literal. No pretendo sugerir que camina en sueños, señora, pero el pocero nocturno me ha dicho que a veces

pasea por el jardín de noche.

Elinor miró a su alrededor. Estaban solos.

–Es cierto que a veces no puedo dormir y salgo a tomar el aire, pero no deseo que sea algo que todo el mundo sepa.

Él hizo una reverencia.

–Lo comprendo. Y también comprendo que el ejercicio puede ayudarla a dormir. Yo muchas veces salgo a dar una vuelta o dos antes de retirarme a dormir. ¿Pasea usted por aquí, señora, por el jardín del Dr. Carbury?

–Sí, claro. Es un lugar muy resguardado, como usted ya sabe.

–Tom dice que a veces la ha visto cruzar la verja y el puente hasta los jardines del colegio.

–Sí –confirmó Elinor sin poder evitar una mirada furtiva a la verja en cuestión y al plátano oriental del fundador–. Pero muy pocas veces. Al Dr. Carbury no le gusta que pasee sola por la noche, ni siquiera por nuestro jardín. –En ese momento se sentía atrapada, como a menudo le pasaba en la vida, y buscó una vía de escape–. ¿Quiere que vaya a casa para ver si ha regresado? No entiendo por qué se ha entretenido tanto rato en la sala común.

–No se vaya, por favor.

En su urgencia, Holdsworth tuvo la temeridad de tocarle el antebrazo. Elinor sintió que se le acaloraba esa zona del cuerpo bajo el tejido del vestido. Frunció el ceño, pero él no pareció advertirlo. Ya no lo tenía tan cerca, se había alejado como para estudiarla mejor.

–Tom la vio pasear una noche por el jardín con la señora Whichcote.

Elinor lo miró, furiosa.

–¿Y qué tiene que ver eso con nada? A veces se alojaba en mi casa y también le costaba dormir.

–Eso demuestra que se orientaba bien por Jerusalem de noche.

–¿Y qué significa eso?

–¿Es posible que estuviera usted paseando por el jardín la noche que Frank Oldershaw creyó ver el fantasma de la señora Whichcote?

Elinor no respondió. Dio media vuelta y comenzó a caminar a paso lento por el sendero que conducía a la Laguna Larga. Los pasos de Holdsworth la siguieron. Ella quería gritar de frustración. ¿Por qué era tan provocador?

Holdsworth se puso a su lado.

–Seguro que entenderá que se trata de una hipótesis muy seductora, señora.

Ella no lo miró.

–¿Seductora?

–Seductora porque responde a todas las preguntas a la vez.

–Seductora –repitió con gran cuidado, como si la palabra fuera el

frágil huevo de un pájaro que requiriera ser tratado con extremo cuidado.

–Sí, seductora –insistió Holdsworth mientras se mantenía muy cerca de ella. Elinor se preguntó lo que evocaría ese adjetivo en su mente–. Es una hipótesis que ofrece una explicación totalmente racional a lo que ocurrió esa noche. Tenemos al joven señor Oldershaw, que, según ha reconocido él mismo, había bebido mucho y lo remató después con grandes cantidades de café y láudano. Esa noche se despertó de pronto de un sueño profundo con el ánimo muy decaído. Y ahí estaba él, deambulando por el oscuro jardín pensando que estaba totalmente solo cuando se encontró con una mujer en un lugar donde se suponía que no debía haber mujer alguna. La muerte de la señora Whichcote en ese mismo lugar pesaba en su mente. No es de sorprender que esa experiencia le robara temporalmente el juicio. Dadas todas las circunstancias, ya se hallaba en un estado de extremo nerviosismo. Si esta hipótesis fuera cierta, explicaría la presencia del supuesto fantasma; seguro que convencería al señor Oldershaw y satisfaría a lady Anne.

Dejó de hablar y miró a Elinor, que lo ignoró y dio media vuelta para estudiar la superficie de la laguna.

–Señora –dijo con suavidad–, lo que digo es cierto, ¿verdad? Es más que una hipótesis, es lo que sucedió.

Con la vista clavada en el agua, Elinor respondió con un hilo de voz.

–¿El pocero nocturno afirma que me vio? ¿Ése es su testigo?

–No, señora, no la vio esa noche porque no llegó a Jerusalem hasta mucho más tarde. Pero esto no es ningún tribunal ni es preciso convencer a ningún jurado. Sólo es cuestión de encontrar una teoría que explique los hechos tal y como los conocemos, y seguro que ve lo atractiva que resulta ésta.

–¿Importa algo lo que yo diga, señor? Usted ya tiene su teoría y si mi respuesta no encaja con ella, seguro que la ignorará.

–Jamás podría ignorar nada de lo que usted diga, señora. –Holdsworth calló, pero ella no habló, pese a que sintió que se ruborizaba ante su descaro–. Lady Anne ha cargado una pesada responsabilidad sobre mis espaldas y debo cumplir con ella lo mejor que pueda. ¿Estaba en el jardín esa noche?

–Sólo es mi palabra. Puede creerme o no, usted verá.

–Preferiría oírlo de sus propios labios.

–No lo estaba.

–Mi obligación es lograr que el señor Oldershaw vuelva a ser el de antes. A pesar de que no tengo ninguna prueba fehaciente que respalde mi teoría, sigue siendo una alternativa muy válida frente a la idea de que se le apareció una mujer muerta. ¿No cree que el mero

hecho de que exista esta posibilidad podría ayudarlo?

Elinor se volvió para mirarlo. Notaba la piel caliente y sudorosa, como si no se ajustara bien a su cuerpo.

–Le ruego que no comparta esa teoría con nadie. Conozco a lady Anne y es de principios muy rectos y juicio muy severo. La horrorizaría la idea de que una dama tuviera la costumbre de deambular sola de noche sin protección alguna, la única mujer en un colegio universitario lleno de jóvenes caballeros. No dudaría en condenar el pecado y al pecador, sin posibilidad de apelación.

–Señora, no puedo creer que...

–Un momento, eso no es todo –interrumpió Elinor–, esto es sólo una parte, la parte más insignificante del problema. Ya se habrá percatado usted de que el Dr. Carbury no está bien de salud.

Holdsworth asintió con la cabeza.

–¿Puedo confiar en usted?

–Me haría un honor, señora.

–Si sucede lo peor, no puedo arriesgarme a perder la amistad de lady Anne. No hay nadie más a quien pueda acudir. Una mujer sin amigos no puede permitirse ser pobre en este mundo.

Alzó la vista para mirarlo. No se había fijado antes en las líneas que perfilaban su rostro, en las líneas horizontales de la frente y en las que nacían en el rabillo de los ojos. Holdsworth no se había afeitado en varios días y tenía la barbilla y las mejillas cubiertas de manchas oscuras salpicadas de algún punto blanco, sobre todo en el labio superior.

–Espero que su futuro no sea tan sombrío como augura, quizá tome un giro nuevo mucho más feliz.

Los dos se miraron durante el silencio que siguió a sus palabras. «He aquí otro problema –pensó Elinor–. Tan hermoso discurso en la boca de otro hombre sería casi una declaración.»

–Se lo volveré a repetir una vez más si así lo desea –replicó, de pronto enfadada con Holdsworth porque el Dr. Carbury estaba vivo y sintiéndose culpable porque una parte de ella deseaba que no lo estuviera–. Quiero asegurarme de que lo entiende. Yo no estaba en el jardín esa noche. ¿Me oye, señor? No lo estaba. ¿Satisfecho?

–Muy bien, pero es una lástima. Hubiera sido una elegante solución al problema.

–Elegante para usted, quizá, pero inconveniente para mí.

Holdsworth apartó la vista.

–También está lo del otro asunto, y no creo que la mente del señor Oldershaw pueda descansar hasta que se resuelva, si es que se resuelve alguna vez.

–¿A qué se refiere, señor?

–Pues a lo que dio lugar a la historia del fantasma en primer lugar:

el modo en que murió la señora Whichcote.

CAPÍTULO 33

Holdsworth abandonó la residencia del rector y caminó con paso rápido por el pasaje que daba a Chapel Court. Cuanto más conocía Jerusalem, más sombras extrañas y desconcertantes vislumbraba bajo su superficie que no sentía ningún deseo de explorar. Durante su terrible conversación con Elinor Carbury en el jardín a duras penas había logrado contener su deseo por ella. Su propia estupidez le daba náuseas. No podía haberse fijado en una persona menos apropiada.

Era algo más que estúpido, era adúltero. Elinor estaba casada con el Dr. Carbury y Maria llevaba poco más de tres meses en la tumba. ¿Cómo podía traicionar a su esposa muerta, aunque sólo fuera de pensamiento?

Se obligó a encauzar sus meditaciones hacia un canal más seguro. ¿Le había mentido Elinor Carbury? ¿Estuvo paseando bajo el plátano la noche en que Frank Oldershaw se volvió loco? ¿Era ella el fantasma que rondaba la laguna? ¿O sólo rondaba su mente?

Hasta que no estuvo en medio de Chapel Court no reconoció a las dos figuras delante de la puerta de la biblioteca. El señor Richardson hablaba con su pupilo, el reluciente señor Archdale, que parecía más sonrosado y rechoncho que nunca. Era demasiado tarde para cambiar de rumbo y evitarlos, así que Holdsworth puso expresión preocupada e intentó evitarlos con una reverencia rápida, como si estuviera en medio de un recado urgente, pero Richardson se volvió hacia él con la mano extendida.

–¡Señor Holdsworth! ¡Justo el hombre que necesitamos! ¿Podría dedicarnos un instante? Necesito su consejo con urgencia.

Sin poder hacer nada para evitarlo, Holdsworth dejó que Richardson lo apartara a un lado para hablar con él. Archdale aguardó a unos metros de distancia, balanceando el peso de su cuerpo de un pie a otro.

El tutor bajó la voz.

–Me temo que hay un ladrón entre nosotros, señor. El señor Archdale acaba de ir a la biblioteca y ha descubierto que alguien ha forzado una de las puertas del armario donde guardamos los libros más valiosos y de naturaleza más delicada. Seguro que lo recuerda. Se lo enseñé, a la izquierda de la chimenea.

–Sí, empotrado en la pared. ¿Cuándo ha sucedido esto?

–Probablemente durante el almuerzo o justo después. La biblioteca estaba abierta y había poca gente. Cuando el señor Archdale ha descubierto que el armario había sido forzado, ha venido a buscarme, como es natural. He examinado el contenido y creo que sólo falta un

volumen, una obra de Marlowe.

–¿La masacre de París?

–Exacto. Una extraña elección, ya que hay libros más valiosos.

–O astuta –sugirió Holdsworth.

–¿Por qué lo dice?

–Es una edición extraordinariamente bien conservada, inmaculada, de las primeras, que se sepa, que se hicieron de la obra y parece estar en su encuadernación original. Nadie sabe cuántos ejemplares se imprimieron, cuántos siguen existiendo ni dónde están. Por lo tanto, si el ladrón se ha tomado la molestia de eliminar cualquier indicación sobre su propiedad, será un libro relativamente fácil de vender.

–Ah, ya le entiendo. Así que el ladrón sabía lo que se hacía.

Holdsworth asintió con la cabeza.

–Quizá.

–¿Y qué valor puede alcanzar un libro como ése?

–Lo ignoro. Estas cosas se venden por el precio que el mercado está dispuesto a pagar. Marlowe no es muy buscado en la actualidad, pero hay quien estará encantado de tener un ejemplar en su colección. Si el ladrón es tan listo como parece, esperará el momento apropiado y buscará a un comprador particular en lugar de a un librero para venderlo. Otra alternativa es que haya robado el libro por encargo de alguien y ya tenga un comprador.

Richardson miró a Archdale, que estaba fuera del alcance de su voz.

–Señor Holdsworth, me temo que eso no es todo. Hay otra circunstancia que no sé si hace mejor o peor la situación. –Se sacó algo del bolsillo y se lo mostró en la palma de la mano–. Cuando el señor Archdale descubrió que el armario había sido forzado, también encontró esto dentro, y le juro que no estaba ahí esta mañana cuando yo abrí el armario, por lo que sólo cabe concluir que pertenece al ladrón.

Richardson tenía en la palma de la mano un pequeño cortaplumas con el mango de hueso. La navaja estaba abierta. La cuchilla estaba rayada y gastada, sin brillo, una sombra de su formato original por el afilado constante. El metal sólo brillaba por el filo.

–¿Usted cree que éste es el instrumento que se utilizó para forzar la cerradura?

–Eso parece. Y tanto el señor Archdale como yo hemos visto esta navaja antes. Tiene una forma bastante distintiva, como puede ver, con una mancha negra en el mango como si se hubiera apoyado encima un atizador ardiendo o algo parecido. Me temo que no hay duda alguna de que pertenece al señor Soresby. Le he visto usarla en innumerables ocasiones. Con ella se hurga los dientes, se lima las uñas e incluso se corta la carne.

–¿Han visto hoy al señor Soresby en la biblioteca?

Richardson se encogió de hombros.

–Va y viene con tanta frecuencia que nadie repara en él. Después de todo, es el ayudante de la biblioteca.

Archdale se aproximó:

–Señor, esto es muy incómodo. No creo que Soresby fuera tan idiota de robar el libro, y mucho menos de dejarse la navaja.

–Nunca se sabe –replicó Richardson con el ceño fruncido–. ¿Quién conoce los resortes ocultos del corazón de otra persona? Cuando una mano comete una acción dolosa, la otra mano puede encontrar una manera de confesarlo. Le agradezco mucho que me lo haya comunicado, señor Archdale, y no quisiera robarle más tiempo de sus estudios, pero ¿podría pedirle que no dijera nada de todo esto hasta que haya tenido la oportunidad de hablar con el señor Soresby? Puede que haya una explicación inocente para todo ello.

Era un asunto desagradable. Holdsworth también estaba ansioso por marcharse y dio un paso hacia la caseta del bedel.

–Tiene usted mucho de qué ocuparse, señor, y seguro que...

–No, le ruego que se quede, señor Holdsworth –insistió Richardson–. ¿Me permite que abuse de su buena voluntad y le pida un favor? Un asunto tan delicado como éste debe tratarse con cuidado y su ayuda será muy valiosa. Según las pruebas de las que disponemos, hay buenas razones para sospechar que el señor Soresby es el responsable del robo, pero no son pruebas irrefutables. En mi calidad de bibliotecario y tutor del señor Soresby, mi obligación es visitarlo de inmediato, pero no sería apropiado que me enfrentara a él sin la presencia de un testigo y usted es la persona idónea para actual como tal. No es usted miembro del colegio, pero conoce su funcionamiento y a muchas personas de aquí. Además, ha venido en nombre de su señoría, cuya familia tiene muchos vínculos con Jerusalem, y conoce usted el contenido de la biblioteca.

Richardson tomó a Holdsworth del brazo y cruzaron las mamparas y el pasaje que separaba el extremo inferior del refectorio de la despensa y las cocinas hasta llegar a un patio abierto. Delante de ellos, detrás de las verjas, se encontraba Jerusalem Lane. A la derecha estaba la residencia del rector y en la esquina noreste, en ángulo recto con ésta y en el linde de Jerusalem Lane, se hallaba Yarmouth Hall. Richardson cruzó primero el patio adoquinado en diagonal hasta la entrada del edificio, un pesado portalón de roble con agrietados motivos perpendiculares emplazado entre dos contrafuertes.

–Es un alojamiento muy poco conveniente para los estudiantes –señaló Richardson mientras levantaba la balda–. Es un edificio muy antiguo y requiere reparaciones constantes. –Lo guió hasta un oscuro vestíbulo con suelo de piedra del que salían varios pasillos a uno y

otro lado y una escalinata que conducía a los pisos superiores. El tutor se tapó la nariz con un pañuelo–. Me temo que el aire aquí no es tan saludable como sería de rigor –murmuró–. Por aquí.

Llevó a Holdsworth escaleras arriba. Yarmouth Hall estaba dividido en tres pisos, cada uno de los cuales contenía media docena de pequeñas habitaciones. El yeso se desprendía de los tabiques y dejaba expuestos los listones del entramado. El suelo estaba granuloso a causa de la suciedad.

–Al menos se trata de un alojamiento barato. Las habitaciones de las buhardillas son las más económicas –explicó Richardson mientras giraba el recodo de la escalera y ascendía el último tramo hasta el segundo piso.

Una vez llegados a la última planta, llamó a la puerta situada al final del pasillo. Holdsworth oyó pasos dentro y el traqueteo de un cerrojo. La puerta se abrió unos centímetros y pudieron atisbar el rostro alargado y nervioso de Soresby.

–Señor Soresby, buen día tenga usted. ¿Le importa si pasamos?

El sizar dio un paso atrás de forma automática y abrió la puerta de par en par con expresión sorprendida. Holdsworth agachó la cabeza para entrar en la pequeña habitación. Richardson cerró la puerta tras de sí.

La estancia tenía algo más de tres metros de largo desde el ángulo del tejado, pero no más de dos metros de ancho. No había chimenea. La gorra y la toga de Soresby colgaban de un clavo junto a la puerta. Debido a la inclinación del techo, sólo era posible estar de pie en el centro. En un extremo había una cama deshecha sin cortinas y, cerca de la puerta, una mesa de pino con manchas sobre la que descansaban varios libros y una bandeja de madera con un mendrugo de pan y unas migas de queso. En la pared de la mesa había un pequeño estante con una docena de libros.

Cuando entraron, Soresby se replegó hacia la cama. Holdsworth se quedó cerca de la ventana abuhardillada totalmente abierta que daba al sur, al colegio, pero poco había que ver excepto una parte del muro blanco de la casa colindante, la residencia del rector. Holdsworth miró abajo y varios olores desagradables salieron a su encuentro. Se hallaba directamente encima del pequeño patio donde estaba el excusado y el lavadero de los Carbury, donde a veces trabajaban sus sirvientes. No se veía a nadie.

–Me temo que no estamos aquí por un asunto agradable, señor Soresby –comentó Richardson.

El estudiante, desconcertado, miró de Richardson a Holdsworth.

–No le entiendo, señor. ¿Ha habido algún accidente? ¿Mi padre...?

–No, no –interrumpió Richardson–. Al menos puede estar usted tranquilo en ese sentido. No, tiene que ver con la biblioteca. Antes de

proseguir, ¿hay algo que desee contarme? Ello podría redundar en su beneficio.

Richardson hizo una pausa y Soresby negó con la cabeza.

–Muy bien, entonces debo informarlo de que ha habido un robo. Un ladrón ha entrado en la biblioteca en algún momento del día de hoy, seguramente durante el almuerzo o justo después. Ha forzado la cerradura de un armario y ha robado un libro valioso.

Soresby pareció encogerse en sí mismo.

–Lo siento mucho, yo...

–¿Cómo? ¿Admite usted su responsabilidad?

–No, señor. –Soresby perdió el poco color que tenía en la cara–. Claro que no, sólo quería decir que hubiera deseado estar allí para evitar la pérdida. Como soy el ayudante de la biblioteca...

–Sí, claro, también está la cuestión de la dejación de sus obligaciones –confirmó Richardson–, pero no es éste el tema que nos ocupa ahora. A mí me preocupa una posibilidad mucho más grave: que usted sea el ladrón.

Soresby levantó las manos como para protegerse de un puñetazo. Dio un paso atrás para alejarse de Richardson y tocó el borde de la cama con la parte posterior de las piernas. Sorprendido, se sentó de golpe.

–Está claro que el responsable no sólo sabía el armario que debía abrir, sino también el libro que debía robar. En otras palabras, el ladrón estaba muy familiarizado con la biblioteca.

–Se lo suplico, señor, ¿cómo puede sospechar eso de mí? –exclamó Soresby–. Yo jamás...

–Le agradecería que escuchara la acusación antes de tratar de defenderse. Como le estaba diciendo, el señor Archdale fue a la biblioteca después de comer y fue él quien descubrió el robo, así como la herramienta empleada para forzar la puerta del armario. Como es natural, me la trajo de inmediato, y debo añadir que la reconoció, al igual que yo.

Richardson sacó el cortaplumas del bolsillo y se lo mostró. Soresby, todavía sentado, lo miró durante un instante y alargó la mano como si fuera a cogerlo, pero el tutor retiró la suya.

–¿Admite que éste es su cortaplumas?

–Claro que sí, señor. Lo reconocería en cualquier parte, lo tengo desde que era niño. Era de mi padre.

–Muy bien –Richardson lanzó una mirada a Holdsworth–. Pues ahora debo preguntarle de nuevo si robó usted el libro.

Soresby abrió la boca, pero no pudo hablar. Sacudió la cabeza con violencia y su cabello desarreglado acompañó el gesto de un lado a otro.

–Dado que las pruebas contra usted son tan rotundas, señor

Soresby, no tengo más remedio que registrar su habitación. Esto me resulta tan desagradable a mí como a usted, pero comprenderá que, en vista de las circunstancias, no tengo más remedio. Si es usted inocente, lo cual es posible pese a la contundencia de las pruebas en su contra, también querrá que se demuestre su inocencia ante el mundo entero. –Richardson miró a Holdsworth–. Estas cosas deben realizarse del modo apropiado, señor. ¿Me haría el favor de colocarse junto a la puerta y atestiguar el registro? –Se volvió hacia Soresby–. Le ruego que se ponga usted junto al señor Holdsworth, pero antes ¿le importaría vaciarse los bolsillos?

Soresby se levantó tambaleante y vació los bolsillos de su chaqueta y calzón uno a uno.

–Yo... yo había advertido que había perdido el cortaplumas, señor, pero pensaba...

Soresby guardó silencio y esperó junto a Holdsworth. Temblaba como si estuviera enfermo. Tiró de una falange con un fuerte crujido.

Richardson recorrió la pequeña habitación de forma tan metódica como hacía todo lo demás. Rebuscó entre los libros, miró encima de la mesa, y debajo también. En el suelo había una caja de madera con los apuntes de Soresby. Volcó el contenido sobre la mesa y lo removió con el índice. Inspeccionó el pequeño armario donde Soresby guardaba su escasa ropa y un revoltijo de objetos de toda índole, desde cabos de velas hasta agujas oxidadas.

Soresby respiraba de manera rápida e irregular. Desprendía calor, como si tuviera fiebre. Holdsworth notó su ardor y un olor agrio, como si su miedo se manifestara en hedor.

Por último, el tutor se dirigió a la cama y la deshizo entera hasta dejar el jergón de paja al descubierto. Examinó el cabezal y la almohada. Debajo de la cama encontró polvo, un orinal del que se vertieron unas gotas de orina al moverlo y el esqueleto de un ratón. Volvió su atención al jergón y lo palpó por ambos lados, como un médico que explora el cuerpo de un paciente en busca de un bulto.

De repente levantó la vista.

–Me da la impresión de que hay un objeto rectangular alojado entre la paja, señor Soresby. Aquí... donde la costura está abierta. ¿Le importaría sacarlo, por favor?

Soresby tragó saliva. Abrió la boca y la cerró de nuevo. No se movió.

–¿Me ha oído usted? –repitió Richardson con sequedad.

Soresby cruzó la habitación con paso tembloroso y se arrodilló junto a la cama. Richardson lo observaba de pie junto a él. El sizar metió la mano dentro de la cubierta de lona que albergaba la paja.

–Allí no –dijo Richardson–, por el otro lado.

La mano de Soresby maniobró de forma invisible y cambió de

posición. Acto seguido extrajo un libro en cuarto encuadernado en piel. Se sentó sobre los talones y lo contempló con los ojos muy abiertos.

–Démelo –ordenó Richardson.

Apenas un metro separaba a los dos hombres. Todavía de rodillas, como si estuviera suplicando, Soresby entregó el libro a Richardson. El tutor lo tomó, lo abrió por la portada y lo sostuvo en alto para que Holdsworth pudiera verlo: La masacre de París.

–Le juro –protestó Soresby con un hilo de voz–, le juro que...

–No añada el perjurio al resto de sus pecados, señor. Ahora tenemos que irnos. Usted quédese aquí. Ya mandaré a buscarlo. –El tutor se volvió hacia Holdsworth–. Siento que haya tenido usted que presenciar esta desagradable escena, pero espero que me permita abusar un poco más de su buena fe y que acceda a acompañarme a la residencia del rector.

Richardson dedicó a Soresby la más breve de las reverencias y se marchó con la nariz en alto, como si procurara alejarse al máximo de la pestilencia de la corrupción moral que contaminaba el ambiente.

Holdsworth se dispuso a seguirlo, pero en el umbral de la puerta dio media vuelta. Soresby seguía de rodillas, con el rostro de un sucio tono blanquecino, casi gris. Tenía los ojos muy abiertos, perdidos en el vacío. Sólo movía las manos. Hizo crujir la articulación de un dedo.

CAPÍTULO 34

Philip Whichcote bajó del caballo, abrió la verja y guió al animal hasta el patio. Docenas de palomas salieron volando al oír repicar las herraduras contra el suelo. Cuando soltó las riendas, el caballo se acercó al abrevadero y agachó la cabeza para beber.

Whichcote tanteó la puerta grande del molino, pero estaba cerrada. No había tenido problemas para llegar hasta allí. Los mozos de la cuadra de pupilaje tenían un conocimiento enciclopédico del campo circundante y uno de ellos había trabajado para el señor Smedley, el arrendatario de Whitebeach. Whichcote era consciente de que la próxima hora marcaría el rumbo de su futuro. La prudencia le señalaba una dirección, pero sus instintos lo empujaban hacia el lado contrario.

Oyó pasos a sus espaldas.

Mulgrave apareció por la esquina de la casa, al otro lado del patio. Caminaba con paso inseguro, bamboleándose de un lado a otro mientras alternaba el peso entre la pierna más corta y la más larga. Se detuvo a unos pasos de Whichcote y los dos hombres se miraron en silencio.

–Había oído un caballo –comentó el gyp con la lúgubre satisfacción del que teme lo peor, pero que al menos tiene la tranquilidad de saber que no se equivocaba.

–He venido a ver al señor Oldershaw. ¿Dónde está?

Mulgrave escupió en el suelo, muy cerca de la bota de Whichcote.

–No recibe visitas.

–¡Maldito insolente!

De pronto Whichcote sintió que se apoderaba de él toda la furia, la preocupación y la frustración de los últimos meses y explotó. Sin pensarlo dos veces, levantó el brazo derecho y cruzó la cara del sirviente con la fusta.

Cogido de sorpresa, el gyp trató demasiado tarde de esquivar el golpe. Apoyó todo su peso en la pierna mala, tropezó y cayó al suelo. Whichcote volvió a azotarlo, esta vez la punta alcanzó el ángulo entre el cuello y el hombro de Mulgrave.

El gyp gritó y se puso de pie como pudo. Había perdido el sombrero y la peluca. Echó a correr por donde había venido, cojeando, pero moviéndose con sorprendente rapidez. Whichcote lo persiguió agitando la fusta. Las botas de montar resonaban y resbalaban sobre las piedras. Había encontrado un objetivo seguro sobre el que descargar su ira; casi se sentía agradecido a Mulgrave.

Dio la vuelta a la casa y se encontró en medio de un jardín

abandonado.

Mulgrave no estaba a la vista. Quizá se había refugiado en la casa, o incluso en el molino, que estaba más lejos. Whichcote distinguió una figura junto al agua, al final del jardín, apenas visible detrás de los frutales sin podar.

Unos azotes y un chapuzón serían una buena lección para el bellaco.

Whichcote se dio cuenta del error antes de llegar a los árboles. El que estaba allí era Frank, sentado de espaldas a la casa. Había dejado la chaqueta y el sombrero en la hierba junto a él. En la mano sostenía una caña con el sedal holgado que se movía con la corriente. No se giró al acercarse Whichcote, pese a que había oído sus pasos con toda seguridad.

Prudencia, se repitió Whichcote. Se sentía curiosamente tranquilo. Le seguiría el juego, se dijo.

–¡Frank! –exclamó Whichcote acercándose con una sonrisa, consciente de que era el momento de disimular y engatusar como nunca antes lo había hecho. Cambió la fusta de mano para poder extender la derecha a Frank–. Buenos días, ¡qué alegría verte!

Frank dejó la caña de pescar y se puso de pie. Ignoró la mano que le tendía Whichcote e inclinó la cabeza a modo de rígida reverencia.

–Tienes muy buen aspecto –continuó Whichote a la vez que posaba la mano rechazada sobre la cadera como si tal cosa, como si ésa hubiera sido su intención desde el principio–. Eres un ejemplo viviente de los efectos beneficiosos de la vida en el campo. Al verte así me entran ganas de venirme a vivir aquí contigo. Pasaríamos el día pescando, cazando y montando a caballo, más felices que nadie. ¿Estás solo?

Frank no respondió, pero Whichcote tuvo la impresión de que asentía con la cabeza, aunque no podía asegurarlo porque el sol estaba bajo a las espaldas de Frank y le oscurecía el rostro, a la vez que deslumbraba a Whichcote. La cabellera de Frank brillaba bajo los dorados rayos del sol. Con el cabello suelto y sin empolvar parecía un labrador.

–Me temo que me he visto obligado a castigar a tu criado al llegar –prosiguió–. Maldito sea ese hombre. Ya es lo bastante mayor como para saber cuál es su sitio. Ha sido muy insolente. Deberías echarlo, realmente deberías hacerlo.

Hizo una pausa, pero Frank no dijo nada.

–Tus amigos están ansiosos por saber de ti. ¿Puedo decirles que ya estás totalmente recuperado? ¿Cuándo volveremos a disfrutar de tu compañía?

Oyó un movimiento detrás de él y dio media vuelta. Mulgrave avanzaba por el camino cojeando. El gyp se detuvo junto a los árboles

y mantuvo una distancia prudencial entre él y Whichcote. Una herida le cruzaba la mejilla izquierda como una quemadura y tenía un surco rojo en el cuello, justo debajo de la mandíbula.

–Me ha atizado con la fusta, señor –protestó Mulgrave–. No tiene ningún derecho, yo no soy su sirviente, y además me debe dinero.

–Contén tu lengua –espetó Frank, cuyo sentido de clase se rebeló ante la osadía de Mulgrave de hablar con tan mala educación a sus superiores.

–Espero que tú mismo te encargues de castigarlo –comentó Whichcote–. ¿En qué mundo vivimos, Dios mío?

Frank volvió a mirar a Whichcote y, de repente, dio un salto hacia delante y lo agarró por la cintura. Tomado por sorpresa, éste no hizo ningún intento al principio por defenderse. Cuando Frank comenzó a empujarlo por la pendiente hacia la orilla, Whichcote se resistió y por un instante consiguió zafarse de su cepo, pero Frank era más joven, más grande y más fuerte que él. Volvió a rodear a Whichcote y le sujetó los brazos a los lados.

–Maldito seas, déjame...

Frank continuó empujándolo pendiente abajo. El suelo cerca del agua era blando y las botas de montar resbalaban en el barro. Whichcote golpeó con la frente la cara de Frank con toda la fuerza y mala intención de la que fue capaz. Frank soltó una maldición, cambió la posición de agarre y levantó a su contrincante del suelo.

–Por el amor de Dios...

Frank comenzó a girar sobre sí mismo al tiempo que alzaba a su víctima todavía más alto. La intensidad del giro fue ganando fuerza y velocidad hasta que arrojó a Whichcote lejos de sí. Por un instante, éste voló en el aire agitando las piernas y los brazos antes de caer en el agua con un enorme estrépito.

–Cuac –dijo Frank con una sonrisa–. Cuac, cuac.

* * *

Holdsworth se alejó a grandes zancadas de Cambridge y ascendió con paso rápido la larga colina desde el río, como si las mismas furias del infierno le pisaran los talones. Mientras caminaba, dos rostros aparecían sin cesar en el escenario interior de su mente: por un lado, el rostro pálido, anguloso y aterrorizado de Tobias Soresby y, por el otro, el semblante de Elinor Carbury mirándolo con esos ojos tan preciosos, tan insólitos y tan seductores en esa cara severa y delgada de cejas espesas.

¿Por qué dicen que sólo los muertos nos atormentan cuando los vivos también lo hacen muy bien?, pensó.

Dejó atrás la ciudad. Estaba oscureciendo y las nubes del oeste

refrescaban el aire de forma apreciable. Holdsworth ralentizó el paso. Recordó el paseo con Richardson por los jardines de Jerusalem en su primera noche allí. Éste había afirmado que el lugar era como una fortaleza cercada e inviolable, pero también podía verse desde otra perspectiva: los muros mantenían a unas personas en el interior y a otras fuera. El lugar era una trampa, y los animales aprisionados en trampas no pueden escapar los unos de los otros. En el pasado, cuando era un próspero comerciante, Holdsworth había tenido un empleado al que le encantaba coger ratas, colocarlas juntas en una jaula y hacer que lucharan entre sí hasta que sólo quedara una, sangrienta y victoriosa, a menudo agonizante. El empleado en cuestión se divertía observándolas y apostaba acerca del ganador.

Vio a un jinete a cuatrocientos metros de distancia. El caballo iba al paso, así que no debía de tener prisa. Poco a poco se fue acercando. Había algo extraño en la figura encorvada sobre la silla. El hombre iba con la cabeza gacha y llevaba la chaqueta arrugada y andrajosa. Iba descubierto, sin sombrero ni peluca.

La distancia entre ellos se fue acortando. La chaqueta no sólo estaba desmañada, sino empapada, al igual que el resto de la ropa. Cuando estuvieron a menos de veinte metros, el jinete alzó la vista, cruzó la mirada con la de Holdsworth y al acto inclinó la cabeza sobre el cuello del caballo, pero Holdsworth había tenido tiempo suficiente para reconocerlo.

–Buenas tardes, señor Whichcote. ¿Ha tenido usted un percance?

Whichcote lo ignoró, puso el caballo al trote y lo rebasó. Holdsworth se volvió y lo contempló mientras se alejaba. Una vez cubierta una distancia prudencial, Whichcote permitió al animal retomar una marcha tranquila y bamboleante.

Holdsworth apretó el paso e hizo caso omiso de la ampolla que se le estaba formando en el pie derecho. Atravesó la pequeña aldea, los perros le ladraron y el herrero lo observó con curiosidad mientras se fumaba la pipa de la tarde delante de la herrería. Holdsworth tomó la curva hacia el molino.

Mulgrave estaba en el patio, también fumando. Al ver a Holdsworth se levantó con evidente desgana y apenas hizo ademán alguno por esconder la pipa. Tenía una marca en la mejilla, una herida larga y encendida, y otra en el cuello que quedaba medio oculta por el pañuelo y la camisa.

–Gracias a Dios que es usted, señor –dijo el gyp alzando la vista al cielo–. Por un momento pensé que sería ese demonio otra vez.

–¿El señor Whichcote?

–¿Quién si no, señor? El diablo en persona.

–Me he cruzado con él en el camino.

–Me atacó con la fusta, aquí mismo. Yo soy un ciudadano libre de

este país, tan libre como él, señor. Quizá lo denuncie ante la justicia. Ha sido un asalto con agresión, eso es lo que ha sido. Además, me debe dinero, el muy villano. A todos los efectos es como si me lo hubiera robado.

–¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está el señor Oldershaw? ¿Ha hablado con el señor Whichcote?

Mulgrave retorció el cuerpo, como si las preguntas fueran balas que tratara de esquivar. Holdsworth tardó en darse cuenta de que estaba retorciéndose de la risa.

–El señor Frank le dio un chapuzón en la balsa.

–¿Cómo?

El gyp siguió riendo en silencio.

–Le dio un chapuzón. Eso enseñará una lección a ese demonio.

–Pero ¿dónde está ahora el señor Oldershaw?

–En el salón, si es que puede llamarse así.

Antes de que el gyp hubiera acabado de hablar, Holdsworth ya se estaba alejando. La falta de respeto de Mulgrave era algo con lo que lidiaría más tarde. Encontró a Frank sentado en una silla junto a la mesa con un servicio de té. Llevaba el cabello peinado y ligeramente empolvado e iba vestido de manera sobria y elegante. Hubiera podido asistir así a la misa de Great Saint Mary's y nadie hubiera levantado una ceja. Estaba tan absorto en el libro que estaba leyendo, Pensamientos nocturnos, que no pareció advertir la presencia de Holdsworth.

–Señor Oldershaw, siento con toda mi alma la intrusión que ha sufrido esta tarde. Espero que no esté usted herido.

Frank dejó el libro sobre la mesa, se levantó con gran condescendencia e hizo una reverencia.

–No debería haberlo dejado aquí sin protección –continuó Holdsworth–. Me he estado devanando los sesos pensando en cómo Whichcote ha podido localizarlo.

–Estoy muy bien, señor, como puede ver, así que no importa.

–¿Por qué ha venido Whichcote? ¿Qué ha sucedido?

Frank sonrió.

–Cuac –dijo–. Cuac.

Esa tarde llovió. No fue una lluvia fuerte, sino una llovizna constante que obligó a Elinor a quedarse en casa. Se sentó junto a la ventana girando las familiares páginas de Rasselas: «No hay persona, culta o ignorante, que no crea en las apariciones de los muertos». Estaba pendiente del trajín constante dentro de la casa, los pasos en las escaleras, las puertas cerrándose, las idas y venidas en el vestíbulo y los cuchicheos de los sirvientes.

A las ocho hizo sonar la campanilla con el propósito aparente de pedir a Susan el té, pero aprovechó para preguntarle sobre los

movimientos en el piso de abajo.

–Es el señor Richardson, señora, lleva toda la tarde entrando y saliendo. También han venido el señor Holdsworth, el joven señor Archdale y Mepal. Y ahora el rector ha enviado a Ben a buscar al señor Soresby.

El tiempo transcurrió con enorme lentitud. Después de tomar el té, Elinor tuvo que bajar en dos ocasiones, una para buscar un libro en el comedor y otra cuando cesó de llover, para dar una vuelta en el Jardín del Rector aprovechando que todavía era de día. En ambas ocasiones oyó voces detrás de la puerta cerrada de la biblioteca del Dr. Carbury. A pesar de la fuerte tentación, no se permitió caer tan bajo como para poner la oreja en la puerta. Además, con las continuas idas y venidas de los criados, corría el riesgo de ser descubierta.

Una vez en el jardín, estuvo andando arriba y abajo por los senderos de grava, pero con sorprendente frecuencia se descubría a sí misma pasando por delante de la ventana de la biblioteca, que por desgracia estaba cerrada. Cuando se acercaba, podía oír voces, pero no distinguía lo que decían, salvo cuando oyó a Soresby decir, o más bien gritar: «¡Se lo juro, señor! ¡Por lo más sagrado!».

A medida que avanzaba la tarde el misterio iba siendo cada vez mayor. Elinor estaba en el comedor cuando Soresby abandonó la casa del rector. Vio su figura desgarbada pasar junto a la ventana, con la cabeza gacha y arrastrando la toga por el suelo.

Llegó la hora de la cena y Elinor cenó sola. No había señal alguna del Dr. Carbury, aunque seguía en casa. Por norma general cenaba fuera, en el refectorio o en la sala común, pero si se quedaba en casa, cenaba con su esposa. Elinor interrogó a Susan con discreción y supo que su marido ni siquiera había pedido que le llevaran una bandeja a la biblioteca, pero daba por supuesto que el Dr. Carbury no se sentía enfermo. De lo contrario, hubiera avisado a Elinor y a los sirvientes; no era un hombre que sufriera en silencio.

Su conducta era inexplicable, pero Elinor no se atrevía a molestarlo para satisfacer su curiosidad. Una de las reglas que le había impuesto en su matrimonio era que ella nunca debía acudir a él, sino que él acudiría a ella si quería y cuando quisiera.

En cuanto acabó de cenar regresó al salón, encendió las velas y cerró las cortinas. Al poco rato oyó unos pasos conocidos arrastrándose escaleras arriba. Su esposo entró en la estancia apoyándose en el bastón. Tenía la cara gris y parecía más delgado de lo normal. La piel le colgaba de la mandíbula como unos pliegues de lienzo manchado y arrugado.

–Ha venido usted, señor –Elinor se levantó y giró la silla hacia él para que le resultara más fácil sentarse–. Ya no albergaba ninguna esperanza.

El Dr. Carbury hizo una reverencia muy breve y se dejó caer en la silla.

–No ha cenado usted, ¿no se encuentra bien?

Carbury descartó la pregunta con un movimiento de la mano.

–Sí, supongo que debería picar algo, aunque sea poca cosa. Ya he mandado a Ben a buscar una o dos chuletas de cordero y una ración de la tarta de pichón que comimos anoche, si todavía queda. No me entra nada más.

–Mi querido señor, no está usted bien.

El Dr. Carbury gruñó.

–Esta tarde he recibido una noticia que me ha quitado el apetito. Jamás lo hubiera creído posible, de Soresby especialmente.

–¿Qué le ha ocurrido?

–Se trata más bien de lo que ha hecho, señora. Hace una hora o dos ha venido a verme Richardson con el rostro compungido, pero con un brillo de júbilo en los ojos. Al parecer, Soresby ha robado un libro valioso de la biblioteca.

–¿Robado? ¿No prestado?

–Nadie toma un libro prestado rompiendo la cerradura del armario en el que está guardado, llevándoselo a escondidas y ocultándolo en el jergón. No hay ninguna duda. Soresby lo niega todo, como es natural, pero las pruebas son irrefutables. Supongo que pretendía vender el libro, al parecer pagarían unas cuantas guineas por él en Londres. Y sabe Dios que debe de necesitar el dinero. Todos los sizars lo necesitan.

–Pero... ¿cómo puede ser? Le había prometido la plaza de Rosington...

–Sí, pero no estará vacante hasta dentro de más de seis meses. No podía acceder de forma directa a la junta en cualquier caso. No podía confiarse en que fuera una oferta en firme y segura porque todavía no se ha licenciado. De todos modos, no deja de ser extraño. Siempre podía haber acudido a mí, yo le hubiera adelantado el dinero en caso de necesidad. Mi única hipótesis es que ese idiota tuvo un impulso desesperado. Después de haber hecho tanto por él.

Elinor se movió para que no la deslumbrara la luz de las velas.

–¿Qué va hacer ahora? ¿Existe alguna manera de resolver este asunto con discreción?

Carbury negó con la cabeza.

–Es la oportunidad perfecta para que Richardson se vengue de mí. Me imagino que la noticia ya habrá corrido por todo Cambridge, él ya se habrá encargado de ello. Si sólo fuera su palabra contra la de Soresby, sería más fácil encontrar una solución, pero por desgracia el robo fue descubierto por el señor Archdale. Soresby se olvidó el cortaplumas en el lugar del robo y fue el propio Archdale quien lo

reconoció. Y adivina quién más apareció en escena: el señor Holdsworth.

–¡El señor Holdsworth!

Carbury la miró perspicaz.

–Pensaba que se habían visto esta tarde. Usted sabía que estaba en Jerusalem.

–Sí, así es. –Elinor recuperó la compostura con rapidez y albergó la esperanza de no haberse ruborizado–. Es que no imaginaba que el señor Richardson pudiera ser tan indiscreto como para recurrir a los servicios de una persona ajena al colegio.

El doctor asintió con la cabeza.

–Cuánta razón tiene, señora mía. El señor Richardson no ha actuado de forma inteligente. No obstante, solicitó su asistencia porque tiene un buen conocimiento de esta biblioteca y del comercio de libros en general. Hasta estuvo presente cuando Richardson encontró el libro en el jergón de Soresby, lo cual significa que lady Anne conocerá toda la historia dentro de uno o dos días. Dick el Sucio es más astuto que una carretilla llena de zorros viejos.

–¿Y el señor Soresby? ¿Será llevado ante la justicia?

–No, al menos espero poder evitarlo. No tiene ningún sentido. Hasta Richardson debe de ver el efecto dañino que eso tendría para el colegio.

–¿Así que simplemente será expulsado?

Carbury se retorció en la silla para poder ver mejor a su esposa.

–No... no he decidido todavía cuál será el mejor plan de acción.

Elinor lo miró fijamente.

–Pero tendrá que marcharse, ¿no? No puede permitir que se licencie.

El Dr. Carbury no dijo nada. Se rascó la frente bajo el borde de la peluca con una larga uña amarillenta que recordaba a la garra de un perro.

Ben entró en el salón.

–Las chuletas ya están listas, señor. ¿Desea tomarlas abajo o que se las suba en una bandeja?

CAPÍTULO 35

En cuanto finalizó el servicio de la mañana la congregación comenzó a desfilar por la puerta oeste impaciente por desayunar o, en el caso de los que se habían levantado tarde, por acabar de vestirse. Harry Archdale esperó bajo la arcada a que saliera todo el mundo. Los profesores y estudiantes de Jerusalem fueron pasando junto a él, apretados los unos contra los otros. Los paraguas danzaban por los adoquines del patio, resbaladizos por lluvia. Poco a poco, el flujo de gente se redujo a un goteo de personas.

Por fin divisó la figura de Tobias Soresby en la puerta de la capilla.

–¿Soresby? ¿Tienes un momento?

El sizar evitó la mirada de Archdale.

–Lo siento... voy mal de tiempo...

–No te preocupes –lo tranquilizó Archdale con voz amable–. No te entretendré mucho –añadió titubeando y perdiendo un poco de aplomo–. ¿Cómo estás?

Soresby trató de escabullirse.

–Muy bien, gracias.

Archdale dio un paso a la izquierda para bloquear la huida de Soresby.

–¿Fuiste tú? –preguntó a bocajarro.

Por primera vez Soresby lo miró a los ojos. Tenía la cara pálida y los párpados rojos e inflamados.

–No –respondió–, pero ¿qué importa eso ahora?

–Estoy seguro de que todo saldrá bien –vaticinó Archdale.

Soresby negó con la cabeza y se tiró de los dedos como si intentara arrancárselos. Crujió una articulación.

–En un día o dos las cosas tendrán un aspecto muy diferente. Por mi honor que tiene que ser así –prosiguió Archdale.

–Todo el mundo lo sabe.

–¿Qué?

–Todo el mundo lo sabe –repitió Soresby–. Todos me miran y cuchichean.

–Bobadas. Si yo estuviera en tu lugar, actuaría como si no hubiera pasado nada. ¿Irás a la clase de Ricky esta mañana? ¿O a la biblioteca?

–Ni a una cosa ni a la otra.

–Vaya... yo tengo que ir al menos a la biblioteca. Debo consultar un libro de Maclaurin, y también el librillo de Dow sobre Euclides. Si cambias de opinión, quizá...

–Yo tengo el libro de Dow, señor Archdale. Lo tomé prestado –

explicó Soresby–. Lo tengo en mi habitación... lo devolveré. Siento las molestias que...

–Tonterías. No me causa ninguna molestia. Escucha, Soresby, si las cosas acaban mal aquí, debe existir otro empleo posible para un hombre de tus capacidades.

–Es fácil para usted decirlo, señor Archdale.

–Sí, lo es, pero aun así debes escucharme, porque es la verdad. Debes permitir que actúe como tu amigo, que te apoye, ¿me oyes? Hablaré con mi tío, sir Charles, y veré si puede hacerse algo. No desesperes.

–Es usted muy amable, señor Archdale –respondió Soresby con la vista clavada en el suelo. Hizo crujir otra articulación–. Y tiene razón, no debo desesperar. –Hizo una reverencia fugaz, como la de una gallina picoteando grano–. Le estoy muy agradecido, señor Archdale, muy agradecido.

* * *

Mulgrave se había aflojado la camisa para que no le rozara el cuello. Las dos heridas, la del cuello y la de la mejilla, se habían oscurecido durante la noche y habían adquirido un tono morado, pero llevaba una muda limpia e incluso se había rasurado. Cuando se presentó ante Holdsworth con la cabeza levemente inclinada, era la viva personificación del respeto y la sobriedad.

–Deseo pedirle el día libre, señor. Tengo que atender un asunto urgente que no puede esperar. Le estaría muy agradecido si pudiera concedérmelo.

La petición no era realmente una petición sino una declaración de intenciones: Mulgrave se iba a tomar el día libre se lo concediera o no. El gyp estaba en su derecho, Holdsworth había contratado sus servicios en nombre de Frank y las partes podían rescindir el contrato en cualquier momento.

–No me resulta nada conveniente, pero si es una urgencia que no puede esperar, debe usted marcharse. Mientras esté en la ciudad quizá pueda reponer lo que falta en la despensa. Anoche comentó usted que nos estamos quedando sin té, y el señor Oldershaw expresó el antojo de comer fresas antes de irse a dormir.

En cuanto se hubo marchado Mulgrave, Holdsworth se sentó a la mesa del desayuno con un libro en las manos, pero apenas leyó ni una palabra. Esa mañana se había despertado con una idea extraña en la cabeza: el día anterior apenas había pensado en Maria ni en Georgie, como si su esposa y su hijo jamás hubieran existido. Holdsworth no sabía si debía sentirse culpable por haberlos olvidado o aliviado por haberse zafado por un instante de sus sombras. Por el contrario, casi

no había dejado de pensar en Elinor Carbury de un modo en que ningún hombre debería pensar acerca de la esposa de otro. ¿Acaso no era ésa una traición mucho mayor?

Oyó pasos en el piso superior y, acto seguido, en las escaleras. Frank cruzó el salón para dirigirse al pozo y el retrete en el patio. Tenía los pies descalzos y sólo llevaba una camisa y el calzón.

–Buenos días, señor Oldershaw.

Frank gruñó, pero no devolvió el saludo. Volvió a entrar cinco minutos después con el cabello chorreando y dejando un reguero de pisadas mojadas en las baldosas del salón.

–¿Dónde está Mulgrave? –preguntó–. Quiero té y tostadas.

–Se ha tomado el día libre para ir a Cambridge por un asunto personal.

–¿Y le ha dado permiso? ¿Sin consultármelo? Eso es sobrepasarse.

A continuación sucedió algo que tomó a Holdsworth por sorpresa: perdió los estribos.

–Eso es porque usted no estaba aquí para ser consultado. Si se pasa la mitad de la mañana en la cama, no puede esperar que el mundo se pare y lo espere hasta que usted estime conveniente.

El rostro de Frank se encendió.

–¡No puede hablarme usted así! ¿Qué pretende decir con eso?

–Pretendo decirle que usted parte de unas premisas y una comprensión erróneas de la situación. Sí puedo hablarle así. No hay nada en el mundo que me lo impida.

–Se arrepentirá de su insolencia.

–¿Ah, sí?

–Para empezar, lo relevo de su servicio a partir de este preciso instante.

Holdsworth soltó una carcajada.

–No puede despedirme. Fue lady Anne quien me contrató, no usted.

Frank arremetió contra él, pero Holdsworth se movió antes de que le alcanzara el puñetazo, que impactó en su hombro en lugar de en la cara. Antes de que pudiera golpearle de nuevo, agarró la muñeca del muchacho y se la retorció, le giró el cuerpo y lo empujó contra la mesa, la cara apoyada sobre la madera.

–No se le ocurra utilizar la fuerza conmigo, señor. No soy su criado. Usted no es mi amo.

Frank forcejeó y pateó las espinillas de Holdsworth con los talones desnudos. En respuesta a ello, Holdsworth le tiró del brazo hacia arriba hasta que gritó. Holdsworth movió las piernas hacia atrás para evitar las patadas. Por un instante, ninguno de los dos se movió.

Con un ágil movimiento, el gato anaranjado interrumpió el tenso silencio. Había estado observando la acción desde la puerta de la

cocina y la había interpretado a su modo. Juzgando que había llegado su momento, dio un salto sobre la mesa y empezó a maullar y empujar repetidas veces la frente de Frank con la cabeza exigiendo cariño a la persona que, según su experiencia, era más probable que se lo proporcionara. Frank sacudió la cabeza tratando de repeler sus insinuaciones, pero el gato interpretó los movimientos como caricias, primitivas quizá, pero que merecían fomentarse, por lo que empezó a frotar con entusiasmo el lado de su cabeza contra el cabello de Frank y a ronronear.

Holdsworth tembló de emoción contenida. La risa brotó de él como un bramido. El gato lamió la oreja de Frank como si deseara alentar nuevas caricias. Holdsworth sintió que la tensión remitía del cuerpo de Frank y del suyo propio.

Frank comenzó a reír también, todo lo que podía con la mejilla presionada con fuerza contra la mesa. Los bufidos y resoplidos resultantes les provocaron más risa todavía. Holdsworth lo soltó y se apartó.

Acallaron las risas. El gato continuó ronroneando mientras miraba de un hombre a otro. Frank se incorporó despacio. Se volvió hacia Holdsworth y le tendió la mano.

–Le pido disculpas, señor.

Estrecharon las manos.

–No creo que haya nada más que pueda hacer por usted, señor. Escribiré a su madre y renunciaré a este empleo.

–No, le ruego que no actúe con tanta precipitación. ¿Cree usted que ya estoy curado?

–Ni siquiera estoy convencido de que estuviera usted loco en un primer momento.

Frank se sentó en la silla junto a la ventana.

–Habla usted en acertijos.

–Para mí está claro que todo es una cuestión de sentido común. No es usted un maníaco.

–Agradezco sus palabras, señor, pero el Dr. Jermyn no estaría de acuerdo.

–A pesar de todos sus conocimientos, el Dr. Jermyn a veces se comporta como un asno. Creo que ha estado usted irascible y decaído. Si esa noche vio o presintió la presencia de una persona en el jardín, no fue un fantasma, sino alguien tan vivo como usted y como yo. O quizá lo que vio fue un producto de su imaginación, desbordada y exasperada por un exceso de láudano, vino y tristeza. Da igual. La cuestión es que usted estaba predispuesto a ver un fantasma, y allí es donde radica la clave del misterio. Estoy convencido de que una vez resuelto dicho misterio, descubriremos por qué no desea usted relacionarse con el mundo exterior ni con su madre.

El gato saltó sobre el regazo de Frank, que empezó a acariciarle la cabeza de forma automática. El gato arqueó el cuello y ronroneó todavía más fuerte mientras agitaba la cola como una bandera de la victoria.

–Fíjese en este animal –insistió Holdsworth–. Interpreta nuestras acciones en función de sus propios deseos y temores, como es natural. Para nosotros también es natural actuar de ese modo. Usted temía ver el fantasma de la señora Whichcote en el jardín, y lo vio. El Dr. Jermyn busca locos porque ha sido instruido para ello y desea encontrarlos. ¿Acaso no le proporcionan una posición en la vida y unos pingües ingresos? Él interpreta el fantasma de usted como un síntoma de trastorno mental, mientras que su padre o su abuelo hubieran pensado que estaba usted poseído por el demonio o cualquier otro fenómeno sobrenatural. Ponemos etiquetas a las cosas según nuestro propio interés, señor Oldershaw. No es más que eso.

Frank se humedeció los labios.

–¿Y usted? ¿Es eso lo que hace usted?

–Por supuesto.

–Por lo tanto, usted puede estar tan equivocado en sus conclusiones como el propio Jermyn.

–Quizá sea así, pero la diferencia es que yo recopilo pruebas y después construyo una teoría, mientras que el doctor busca pruebas para respaldar una teoría preliminar. En cualquier caso, no creo que ninguno de los dos avancemos en nuestras teorías si no descubrimos la causa que ha puesto en marcha todo este proceso.

–Pero ¿quién puede dilucidar las causas de una locura?

–En este caso, creo que usted. Si dejamos de lado la cuestión de si realmente se trata de una locura o de un trastorno nervioso de menor envergadura, es imposible llegar a una conclusión racional sin saber lo que sucedió en la reunión del Club del Espíritu Santo a la que asistió en febrero poco antes de la muerte de la señora Whichcote. Ahí radica todo, ¿no es así, señor? El Club del Espíritu Santo y la muerte de la señora Whichcote. Por eso lo persigue desde entonces un regimiento de demonios. Por eso empeoró su estado al tomar láudano, vino y todo lo demás.

Frank se inclinó hacia delante y empujó al gato al suelo. Apoyó la cabeza en las manos. Con su cara barbilampiña y su melena rubia despeinada, parecía un niño de doce años al que lo afligía una terrible pena o al que habían pillado cometiendo una travesura. Holdsworth se percató en ese momento de algo tan obvio que no entendió cómo no lo había visto antes: la juventud de Frank también había desempeñado un papel importante en toda esa historia. A pesar de sus aires de grandeza, fortuna y posición, no tenía más que dieciocho años. Además, era un botín codiciado, un muchacho que dispondría en el

futuro de una gran fortuna y que ocuparía un lugar prominente en el mundo, pero a pesar de ello seguía siendo un niño con pocas herramientas para defenderse de los mayores que sabían lo que querían y cómo obtenerlo. Era una presa fácil para los Philip Whichcote, los Jermyn y hasta los Richardson y los Carbury de este mundo.

–¿Qué sucedió en esa reunión del Club del Espíritu Santo?

Frank no respondió.

–Permítame entonces que aventure una o dos conjeturas.

El muchacho no se movió, pero su inmóvil rigidez pareció intensificarse.

–Tengo la impresión de que Lambourne House es una especie de colegio y que el señor Whichcote es una especie de tutor y que los miembros del club son, en cierto modo, sus pupilos. A cambio de su dinero, él les enseña los vicios de un caballero.

Holdsworth esperó, pero Frank continuó sin decir nada.

–Pero esa noche sucedió algo fuera de lo normal. Algo que llevó a la señora Whichcote a salir de casa. Algo que la condujo a su muerte. Yo no me creo esas tonterías del sonambulismo. ¿Se la llevó alguien? ¿O ella huyó?

Frank levantó la cabeza y miró a Holdsworth. Cerró los ojos, como para excluirse del mundo.

–Explíquemelo –lo instó Holdsworth–. Le prometo que no le hará daño, y quizá lo ayude.

–Fue cosa mía –susurró Frank.

–¿Suya? ¿Cómo?

–Esa noche estaba previsto que me quedara a dormir en Lambourne House después de la cena del club. Ella... ella vino a mí, a mi habitación.

Se alzó un silencio entre ambos. El gato inspeccionó la sala y, tras un momento de reflexión, saltó al regazo de Holdsworth.

Frank se levantó.

–Ya lleva usted una carga muy pesada sobre sus espaldas por mi causa, señor Holdsworth –declaró con la vertiginosa dignidad altiva que sólo los jóvenes pueden mostrar–. Le pido disculpas. Debo aprender a llevar una parte de esa carga yo solo.

–Vamos, señor, no puede detenerse ahora. Cuénteme el resto.

–Ardía de pasión por ella. Veneraba el suelo que pisaba. Hubiera hecho cualquier cosa por ella. Para mi gran sorpresa, mi pasión era correspondida y, por decirlo sin ambages, esa noche me concedió el último de los favores.

Holdsworth acarició la cabeza del gato.

–¿Y dónde estaba el señor Whichcote mientras tanto?

–No estaba en la casa, había ido a acompañar a algunos de los

miembros del club a sus respectivos colegios. Casi todos iban muy bebidos y eran incapaces de encontrar el camino. –Frank se sentó de nuevo y puso los brazos sobre la mesa–, pero el problema es que regresó y vio salir a Sylvia de mi habitación. Entonces, en fin, sólo Dios sabe lo que sucedió con ese demonio de Whichcote. Los oí gritar a los dos. Creo que él la golpeó.

«¿Y qué hizo usted para impedirlo?»

Frank continuó hablando, encallándose, como si Holdsworth hubiera planteado la pregunta en voz alta.

–Si hubiera podido, lo habría detenido, pero me encerró en la habitación con llave. Y después ya fue demasiado tarde. A la mañana siguiente nos despertó Mepal aporreando la puerta con la noticia de lo sucedido. –Dejó caer la cabeza entre los brazos–. Dios mío, Sylvia era tan hermosa, señor Holdsworth, tan preciosa. Lo era todo para mí, y haber acabado así, recorriendo sola las calles de noche y ahogándose en la laguna. ¿Puede haber algo más cruel?

CAPÍTULO 36

La adversidad, al igual que la rivalidad, sacaba a relucir lo mejor y lo peor del Dr. Carbury. En algunos momentos parecía el mismo de siempre, yendo y viniendo rebosante de vitalidad y conversando con todos los miembros de la junta de forma individual, al igual que Richardson. Carbury anunció que al mediodía siguiente se celebraría una reunión extraordinaria de la junta.

De nada servía, explicó a Elinor, dejar que pensaran que se había encerrado en casa enfurruñado porque su protegido había caído en desgracia. Como buena esposa, ella velaba ansiosa por él, aunque en realidad no sabía si estaba más preocupada por él o por sí misma.

El señor Archdale fue convocado a una visita con el rector. Elinor sabía por su esposo que Soresby había asistido al servicio religioso como de costumbre y que había comido en el refectorio, pero el sizar se había sentado solo y no habló con nadie, ni nadie con él.

Hasta última hora de la tarde duró al rector su brío y vigor. Regresó temprano de la cena apoyado en el brazo de Ben, que tuvo que ayudarlo a llegar hasta la cama. Elinor fue a verlo. Estaba exhausto y era obvio que sufría, pero no le permitió llamar al médico, ni siquiera a una enfermera para que estuviera a su lado.

–No, no –rechazó la propuesta irritado y negando con la cabeza–. Estoy muy bien así, señora Carbury. Además, si viene alguien, la noticia correrá como la pólvora por todo Cambridge –añadió con una sonrisa forzada al tiempo que torcía el gesto de dolor–, y Dick el Sucio empezará a redactar mi panegírico, si no lo ha hecho ya.

Giró la cara y gimió de dolor. Elinor había pedido al boticario que le preparara unas pastillas de opio. Sacó la cajita encerada del bolsillo, solicitó la ayuda de Ben y convenció a su esposo de que se tomara dos. Ben lo incorporó y, haciendo caso omiso de la incomodidad de su esposo, lo obligó a tomarse las pastillas. Al menos le aliviarían el dolor, que ya era más de lo que habían logrado los médicos con sus títulos y diagnósticos.

El Dr. Carbury durmió muy mal. Elinor, Susan y Ben se turnaron para estar a su lado. Elinor no durmió. El tañido del reloj del colegio durante la noche le anunció implacable la lenta procesión de los cuartos y las horas. Las campanadas le recordaban de día y de noche que estaba en Jerusalem, su prisión y santuario.

Se preguntó si debía llamar a otro sacerdote, pero decidió no hacerlo porque sabía que su marido se enfurecería, porque significaría que su verdadero estado de salud se conociera fuera de la residencia. Además, se asustaría porque su esposa le estaría dando a entender

que, según ella, agonizaba. Pasaron las horas y Elinor no dejó de repetirse que tenían motivos –tanto él como ella– para albergar esperanzas. Su esposo era de constitución muy fuerte y había sobrevivido a crisis peores que ésa. No quiso pensar en lo que sería de ella si fallecía. No se permitió pensar en John Holdsworth.

Tocaban las dos cuando abandonó el cuarto del enfermo. Susan la sustituyó a su lado. El Dr. Carbury estaba despierto, pero comatoso. Parecía libre de dolor. Elinor cerró la puerta tras de sí y caminó con lentitud y sin hacer ruido por el pasillo que daba a su dormitorio. Estaba cansada, pero no tenía sueño. Se detuvo junto a la ventana que iluminaba el rellano y entreabrió la cortina.

La ventana daba al lado oeste, al pequeño patio delante de la casa y a la ciudad más allá. Había cesado de llover durante la tarde. El cielo estaba despejado y muy estrellado, en algún lugar a sus espaldas asomaba la luna. Los tejados, las torres y los chapiteles se extendían ante sus ojos como un rebaño de monstruos durmientes bajo cuyas sombras se apiñaban los edificios minúsculos de los habitantes de la ciudad.

Percibió un movimiento por el rabillo del ojo. Había alguien en el patio. Vislumbró una figura oscura que avanzaba hacia el enrejado que separaba el patio de Jerusalem Lane por el norte. Los movimientos torpes y erráticos del hombre evocaban a los de los insectos desgarbados de patas largas como la típula.

En ese momento se acordó de cuando ella y Sylvia iban al colegio y llamaban a la típula «piernas largas». Sylvia atrapó una una vez y le quitó las patas, no por crueldad, sino por ánimo de experimentar. Sylvia jamás había sido cruel, pero siempre mostró una urgente necesidad por adquirir conocimientos, un ansia voraz por comprobar las cosas, y eso, las más de las veces, conducía a lo mismo, ya que lo que la motivaba era el deseo.

El recuerdo de Sylvia despertó en ella una emoción amarga y sin nombre, agria como la hiel. De pronto, como si la propia Sylvia hubiera prendido de su mano una llamarada que iluminara el presente, Elinor reconoció la figura más abajo: era el señor Soresby. Había llegado al extremo del patio, donde el enrejado se transformaba en sólida mampostería. Se encaramó al muro y sorteó las picas con agilidad. Lo observó unos segundos mientras salvaba la tapia y desaparecía sin más, engullido por Jerusalem Lane.

Dejó caer la cortina y fue a su dormitorio. El señor Soresby se había fugado. Elinor suponía que era su deber informar a su esposo de inmediato o, si ello no fuera posible, enviar a Ben con un mensaje para el señor Richardson. Por otro lado, ¿quién se beneficiaría de ello? Estaba claro que ni el colegio ni el señor Soresby. No podía culpar al sizar por huir de una situación que sólo le prometía deshonra. ¿Y

quién era ella para empeorar las cosas para él?

* * *

El miércoles por la mañana, Holdsworth se despertó con los silbidos de Mulgrave mientras trasegaba en la cocina. Eran casi las ocho. Bajó las escaleras, fue a lavarse, se sentó en el salón y Mulgrave le trajo el té. El gyp había regresado a última hora de la tarde del día anterior y lo único que dijo fue que había resuelto el pequeño asunto que debía atender y que había ido todo lo bien que cabía esperar.

–¿Ya ha bajado el señor Oldershaw? –preguntó Holdsworth.

–Sigue en la cama, señor. ¿Tendría un momento para que le muestre algo?

–¿De qué se trata?

El gyp sacó una libreta, extrajo un pequeño recorte de periódico y lo extendió con cuidado sobre la mesa.

–Es del Chronicle, señor, del febrero pasado.

Holdsworth echó un vistazo al artículo. Hacía referencia a una sentencia judicial con respecto a la muerte accidental en Trumpington Street de una tal Tabitha Skinner, una joven de catorce años que había sufrido una indisposición mientras dormía, a causa de la cual había muerto de asfixia. El triste suceso tuvo lugar en la noche del jueves 16 de febrero en la casa de la señora Phear. Hace cuatro meses, pensó Holdsworth, y casi en la misma fecha. La historia era aún más trágica por el hecho de que la infortunada muchacha era una huérfana del hospicio Magdalene de Londres a la que la señora Phear, viuda de un reverendo y muy implicada en obras de caridad, había traído a Cambridge por cuenta propia con la esperanza de instruirla en las labores del servicio doméstico.

Holdsworth levantó la vista.

–¿Cuándo fue encontrado el cadáver de la señora Whichcote en Jerusalem? ¿Sabe la fecha exacta?

En la mañana del viernes 17 de febrero, señor –contestó Mulgrave.

–¿Quién es esta señora Phear? ¿Qué relación tiene con este asunto?

Solía trabajar de gobernanta en la casa del padre del señor Whichcote, señor. Yo la he visto en más de una ocasión en Lambourne House y creo que el señor Whichcote va a visitarla a veces en Trumpington Street. –Aguardó un momento con el rostro impasible, pero Holdsworth no dijo nada–. ¿Le traigo los panecillos, señor, o desea esperar al señor Frank?

–No... ve a despertarlo, por favor.

El gyp cojeó escaleras arriba, peldaño a peldaño. Llamó a la puerta de Frank y tanteó la manija. Acto seguido, bajó las escaleras, peldaño a peldaño.

–No responde, señor, y la puerta tiene echado el cerrojo.

Holdsworth subió las escaleras, probó la puerta y llamó a Frank. Levantó el pestillo y arremetió contra la puerta con el hombro, ésta cedió de golpe y entró con tal impulso que casi se cayó.

La cama estaba vacía y deshecha. No había señal de Frank, pero tampoco había dónde pudiera ocultarse.

Mulgrave apareció detrás de Holdsworth.

–Por lo menos no se ha ahorcado, señor. O al menos no aquí.

–¡Muérdete la lengua! –espetó Holdsworth, pese a haber pensado lo mismo apenas un instante antes.

Se acercó a la pequeña ventana situada bajo el alero de paja. Sacó la cabeza y echó un vistazo. No era demasiada altura para un hombre de la talla de Frank si había salido por la ventana con los pies por delante y se había dejado caer. Debajo había existido un parterre de flores que ahora estaba lleno de hierbajos y que le debían de haber proporcionado un aterrizaje blando.

Holdsworth volvió a meter la cabeza dentro y miró a su alrededor.

–Se ha llevado la chaqueta y el sombrero de caza –comentó Mulgrave–. Y los zapatos más recios.

Holdsworth abrió los cajones de la pequeña cómoda. No supo ver si Frank se había llevado alguna cosa. Encontró un portamonedas con media docena de guineas y algunas monedas de plata. ¿Tenía Frank otro dinero? O quizá no necesitaba dinero allá donde iba.

–¿Dónde demonios se habrá metido? –se preguntó Holdsworth.

Mulgrave miró al techo, como si la respuesta estuviera allí.

–Sólo Dios lo sabe. –Después de una de sus calculadas pausas añadió–: Señor.

* * *

A primera hora del miércoles 14 de junio alguien aporreó la puerta principal de Lambourne House. Augustus, que dormía en una habitación contigua a la cocina, estaba inmerso en un profundo sueño en el que aparecía su padre, carpintero itinerante, fallecido hacía largo tiempo. Al principio el martilleo se fusionó con su sueño y pasó a formar parte de él, pero cuando el ruido se trasladó a la puerta de atrás y se volvió más fuerte, Augustus se vio obligado a abandonar su ensoñación, no sin pesar, para despertar al mundo real.

Salió de la cama tambaleante. Lo primero que pensó fue que al señor Whichcote lo enfurecería semejante revuelo a horas tan tempranas. El martilleo continuó incluso cuando Augustus respondió a gritos que ya iba a abrir. Los pestillos de la puerta de la cocina se le resistían, pero al final consiguió abrirla.

Fuera había cuatro hombres que no conocía, pero no le dieron la

oportunidad de decidir si los iba a dejar pasar. En el momento en que la puerta apenas se entreabrió un resquicio, uno de ellos metió el pie en el umbral, mientras que otro empujó la puerta de par en par, cogió a Augustus por el hombro y lo echó atrás. Los hombres entraron en la casa a empellones.

–Vosotros sois testigos –declaró el hombre mayor con la cara roja y redonda y un enorme estómago que pugnaba por escapar del chaleco–. Este amable joven nos ha pedido que entremos. No hemos forzado la entrada –declaró al tiempo que daba unas palmadas a Augustus en la cabeza con una mano que parecía una loncha de tocino–. ¿Está el señor Whichcote en casa?

–Sí, señor. Pero no se levanta hasta...

–No te preocupes, por nosotros se levantará.

–Pero, señor, me puede costar mi puesto.

El hombre gordo soltó una carcajada.

–Tu puesto no vale un penique, así que yo no me preocuparía por eso. Puedes guiarnos hasta tu amo o ya encontraremos nosotros el camino. Somos agentes del sheriff y venimos a entregarle una demanda. ¿Quién más hay en la casa?

–Sólo yo, señor.

–¿Y el resto del servicio?

–La cocinera se marchó ayer y la doncella también. Está el viejo Jem, pero no duerme aquí.

El hombre gordo subió las escaleras con gran estruendo seguido por sus hombres. Al llegar al primer piso, el señor Whichcote apareció en la puerta de su dormitorio vestido con la camisa y el gorro de dormir. Al verlos torció enfurecido sus delicados rasgos.

–¿Quién demonios son ustedes?

–Somos agentes del sheriff, señor –respondió el hombre gordo con jovialidad–. Tengo una denuncia contra usted firmada por el señor Mulgrave por una deuda de setenta y nueve libras, ocho chelines y cuatro peniques.

–No sea usted idiota. No ve que está mintiendo. Además, no pueden entrar aquí por las buenas. Han forzado ustedes la entrada. Los denunciaré ante el magistrado.

–No, señor, no lo hará. Este joven nos invitó a entrar, bendito sea el muchacho. Y todos juraremos que así fue sobre la sagrada Biblia.

–Será bobo este crío.

–A mí lo único que me importa es la denuncia, señor –aclaró el alguacil–. Tiene usted que saldar la deuda más los intereses. Si usted me da el dinero, señor, yo le doy un recibo y todos contentos.

–¿Cree usted que guardo una suma así en casa?

–En ese caso, tendré que pedirle que me acompañe, señor. De todos modos, no hay motivo alguno para no facilitar las cosas. Me

imagino que querrá escribir una carta o dos. No se lo impediremos. Y si necesita una hora o dos para arreglarse, señor, no tenemos ningún inconveniente. Estoy seguro de que un caballero como usted sabrá mostrar su gratitud.

Whichcote levantó las manos como si tratara de establecer una barrera física entre él y lo que iba a sucederle.

–Todo esto es una tontería y puedo arreglarlo de forma muy fácil. Sólo necesito una hora o dos.

–Estoy seguro de que todos los implicados lo agradecerán, señor. Ahora quizá lo mejor sea que se vista. No tenemos todo el día, ¿sabe?

Uno de los hombres esperó en el rellano y el alguacil ordenó al otro en un susurro muy audible que esperara fuera, bajo la ventana del señor Whichcote, por si al caballero le entraba prisa por largarse. Entonces sugirió a Augustus que le hiciera una visita guiada de la casa a él y a su compañero. El hombre gordo fue de habitación en habitación como si fuera un potencial comprador, aunque no pareció impresionarle lo que vio.

–Vaya, está todo muy dejado, ¿no crees, chico? Lo mejor es que te largues de aquí. Hazme caso y busca otro empleo. Algún día nos lo agradecerás, ya verás. Esto es sólo el principio –afirmó mientras le daba unas palmadas en la cabeza de forma paternal–. Las demandas son como las ovejas: en cuanto una de ellas encuentra la salida, el resto la sigue. Ya verás cómo llegan más denuncias antes de acabar el día. Recuerda lo que te digo.

–Pero un caballero como el señor Whichcote...

–Es un caballero que debe dinero, eso es lo único que importa, y a los ojos de la ley es un plebeyo como tú y como yo. Quizá logre salir de ésta, quizá cobre alguna renta al final del trimestre o quizá llegue a un acuerdo con sus acreedores. Pero yo te diría que ahora depende de que sus amigos acudan en su ayuda. En nueve casos de cada diez, esto es lo que los salva. Pero hasta entonces, al calabozo por deudas.

El alguacil, uno de sus hombres y el prisionero se marcharon en un carruaje cerrado, cuyo coste correría a cargo del señor Whichcote. Los otros dos agentes permanecieron en Lambourne House para asegurarse de que no le pasaba nada a su contenido durante la ausencia del amo, según explicó el hombre gordo a Augustus. Estos servicios también correrían a cuenta del señor Whichcote. El hombre gordo tuvo la consideración de avenirse a entregar una carta a la señora Phear en Trumpington Street, no sin antes recibir una compensación por ello.

Una vez solos, los dos hombres del sheriff pidieron a Augustus que les mostrara la casa. Fueron haciendo comentarios sobre su contenido con ojo crítico, tasando el valor de todo. Tal y como explicaron a Augustus con aire condescendiente, todo dependía de quién era el propietario de la casa y de si estaba hipotecada. En el mejor de los

casos el contenido alcanzaría una suma considerable, en especial la bodega.

Subieron un par de botellas de vino de la bodega y se sentaron con ellas a la mesa de la cocina, pero no les impresionó su contenido: su veredicto fue que no era más que un mejunje aguado. Eran poco después de las nueve de la mañana, cuando discutían si debían abrir otra botella para verificar su calidad, que alguien llamó a la puerta.

Los agentes acompañaron a Augustus a abrirla. Cuando el lacayo lo hizo, el visitante estaba de espaldas a la puerta. Al principio pensó que era un comerciante porque iba vestido de forma sencilla y el polvo en la parte inferior de su vestimenta indicaba que había recorrido un buen trecho a pie, pero en cuanto se volvió, Augustus lo reconoció.

–¿Dónde está tu amo? –preguntó Frank Oldershaw.

CAPÍTULO 37

Esa misma mañana, cuando todos estaban en el servicio religioso, fue requerida en casa del rector la presencia del doctor Milton, un hombre enjuto, los setenta rebasados, con la cara como una pasa y el chaleco manchado de rapé. Nunca había sido de carácter afable, pero ese día su talante era menos cordial de lo habitual. Por un lado, se había visto forzado a desayunar a toda prisa y, por el otro, se había enterado de que su paciente había osado solicitar una segunda opinión.

–En fin, señora –dijo a Elinor después de explorar al Dr. Carbury, extraerle sangre y prescribirle más opio–, no sé por qué tuvo que llamar al Dr. Jermyn. Estoy seguro de que no añadió ningún juicio de valor a mi diagnóstico. El caso está más claro que el agua.

–¿No hay lugar a dudas, señor?

–No. Este tipo de cáncer está más allá del alcance de cualquier médico.

–¿Y un cirujano, quizá?

–No, señora, no. Como ya he explicado al Dr. Carbury, la ubicación de la inflamación descarta la posibilidad de una cirugía. El remedio no sólo sería peor que la enfermedad, sino más fulminante. El bisturí lo mataría en el momento en que extrajera el cáncer.

Elinor se alejó un momento.

–¿Cuánto tiempo le queda? –preguntó después de una pausa con voz queda.

–Es una pregunta difícil. Pueden ser días o semanas, incluso meses, aunque lo dudo. Estas cosas son siempre muy difíciles de calcular. Todo depende de la progresión de la enfermedad y de la constitución del paciente. Mientras tanto, trataré de hacer todo lo que esté en mis manos, señora, pero no debe esperar ningún milagro.

–No, señor, eso nunca –replicó Elinor.

El doctor Milton la miró perspicaz; sospechaba que había ironía en sus palabras. Acto seguido, consultó la hora y comentó que el resto de sus pacientes lo esperaban. El doctor se fue y Elinor se quedó junto a la ventana mirando el jardín y la Laguna Larga. Siempre había sabido que este día llegaría, pero no esperaba que fuera tan pronto. De pronto, su futuro era un socavón negro al que se veía inexorablemente abocada, incapaz de cambiar el rumbo o de retrasar el momento en el que caería en su interior.

Susan llamó a la puerta y le informó de que el Dr. Carbury estaba despierto y preguntaba por ella. Elinor encontró a su marido sentado en la cama, apoyado en unas almohadas. Junto a la ventana, haciendo

calceta, estaba sentada la enfermera que habían contratado. La enfermedad había envejecido todavía más a su esposo durante la noche, le había consumido la cara y el cuerpo. Por el contrario, sus ojos parecían más juveniles. Elinor nunca les había prestado demasiada atención, pero ahora se daba cuenta de que eran grandes y lustrosos, como los de un perro lebrel que tuvo Frank en el campo cuando era niño.

El Dr. Carbury le indicó que se acercara, más y más, hasta que su cara se encontró a tan sólo unos centímetros de la suya.

–Dígale a esa mujer que se vaya –susurró–. Y ordene que me traigan a Soresby –dijo aferrando con los dedos la manga del vestido de su esposa–. Es de la máxima importancia, señora mía.

Elinor hizo ademán de alejarse mientras se preguntaba si Soresby habría regresado de su excursión ilícita de la noche anterior.

–Ahora mismo, señor.

–Soresby –susurró–. Soresby.

Los interrumpió una llamada a la puerta. Richardson entró de inmediato seguido por Ben, con expresión de silente súplica porque Elinor le había ordenado que no permitiera que nadie subiera al dormitorio de su esposo.

–Señora Carbury, a su servicio, señora –saludó Richardson al entrar en la habitación–. Mi estimado Dr. Carbury, mi gyp me ha dicho que el doctor Milton ha venido a verlo y no podía por menos que visitarlo. Espero que no se trate de nada grave.

–El doctor Milton ha aconsejado que no reciba visitas –explicó Elinor–. Ha insistido mucho en ello.

–Pero yo no soy un conocido cualquiera, señora –replicó Richardson con una sonrisa, como para restar mala intención a sus palabras–. Todos en la sala común están ansiosos por obtener noticias suyas y estamos rezando para que sean buenas noticias, claro está. Seguro que recordará que la junta tiene previsto reunirse al mediodía para tratar el asunto del pobre señor Soresby, así que se trata de una reunión urgente. Si el rector no está en condiciones de asistir, me esforzaré por ejercer sus funciones lo mejor posible.

Carbury, que hasta ese momento no había dado señales de haber percibido la presencia de Richardson, giró la cabeza sobre la almohada y clavó la vista en la pared más alejada.

–Me temo que el rector no se encuentra lo bastante bien como para acompañarlos hoy, señor –dijo Elinor–. El médico le ha ordenado que descanse.

–Vaya –comentó Richardson componiendo una expresión preocupada y compungida, el vivo retrato de la desolación. Acto seguido, con un gesto ágil, esquivó a Elinor y se dirigió directamente a la figura en la cama–. Adiós, mi querido amigo, tenga usted la

seguridad de que rezaré por su pronta recuperación.

El tutor hizo otra reverencia a Elinor y se volvió para marcharse, pero al llegar a la puerta se detuvo.

–Por cierto, ¿han oído la noticia? El señor Soresby no ha ido a la capilla esta mañana. He mandado a alguien a Yarmouth Hall para buscarlo, pero su habitación está vacía. Me temo que se ha fugado. No parece la acción de un hombre inocente, ¿verdad? De todos modos, espero que no le haya pasado nada.

El Dr. Carbury gimió y Elinor se volvió hacia él. Su esposo no se había movido, seguía con la vista clavada en la pared.

–Maldito sea ese hombre –murmuró–. Maldito sea. Maldición, maldición, maldición.

* * *

El herrero se había levantado temprano para trabajar en la forja y había visto a Frank Oldershaw cruzar Whitebeach en dirección al sur poco después del amanecer. Le había deseado los buenos días, pero Frank no le había devuelto el saludo. En vista de esa información, era casi seguro que Frank se dirigía a Cambridge.

Holdsworth fue en su busca. En cuanto llegó a la ciudad, probó primero en Jerusalem. Mepal, de pie junto a la verja y con los ojillos brillantes por la curiosidad, le dijo que no había visto al señor Oldershaw desde que lo llevó a Barnwell semanas atrás. El bedel aconsejó a Holdsworth que no acudiera a la casa del rector porque el Dr. Carbury se hallaba indispuesto, y el señor Richardson no estaba disponible porque estaba dando una clase. Holdsworth preguntó por el señor Archdale, pero era justamente uno de los jóvenes caballeros que asistían a la clase del señor Richardson.

Holdsworth desanduvo el camino y cruzó el puente. En Chesterton Lane las verjas de Lambourne House estaban abiertas. ¿Había sido Frank tan tonto como para ir allí? Un hombre vestido con una raída chaqueta marrón estaba fumando una pipa ante la puerta. Llevaba un pañuelo con lunares rojos al cuello. Observó a Holdsworth con expresión indolente e incluso divertida mientras se acercaba, como un hombre ocioso que contempla las cabriolas erráticas de un perro callejero. La puerta estaba abierta a sus espaldas. Dentro de la casa alguien estaba silbando La muchacha que dejé.

Holdsworth jamás había visto antes a ese tipo, pero no cabía duda alguna acerca de su identidad. En Londres abundaban los de su calaña. Él mismo había vivido atemorizado de ver a una pareja –no solían trabajar solos– en la puerta de su casa.

–Si viene a ver al señor Whichcote, no está aquí –dijo el hombre quitándose la pipa de la boca y mirando la cazoleta.

–¿Puede decirme dónde está?

–Digamos que le ha surgido un compromiso urgente en otra parte.

Como muchos de sus compañeros de profesión, el agente del sheriff había desarrollado un chusco sentido del humor, requisito indispensable para el mezquino ejercicio del poder más nimio.

–¿Significa eso que se lo han llevado por moroso? –preguntó Holdsworth.

–No me haga preguntas y no le contaré mentiras.

–¿Quién ha presentado la demanda? ¿A cuánto asciende el importe?

El hombre se dio unos golpecitos en la nariz con la cánula de la pipa.

–Ah... ahora no recuerdo ni el nombre ni el importe.

Holdsworth suspiró y buscó un chelín en el bolsillo. Mostró al agente la pequeña moneda de plata que sostenía en la palma de la mano, justo fuera de su alcance.

–Es un asunto de ochenta libras –recordó el hombre sin apartar la vista de la moneda–, más intereses y gastos. La demanda ha sido presentada por un tal señor Mulgrave.

–¿Dónde está ahora el señor Whichcote?

El hombre volvió a darse unos golpecitos en la nariz y no paró hasta que Holdsworth colocó otro chelín junto al primero.

–En casa del señor Purser en Wall Lane, señor.

–¿El señor Purser es su amo?

El agente asintió. Holdsworth dejó caer los dos chelines en su mano extendida. Al hacerlo percibió el olor de vino en su aliento.

–¿No sabrá por casualidad si esta mañana ha venido un joven caballero a ver al señor Whichcote?

–¿Un tipo alto de aspecto lozano?

–El mismo.

El hombre se volvió a dar unos golpecitos en la nariz, pero al ver la cara de Holdsworth cambió de opinión y decidió que no debía seguir regateando.

–Parecía tener una prisa endiablada por ver al señor Whichcote.

–¿Fue antes o después de que se lo llevaran a casa del señor Purser?

–Después. Por poco no se ha cruzado con él. Le indicamos el camino a Wall Lane. Quizá vaya a prestar dinero al señor Whichcote, ya le digo yo que va a necesitar unos bolsillos profundos. Antes de acabar el día llegarán más.

–¿Más qué?

–Más demandas.

* * *

Instalaron a Whichcote en una habitación del primer piso, cerca de la parte posterior de la estrecha y alta casa. El edificio engañaba por la estrechez de su fachada, pero se extendía desde Wall Lane bajo un puñado de tejadillos desparejados. Whichcote estaba sentado con los codos sobre la mesa rayada, la cabeza apoyada en las manos. Todo lo que él era, todo lo que lo mantenía, se sostenía en el hecho de ser Philip Whichcote de Lambourne House. Las deudas lo habían preocupado antes, pero siempre se había creído blindado contra las peores consecuencias de adeudar dinero a otras personas. Un caballero siempre vivía a crédito, era lo esperado. El hecho de que un hombre de su rango fuera acusado por Mulgrave, que era poco más que un sirviente, iba en contra del orden natural de las cosas.

Alguien llamó a la puerta principal. Los aldabonazos parecían resonar al compás de su dolor de cabeza; lo uno exacerbaba lo otro. En un lugar como ése había un constante ir y venir. Sabía que Purser debía de estar ocupado con otros huéspedes, como él los denominaba de forma diplomática, los deudores más afortunados, aquellos que tenían contactos que, de un modo u otro, acabarían pagando sus deudas a largo plazo y, mientras tanto, disponían de recursos suficientes para pagarse la comida y el alojamiento de Purser. Los honorarios del alguacil eran exorbitantes, pero era mejor ir al calabozo del alguacil que a la prisión de los morosos, la única alternativa.

Se oyó un golpe en la puerta y el criado de Purser dejó pasar a la señora Phear, que por una vez se dejó de ceremonias y se aproximó de inmediato para tomarle las manos entre las suyas. Ninguno de los dos habló hasta que estuvieron solos.

–He venido tan pronto como he recibido su nota –dijo con voz suave.

–Estoy arruinado, señora.

–¿De quién es la demanda? ¿A cuánto asciende?

–De Mulgrave. Con noventa libras cubriría la deuda y los honorarios de Purser.

La señora Phear frunció el ceño mientras hacía sus cálculos.

–Entonces estará fuera en una hora o dos como mucho.

–Ojalá fuera tan sencillo. Ahora vendrán todos a por mí, me llegarán todas las demandas. Dios mío, quién sabe a cuánto sube todo.

–¿Cientos?

–Miles, seguramente.

La señora Phear le soltó las manos y se sentó junto a él.

–Yo no puedo conseguir una suma así. ¿Tendría usted alguna posibilidad de reunir dinero si contara con el tiempo suficiente?

Whichcote se encogió de hombros.

–Tantas como las de ver un cerdo volar.

Ella lo miró con las cejas ligeramente enarcadas.

–Le ruego que me disculpe, señora –rectificó Whichcote con celeridad, más alerta que nunca a sus estados de humor e incluso algo divertido, pese a todo, por su afectada aversión al lenguaje vulgar–. He hablado sin pensar, pero lo cierto es que no me queda ninguna esperanza.

–¿Qué hay de la casa? ¿Puede sacar algún dinero de ella?

–Sólo la tengo en usufructo, y ya la he usado como aval para respaldar los préstamos. Si no puedo saldar la deuda con Michaelmas, o al menos renegociarla, estoy acabado. Perderé la casa.

Sin la casa, ya no habría más reuniones del Club del Espíritu Santo; sin la casa, ya no tendría un techo sobre su cabeza.

–¿Le deben algún dinero?

–Quizá cien o doscientas libras, pero no hay posibilidades de conseguir ni un penique hasta dentro de meses, si no años. Ya sabe cómo son los jóvenes con sus deudas de juego. Se les acumulan y, después, si no pueden pagar, el único remedio es esperar.

La señora Phear se levantó y se acercó a la ventana. Whichcote sabía lo que vería allí: el edificio se había comido la mitad del pequeño jardín y había un pequeño patio sucio, un retrete y una pocilga, donde podía verse el lomo liso de dos cerdos mientras hocicaban el barro.

–Quizá puedan volar los cerdos.

–¿Cómo?

–No debe darse por vencido –replicó ella con tranquilidad–. Tengo suficientes recursos como para cubrir lo de Mulgrave. Eso nos dará un poco de tiempo.

–¿De qué nos sirven unas horas? Las demandas ya habrán salido antes de que llegue a casa.

Ella lo miró con expresión severa.

–Incluso un poco de tiempo puede ser suficiente.

* * *

El ambiente en el dormitorio era sofocante y olía a enfermedad. Al principio el Dr. Carbury estaba muy inquieto y no dejaba de dar vueltas de un lado a otro mientras intentaba encontrar una posición cómoda, pero a medida que fueron pasando las horas se fue calmando. Elinor estuvo sentada a su lado hasta que sonaron las once. Entonces se levantó y caminó de puntillas hasta la puerta, donde esperó unos segundos, atenta a la respiración profunda de su esposo.

La enfermera, sentada junto a la ventana haciendo calceta, levantó la vista. Elinor le susurró que no tardaría en regresar. Abandonó el

dormitorio de su esposo y casi corrió escaleras abajo. Sin detenerse a pensar, salió de la casa por la puerta del jardín y caminó despacio por el sendero de grava hasta la laguna.

Ahora más que nunca necesitaba tener la mente clara. Ya no podía depender de la protección de su esposo. Hacía meses que sabía que estaba enfermo, pero no había sido hasta la visita de Milton esa mañana que se había visto forzada a aceptar que estaba agonizando y que el desenlace fatal podía sobrevenir en cuestión de semanas, incluso días.

Si quería evitar estar en la más completa ruina, el apoyo de lady Anne era más importante que nunca. Todo lo que deseaba su señoría era que su hijo regresara a su lado. Si Elinor podía ganarse su gratitud ayudando a Frank, cualquier cosa sería posible.

–¿Incluso John Holdsworth?

La última pregunta la llevó por una línea de pensamiento indeseable o, para ser más precisos, no indeseable en todos los sentidos, pero decididamente inapropiada, inmoral e inconveniente. Respirando más rápido de lo normal, llegó hasta el punto más ancho de la Laguna Larga, al otro lado del plátano oriental. Era ahí donde habían encontrado a Sylvia. Después de titubear un instante, Elinor tomó el sendero de la orilla hasta la verja de Frostwick Bridge. Metió los dedos en el enrejado de hierro colado y tocó el lugar preciso en que la mano de Holdsworth había rozado la suya. El metal era frío, rugoso e inerte. Sacó la mano. Abrió la verja y cruzó el puente con paso rápido.

No parecía que hubiera nadie en los jardines. Se refugió bajo la sombra del plátano, que la envolvió como una enorme tienda verde, las ramas colgando como cortinas hasta el suelo

Era un lugar fresco e íntimo. Nadie podía verla allí y ella podía dar rienda suelta a sus pensamientos. Adiós, Sylvia; perdóname y déjame. Se abrazó a sí misma e intentó imaginar lo que se debía sentir con los brazos de un hombre a su alrededor.

Fuera como fuere, decidió, escribiría a lady Anne cuando regresara a casa y le explicaría que el Dr. Carbury estaba a las puertas de la muerte.

De pronto descubrió que no estaba sola en el jardín. Oyó el repiqueteo y el roce de unas ruedas resonando en las piedras de la arcada de la capilla. Alguien estaba hablando. Elinor dio un paso atrás y cambió de posición para poder ver a través de una abertura entre las ramas. Al principio pensó que sería Tom Heces haciendo la ronda, pero se percató de su error cuando un hombre y una mujer aparecieron ante su vista, enmarcados por uno de los arcos de la arcada.

Era Philip Whichcote y se apoyaba en su brazo una señora bajita y

rechoncha, lo bastante mayor como para ser su madre.

Elinor los observó mientras caminaban por delante de la fachada del edificio nuevo. Los seguía una carretilla repleta de valijas y cajas que empujaban dos sirvientes que eran casi niños. Elinor reconoció al lacayo de Whichcote. La otra era una chica alta y delgada cuyos brazos y piernas habían crecido demasiado para el vestido que llevaba.

Las habitaciones del edificio nuevo estaban organizadas alrededor de tres escaleras. Whichcote entró por la más próxima acompañado por la mujer. La carretilla se detuvo y los criados empezaron a descargarla.

Whichcote se trasladaba a vivir al colegio. Eso era una señal del Señor, pensó Elinor, una manifestación de la desaprobación que sentía ante sus pensamientos adúlteros. ¿Cómo podía olvidar a Sylvia si Whichcote estaba allí?

CAPÍTULO 38

¿Qué demonios cree que está haciendo? –preguntó Holdsworth. –No es asunto suyo –respondió Frank con una mirada feroz–. Usted me dijo que ya no podía hacer ¿nada más por mí, así que voy a hacerlo yo mismo.

Estaban en la esquina de Wall Lane con King Street. La irritación de Holdsworth se disipó al instante, pues Frank estaba a salvo y en su sano juicio, más o menos.

–¿Cómo ha sabido dónde encontrarme? –preguntó Frank.

–Me topé con un hombre del sheriff en Lambourne House cuando fui en su busca. ¿Por qué ha huido en medio de la noche como un ladrón?

Frank se sonrojó.

–Sabía que intentaría impedirlo, pero nadie me va a detener, ¿me oye? Hace semanas que vivo en una pesadilla y estoy decidido a ponerle fin de una vez por todas.

–Me alegra oírlo –afirmó Holdsworth–, y no querría detenerlo por nada del mundo. ¿Ha visto al señor Whichcote?

–No me han dejado entrar.

–¿Ha comido algo esta mañana?

–No he tenido tiempo.

–Yo tampoco. Vamos a ponerle remedio ahora mismo. Si no le permiten ver al señor Whichcote, no hay nada que podamos hacer aquí por el momento, y no deberíamos hablar en la calle.

Frank permitió que le guiara por King Street, donde los olores que salían por la puerta abierta de un café respaldaron los argumentos de Holdsworth con fuerza. Entraron en el establecimiento, un local cochambroso frecuentado sobre todo por los estudiantes más pobres. Nadie prestó demasiada atención a los recién llegados.

Pidieron un desayuno copioso. Mientras esperaban, Holdsworth intentó iniciar una conversación, pero Frank se lo impidió tomando uno de los periódicos que había por ahí y concentrándose en su lectura.

Sin embargo, en cuanto hubieron desayunado, dejó el tenedor sobre la mesa y comenzó a hablar con toda naturalidad.

–Maldita sea mi estampa si voy a seguir escondiéndome en el campo.

–¿Ya no habrá más «cuac, cuac»?

Frank rio.

–No habrá más «cuac, cuac».

–¿Qué va a hacer?

–Regresaré a Jerusalem y me ocuparé de Whichcote como se merece, sea como sea. Por Sylvia.

Dios mío, pensó Holdsworth, no dejes que este joven idiota le lance el guante. El escenario romántico y posiblemente mortal de un duelo era algo que podía atraer a un joven en el estado de Frank.

–No tiene sentido demorarlo más –continuó Frank–. Regresaré hoy mismo. Ahora, de hecho.

–¿Ahora? ¿No debería al menos escribir y...?

–No creo que exista la más mínima necesidad –replicó mirándole por encima del hombro–. No creo que tenga obligación alguna de consultar la conveniencia de ello a nadie.

–Deseo hacerle una pregunta.

Frank negó con la cabeza.

–No tengo nada más que decirle, así que no se moleste en preguntar. Además, ya le he dicho lo suficiente. Mi madre lo contrató para que fuera mi guardián, señor Holdsworth, y todo lo que yo le diga a usted llegará a sus oídos.

–Se olvida, señor, que yo mismo he renunciado al empleo. Además, lo ha confirmado usted al explicarme sus motivos para venir a Cambridge sin informarme. Por lo tanto, cualquier cosa que hablemos será dentro del marco de una conversación privada, y si me explica cualquier confidencia que desea que mantenga en secreto, así será.

Holdsworth se acomodó en la silla y se sirvió otra taza de café. Sabía que su argumento era un sofisma, pero poco importaba. El asunto que los ocupaba nada tenía que ver con la posesión de la razón, y nunca había tenido que ver con ella, pero el problema era que Frank permanecía sentado, quieto y con la boca cerrada, sin dar señales de desear hablar.

–Tabitha Skinner –soltó Holdsworth sin preámbulos.

–Jamás había oído ese nombre. ¿Quién es?

–Una niña de catorce años. Murió la misma noche que la señora Whichcote. Al parecer sufrió una indisposición en casa de la señora Phear, en Trumpington Street.

Frank negó con la cabeza.

–Tampoco sé quién es.

–Me resulta imposible creer que las dos muertes no estén relacionadas entre sí –declaró Holdsworth–. La misma noche, la conexión entre la señora Phear y el señor Whichcote y la reunión del Club del Espíritu Santo.

–Si están relacionadas, yo no sé nada –replicó Frank empujando la silla hacia atrás–. Le agradecería que se olvidara de todo este asunto. Ahora, si me disculpa, me voy al colegio.

–Quizá me permita acompañarlo –sugirió Holdsworth–. Tengo que pasar por la residencia del rector para comunicarle al Dr. Carbury que

ya no trabajo para su señoría, al menos en lo que a usted respecta. También debería informar al señor Richardson, dado que es su tutor.

–Le permito que me acompañe –concedió Frank con aire altivo y señorial–. No me importuna en lo más mínimo.

–En cuanto hayamos pagado podremos ponernos en marcha.

Frank hizo una señal al camarero, pero su aplomo se esfumó al instante.

–Resulta que no llevo dinero encima. Por eso el idiota del calabozo no me ha dejado pasar.

Holdsworth no dijo nada.

–Les pediría que me mandaran la cuenta –prosiguió Frank con tono acelerado–, pero aquí no me conocen y puede ser un proceso fatigoso. Si adelanta usted el dinero, le estaré muy agradecido.

Holdsworth hizo una reverencia educada. El talante de Frank oscilaba entre el de un mocoso de escuela desvalido y el de un joven caballero imperioso y, cuando abría la boca, era difícil saber cuál de los dos iba a hablar.

De camino a Jerusalem, la irritación de Frank se evaporó. Cada vez estaba más contento. Iba mirando a su alrededor, echando un vistazo a los escaparates de las tiendas y ojeando con disimulo a las muchachas más guapas que pasaban por su lado.

–Estas últimas semanas me he aburrido tanto –comentó al pasar por Christ's–. No era consciente de lo mucho que echaba de menos todo esto.

No se encontraron con ningún conocido en el trayecto. Frank iba sucio del polvo del camino y vestía la ropa de caza. No era fácil reconocerlo de inmediato, despojado de toda la parafernalia de un estudiante con privilegios. Pero todo cambió en cuanto cruzaron la verja de Jerusalem. Mepal los vio entrar y salió disparado de la caseta.

–Señor Oldershaw, señor. –Se quitó el sombrero e hizo una reverencia tan honda y profunda como fue capaz–. Dichosos sean los ojos, si me permite el atrevimiento.

–Me alegra estar de vuelta –dijo Frank con un gesto de la mano que abarcaba todo el colegio, como si todo aquello le perteneciera–. Necesito que alguien vaya al molino de Whitebeach. Deben decir a Mulgrave que cierre la casa y que traiga todas nuestras pertenencias al colegio, tanto las mías como las del señor Holdsworth. Dígale que venga a verme tan pronto como llegue. Mientras tanto, ¿dónde está mi criada de alcoba?

–¿Sal, señor? Ahora está en su escalera, señor, en las habitaciones del señor Archdale.

–Dígale que venga a verme. También necesito afeitarme. Mande llamar al barbero. Comente a Sal que necesitaré que suba agua caliente. Por cierto, ¿está el señor Richardson por aquí? Me gustaría

pasar a verlo primero.

Mepal volvió la vista a Holdsworth, que no había participado en la conversación y se había quedado a un lado como mero espectador.

–Los miembros de la junta están en la sala común, señor, en una reunión.

–¿Así que el Dr. Carbury está con ellos?

–Me temo que el rector está indispuesto, señor.

–Vaya. –Frank miró a Holdsworth como si necesitara que lo guiara–. Iré a... –De pronto arrugó la frente–. Dios mío.

Estaba mirando por detrás de los dos hombres. Holdsworth se volvió. El patio estaba vacío, pero había dos figuras, una niña alta y delgada con un niño más bajo pero igualmente delgado, bajo el arco que se abría en el extremo derecho de la arcada de la capilla.

–¿No es ése el pequeño lacayo de Whichcote? –preguntó Frank.

–Sí, señor –respondió Mepal–. Está ayudando al señor Whichcote.

–¿Whichcote? –repitió Frank en voz tan alta que el chico lo oyó y levantó la cabeza–. ¿Me está diciendo que reside en el colegio?

* * *

Augustus cogió una valija pequeña pero pesada que llevaba el blasón de Whichcote y dos cerraduras de bronce. La llevó tambaleante hasta la puerta del dormitorio.

–Aquí no –ordenó la señora Phear–. En la otra habitación, en el pequeño estudio.

Augustus cambió de dirección. Dorcas ya estaba allí, disponiendo los útiles de escritorio sobre la mesa.

El equipaje iba apilándose junto a la puerta del salón. La señora Phear estaba sentada a la mesa, mientras que Whichcote permanecía de pie delante de la chimenea vacía, los pulgares hincados en los bolsillos del chaleco.

–No tengo palabras para expresar lo agradecido que le estoy por... –comenzó.

–Las palabras no tienen que expresar nada, mi querido Philip –lo interrumpió la señora Phear, quien bajó la voz para preguntar–: ¿el señor Richardson no puso ningún problema?

–Ninguno. No es ningún idiota. Comprendió la situación en un instante.

–De todos modos, me sorprende que no se hiciera de rogar.

–Me imagino que se debe a dos razones, señora. En primer lugar, llegaba tarde a una reunión en la sala común y, en segundo lugar, la más importante, es que la situación en Jerusalem es especialmente delicada en estos momentos.

Whichcote hizo una mueca cuando Augustus rozó la esquina de la

mesa con la valija.

–¿Cuál es el motivo de la reunión?

–El motivo aparente es un escándalo que implica a uno de los sizars al que pillaron robando con las manos en la masa y ahora se haya huido. Pero la verdadera razón es la salud del rector; al parecer está muy enfermo.

La señora Phear apartó la mirada de la ventana.

–¿Se está muriendo?

–Creo que eso piensa Richardson, al menos eso es lo que desea. Si es así, habrá elecciones y lo último que quiere Richardson es un escándalo. Una palabra o dos en los oídos adecuados destruiría sus posibilidades. Ser la cabeza de un colegio, el rector de Jerusalem, es la máxima de sus ambiciones.

Se oyó un estrépito en el despacho y a alguien aspirar aire, asustado. Cuando Augustus y Dorcas salieron de la habitación, la señora Phear les hizo una señal para que se acercaran.

–Un sirviente fiel es visto con buenos ojos por el Señor –declaró la señora Phear–. Un sirviente fiel nunca chismorrea sobre los asuntos de su amo y siempre está buscando maneras de servirle mejor. Por otro lado, un sirviente infiel siempre lamenta su traición con lágrimas amargas y, tras una muerte miserable, va al infierno.

Los niños clavaron la vista en la alfombra. A Augustus se le sonrojaron las puntas de las orejas y Dorcas clavó las uñas en sus pecosos antebrazos pálidos, ya de por sí cubiertos de rasguños.

–Vamos, poneos en marcha –mandó la señora Phear, indulgente–. Satán pronto encuentra trabajo para las manos ociosas.

* * *

En una conmovedora muestra de lealtad casi feudal, la criada de alcoba expresó su júbilo al ver al señor Frank echándose el delantal por encima de la cabeza y llorando de alegría. Incómodo, Frank cumplió con ella pidiendo a Holdsworth que le entregara media corona en su nombre. Una vez arreglado el asunto de forma satisfactoria para todos, la criada se fue en busca de agua caliente y Frank empezó a recorrer sus aposentos.

Mientras tanto, Holdsworth se sentó a la mesa con pluma y tinta y empezó a escribir una carta. Apenas había empezado cuando Frank regresó al salón y se puso delante, tapándole la luz. El joven soltó algo metálico sobre la mesa, un botón dorado que brillaba a la luz del sol.

Holdsworth lo tocó con el índice. Era el botón que faltaba de la librea del club de Frank. El señor Richardson había mencionado que lo había dejado en la cómoda cuando le enseñó las habitaciones de Frank.

–Sans souci, «sin preocupaciones» –dijo Frank, y tragó saliva–. Qué gracioso, ¿eh?

–¿Por qué?

Frank no respondió, pero su expresión cambió de forma fugaz. Se le llenaron los ojos de lágrimas y se apartó para examinar los lomos de los libros en la estantería.

–¿Qué sucede? –preguntó Holdsworth.

–Nada –respondió Frank sin volverse–. Nada en absoluto.

Al cabo de un rato, Holdsworth mojó la pluma en la tinta y continuó escribiendo la carta.

–¿Qué hace usted? –inquirió Frank sin apartar la vista de los libros.

–Estoy escribiendo a su señoría para informarla de lo sucedido, comunicarle que está usted de regreso en Jerusalem y que, por lo tanto, es mi intención renunciar a mis responsabilidades y obligaciones con respecto a usted.

Frank se volvió de inmediato.

–No, señor Holdsworth, le ruego que no haga eso.

–¿Escribir a su madre?

–No, renunciar. Lo he estado pensando y... antes hablé de forma demasiado impulsiva. Preferiría que se quedase conmigo un tiempo más.

–Creo que ya he cumplido con el cometido que me encargó su señoría, señor.

–Por supuesto, al menos en lo que a mí me concierne. De todos modos, le agradecería que demorara su partida. Al fin y al cabo, podría tener una recaída y, además, no debe olvidarse de la biblioteca y de los libros de mi padre. Mi madre todavía deseará que la aconseje al respecto.

Holdsworth lo miró sin hablar y se encogió de hombros.

–Haré un trato con usted, señor. Acepto quedarme dos o tres noches más para finalizar el inventario de la biblioteca para su señoría.

–Gracias, señor. Se lo agradezco mucho, de verdad y...

–Con una condición: no debe protagonizar ningún escándalo con el señor Whichcote. Si se encuentra con él durante su estancia aquí, debe ignorarlo todo lo que pueda. No debe provocarlo en modo alguno.

–Pero, señor, yo no puedo... –Hubo una llamada a la puerta y Frank calló antes de esbozar una sonrisa imprevista. –Muy bien, señor –murmuró a Holdsworth. Después alzó la voz–: Adelante.

Se abrió la puerta y entró el señor Richardson. El tutor estrechó la mano de Frank y la sacudió enfáticamente. Felicitó a Frank por su mejoría, y era tanta su alegría que pareció enjugarse una lágrima del ojo de la emoción.

–No le negaré que estoy contento de haber vuelto –dijo Frank–.

Pero, dígame, ¿qué está haciendo aquí el señor Whichcote? Vimos a su lacayo al llegar y, según Mepal, va a residir en el colegio.

–Así es, señor Oldershaw.

–Preferiría que no fuera así, señor.

–Me temo que los asuntos del señor Whichcote son un tanto embarazosos en este momento. Cuando me solicitó refugio, no pude negarme. No es fácil negar ayuda a un antiguo miembro de Jerusalem en dificultades.

–Tengo entendido que va a recibir más demandas –comentó Holdsworth.

Richardson asintió.

–Está usted bien informado, señor, pero aquí está fuera del alcance de los alguaciles. Estará perfectamente seguro mientras no salga de los límites del colegio durante el día, excepto los domingos. De esta manera tendrá tiempo de arreglar sus asuntos y encontrar una solución a sus problemas. Pero hablemos de algo más agradable. Espero que vaya usted a prolongar su estancia en Jerusalem, señor Holdsworth. No debe olvidar la biblioteca.

–Eso es justo lo que le estaba diciendo yo, señor –intervino Frank–. Mi madre insistiría en ello.

–En tal caso, no puede usted abandonarnos, señor. Por cierto, ¿ha explicado usted al señor Oldershaw la triste noticia sobre el ayudante de la biblioteca, el señor Soresby?

Holdsworth negó con la cabeza.

–¿Soresby? –repitió Frank–. ¿El sizar? ¿Qué le ha sucedido?

–Me temo que ha sido acusado de robar un libro de la biblioteca –explicó Richardson–. Imagínese, un joven con un futuro tan prometedor, con el mundo a sus pies. Y para complicar más las cosas, se ha fugado.

–Qué fastidio –comentó Frank de forma mecánica–. Por cierto, señor, Mepal dice que el rector está indispuesto. ¿Dónde va a alojarse entonces el señor Holdsworth? Dada la situación, es mejor que no regrese a la residencia del rector.

–Sólo voy a quedarme un día o dos más, ya encontraré alojamiento en la ciudad –replicó Holdsworth.

–No, no –protestó Frank–. Estoy seguro de que el señor Richardson no lo permitirá, ¿verdad, señor?

–El colegio estará encantado de ofrecerle alojamiento, señor Holdsworth. Yo me ocuparé de todo. Seguro que le encontraremos sitio en el edificio nuevo. –Richardson se volvió hacia Frank–. ¿Comerá usted en el refectorio con nosotros, señor Oldershaw? Si se encuentra bien, claro está, o quizá prefiera descansar después del viaje desde Whitebeach.

–Gracias, señor, estoy perfectamente bien –respondió irritado–.

Comeré en el refectorio, y el señor Holdsworth también.

Richardson sonrió.

–Ah sí, claro... y el señor Holdsworth.

CAPÍTULO 39

Recuerde que no puede traspasar los muros del colegio durante el día –le avisó la señora Phear. –¿Cómo quiere que lo olvide con esos chacales esperando en la verja? Oyeron el sonido de vajilla rompiéndose en la habitación del gyp, donde Augustus y Dorcas estaban retirando el servicio de té.

La señora Phear frunció la boca.

–Dorcas –dijo sin molestarse en elevar la voz.

La doncella apareció secándose las manos en el delantal e hizo una torpe cortesía

–¿Qué se ha roto? ¿De quién es la culpa?

–Disculpe, señora, ha sido una taza, me ha resbalado de la mano. Lo siento mucho, yo...

–Eres torpe y malvada –observó la señora Phear sin enfadarse, como si expusiera un hecho fehaciente–. Hoy te quedarás sin almuerzo. Ya me he dado cuenta de que el estómago demasiado lleno te vuelve más tonta y despistada.

–Señora, si me lo permite –terció Augustus desde la puerta de la habitación del gyp–, no sea dura con ella, ha sido culpa mía, me estaba dando la taza y yo...

–¡Silencio! –ordenó Whichcote.

La señora Phear se volvió hacia Whichcote.

–Me voy ya, querido. Tengo que almorzar y seguro que usted también –se despidió en ese tono dulce y meloso que siempre reservaba para él.

–Permítame que la acompañe, señora.

–Sólo hasta la verja –sonrió–. No se olvide de cerrar bien las puertas. La puerta del despacho y el portón. Todo su futuro se encuentra aquí.

La señora Phear y Whichcote bajaron las escaleras seguidos de Dorcas y salieron fuera, al sol. La señora Phear se detuvo por el camino para admirar la majestuosidad desbordante de la copa del plátano oriental.

–Es realmente magnífico –observó–. Si uno está obligado a pasar unas semanas en el exilio, hay peores sitios que éste.

Pasearon por la arcada y cruzaron Chapel Court hasta la verja principal. Mepal no estaba en la caseta, sino conversando con dos hombres vestidos de negro en el patio de entrada junto a St. Andrew's Street.

La señora Phear posó la mano sobre el brazo de Whichcote.

–Ah... me parece que ésos son sus chacales.

Se despidieron con un apretón de manos, pero antes de que la señora Phear cruzara la verja, oyeron unos pasos rápidos y ligeros detrás. Augustus corría hasta ellos con un pañuelo que mostró a la señora Phear con una rápida y honda reverencia, como un pato sumergiendo la cabeza en el agua.

–Lo he encontrado en su silla, señora.

La señora Phear hizo un gesto a Dorcas con la cabeza, que dio un paso adelante, inclinó la cabeza y tomó el pañuelo de la mano de Augustus. Whichcote advirtió la mirada de reojo que la joven dedicó a Augustus y éste a ella. No podía ser que esa criada larguirucha de la señora Phear y su lacayo piojoso fueran novios, ¿verdad? La mera idea le pareció tan estrambótica que casi soltó una carcajada.

En cuanto se hubo marchado la señora Phear, Whichcote regresó a sus habitaciones. Al llegar al edificio nuevo se detuvo un momento en la escalera y, por casualidad, vio a Frank acercarse procedente de Jericho. Iba contemplando el jardín mientras caminaba y no vio a Whichcote hasta que fue demasiado tarde para esquivarlo.

–Me alegra verte en el colegio –saludó Whichcote sin preámbulos, alerta por si tenía otro arrebato violento. Esta vez no lo pillaría desprevenido–. ¿Significa eso que tus amigos pueden albergar ahora la esperanza de que estés totalmente recuperado? Eso espero.

Frank murmuró algo e intentó esquivarlo, pero Whichcote le bloqueó el paso.

–Ahora seremos vecinos. Augustus, sube y espérame en la puerta. –Whichcote aguardó a que el chico se hubiera ido–. Me alojaré en el colegio unos días, incluso unas semanas. Estoy justo aquí, en el edificio nuevo, en G4. Debes hacerme el honor de visitarme algún día.

–Antes te veré condenado.

–Eso ya lo veremos. Si explicara a las autoridades lo que hiciste a esa chica y aportara testigos que apoyaran la acusación, es muy probable que fueses tú el condenado, antes que yo.

–¿Qué quieres decir? Por el amor de Dios, ¿qué quieres de mí?

–Todo a su debido tiempo. Estoy seguro de que hablaremos de nuevo. Te interesará saber que he tomado la precaución de traer conmigo los archivos del Club del Espíritu Santo. Son de una lectura absorbente y exquisita, ¿sabes? Por ejemplo, en el libro de ingreso en el club consta tu firma debidamente testimoniada. ¿Recuerdas lo feliz que estabas al ser nombrado apóstol? Fue la misma noche en que murió la chica. La misma noche en que toda esa gente te vio con ella, a punto de poseerla y desflorarla. Sí, justo antes de morir... y una suposición puede llevar a otra...

Frank agarró el brazo de Whichcote.

–Canalla –susurró–. ¿Cómo te atreves? ¿Es ésta tu venganza por Sylvia? ¿Y por el chapuzón que te di?

Whichcote lo miró, pero no dijo nada. Frank era más grande que él y ya sabía que podía ser violento, pero también sabía que el poder puede ejercerse de muy diversas maneras. Al cabo de unos segundos Frank lo soltó y dio un paso atrás.

Whichcote se compuso la manga de la chaqueta.

–Ya hablaremos más tarde. Seguro que ahora saldrás corriendo a llorar sobre el hombro de tu guardián, ese Holdsworth. No dejes que yo te lo impida, pero te lo advierto, no servirá de nada. Tarde o temprano tú y yo tendremos que llegar a un acuerdo.

* * *

A Elinor Carbury le dolía la cabeza. Se sentó al escritorio y redactó el tercer borrador de la carta a lady Anne Oldershaw. Se odiaba a sí misma por escribirla, pero la vida la había obligado a hacer muchas cosas por las que se odiaba.

Sonó un golpe en la puerta y entró Susan. Cerró la puerta tras de sí y esperó con la cabeza inclinada a que su ama hablara.

–¿Qué sucede? –inquirió Elinor mientras sumergía la pluma en el tintero.

No hubo respuesta. Miró a la doncella; las lágrimas rodaban por sus mejillas.

–¿Qué sucede? –repitió Elinor irritada–. Por Dios santo...

–Oh, señora, he sido una tonta. –La muchacha lloró todavía más–. He pecado –barboteó entre sollozos–. Y usted es un ama tan bondadosa, tan generosa. Oh... se me parte el corazón.

–Deja de llorar y explícame lo que ocurre –ordenó Elinor.

Susan alzó la vista.

–Estoy preñada, señora.

En la mente de Elinor se cruzó por un instante la imagen breve y nada agradable de unos muslos blancos y musculosos bombeando en el lavadero.

–Qué tonta eres. ¿De quién es? ¿De Ben?

La doncella asintió.

–No pude evitarlo, señora, fue muy insistente. Lamento decírselo ahora, señora, estando el rector como está.

–¿Estás segura?

–Sí, señora, ya he tenido dos faltas y pronto tendré la tercera.

–¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

–Desde marzo... me convenció para que saliera a pasear con él una noche bajo el gran árbol y... se aprovechó de mí. Pronto se me notará. Usted me echará sin darme ninguna recomendación y acabaré en la casa de caridad y...

–Deja de hablar –cortó Elinor–. Estás consiguiendo que me duela

más la cabeza. ¿No puedes casarte con Ben y se acabó el problema?

Hubo una llamada a la puerta de abajo.

–Perdería su empleo y yo también, señora. Y no tenemos a quién recurrir.

–Deja que le dé vueltas al asunto –decidió Elinor–. Has sido muy tonta, pero quizás haya algún modo de arreglarlo.

Alguien subía por las escaleras. Ben anunció al señor Richardson. El criado abrió los ojos como platos cuando vio a Susan con la cara enrojecida en la puerta. El señor Richardson hizo una reverencia acompañada de un grácil aleteo de los dedos. Elinor despachó a los criados.

–No deseo molestar al rector –comentó Richardson en cuanto se quedaron solos–, pero quería informarme sobre el estado de mi querido amigo. ¿Ha habido algún cambio?

–No, señor. Está durmiendo. La enfermera está con él y tiene órdenes de llamarme si se despierta.

–Ah... ¿cómo dice el poema? «Balsámico sueño, dulce restaurador de la naturaleza exhausta» –murmuró–. Le ruego que le transmita los buenos deseos de todos los miembros de la junta y que le diga que todos estamos rezando por él. Pero el motivo de mi visita también es otro, una noticia que podría animar al Dr. Carbury, y a usted también, mi querida señora. El señor Oldershaw ha regresado al colegio.

–Me alegra oírlo. ¿Ha venido de visita o...?

–Oh, no. Parece que está totalmente recuperado y creo que tiene previsto alojarse de nuevo aquí, al menos hasta el final del trimestre.

–Se lo diré al Dr. Carbury. ¿Y qué hay del señor Holdsworth? Dado que el señor Oldershaw ya no lo necesita, supongo que regresará a Londres.

–Todavía no. Debe finalizar su inventario de la biblioteca, y tampoco podemos descartar que el señor Oldershaw pueda necesitarlo otra vez. Le he buscado una habitación para invitados en el edificio nuevo. Cuando supo cuál es el estado de salud del rector, no quiso venir a molestarlo, y a usted tampoco, señora.

Elinor inclinó la cabeza.

–¿Hay noticias del señor Soresby?

–Es como si se lo hubiera tragado la tierra, pero tenemos otro visitante: el señor Whichcote está en el colegio, espero que no la incomode.

Elinor levantó la vista y percibió una mirada calculadora en el rostro del tutor.

–¿Por qué debería incomodarme?

–Temía que verlo le trajera recuerdos dolorosos de su estimada amiga, señora Carbury. Eso es todo.

Elinor agradeció a Richardson su consideración y no dijo nada

más. El tutor se levantó para marcharse. En cuanto se hubo ido, Elinor se sentó al escritorio, pluma en mano, pero era incapaz de escribir ni una sola palabra. Pensó en su esposo agonizante, en Holdsworth, a tiro de piedra de donde estaba ella sentada, y en Sylvia. Elinor ya no sabía si quería u odiaba a Sylvia. Richardson había puesto el dedo en la llaga al mencionarla. Todos los recuerdos eran dolorosos.

Más tarde, la enfermera le comunicó que su esposo se había despertado y Elinor fue a verlo al dormitorio. Estaban solos, pues la enfermera estaba abajo. Las cortinas permanecían echadas para impedir la entrada de la deslumbrante luz del día. El Dr. Carbury reposaba boca arriba y con la colcha muy ceñida, como una camisa de fuerza. La miró con sus enormes ojos perrunos.

–¿Cómo está usted, señor? ¿Ha podido descansar?

Él ignoró sus preguntas.

–¿Hay alguna noticia?

–El señor Oldershaw ha regresado y, según el señor Richardson, se ha recuperado por completo.

–Bien, pero ¿qué hay de Soresby?

–Nada, señor. Espero que no le haya sucedido nada malo al muchacho.

–Sí, claro, es una posibilidad. –En un acceso repentino de energía, Carbury levantó la cabeza de la almohada–. Un suicidio... ahora que lo pienso, no es del todo imposible.

–Espero que no sea así.

Su esposo no parecía haberla oído. Dejó caer la cabeza sobre la almohada.

–¿Soresby muerto? –murmuró para sí–. Sí, es muy probable. Muerto, bien muerto. ¿Cabe albergar tamaña esperanza?

* * *

–Ese demonio ha traído consigo los archivos del club –explicó Frank a Holdsworth en cuanto volvió de su visita a las letrinas–. Los guarda en sus habitaciones y pretende chantajearme con ellos. Dios mío, y pensar que hubo un tiempo en que lo apreciaba. Creía que era un hombre de buena cuna. ¿Qué puedo hacer?

–Nada precipitado, señor Oldershaw.

Frank le lanzó una mirada feroz.

–Es muy fácil para usted decir eso, señor, pero...

Hubo una llamada a la puerta y Harry Archdale entró dando saltos como un querubín feliz.

–¡Mi querido Frank! ¿Cómo estás? –Le tomó la mano y la sacudió con energía–. Por fin has vuelto, sano y salvo. ¡Qué sorpresa! ¡Qué alegría tenerte de regreso!

Holdsworth hizo una reverencia y dio un paso atrás mientras se le ocurría una excusa para retirarse.

–¿Has oído las últimas noticias? –preguntó Archdale una vez intercambiados los primeros saludos–. Soresby ha desaparecido.

–Ricky nos lo acaba de explicar. Algo comadreja era, ¿no? Con ese constante crujido de los nudillos, era como una descarga de fusilería.

Archdale arrugó la nariz.

–Se ha montado un gran revuelo, pero no lo entiendo, era el protegido de Carbury. El viejo hasta le había reservado una plaza.

–Pensaba que Soresby era uno de los hombres de Ricky. Por cierto, ¿has pasado por la cuadra últimamente? Mis caballos han...

–Espera, Frank, todavía no he terminado de explicarte lo de Soresby. Eso no es todo. Acabo de llegar justo ahora al colegio y Mepal ha venido corriendo a entregarme este paquete. Alguien lo dejó en el buzón anoche, pero no sabe quién. Y resulta que es de Soresby –reveló Archdale al tiempo que sacaba un pequeño y delgado volumen del bolsillo–. Mira.

Frank tomó el libro y lo abrió por la portada.

–¿Euclides? ¿Qué demonios es esto?

–Me he vuelto bastante estudioso desde la última vez que nos vimos, pero ésa no es la cuestión, mira lo que había dentro.

Archdale sacó un pedazo de papel que parecía arrancado de una libreta. Holdsworth se acercó y leyó por encima del hombro de Frank las pocas palabras que contenía.

Señor Archdale, aquí está el libro. Debe dominar el segundo párrafo del señor Dow en la página 41 para comprender la proposición 47 (teorema de Pitágoras). Le ruego que no se crea esa terrible mentira sobre mi persona. Le juro que yo no he robado nada. T. S.

CAPÍTULO 40

Todavía quedaba hora y media para el almuerzo. Holdsworth se excusó y dejó a los dos jóvenes caballeros charlando de sus cosas. Por fortuna había aceptado quedarse con Frank un día o dos más, pues había aparecido un nuevo peligro: Whichcote. En cualquier caso, ¿había algo en Londres a lo que regresar?

En su fuero interno sabía que había otras razones más poderosas para quedarse que casi no se atrevía a confesarse a sí mismo, y mucho menos a Frank. Las muertes sin resolver de Sylvia Whichcote y Tabitha Skinner lo irritaban como una china en el zapato. Ahora que Frank se había recuperado, no eran asunto suyo, pero aún así lo reconcomían. Además, el asunto del fantasma de Sylvia seguía sin resolver. Si no conseguía que la pobre mujer descansara en paz, la sensación de fracaso lo consumiría el resto de su vida. ¿Y no planteaba eso la posibilidad de que Maria hubiera tenido razón todo el tiempo y que realmente se le hubiera aparecido el fantasma de Georgie?

Pero la razón más poderosa de todas, y la más difícil de admitir, era la mujer que vivía en la residencia del rector apenas a cincuenta metros de él, una mujer que tenía el poder de hacer mucho más que simplemente punzarle la conciencia. Es vergonzoso, se dijo, inmoral, imprudente e insensato. Si fuera un hombre supersticioso, diría que es una bruja y que me ha hechizado, pero lo cierto es que la culpa es toda mía.

Al salir de la escalera de Frank, Holdsworth divisó al lacayo del señor Whichcote que cruzaba la verja con una cesta en el brazo. Se dispuso a seguirlo.

Dos agentes del sheriff esperaban en el linde de la zona adoquinada justo delante de las rejas de Jerusalén. Reconocieron al chico y lo llamaron, pero él se escabulló y se adentró corriendo en St. Andrew's Street.

Holdsworth aceleró el paso. El lacayo giró en Petty Cury y siguió hasta el mercado. Compró fruta en una parada y queso en la otra. Después deambuló hasta Conduit, donde siempre se congregaba una pequeña multitud. Comió una de las fresas y, después, se paró en una esquina a desenvolver el queso con gran cuidado y examinarlo con atención, como si buscara alguna miga.

El muchacho ya no estaba solo. Una niña alta, delgada y harapienta se había aproximado a él de manera furtiva. Holdsworth la reconoció, la había visto en el colegio con el lacayo. Como si hubiera percibido su mirada, la muchacha alzó la vista y lo miró, y algo comentó al chico, porque también se volvió hacia Holdsworth.

Abandonando toda sutileza, se acercó a ellos. Los niños dieron un paso atrás.

–No tengáis miedo, os lo ruego –dijo Holdsworth con rapidez–. No pretendo haceros daño. Tú eres el lacayo del señor Whichcote, ¿verdad? Te había visto en Lambourne House y, ahora, en Jerusalem.

–Sí, señor. El señor Whichcote me está esperando y...

–Me ha parecido que tenías hambre y he pensado que quizá te apetecería compartir una empanada conmigo –Holdsworth señaló un puesto de empanadas cercano–. Yo sólo quiero un bocado o dos, no tengo apetito para una entera y sería un pecado desperdiciar lo que yo no me coma.

El niño miró a la muchacha y se cruzaron algún tipo de señal.

–Quizá tu amiga también quiera un poco. ¿Me haces el favor de ir a comprar una, todo lo grande que quieras, y me la traes?

Holdsworth extendió la mano, con la palma hacia arriba, y abrió el puño para mostrar tres peniques sueltos y una moneda de tres peniques. La mano del niño se abalanzó sobre el dinero. Él y la muchacha fueron al puesto de empanadas y regatearon el precio con la vendedora. Cuando regresaron, el muchacho tendió la mano con la empanada, mientras que la niña alargó la suya con los dos peniques sobrantes.

Holdsworth no hizo ademán de coger ninguna de las dos cosas.

–Me gustaría hablar contigo –pidió al chico.

El muchacho dio un paso atrás, y después otro.

–No te vayas –rogó Holdsworth consciente de que estaba a punto de perderlo y, lo que era peor, de que el niño podía informar a su amo de su torpe intento de hablar con él.

–Escúchame, es por tu propio bien –aseveró inclinando la cabeza para ponerse a la altura del chico–. Sé lo que sucedió en el Club del Espíritu Santo –añadió en voz baja.

El niño lo miró alarmado.

–¿El señor Whichcote le debe dinero, señor? –intervino la niña de repente.

–No, pero me apuesto lo que sea a que debe a este chico todas sus pagas. –Holdsworth advirtió la expresión en el rostro del niño y supo que había acertado. Decidió continuar presionando en esa dirección–. Sólo te pido cinco minutos para hablar –insistió mirando al muchacho–. Tu amiga puede quedarse para asegurarse de que no te pasa nada y, mientras tanto, podéis comer la empanada. ¿Qué me dices?

La empanada fue el argumento decisivo. Holdsworth había observado las manos del chico, cuyos dedos pequeños y sucios hurgaban la masa. El aroma de la empanada le acariciaba la nariz y, cuando se soltó un trozo de la corteza de hojaldre, se lo metió rápido

en la boca. Acto seguido, miró a la chica y le ofreció la empanada sin decir nada. Ella también tomó un pedazo de la parte de arriba.

–Venid –dijo Holdsworth–. No querréis comer y hablar en medio de tanta gente. ¿Hay algún sitio por aquí cerca donde podamos ir?

Le condujeron al pequeño cementerio de St Edward's, donde hallaron un rincón al sol, alejado de la vista de los transeúntes. El niño partió la empanada en dos y ofreció el pedazo más grande a la niña. Comieron rápido y muy concentrados. Holdsworth no trató de hablar con ellos mientras comían. Los contempló apoyado en un muro de la iglesia. Los niños eran como dos animalillos, sólo en parte domados.

–¿Le importaría a tu amiga esperar a un lado mientras hablamos? –preguntó Holdsworth al lacayo una vez que hubo acabado de comer.

–Ella sabe tanto como yo, señor.

–¿Acerca del club?

–Desde luego, señor. –El acento de la muchacha era del sur de Londres, no de Cambridge–. Yo los ayudo a prepararlo todo y después tengo que limpiar su inmundicia.

–Y... y somos amigos, señor.

–Si tú lo dices –replicó la muchacha con un ligero desdén.

–Muy bien –aceptó Holdsworth–. Tú ya sabes que me llamo Holdsworth y trabajo para lady Anne Oldershaw. Empecemos por el principio, presentaos primero.

–Él es Augustus –replicó la chica–. Yo soy Dorcas.

–¿También trabajas al servicio de una casa?

–Con la señora Phear de Trumpington Street, señor.

–Ahora empiezo a entenderlo todo.

La joven no dijo nada, pero no apartó los ojos del rostro de Holdsworth.

–El señor Oldershaw es un caballero muy rico –prosiguió Holdsworth–. Recompensará bien vuestra colaboración y puede ayudaros a encontrar un nuevo empleo. ¿Recordáis la reunión del club del pasado mes de febrero?

Augustus asintió.

–¿Te acuerdas de lo que pasó en el pabellón? ¿Estuviste allí?

El niño palideció.

–Ya veo que sí. No tienes nada que temer, tú no tienes la culpa de nada. Háblame de la chica.

–¿Cómo podemos saber que no nos está engañando? –preguntó Dorcas de repente–. Quizá lo envíe ella.

–¿Ella? –inquirió Holdsworth.

–La señora Phear. Quizá nos está poniendo a prueba.

–No os estoy poniendo a prueba. Augustus sabe que represento al señor Oldershaw, y éste no le tiene ningún cariño al señor Whichcote.

El niño asintió, pero sin dejar de mirar a Dorcas.

–Una guinea –exigió ella–. Una guinea por cabeza.

–Pero ¿y la promesa de empleo? –susurró Augustus.

–Una guinea es una guinea cuando la tienes en la mano –declaró Dorcas–. Una promesa es sólo una promesa.

–Si me ayudáis, tendréis ambas cosas –Holdsworth sacó el portamonedas y puso dos guineas sobre la lápida más cercana, relucientes a la luz del sol–. Dentro de un momento serán vuestras, cuando hayamos acabado.

Los niños contemplaron las monedas.

–Habladme de Tabitha Skinner –ordenó Holdsworth.

Sabía que había ganado la jugada por el silencio atónito y las expresiones estupefactas de los niños.

–La chica –repitió.

Dorcas soltó un suspiro como de alivio.

–Provenía del hospicio Magdalene, señor. Ya sabe, el de Londres. Igual que yo, pero ella era guapa.

–Tú también lo eres –interpuso Augustus.

–¿La trajo la señora Phear? –preguntó Holdsworth.

–Sí, eso es lo que hace. Cuenta a los del hospicio que puede ayudar a las chicas a encontrar trabajo en el servicio doméstico ofreciéndoles instrucción en el oficio mientras están aquí. La señora Phear es muy caritativa –Dorcas hizo una mueca y al torcerse sus finos rasgos pareció mayor de lo que era–. Las chicas deben fingir que son vírgenes cuando los jóvenes caballeros acuden a ellas.

–¿Me estás diciendo que la señora Phear trae a chicas de Londres para trabajar como criadas y luego las prostituye?

Dorcas se rio sin emitir sonido alguno, abriendo la boca y mostrando el hueco que solían ocupar las dos palas superiores.

–Ay, bendita su inocencia, señor. Por regla general, a las chicas les importa poco. La mitad de las veces los caballeros están demasiado borrachos para montarlas, pero ellas cobran igual. Sin embargo Tabitha era diferente, ella realmente era virgen.

Holdsworth giró la cabeza. El olor de la empanada le había provocado arcadas.

–En otras palabras, ¿la señora Phear y el señor Whichcote se dedican a procurar vírgenes a los caballeros para que las violen? –preguntó al cabo de un instante.

–Tabitha decía que al menos perdería la virginidad con un caballero sano, limpio y cortés y que, además, le pagarían bien por ello. Era un milagro que todavía conservara su virginidad. Decía que quizás el caballero se enamoraría de ella y la pediría en matrimonio. Entonces tendría su propia casa e iría a todas partes en un carruaje de oro, y me aseguró que yo sería su doncella.

–Yo las vi a las dos –añadió Augustus–, a ella y a la señora Phear,

cuando llegaron en el carruaje mientras los demás estaban cenando. Les iluminé el camino hasta el pabellón.

–¿Hablaste con ella? –indagó Holdsworth–. ¿Qué aspecto tenía?

–No dijo nada, señor. Además, iba abrigada hasta arriba. Lo siguiente que supe es que había muerto.

–La señora Phear siempre se disfraza de monja –explicó Dorcas haciendo un gesto burlón.

Augustus soltó una risita nerviosa.

–¿En qué parte del pabellón estaba? –preguntó Holdsworth.

–En la habitación pequeña de la planta baja –respondió el chico–. Está dispuesta como un dormitorio, toda blanca. Me ordenaron que encendiera el fuego a primera hora del día y que lo mantuviera bien vivo. Estaba todo preparado, el vino, las nueces, la fruta, todo.

–Cuéntale lo que pasó –instó Dorcas–. Eso es lo que quiere saber.

–Mientras todos cenaban la señora Phear fue un momento a la casa y después regresó a la habitación. En aquel momento estaban haciendo los brindis en la planta de arriba. Al cabo de unos minutos me ordenó que entregara una nota al amo, que fue a verlas. Un poco después llegó el señor Oldershaw. Bajó las escaleras corriendo y entró en la habitación sin más. Estaba tan ansioso por ver a Tabitha que ni siquiera cerró la puerta. Fue entonces cuando oí que decían que la chica había muerto.

–¿Cómo murió?

Augustus encogió sus hombros enjutos.

–Iba vestida de blanco y estaba atada a la cama. Tenía la cara rara, con los ojos muy abiertos y saltones, parecían canicas. Quizá murió de miedo.

El niño se sentó en la hierba y se rodeó las rodillas con los brazos. Dorcas le tocó la cabeza en un gesto casi maternal.

–Fue por culpa de una nuez, chico –explicó ella–. Eso fue todo. Ya te lo he dicho, no podía moverse porque estaba atada y se atragantó con media nuez. Se la encontramos en la garganta cuando la amortajamos.

–¿Así que la trasladaron a la casa de la señora Phear? –inquirió Holdsworth.

–La metieron en la habitación conmigo y la dejaron allí toda la noche, rígida y fría como estaba. Desde entonces no he conseguido librarme de ella.

–El fantasma de Tabitha la atormenta –susurró Augustus.

–No es nada más que una pesadilla –espetó Holdsworth–. Y tú, chico, ¿qué hiciste cuando la encontraron muerta?

–Me mandaron a la habitación donde estaba ella, señor. Mi amo y yo transportamos a la pobre Tabitha hasta el jardín en una silla, como si estuviera demasiado borracha como para caminar. Casi se nos cayó

una vez, se desplomaba de un lado a otro. La metimos en el carruaje y nos fuimos a casa de la señora Phear. Cuando el señor Whichcote y yo regresamos al pabellón, todos los caballeros ya se habían marchado.

–¿Todos? ¿Y el señor Oldershaw?

–Él no, señor, él seguía en la casa. –El chico levantó la mirada y tragó saliva–. Estaba con el ama.

–¿La señora Whichcote?

El chico inclinó la cabeza brevemente.

–¿Dónde?

–En el dormitorio. El amo los encontró y se puso hecho una furia. A mí me encerró en la bodega toda la noche, casi me muero congelado. Nunca volví a verla, señor, no hasta que la metieron en el ataúd.

¿Así había ocurrido todo? Como resultado, Sylvia había salido corriendo por las calles de Cambridge con el propósito de refugiarse en Jerusalem. Allí, de alguna manera, acabó muerta también.

–¿No oíste nada de lo que se dijeron esa noche el señor Oldershaw, tu amo y la señora Whichcote?

–No, señor.

–Él la pegó –dijo Dorcas.

Holdsworth se volvió hacia ella.

–¿Cómo puedes deducir algo así?

–Porque vi a la señora muerta, señor. Yo ayudé a la señora Phear a amortajarla. La había golpeado...

Holdsworth recordó lo que había explicado Tom Heces.

–¿En la cabeza? –preguntó tocándose la sien–. ¿Aquí?

–Sí, se golpeó la cabeza contra algo, pero no me refería a eso. Cuando la preparábamos vi los moratones en la espalda.

Holdsworth miró fijamente a la chica tratando de dilucidar si mentía. Ella le sostuvo la mirada, pero eso era algo que sabía hacer cualquier mentiroso. De todos modos, ¿por qué razón iba a mentirle?

–¿Moratones?

–Sí, señor. No había ningún corte, ni piel rasgada, al menos que se viera. Parecía como si alguien le hubiera arrancado el vestido y la hubiera golpeado con un palo hasta dejarla llena de morados.

* * *

La enfermedad del rector los atañía a todos de un modo u otro. A pesar de que nadie conocía con exactitud la gravedad de su estado y de que el Dr. Carbury tenía fama de ser más fuerte que un caballo, cabía contemplar la posibilidad de que resultara una enfermedad mortal, o cuando menos discapacitante.

Whichcote advirtió que casi todos los miembros de la junta que

estaban almorzando en el refectorio buscaban una excusa u otra para conversar con el señor Richardson y mostrarse en extremo corteses con él. Competían entre ellos por ganar posiciones de cara al futuro. Hacían bien, pensó Whichcote.

El señor Miskin, que todavía no tenía la nueva vacante asegurada plenamente, se entretuvo en explicar a Richardson una anécdota divertida sobre el vicecanciller que había oído el día anterior y, además, le recomendó un hombre que suministraba las mejores anguilas de los pantanos; si le interesaba, sólo debía decir que iba de su parte. Por otro lado, el señor Crowley le preguntó su opinión sobre un pasaje complejo de la Anábasis y lo escuchó con atención reverencial cuando dilucidó el punto clave de una cuestión que arrojaba una luz inesperada con respecto a la influencia que ejerció Sócrates sobre Jenofonte y sus camaradas. Asimismo, el señor Dow le comentó una ingeniosa idea que había tenido para construir unos retretes para destinarlos a los miembros principales del colegio y que se basaban en un diseño propio muy higiénico y eficiente. Hasta el profesor Trillo, que no tenía por costumbre abandonar sus aposentos, encontró tiempo para alabar el último libro de sermones del señor Richardson y ofrecerle sus apuntes para su gramática del caldeo y el asirio derivados del siríaco de Oriente Próximo.

Frank Oldershaw y Harry Archdale también estaban allí en su calidad de estudiantes con privilegios. Todo el mundo se acercó a estrechar la mano de Frank y a felicitarlo por su recuperación. Después de comer, Whichcote aprovechó el revuelo de la sala común para dirigirse a Frank con el pretexto de ofrecerle una silla.

–Piensa en tu madre –murmuró–, la felicidad de su señoría está muy vinculada a la tuya.

Frank se volvió hacia él de inmediato. Whichcote casi esperó que le diera un puñetazo, pero de pronto Holdsworth se metió entre los dos, ayudó a Whichcote con la silla y dirigió a Frank hacia la otra mesa, donde ya estaba sentado el señor Archdale con algunos de los profesores más jóvenes.

Whichcote levantó la vista y advirtió que Richardson había observado toda la escena. Qué más da, pensó. Al final todos acabarán bailando al son que yo toque. Mientras tanto, merecía la pena que Frank y Richardson recordaran quién llevaba las riendas.

Whichcote no se entretuvo con el vino en la sobremesa. Cuando regresó a sus habitaciones Augustus ya había vuelto de comprar fruta y queso en el mercado y estaba sacando la ropa de las valijas.

–¿Siguen allí? –preguntó Whichcote sin preámbulo alguno.

–¿Quién, señor?

–Los hombres del alguacil.

–Sí, señor. Han... han intentado hablar conmigo pero no los he

dejado.

–Bien.

Whichcote dejó a Augustus ocupado con la ropa y se metió en el pequeño estudio. La valija negra estaba encima de la mesa. El primer paso consistía en revisar el libro de registro del Club del Espíritu Santo hasta sus primeros años. A diferencia de otra documentación del club en la que sólo se usaban los nombres apostólicos de sus miembros, en el registro también figuraban sus nombres reales, así como la fecha de su ingreso en el club y su salida de éste. Algunos de los miembros más antiguos ya habían fallecido. Whichcote tenía previsto ir hacia atrás desde el presente y confeccionar una lista de los miembros que sabía que seguían con vida. No se molestaría en abordarlos a todos, sólo a aquellos que ocupaban un lugar prominente en la sociedad o que tenían abundantes recursos, o ambas cosas. Todo lo que tenía que hacer era cotejar los nombres indicados en el libro de ingreso con sus actividades como apóstoles descritas en los libros de actas de los archivos del club.

A continuación debería llevar a cabo la parte más delicada del asunto: redactar las cartas. Era una maniobra arriesgada, y por ese motivo no lo había intentado antes, pero si procedía con cuidado, tenía muchas posibilidades de éxito. Debía prestar especial atención a las circunstancias individuales de cada destinatario y adaptar sus exigencias a sus posibilidades. Su máxima debía ser no pedir demasiado, y no pedir nada que el donante no pudiera otorgar con facilidad.

Al fin y al cabo, siempre podía pedir más en el futuro.

Cuando llevaba unos veinte minutos enfrascado alegremente en esta labor, sonó un aldabonazo. Oyó a Augustus acudir a la puerta y el rumor de la voz de un hombre. El lacayo llamó a la puerta del despacho y le comunicó que el señor Holdsworth venía a saludarlo y a preguntar si podía recibirlo. El muchacho había sido tan idiota de dejar la puerta entreabierta, así que cuando Whichcote levantó la vista, vio a Holdsworth aguardando en la puerta. Sus miradas se cruzaron una fracción de segundo, pero Holdsworth era un hombre lo bastante educado como para apartar la vista y fingir que no lo había visto.

–Por supuesto –respondió Whichcote poniéndose en pie, no sin antes volver a colocar los papeles en la valija y cerrar con llave ambos cerrojos.

Ambos se saludaron en el salón con una reverencia.

–¿Se aloja usted ahora en el colegio, señor? –preguntó Whichcote.

–Sí, justo encima de su apartamento, para más casualidad.

–La vista de los jardines es magnífica, ¿verdad?

Holdsworth asintió y, mirando de reojo a Augustus, preguntó a

Whichcote si podían hablar en privado.

En cuanto estuvieron solos, Whichcote le rogó que tomara asiento, pero Holdsworth prefirió permanecer de pie.

–Me imagino que viene usted de parte del señor Oldershaw –comentó Whichcote con una sonrisa.

–No, señor –respondió Holdsworth–. El señor Oldershaw se marchó con el señor Archdale poco después de que usted abandonara la sala común.

–Entonces, eso puede facilitar las cosas. Algunos asuntos es mejor tratarlos entre hombres de buen juicio.

–Desde luego –corroboró Holdsworth–. No me andaré por las ramas, señor. He venido para pedirle que deje usted en paz al señor Oldershaw. Ya ha pagado un precio demasiado alto por haberlo conocido.

–Por fin alguien que habla claro. ¿Y si yo le dijera que el señor Oldershaw me debe una suma considerable de dinero?

–Le diría que se equivoca usted.

Whichcote sonrió.

–Seré condescendiente con usted porque es imposible que sepa todo lo que ha hecho su protegido, pero no creo que a usted ni a su señoría les agradase que la verdad saliera a la luz.

–Se olvida de que usted no se encuentra en condiciones de amenazar a nadie. Un hombre que se enfrenta a una pena de cárcel se halla en una situación delicada.

Whichcote chasqueó los dedos como si pudiera hacer esfumar la amenaza sin más.

–Me imagino que se refiere usted a mi actual posición embarazosa. Para empezar, no es asunto suyo, pero le diré que se trata de algo temporal. Además, mientras esté alojado aquí nadie puede importunarme.

–No, señor, no me refería a eso, sino a la posibilidad de que se enfrente usted a los tribunales por la comisión de un crimen. En tal caso, este colegio no le servirá de refugio.

CAPÍTULO 41

Harry Archdale había previsto estudiar unas horas después de comer, pero no había contado con que Frank reaparecería de forma inesperada. Los dos jóvenes se sentaron juntos durante el almuerzo y celebraron su reencuentro con varios brindis. Después Frank dijo que le apetecería ir al río y visitar algunos de los tugurios que solía frecuentar.

Tomaron una batea para cruzar el río hasta Grantchester. Maniobrar la pértiga bajo el calor de primera hora de la tarde era un trabajo duro que provocaba mucha sed. En cuanto llegaron al pueblo la saciaron en el Red Lion durante casi dos horas.

Frank no se refirió a sus experiencias de las últimas semanas y Harry no quiso curiosear, pero al final acabaron hablando indirectamente del señor Whichcote y del Club del Espíritu Santo, y ambos estuvieron de acuerdo en que no querían volver a tener tratos nunca más con ese hombre ni ese club.

–Volviendo al tema de Soresby... ¿tú no estudiaste con él el trimestre pasado? –preguntó Archdale mientras Frank impulsaba la batea de vuelta a Cambridge.

–Sí, pero no por mucho tiempo. No le vi la utilidad.

–Pues yo he estado estudiando con él durante la última semana o dos. Es un tipo increíblemente listo.

Frank hincó la pértiga en el agua, la giró y la sacó de nuevo.

–Seguro que sí, pero es un ladrón.

–¿No crees que puede tratarse de un error? El problema es que anoche se dio a la fuga, y si fuera inocente no habría huido, ¿verdad?

Frank no dijo nada. Estaba concentrado en esquivar una enorme rama de sauce que había en el agua.

–Por otro lado, está la carta que me dejó en el libro donde afirma que él no lo hizo. Quizá sea verdad.

Frank lo miró de soslayo.

–¿Qué?

–No me estás escuchando. Digo que quizá no robó esa obra de Marlowe. Lo cierto es que no sé qué pensar.

–¿Es necesario que pienses algo?

–Pues sí, porque fue muy amable conmigo, ¿sabes? Y si hay alguien que necesite un amigo ahora, es él.

–¿Un amigo?

Archdale forzó una risita.

–Bueno, no exactamente un amigo, pero alguien que le eche una mano, como tú y ese hombre, Holdsworth.

Era la primera vez que Archdale hacía referencia directa a la locura de Frank. Ninguno de los dos habló durante unos instantes. La batea se deslizó por el agua repleta de algas y asustó a dos patos desprevenidos.

–Habla con Mulgrave –dijo Frank–. Eso es lo que yo haría.

–¿Con Mulgrave? ¿Por qué?

Frank cesó de impeler la embarcación y la pértiga, arrastrada por la batea, fue dejando una estela plateada a su paso por las verdes aguas del río.

–Eso es lo que yo haría si deseara averiguar alguna cosa que tuviera que ver con Jerusalem, pero ¿has pensado que quizá no sea posible encontrar a Soresby?

–¿Qué quieres decir?

–Puede que se haya tirado al río.

Al poco rato alcanzaron el muelle y regresaron caminando al colegio en silencio. El gyp estaba en Chapel Court descargando las valijas y las cajas de Frank de la misma carretilla que horas antes había contenido las pertenencias de Philip Whichcote.

–Mulgrave, tú conoces al señor Soresby, ¿verdad? –preguntó Archdale sin preámbulo alguno–. ¿El sizar?

–Sí, señor.

–¿Has oído lo sucedido?

–El señor Mepal me ha comentado algo sobre un libro que desapareció de la biblioteca, señor.

–Así es. ¿También has oído que se fugó en mitad de la noche?

–Sí, señor –Mulgrave se colocó una caja sobre el hombro y dio un paso hacia la puerta.

–¿Tienes alguna idea de dónde puede estar ahora? ¿Sabes si viven sus padres?

–Creo que su madre murió, señor, y su padre trabaja de peón caminero en algún lugar pasado Newcastle, pero dudo que haya ido allí, señor. Hay enemistad entre ellos.

–¿Hay alguna otra persona a la que haya podido acudir? ¿Alguien que pueda saber dónde está?

Mulgrave se succionó pensativo las mejillas mientras modificaba la posición de la caja sobre el hombro.

–Supongo que su tío podría conocer su paradero, señor.

–¿Su tío? ¿Quién es?

Mulgrave mantuvo la vista clavada en el suelo en señal de respeto, pero dio otro paso hacia la puerta, tambaleándose un poco a causa del peso de la caja.

–Pues el pocero nocturno, señor, Tom Heces.

* * *

Con la excepción de la criada de la señora Carbury, Susan, y del bedel de guardia, ningún sirviente pasaba la noche en Jerusalem. En teoría, el bedel debía vigilar la verja durante toda la noche, hacer varias rondas por los terrenos del colegio y no dormir nunca, pero en la práctica rara vez se movía de la caseta y a menudo dormía tan profundamente como el resto de los habitantes de Jerusalem. Otra excepción era el pocero nocturno, que a veces llegaba temprano y se le permitía entrar por la verja principal con la aprobación previa de Mepal. Dado que Augustus no podía pernoctar en el colegio, Whichcote había acordado con la señora Phear que dormiría en su casa de Trumpington Street.

–Ya te puedes ir –ordenó Whichcote a su lacayo cuando el reloj de la capilla dio las siete–. Puedo apañármelas sin ti el resto de la noche y ahora estás mano sobre mano. Cuando veas a la señora Phear no olvides transmitirle mis saludos y asegúrate de comunicarle que es mi expreso deseo que le seas de alguna utilidad mientras estés ahí.

Augustus cruzó Chapel Court a paso lento mientras pensaba en un futuro en que no se viera arrastrado a la ruina junto con el señor Whichcote. El alguacil le había aconsejado que buscara otro empleo. ¿Podía confiar en el señor Holdsworth? En caso negativo, ¿por dónde podía empezar? Su puesto actual no le proporcionaba prestigio alguno para futuros empleos y dudaba que el señor Whichcote le diera una carta de recomendación. Augustus carecía de amigos en una ciudad plagada de muchachos que como él buscaban trabajo, pero la mayoría de ellos contaba con un tío aquí o un hermano allá deseoso de echarles una mano.

Ensimismado en sus pensamientos, chocó con dos jóvenes caballeros que conversaban bajo la arcada junto a la caseta del bedel. Mientras reculaba y pedía disculpas, los reconoció, eran Frank Oldershaw y Harry Archdale.

–Tú, chico, ¿conoces bien la ciudad? –preguntó Archdale.

–Oh, sí, señor, conozco hasta el último rincón del último callejón. Nací aquí.

En el sótano de un edificio infestado de ratas en una plaza cercana a Green Street.

–¿Sabes dónde está Audrey Passage?

–Sí, señor, cerca de King's Lane. –La desesperación lo hizo astuto. No es fácil de localizar.

–¿Puedes llevarnos hasta allí?

Frank Oldershaw posó la mano en la manga de Archdale.

–Es el lacayo de Whichcote. Ya decía yo que me sonaba su cara.

Archdale parpadeó.

–Es verdad.

–Pero busco otro empleo, señor –puntualizó Augustus con rapidez.

–No creo que importe. Esto es algo muy distinto –murmuró Archdale dirigiéndose a Frank.

–Por favor, señor –suplicó Augustus.

Frank se encogió de hombros.

–Me compadezco de cualquiera que trabaje para Whichcote –comentó.

–¿Me acompañarás? –preguntó Archdale a Frank–. Los miércoles tocan música en el Black Bull. Podemos ir después si te apetece.

Abandonaron el colegio los tres juntos y tomaron Bird Bolt Lane. Augustus se sentía muy satisfecho consigo mismo. Audrey Passage estaba al otro lado de Trumpington Street, entre King's Lane y la taberna Black Bull. El camino era el mismo que para ir a casa de la señora Phear y ella no lo esperaba hasta más tarde. Además, existía la posibilidad de recibir una buena propina; estos jóvenes estudiantes solían ser generosos.

Augustus los guió por King's Lane y después giró a la izquierda. Los caballeros se habían tapado ya la nariz con sendos pañuelos. Pasaron por varios callejones, que no eran más que angostos corredores entre edificios, hasta que por fin llegaron a Audrey Passage, un callejón sin salida oscuro y serpenteante que acababa en un pozo negro comunal. El pavimento estaba húmedo y grasiento a pesar del calor. Era un lugar infestado de niños harapientos y gatos tiñosos.

–Pregunta dónde vive Tom Heces –ordenó Archdale a Augustus, su voz apenas audible detrás del pañuelo.

–¿El pocero nocturno, señor?

Archdale inclinó la cabeza a modo de asentimiento. Augustus cogió por la oreja a una de las niñas más altas y ésta le señaló una puerta abierta en el centro del callejón. Según la niña, Tom y su familia vivían en una habitación del piso de arriba, en la parte posterior.

–Me imagino que no querrán subir allá arriba –dijo Augustus a Archdale–. ¿Desea que mande a la niña y que le pida que baje?

Archdale asintió y la niña subió corriendo. Los tres esperaron en la calle. Augustus estaba nervioso e iba balanceando su peso de un pie a otro, ése no era un buen lugar para estudiantes ni para muchachos que no fueran del barrio. Corrían el riesgo de que los asaltaran en cualquier momento, pero al menos los caballeros eran fuertes, sobre todo el señor Oldershaw, y ambos llevaban bastones.

La niña volvió a aparecer en el portal, se escabulló entre sus piernas y se refugió en la oscuridad del callejón. Una mujer siguió sus pasos, bajando con precaución las escaleras empinadas y estrechas. Lo primero que vio Augustus fue una babucha puntiaguda de color rojo cereza. Una segunda babucha acompañó a la primera en el escalón.

Después apareció ante sus ojos el dobladillo de un vestido azul oscuro que el uso y el paso del tiempo había cubierto de una pátina verdosa y, por fin, la mujer al completo, que se mantuvo a cierta distancia del portal, como si temiera que los visitantes pudieran contaminar el edificio.

–¿Quién es usted? –preguntó Archdale quitándose el pañuelo de la cara.

–La señora Floyd, señor.

–¿Quién?

–Mi esposo es el pocero nocturno, señor, John Floyd, pero le llaman Tom Heces. Supongo que no es nada malo, ¿no?

Augustus no podía apartar la vista de las babuchas de color rojo cereza, que lucían en la puntera un bordado en seda fina que le recordaba el dibujo geométrico de la alfombra del despacho del señor Whichcote en Lambourne House.

–No, desde luego que no –replicó Archdale–. Creo que su marido está... está emparentado con el señor Soresby de Jerusalem.

La señora Floyd hizo una reverencia, como si fuera un honor el hecho de que el caballero supiera algo de la familia de su marido.

–Sí, señor, Tobias es el hijo de la pobre hermana muerta de Floyd.

–¿Ha visto usted al señor Soresby en los dos últimos días? Necesito hablar con él.

La mujer respondió mirando al suelo.

–No, señor. Él no viene por aquí. Es un académico en la universidad, ¿sabe?

Augustus seguía contemplando las babuchas rojas con el ceño fruncido, le recordaban a algo más. Al mismo tiempo era muy consciente de que a su alrededor todo eran ojos y oídos, era como si el edificio estuviera vivo de un modo imperceptible.

–¿Podría decir a su esposo que necesito hablar con su sobrino? Puedo asegurarle que mis intenciones son buenas. Si por casualidad lo ven, les ruego que me informen directamente. Pueden dejar un mensaje en Jerusalem con el señor Mepal, el bedel. Mi nombre es Archdale.

La mujer hizo otra reverencia y las babuchas desaparecieron un segundo, ocultas bajo el dobladillo del vestido. En ese instante Augustus se acordó.

Frank dio media vuelta y comenzó a alejarse del portal. Archdale lo miró, se encogió de hombros y lo siguió.

–Señor –dijo Augustus sintiendo un vértigo terrible, como si estuviera dentro de una pesadilla a punto de saltar de un acantilado con los ojos cerrados–. Señor, señor.

Archdale se volvió.

–¿Qué sucede?

–Las babuchas, señor, las babuchas de la esposa de Tom. Le juro que son las mismas que las de la señora.

–¿Cómo? ¿Qué demonios quieres decir? ¿Qué señora?

–La señora Whichcote, señor.

* * *

Frank cenó en sus aposentos con la sola compañía de Holdsworth en su primera noche de regreso en Jerusalem. Había invitado a Archdale, pero éste rechazó su oferta porque, según le explicó, al día siguiente tenía clase con el señor Crowley. Debía prepararse bien unos pasajes seleccionados de Grocio porque el profesor no era compasivo con los alumnos que se equivocaban en la traducción. Sin ir más lejos, la semana anterior hubo uno que confundió merx por meretrix y la mitad del colegio todavía se estaba riendo de él.

–¿Por qué? –preguntó Frank–. ¿Qué tiene de gracioso? A mí me parecen muy similares.

–Merx es una mercancía, mientras que meretrix es una mujer de dudosa moral.

Archdale se sonrojó al decirlo y Holdsworth recordó esa noche calurosa en la que lo vio adentrarse en la oscuridad de los Leys en pos de una prostituta.

Por este motivo, el único invitado de Oldershaw era el señor Holdsworth. Mulgrave les sirvió la cena en el comedor. Frank comentó con tono irónico que la situación le recordaba a los viejos tiempos en el molino de Whitebeach. La mesa había sido dispuesta junto a la ventana que daba al jardín, el plátano oriental y la Laguna Larga.

Esa noche Frank estaba especialmente eufórico. Su estado evocó a Holdsworth la noche que estuvieron hablando en la oscuridad junto a la balsa del molino tras beber más vino del recomendable.

En cuanto Mulgrave se retiró tras haber servido el vino y las nueces, cambió el ambiente. Todavía era de día, pero Frank se levantó a encender una vela con ademán ceremonioso.

–Quizá sea mejor que Harry no pudiera venir –comentó de espaldas a Holdsworth.

–Sí, yo también lo creo, puesto que hay algo que me gustaría comentarle en privado sobre la amenaza de chantaje del señor Whichcote. ¿Desea o no que intente ayudarlo?

–Oh, señor mío, si no interviene estoy perdido –respondió Frank volviéndose hacia él. La alegría había desaparecido por completo de su rostro para dar paso a una expresión amarga y desesperada–. Si explica lo del club será mi ruina. Y mi madre... eso la mataría. Haré lo que me pida, señor, lo que sea, pero sálveme de ese demonio.

Holdsworth se acomodó en la silla.

–Señor Oldershaw, no podré ayudarlo a menos que me lo cuente todo.

–Por supuesto... lo que usted quiera.

–Tabitha Skinner. –Se hizo un silencio. Frank apartó la vista–. Cuando le pregunté acerca de ella esta mañana en el café, me dijo que jamás había oído su nombre. Después adoptó usted un aire muy altivo y nos marchamos.

–Le ruego que me disculpe, señor, no me comporté de manera adecuada, estuve fuera de lugar.

–Esta tarde me he aventurado a insinuar al señor Whichcote que podría enfrentarse a una acusación penal por haber cometido un crimen y por su reacción he sabido que había dado en el clavo, al igual que cuando esta mañana mencioné a usted el nombre de Tabitha Skinner. Es habitual que los jóvenes beban, jueguen e ingresen en clubes, lo cual es censurable, sin duda, y sus madres no lo aprobarían si averiguaran la verdad, pero lo que usted teme es algo más que la mera desaprobación, del mismo modo que el señor Whichcote. Y estoy convencido de que la clave del enigma está en Tabitha Skinner.

Holdsworth esperó. Frank regresó a la mesa, se sirvió más vino y levantó la copa. Por un momento Holdsworth pensó que el muchacho sería tan necio como para proponer otro brindis, pero en lugar de eso contempló la llama de la vela a través del vino y comenzó a hablar.

–Si le explico lo que sucedió esa noche, ¿me promete no decírselo a nadie? Sé que no... –Se interrumpió para beber el vino de un trago– ... que no actué de una manera muy inteligente.

Holdsworth pensó en su propia conducta desde la muerte de Georgie.

–No es usted el único.

–Cuando uno deviene miembro de pleno derecho del Club del Espíritu Santo, asciende a la categoría de apóstol y recibe un nombre apostólico. Yo fui nombrado apóstol en la reunión de febrero. Cuando se nombra a un apóstol, se celebra una ceremonia y se hace un juramento secreto, pero yo quebraré ahora el mío –afirmó sin dejar de mirar la copa vacía que sostenía todavía en la mano–. El nuevo apóstol debe acostarse con una muchacha allí mismo, en ese momento.

–¿Así que el señor Whichcote les proporciona una prostituta para la ocasión? –preguntó Holdsworth cuando el silencio se prolongó demasiado.

–No exactamente... El club toma su nombre del Espíritu Santo –reveló Frank mientras tamborileaba la mesa con una cuchara como para dar énfasis a sus palabras–, del mismísimo Espíritu Santo. Por lo tanto...

–¿Por lo tanto?

–Por lo tanto, el niño Jesús fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, tras impregnar, por decirlo de alguna manera, a María –reveló mientras se acomodaba en la silla y dejaba por fin la copa en la mesa–. ¿Lo entiende ahora?

Holdsworth negó con la cabeza.

–María era virgen, señor –susurró Frank.

–Ah.

Frank se encogió ante la expresión de repugnancia patente en el rostro de Holdsworth.

–El señor Whichcote hacía que pareciera algo... algo natural. Algo... deseable, deseable con devoción.

–No lo juzgo a usted –declaró Holdsworth–, lo juzgo a él.

Frank volvió a hablar, esta vez más rápido.

–En el pabellón hay una pequeña habitación donde la virgen espera al candidato. Está vestida de blanco y atada a la cama. También había una señora mayor, pero no la vi bien. Creo que llevaba una máscara. Era una mujer baja y fea, como un sapo disfrazado de monja. No estaba previsto que yo la viera, pero llegué antes. Mi calentura por estar con la chica era tanta que no podía esperar más. Entré en el dormitorio y allí estaba ella, en la cama, tal y como había prometido Whichcote, pero en cuanto la vi supe que estaba muerta.

–¿Cómo murió? ¿De su propia mano?

–Yo no vi ninguna herida. Simplemente estaba... estaba muerta. Su cara tenía un aspecto extraño. Estaba muy pálida, desfigurada, y tenía los ojos abiertos.

–¿Y no se lo contó a nadie? –inquirió Holdsworth–. ¿Es consciente de que podrían acusarlo de haber ocultado un delito grave?

–Es peor que eso, señor. Whichcote dirá que fui yo quien causó su muerte, que la maté con mis propias manos y que yo lo obligué a ayudarme a ocultar el crimen, pero le juro que jamás la toqué, ni siquiera la llegué a ver con vida. Debe creerme. Le juro que yo no la maté.

* * *

El Dr. Carbury se despertó a la hora de la cena. Estaba consciente y lo suficientemente lúcido como para dar a entender que tenía hambre. Primero lo trasladaron a la silla con bacín; después le aplicaron sobre la zona del estómago donde juzgaban que estaba el cáncer una poción hecha a base de hojas de belladona hervidas en leche; le cambiaron la camisa de dormir y lo volvieron a meter en la cama, recostado sobre varias almohadas. Estaba cansado, pero de bastante buen humor, sobre todo a la vista de las circunstancias, y seguía teniendo apetito.

Elinor le dio de comer unas gachas con mantequilla y una

cucharada o dos de gelatina de pies de ternera aderezada con corteza de limón, canela, macis y azúcar. Su esposo pidió vino y ella le permitió tomar media copa. Daba la impresión de que disfrutaba con la comida, pero acabó vomitándola casi de inmediato. Después llamó a Elinor a su lado y le pidió que se acercara hasta encontrarse a tan sólo cinco centímetros de su rostro, desde donde podía oler el vino y el vómito en su aliento.

–¿Soresby? –susurró.

–No hay noticias, señor. En cuanto sepa algo le informaré de inmediato.

Carbury le dio unas palmaditas en la mano y le dijo de improviso que era una buena chica. Elinor se notó las lágrimas ardiendo bajo los párpados.

Volvieron a acostar al Dr. Carbury y se quedó dormido en cuestión de minutos. Ya había anochecido y Elinor dejó a su esposo al cuidado de la enfermera. Bajó las escaleras y ordenó a Susan que pusiera sales de amoníaco y cal viva en el bacín del doctor para neutralizar los olores desagradables.

Con ojos entornados, Susan le preguntó si sabía que el señor Frank Oldershaw había regresado al colegio.

–Sí, claro.

–Según ha dicho el señor Mepal a Ben, parece el mismo de siempre.

Cuando Susan mencionó el nombre de Ben, tembló como si alguien la hubiera pinchado con una aguja. A la joven le causaba placer la simple mención de su nombre ante un tercero. Elinor se estremeció ante el poder que puede tener la mano de un hombre, lo cual la llevó, como era natural, a hacer la siguiente pregunta, a pesar de conocer ya la respuesta.

–¿Y el señor Holdsworth? ¿También está de vuelta?

Otro escalofrío, un pequeño temblor interior, delicioso y turbulento.

–Sí, señora, pero el señor Richardson decidió que sería mejor no molestarla y por eso le han buscado unas habitaciones en el edificio nuevo. Y no es el único que reside allí. El señor Whichcote se aloja en el mismo edificio y tiene a los alguaciles esperándolo en la verja.

Elinor despachó a Susan. El ambiente de la habitación se había vuelto asfixiante y empeoraba su dolor de cabeza. El hedor del bacín del Dr. Carbury parecía inundar toda la casa. Salió al jardín para huir de él. Ya no había nadie que pudiera detenerla, ahora podía pasear por el jardín cuando le placiese, de día o de noche.

Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. El aire olía a limpio, a tierra y a cosas germinando. Deambuló por el sendero hasta la verja que conducía al puente de Frostwick sobre la Laguna Larga. Su idea

inicial era dar una vuelta por los jardines del colegio, pero, unos metros antes de alcanzar la verja, se detuvo en seco. Sólo era un efecto óptico, pero le dio la impresión de que algo pálido se movía por detrás del intrincado dibujo del enrejado; algo pálido e informe sobre el puente.

No tenía forma humana, tampoco era niebla, no se parecía a nada. Era simplemente algo pálido que flotaba y fluía. Nada había de perturbador o misterioso en ello, pero cuanto más lo miraba, menos lo veía, era como si se hubiera evaporado por completo.

Tonterías, nada había allí. Cuanto más pensaba en ello, en esa pálida mancha –o comoquiera que se lo llamara–, más convencida estaba de que se trataba de un producto de su imaginación causado por el cansancio y que nada había en el puente. Además, debía de existir una sencilla causa física para explicar ese fenómeno óptico, que seguramente estaba relacionado con su dolor de cabeza.

Por algún motivo, se preguntó lo que pensaría John Holdsworth si compartiera con él esos absurdos pensamientos. Sintió otro escalofrío. Estaba cogiendo frío. Quizá debía obligarse a comer algo. Debía conservar las fuerzas, pues de sobra era sabido que la falta de alimento podía suscitar absurdas fantasías.

CAPÍTULO 42

La señora Phear puso a trabajar a Augustus como pago por concederle el privilegio de cobijarlo bajo su techo. El chico se levantó antes del amanecer para limpiar zapatos y fregar perolas. Dorcas tenía otras tareas. Además, estaba enfadada y tenía unas marcadas ojeras oscuras.

–Tabitha no me deja descansar, es peor que la vieja arpía –masculló cuando se cruzaron en la cocina.

La señora Phear lo dejó irse con tiempo suficiente para sumarse a la muchedumbre de sirvientes que esperaban a las puertas de Jerusalem para entrar. A pesar de la hora temprana, el señor Whichcote ya se había levantado y, vestido con bata y gorro de dormir, estaba sentado a la mesa del pequeño estudio, los papeles desperdigados por encima. Maldijo al lacayo, pero distraídamente, y lo despachó a ordenar las habitaciones y disponer la ropa.

Poco a poco, el colegio fue cobrando vida. Sonó la campana de la capilla. El lacayo estaba cepillando la chaqueta de su amo cuando Whichcote lo mandó a buscar el desayuno.

Con una gran sensación de alivio, Augustus corrió escaleras abajo y se puso a la cola de los sirvientes que esperaban a las puertas de la cocina. Tras el servicio religioso, todo el mundo quería desayunar al mismo tiempo, algunos en el refectorio, otros en las habitaciones. La peor parte de la larga espera eran los aromas que le iban llegando, sobre todo el de los panecillos calientes y el café, que estimulaban sus papilas gustativas y le hacían la boca agua.

Alguien le dio un golpecito en el hombro. Sorprendido, alzó la vista y vio a Mulgrave, que lo miraba con la boca fruncida y la nariz arrugada.

–¿Sabes dónde se encuentran los aposentos del señor Oldershaw? –inquirió en voz baja.

–Sí, señor.

–Pues ve allí ahora mismo.

–Pero, señor, el desayuno del señor Whichcote...

–No estarás fuera mucho tiempo y vas a esperar al menos diez minutos a que te sirvan. Yo te guardo el turno.

Augustus titubeó.

–¿Ves esto? –preguntó Mulgrave señalándose la cicatriz en la mejilla–. Me lo hizo el demonio de Whichcote. Si no tienes cuidado, a ti te hará cosas peores. No quieres quedarte con un amo así. Ésta es tu oportunidad, chico, así que, por el amor de Dios, aprovéchala mientras puedas.

* * *

–No tenemos mucho tiempo –avisó Holdsworth–. Escúchame con atención.

Estaban solos porque Frank seguía en el dormitorio. Holdsworth miró al muchacho, que mantenía la cabeza inclinada, su cuerpecillo escuálido lleno de temblores.

–Tú buscas otro empleo y, como te dije ayer, el señor Oldershaw es un hombre muy rico. Su familia y él tienen muchos sirvientes. Ha prometido que te buscará trabajo, todavía no sé de qué tipo, pero te puedo asegurar que será mucho más satisfactorio que el que tienes ahora.

El niño levantó la cabeza.

–¿Qué debo hacer, señor?

Holdsworth ocultó su alivio.

–El señor Whichcote ha traído consigo unos papeles que pretende utilizar para causar daño y yo quiero arrebatárselos antes de que los use. ¿Recuerdas cuando lo visité ayer después de comer?

Augustus asintió.

–Cuando me abriste la puerta, estaba sentado en el pequeño estudio. Creo que estaba trabajando entonces con esos papeles. ¿Sabes a cuáles me refiero?

–Sí, señor. Los guarda en la pequeña valija. Los saca cuando escribe las cartas.

–¿Cartas? ¿A quién?

–No lo sé, señor.

–Esta valija que dices... creo que la vi encima de la mesa.

–Tiene su blasón, señor, y dos grandes cerraduras. Nunca se olvida de cerrarlo todo con llave, tanto la valija como la puerta del estudio.

–¿Y dónde guarda la valija cuando no está en el apartamento?

–Hay un armario bajo el alféizar de la ventana donde se guardan las reservas de carbón en invierno.

–Bien. Una cosa más. Si el señor Whichcote tiene previsto abandonar el colegio en algún momento, debes encontrar la forma de informarme al respecto –Holdsworth sacó una moneda del bolsillo–. Toma esto.

Le alargó media corona. Augustus hizo ademán de coger la moneda, pero se paró a unos cuantos centímetros de la mano de Holdsworth.

–¿Y Dorcas, señor?

–¿Qué hay de ella?

–¿El señor Oldershaw también puede encontrarle un empleo?

–El señor Oldershaw siempre se muestra generoso con los que le

prestan un servicio –afirmó Holdsworth preguntándose si era cierto–. Ya le he hablado de la honestidad de Dorcas ayer. Si desea abandonar a su ama, le encontrará un empleo.

Soltó la moneda y Augustus la cogió en el aire.

En cuanto se hubo ido el lacayo, Holdsworth comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación. Al hablar con Augustus y Dorcas el día anterior se había puesto en sus manos, pero no había otra manera de conseguir lo que quería. Si lo desenmascaraban, que era posible, sería embarazoso para Frank Oldershaw y lady Anne. Creía que los Oldershaw lo protegerían, pero no lo sabía a ciencia cierta. Por norma general, los poderosos se han convertido en lo que son y se mantienen como tales porque jamás han vacilado en poner sus intereses por delante de cualquier otra consideración.

Se abrió la puerta del dormitorio y apareció Frank.

–He oído voces. ¿Cómo ha ido con el chico?

–Creo que usted no es el único.

–¿Cómo?

–El chico dice que Whichcote está escribiendo cartas –explicó Holdsworth–. Tiene otras víctimas. Los archivos del club están repletos de ellas.

–¿Nos ayudará el muchacho?

–Dice que sí, pero necesita un empleo, aquí o en Londres, y su amiga también. ¿Puede arreglarse?

Fran se encogió de hombros.

–Cross se ocupará de ello. El chico parece servicial, lo vi ayer, ¿sabe? Anoche me reuní con Archdale y me ha dado permiso para contárselo.

–¿Por qué debería ser un secreto? –inquirió Holdsworth.

–Porque tiene que ver con Soresby. Harry tiene la mosca en la oreja con respecto a este hombre. Me pidió que no dijera nada antes.

–¿Por qué?

–Creo que le da lástima, o alguna tontería así. Mulgrave nos hizo la confidencia de que Soresby es el sobrino de Tom Heces. Soresby se lo había tenido muy callado, pero supongo que no es de extrañar. Así que Harry no paró hasta que fuimos a preguntar a Tom Heces si conocía el paradero de Soresby. Mepal sabe donde vive y el lacayo de Whichcote nos mostró el camino. Fue algo muy extraño, señor Holdsworth. Tom Heces no estaba en casa, pero su esposa sí, y llevaba unas babuchas. Cuando estábamos a punto de irnos, el niño arranca a hablar y viene con el cuento de que eran las babuchas de su ama.

Holdsworth frunció el ceño.

–¿De su ama?

–Se refería a la señora Whichcote.

–Entonces debía de estar equivocado.

–No. Usted no lo comprende... yo también las reconocí. Por casualidad yo estaba con el señor Whichcote cuando las compró. El dependiente le explicó que las conseguía de un comerciante de la Berbería y que estaban hechas con la más fina artesanía, con un particular tinte rojo y bordado exclusivo. En esa época Ricky intentaba imbuirme algo de Euclides y el bordado parecía ilustrar una de sus proposiciones sobre los triángulos congruentes. Cuando lo comenté, Whichcote se rio con ganas y el dependiente apostilló que no teníamos pinta de matemáticos.

–¿Está seguro de que la identificación es correcta?

–Claro que estoy seguro. Las tengo aquí.

Frank entró en el despacho y salió con un par de babuchas en la mano que colocó sobre la mesa.

Holdsworth las miró.

–¿Cómo las consiguió Tom y cuándo? ¿Hablaron con él?

Frank asintió.

–El chico fue a buscarlo a la taberna. Estaba un poco achispado, pero al final logramos sacar algo en claro. Dijo que las había encontrado detrás de la residencia del rector. Fue un día o dos después de la muerte de la señora Whichcote, pero no estaba seguro de cuándo. ¿Recuerda usted que hay un sendero de grava que sale de la verja del jardín? Una de las zapatillas estaba medio oculta bajo el seto que lo bordea, y la otra se encontraba cerca, junto a una maceta.

Las babuchas eran recias a su manera, pero habían sido diseñadas para ser usadas dentro de casa o para pasear en el jardín si hacía buen tiempo. Holdsworth dio la vuelta a la que tenía más a mano. La suela original seguía allí, pero había sido cubierta por una más robusta, cosida de cualquier forma a la parte superior y, al igual que la otra, estaba manchada y con rozaduras.

–Debió de haberlas llevado puestas mientras corría por la calle antes de morir –señaló Frank–. Tom pidió a un zapatero que las reparara.

–¿Por qué babuchas? ¿Por qué no llevaba algo más resistente y unos zuecos también?

–Quizás estaba tan desesperada por huir del animal que tenía por esposo que tomó lo que tenía a mano, el camisón, la capa, estas babuchas. Después de la paliza que le propinó, seguro que hubiera corrido desnuda por la calle con tal de huir de él.

–Aun así, ¿no puede haber otra explicación para las babuchas? –preguntó Holdsworth, a medias para sí–. ¿Por qué no las vio nadie más? ¿Es posible que las dejara en la residencia del rector en una visita anterior porque estaban rotas?

–Yo sé que las llevaba. ¿Me oye? Lo sé.

Holdsworth alzó la vista. Los ojos del joven estaban muy brillantes,

como llorosos.

–Cuando vino a mí esa noche, en casa del señor Whichcote, yo estaba sentado en la cama de mi habitación –explicó con un hilo de voz rasposa–. Ella oyó los lamentos de mi desesperación, señor, y vino a mí como el ángel que era. Yo estaba llorando a lágrima viva por la pobre muchacha, por todo. Y Sylvia me puso la cabeza en su seno. Me llamó «mi pobre querido» y sus lágrimas se entremezclaron con las mías.

Holdsworth reprimió un deseo cruel de reír ante el conmovedor relato. Sólo los jóvenes son capaces de transformar un episodio de adulterio etílico en una novela de tres volúmenes y plantártela delante a primera hora de la mañana antes del desayuno.

–Entonces se cayó el botón –Frank continuó.

–¿Qué botón? –preguntó Holdsworth, tomado por sorpresa.

–El de mi chaqueta, la librea del club. Todavía llevaba la librea. Ambos nos agachamos a coger el botón al mismo tiempo. Fue entonces cuando le vi las babuchas en los pies, después se le abrió la bata y yo... oh, Dios mío.

Frank se inclinó hacia delante, se tapó la cara con las manos y sollozó.

A Holdsworth se le habían pasado las ganas de reír, pues ¿qué había de gracioso en un joven lloroso y una mujer ahogada?, o para el caso, en un par de babuchas morunas y un botón dorado con el lema Sans souci.

* * *

Después de desayunar, Harry Archdale fue a hacer su visita habitual a Jericho. Al llegar se unió al grupo de hombres que esperaban su turno en la puerta. Tom Heces empujaba la carretilla por el sendero de la Laguna Larga. Más tarde, cuando Harry regresó a sus habitaciones, vio al pocero nocturno delante del edificio nuevo. Estaba a un lado con la vista clavada en el suelo, en ademán respetuoso.

Se sacó el sombrero en cuanto Harry lo alcanzó.

–Señor, si me permite un segundo –murmuró con su voz grave.

Harry se detuvo.

Tom le alargó un sucio pedazo de papel.

–Disculpe, señor, pero se le ha caído esto.

Harry jamás había visto ese papel y no sentía deseo alguno de tocar nada que hubiera tocado antes el pocero. A pesar de ello, lo cogió y se marchó con la nota, sosteniéndola a varios palmos de su cuerpo. No la miró hasta que estuvo en el salón.

Dejó el papel en la chimenea y se lavó las manos. Después se acuclilló delante y cogió las tenazas de la lumbre y el escobillón para

limpiar la pipa, instrumentos que usó para desplegar la nota. Normalmente no era tan remilgado, pero las manos sucias de Tom Heces tenían algo que harían que cualquier hombre abandonara las costumbres de toda una vida.

No había ningún encabezamiento y no estaba firmada, pero reconoció la letra ordenada y notarial de Soresby.

Si es tan amable, le ruego que se reúna a la una con el portador de esta nota en la zona del río de Mill Lane. Él lo guiará hasta mi persona.

De pronto Harry se sintió irritado. ¿Quién se creía que era ese Soresby? Una cosa era que un caballero sintiera lástima de un pobre diablo, y otra muy distinta que lo convocara a una pestilente cita con su repugnante tío a través de una asquerosa notita. Alguien podía verlos juntos. Era intolerable.

* * *

Elinor oyó la llamada a la puerta, pasos en el vestíbulo y voces murmurando. Dejó la pluma y escuchó. A continuación Ben subió a informarla de que el señor Holdsworth se hallaba abajo para presentar sus respetos y preguntar por el estado del rector, pero no deseaba molestar.

–Dile que suba –ordenó Elinor.

El criado abandonó la estancia. Elinor deslizó la carta de lady Anne bajo la carpeta y cruzó el salón corriendo para comprobar su aspecto en el espejo de la chimenea, que le devolvió el reflejo de un rostro severo y cansado de cejas negras. El vestido que llevaba era de un sobrio color gris, muy apropiado para la esposa de un hombre a las puertas de la muerte. Se compuso el sombrero y escondió un mechón, pero no consiguió mejorar su aspecto; seguía teniendo una cara espantosa. Ben anunció al señor Holdsworth. Al verlo, le confundió que la imagen que de él tenía en la mente no se correspondiera del todo con la realidad.

–¿Cómo está el Dr. Carbury? –preguntó Holdsworth en el acto. La temporada que había pasado en el molino le había dado un tono de piel muy saludable.

–Un poco mejor, gracias, señor. Ahora duerme, espero que me disculpe si no lo despierto, pero sé que le gustaría que pasara mañana cuando no esté durmiendo. Ya lo he informado de que usted y el señor Oldershaw están de regreso en el colegio.

–¿Cree que mañana estará lo bastante bien como para recibirme?

–No lo sé, pero si viene usted a eso de las dos, quizá lo halle despierto.

–Me alegrará poder comunicarle que el señor Oldershaw continúa mejorando. Albergo la esperanza de que el hecho de estar en un entorno conocido con viejos amigos lo ayude a restablecerse por completo.

–Se lo diré, tanto al Dr. Carbury como a lady Anne. Ahora le estaba escribiendo –dijo señalando el escritorio.

De pronto se quedaron sin cosas que decirse. El silencio se prolongó más allá de la comodidad y la educación. Elinor deseaba que no la mirara con tanta intensidad, sobre todo cuando no lucía su mejor aspecto.

–Hay algo más, señora –dijo por fin Holdsworth–. Se trata de un asunto que deseaba tratar con el rector, pero dadas las circunstancias, me preguntaba si me permitiría hacerle una confidencia.

Elinor inclinó la cabeza a modo de asentimiento, pero no dijo nada. Notó que se le erizaba el vello de la nuca.

–Se trata de un asunto muy delicado.

Ella se acomodó en la silla y se preparó para responderle con un desaire en el caso de que se mostrara impertinente. Su precaución parecía estar justificada dado que él acercó la suya y se inclinó hacia ella.

–Se trata del señor Whichcote –reveló en voz baja–. Está residiendo en el colegio para esquivar a los alguaciles y tiene en su poder unos papeles que muchas personas de Cambridge y otros lugares preferirían que desaparecieran, entre ellos el señor Oldershaw. Además, su destrucción sería beneficiosa para el colegio, estoy convencido de ello.

–¿De qué tratan esos papeles?

–Del Club del Espíritu Santo, señora. Whichcote pretende usarlos para acceder a sus fortunas.

Elinor se humedeció los labios.

–¿Un chantaje?

–Salvo que lo detengamos.

–¿Está usted seguro? Es una acusación grave contra un caballero.

–Un caballero puede sentirse tan desesperado como el resto de los mortales, señora. Whichcote guarda esos papeles en sus habitaciones del edificio nuevo. Si podemos encontrarlos y destruirlos, habremos resuelto el problema.

–¿Pretende usted robarlos?

–No veo otra alternativa –replicó Holdsworth–. Sé dónde guarda los papeles, pero no puedo entrar como un ladrón. Sería imposible hacerlo sin llamar la atención, por mucho que él estuviera ausente. Además, los portones de esos apartamentos son de roble endurecido y tienen casi cinco centímetros de grosor. Necesitaría una palanca para forzar el cerrojo y aun así no sería fácil. Por ese motivo albergaba la esperanza de que el rector me ayudara.

Elinor frunció el ceño.

–Aunque estuviera bien de salud, ¿cómo podría ayudarlo? No puede esperar que lo autorice a entrar por la fuerza en las habitaciones de un huésped del colegio.

–La única manera de entrar y salir sin problemas es con una llave. Según tengo entendido, el señor Whichcote guarda las suyas con sumo cuidado y siempre las lleva encima cuando sale, pero Mulgrave me ha informado de que en la tesorería guardan un duplicado de las llaves de todas las puertas del colegio.

Elinor lo miró sin dar crédito a sus oídos.

–¿Desea usted utilizar el duplicado de las llaves de las habitaciones del señor Whichcote?

–Si el Dr. Carbury hubiera estado mejor de salud, le hubiera planteado el problema y solicitado su asistencia directamente.

–Pero la mera idea de...

–No se lo pediría si hubiera otra solución.

Elinor no dijo nada. Su mente trabajaba a marchas forzadas.

Holdsworth se inclinó hacia ella, acercándose todavía más.

–Señora, si voy a proceder con este plan, debo hacerlo lo antes posible. ¿Puede usted actuar en nombre del Dr. Carbury? ¿Puede usted conseguir las llaves de la tesorería?

Ello lo miró y pensó que, después de todo, no era tan feo. Su rostro emanaba demasiada fuerza y expresividad para serlo. Una parte de ella disfrutó del poder que ejercía en esos momentos sobre él, de tenerlo a la espera, de poseer la capacidad de concederle o negarle un favor.

–¿Qué hará con los papeles?

–Quemarlos, señora. No pueden hacer ningún bien a nadie, sólo daño.

Elinor tomó una decisión.

–Sé donde el rector guarda las llaves, señor. Si desea ir a la tesorería sin ser visto, ahora es el mejor momento. Susan ha salido a hacer un recado, la enfermera está con el Dr. Carbury y Ben no se moverá salvo que se lo llame.

Elinor se puso en pie procurando que su rostro no se reflejara en la ventana y delatara sus pensamientos. Salió de la habitación con más celeridad que dignidad.

Se dirigió a la habitación de su esposo, que dormía boca arriba y roncaba mientras la enfermera hacía calceta junto a la ventana. Encontró la primera llave en el cajón del tocador. Después bajó a buscar la otra llave a la biblioteca. Por un momento se imaginó al Dr. Carbury apareciendo a su lado con expresión enfurecida y preguntándole qué demonios se creía que estaba haciendo.

Holdsworth la siguió hasta la planta baja y la esperó en el

vestíbulo. La puerta de la tesorería se hallaba en el hueco de un muro de paredes muy gruesas. Según había explicado el Dr. Carbury a Elinor, quizás esos muros habían formado parte del monasterio que antes ocupaba ese lugar. La puerta estaba hecha de roble negro con hierro forjado y lucía unas cerraduras nuevas instaladas el año anterior por el cerrajero, que afirmaba que eran las más seguras que existían.

Elinor entregó las llaves a Holdsworth, que primero abrió la cerradura superior y después se agachó para insertar la llave en la inferior. Mientras tanto, ella contempló su nuca y grueso cabello ligeramente empolvado y se preguntó cómo sería al tacto, si se asemejaría al pelaje de un perro o más bien al de un gato.

Holdsworth abrió la segunda cerradura y giró el picaporte. La puerta se abrió hacia dentro y una corriente de aire frío con un ligero olor a moho inundó el vestíbulo. La tesorería era un cuarto pequeño de cuatro por cuatro metros sin ventanas. El suelo, de las mismas baldosas que el vestíbulo, estaba cubierto por una bóveda de cañón. Las paredes estaban repletas de estantes y armarios.

Holdsworth miró a su alrededor con los labios fruncidos.

–¿Qué guardan aquí?

–La Copa del Fundador y la vajilla ceremonial. Creo que hay algunas piezas muy valiosas. También las escrituras de las propiedades del colegio y supongo que los contratos de arrendamiento, así como los importes recaudados de los arriendos y otro dinero en efectivo.

Elinor recorrió la habitación de puntillas, como un ladrón, con el oído alerta ante cualquier sonido en la casa. No había previsto que hubiera tantas cosas en ese cuarto, pero reprimió la tentación de salir corriendo. No daría al señor Holdsworth la satisfacción de pensar que no era más que una pobre y débil representante del sexo femenino que caía presa de la histeria con facilidad. La luz que entraba por la puerta le bastaba para leer casi todas las etiquetas de las cajas. Pensó que quizás era la primera mujer en acceder a esa estancia, la primera en leer esas etiquetas.

Por fin llegó a los armarios. No estaban cerrados con llave. En el primero había más cajas, pero para gran alegría suya el segundo contenía varias hileras de ganchos, de cada uno de los cuales colgaba un manojo de llaves, todas etiquetadas alfabética y numéricamente por escaleras y habitaciones.

Se volvió hacia Holdsworth.

–¿Dónde se encuentran las habitaciones del señor Whichcote?

–En G4 –respondió.

Elinor recorrió con los dedos todas las hileras de ganchos hasta que encontró la escalera G y extrajo las llaves del número 4. Cerró la puerta del armario y se volvió.

Holdsworth estaba más cerca de lo que esperaba, a no más de un metro de distancia, y la miraba fijamente. Ella le alargó las llaves y él las tomó, rozándole la mano del mismo modo que en la verja del jardín. A pesar del ambiente frío, a Elinor le embargó una sensación de calor.

–Señora... –dijo él.

Holdsworth calló, pero siguió mirándola, dejando en el aire lo que había estado a punto de decir, palabras, promesas y temores sin formular. Poco a poco se inclinó hacia ella, sus caras acercándose. ¿Feo? Para nada, pensó Elinor, todo lo contrario.

Sonó un aldabonazo.

Se separaron de un salto. Elinor salió a la seguridad del vestíbulo.

–Rápido –susurró–. Cierre la puerta. Ben llegará enseguida.

Para ser un hombre de tamaño considerable, Holdsworth se movía con agilidad. Estuvo fuera en un instante y cerró la puerta tras de sí. Elinor cogió las llaves. Cerraría bien la puerta más tarde, en cuanto se hubiera ido. Se miró las manos y el delantal, temerosa de que pudiera delatarla una mota de polvo o suciedad. Estaban bastante limpios, pero ¿y la cara? ¿Había alguna señal que evidenciara los deseos traicioneros de su corazón?

Oyó los pasos de Ben acercándose por el pasillo.

–Ha venido usted para ver cómo está el rector –instruyó a Holdsworth–, y ahora se marchaba y yo lo he acompañado hasta la puerta.

Ben llegó al vestíbulo. Titubeó al ver a su ama con Holdsworth, pero ella le hizo una señal y abrió la puerta.

El señor Richardson esperaba en el umbral. Miró más allá del criado y posó la vista en Elinor primero y en Holdsworth después, de pie detrás de ella. Se quitó el sombrero e hizo una reverencia.

–Señora Carbury, a sus pies, señora. Y el señor Holdsworth también está aquí, qué conveniente, así puedo matar dos pájaros de un tiro.

CAPÍTULO 43

Había llovido durante la noche y la orilla del río estaba enfangada. Tom Heces avanzaba por el sendero a unos treinta metros por delante de él, renqueando a velocidad sorprendente. Todavía llevaba la ropa de trabajo e iba dejando a su paso una estela de tufo suspendido que era una pesadilla.

Harry Archdale se afanaba tras él. Tom lo había estado esperando al final de Mill Lane y, en cuanto lo vio, se había puesto en marcha. Harry lo siguió porque no sabía qué hacer si no. Ahora tenía salpicaduras de barro en las medias y el calzado y había descubierto, para gran disgusto suyo, que le entraba agua en uno de los zapatos. Su ropa era demasiado pesada y elegante, se había vestido para caminar por las calles adoquinadas de la ciudad, no para triscar por caminos rurales. Lo peor de todo era la sensación de estar haciendo el ridículo, pero no podía dar media vuelta sin parecer más ridículo todavía.

Archdale se detuvo un momento para sacar el pañuelo del bolsillo y enjugarse el sudor de la cara. Al levantar la vista, Tom Heces había desaparecido. Harry soltó una maldición y reemprendió el camino a paso más rápido que antes. No conocía el lugar. Estaba acostumbrado a divisar esa zona del campo desde el agua, no a verla desde tierra firme.

La vereda llegaba hasta unos escalones y una cerca emplazada en mitad de un espeso seto. Subió por ellos y echó un vistazo al campo que se extendía más allá. Había una media docena de vacas en un prado que desembocaba en el agua. Dos de ellas abrevaban en el río. Las otras, sin embargo, avanzaban con paso firme en su dirección.

Harry no era ningún experto en los hábitos ni el temperamento de los bovinos, pero el modo en que se aproximaban le pareció amenazante. Cada vez avanzaban a mayor velocidad y estaba claro que sentían un interés especial por él. Además, cabía la posibilidad de que una o varias vacas no fueran realmente vacas, sino novillos que lo consideraran un intruso peligroso que debía ser pisoteado hasta la muerte.

La prudencia es, sin duda, el componente fundamental del valor. Harry estaba a punto de saltar los escalones y volverse por donde había venido cuando alguien lo llamó por su nombre. Sorprendido, pensó por un instante de pesadilla que uno de los supuestos novillos era tan increíblemente inteligente que poseía el don del habla, pero entonces vio a Soresby a unos cinco metros junto al agua, refugiado bajo las extensas ramas de un sauce llorón. A su lado estaba el pocero nocturno y, detrás, una barca.

–¡Soresby! ¿Qué significa todo este teatro?

Oyó el crujido familiar de los dedos del sizar.

–Es usted muy amable por haber venido –murmuró Soresby con rapidez–, es realmente muy considerado de su parte. ¿Le importaría venir por aquí, señor, y subir a la barca?

Era una oferta atractiva e imprevista. Harry tenía ante él las vacas cada vez más cerca y, tras él, un mar de barro y la certidumbre de que, si daba media vuelta, acabaría más acalorado y sucio de lo que ya estaba. Señaló a Tom Heces con el bastón.

–¿Y qué hay de él?

Incluso el barro y el calor eran preferibles a compartir una pequeña barca con el pocero.

–Mi tío se va ahora, señor Archdale.

Tom Heces asintió, se inclinó reverente y, a continuación, contorsionó el cuerpo de una manera curiosa torciendo las manos, los brazos y los hombros para indicar, con tanta claridad como si lo hubiera expresado con palabras, que estaría más que encantado de tener el honor de beber a la salud del señor Archdale.

Harry depositó una moneda de seis peniques en su palma abierta y descendió hasta el río. De cuclillas como una torpe araña, Soresby mantenía la barca cerca de la orilla con una mano mientras ofrecía la otra a Archdale. La barca se balanceó peligrosamente cuando Harry la abordó y se acomodó en la popa. Soresby embarcó después y la impulsó con un remo. El rebaño de vacas pastaba tranquilo.

Los remos se hundían en el agua y emergían de nuevo. Harry escuchó el crujido de los escálamos y contempló las verdes aguas que se deslizaban a su paso. Soresby había tomado rumbo a Grantchester. El sizar se transformaba en la barca: cuando remaba, no daba muestra alguna de indecisión ni torpeza. Bogaba con la seguridad natural de una persona que sabe lo que está haciendo, como Mulgrave descorchaba una botella de vino o como Chloe follaba, pensó Harry mientras se sonrojaba a causa de esta última imagen.

–Menudas maneras son éstas –comentó.

Sus palabras fueron más severas que el tono en que las pronunció.

Era agradable dejarse llevar en barca por el río. Además, Harry era incapaz de estar enfadado durante mucho tiempo.

–Lo siento, señor Archdale, no sabía qué hacer, a quién recurrir. Y pensé que quizá...

–No hay nada que yo pueda hacer. Además, no sé por qué es necesaria tanta parafernalia. No se ha presentado ninguna acusación contra ti.

–Todavía no, pero pueden acusarme en cualquier momento. ¿Ha sido el Dr. Carbury quien los ha refrenado?

–Poco puede hacer Jerry Carbury en estos momentos. Dicen que

está a las puertas de la muerte.

Soresby se apoyó sobre los remos y la barca se deslizó hacia el silencio.

–Eso me temía.

–¿Acaso albergabas la esperanza de que se erigiera como tu protector? ¿Por qué iba a hacer eso aunque estuviera bien de salud? Ya sé que se encaprichó contigo, pero... el libro de la biblioteca estaba en tu habitación. Las pruebas en tu contra pintan muy mal; más que muy mal, peor, diría.

–Pero yo no lo hice. Si pudiera ver al Dr. Carbury...

–Pero no puedes. Además, ¿qué podría hacer él?

Soresby levantó la mirada.

–Señor Archdale, ¿puedo explicarle algo en confianza?

–Si no hay más remedio, supongo que sí.

Soresby empezó a mover la boca sin decir nada y Harry pensó que iba a romper a llorar.

–Sin tener yo nada que ver con ello –empezó a decir el sizar–, dispongo de una información de carácter delicado.

–Como nada hay que yo pueda hacer al respecto, te ruego que no me expliques de qué se trata.

–Es algo que el Dr. Carbury no querría que fuera de dominio público.

–¡Ah! –Harry lo miró y de pronto creyó entender el significado de todo aquello–. ¿Me estás diciendo que por eso te ofreció Carbury la plaza de Rosington?

–Yo... sí, pero no fue así, se lo juro. No fue por eso que me acerqué a él... Simplemente le solicité una entrevista y creo que él confundió mis intenciones.

–Es probable –corroboró Harry–. Pero al pasarte al bando de Carbury, has quemado todas tus naves con Ricky, ¿no? Y ahora que Carbury se está muriendo, Ricky no te hará ningún favor.

–Pero la información, señor Archdale, no sé qué hacer con ella. Es un peso sobre mi conciencia. ¿Cree que es mi obligación como cristiano explicarlo a alguien o debería olvidarlo? ¿O tal vez debería acudir al señor Richardson y contárselo todo?

Archdale suspiró. El aire puro le había despertado el hambre.

–Esta información de la que hablas, Soresby, ¿sería perjudicial para el colegio si saliera a la luz?

Soresby asintió.

–¿Y eso no es importante para Ricky?

–Quizá no en este caso.

El desconcierto de Harry iba en aumento. Los intereses de Ricky y del colegio eran los mismos y, si Carbury moría y él se convertía en el siguiente rector, dicha identificación sería todavía mayor, salvo que

para Ricky existiera algo más importante. ¿Quizás el asunto no consistiera tanto en obtener un beneficio como en satisfacer un odio?

Contempló el rostro pálido y delgado de Soresby, salpicado de pecas de barro que asemejaban pequeñas pasas. La expresión del sizar le recordó a la de un perro callejero que teme recibir una patada, pero que jamás pierde la esperanza de obtener una palmadita. Soresby era un hábil académico y un buen profesor y, si Harry deseaba proseguir con sus estudios, su ayuda podría serle útil, pero no irreemplazable. Sea como fuere, Harry sentía que, de forma inconsciente, había adquirido una responsabilidad para con Soresby. Era como si hubiera dado una palmadita al perro callejero y el animal hubiera respondido seleccionándolo como su amo para siempre.

–Maldición –exclamó Archdale.

–¿Qué sucede, señor Archdale?

Harry abrió la boca para mandarlo al infierno, pero cuando estaba a punto de hacerlo vislumbró una manera de resolver el problema, o al menos de transferirlo.

–Mira, si Carbury está demasiado enfermo para verte y Ricky te odia demasiado, sólo hay una persona que puede protegerte: lady Anne Oldershaw.

–Pero está en Londres, señor Archdale, y yo...

–No digo que vayas a ella directamente, no es ésa la solución, pero podrías hablar con su hombre, el señor Holdsworth. Ha regresado a Jerusalem con el señor Oldershaw, ¿lo sabías? Si hay alguien que puede decirte lo que debes hacer, ése es el señor Holdsworth.

* * *

–Buenas tardes, señor Holdsworth –saludó Elinor.

–¿Cómo está el Dr. Carbury hoy, señora?

–Está despierto y tranquilo. Acaba de comer un poco de sopa y Susan le está cambiando la camisa de dormir junto con la enfermera. Mi esposo solicitó su presencia en cuanto se despertó; ahora mandaré a Ben para preguntarle si puede recibirlo.

–¿Hago sonar la campanilla? –Holdsworth se acercó al cordel situado a la izquierda de la chimenea.

–No, un momento por favor, señor. He estado pensando en ese otro asunto que... que comentamos –Elinor hizo una pausa. A través de la ventana abierta del salón se oyeron las campanadas del reloj de la capilla que repicaba los cuartos antes de tocar las dos–. He pensado que quizá no será fácil para usted desprenderse de los materiales que mencionó.

Holdsworth asintió mientras pensaba que Elinor era una mujer de reflejos tan rápidos que no siempre era fácil seguirle el hilo.

–Hay un brasero en el pequeño patio trasero –prosiguió Elinor en un tono bajo y conspirativo–. El jardinero lo usa mucho en esta época del año, y también Ben cuando hay algo de lo que deshacerse. A veces arde durante toda la noche.

–Por lo tanto, si quemara algo al caer la noche, ¿nadie se daría cuenta?

–Es muy poco probable que alguien se percatara de ello. En estos momentos los sirvientes apenas salen de casa y, cuando se retiran a dormir, quedan fuera del paso. Susan duerme en una buhardilla en la parte delantera de la casa y Ben se aloja fuera del colegio –explicó al tiempo que fruncía el ceño–. De todos modos, si surgiera alguna dificultad, harían lo que yo les ordenara.

–¿El brasero es visible desde los jardines del colegio o desde alguna ventana?

–No es visible en absoluto. Queda bastante resguardado.

Holdsworth ya había decidido que el mejor momento para proceder con el plan sería mientras Whichcote cenaba y que lo más conveniente sería sacar la valija del edificio nuevo, dado que Whichcote podía sospechar que Holdsworth estaba involucrado en su desaparición.

–¿Señor? ¿Cree usted que sería una buena solución?

–En muchos sentidos sí, señora, pero hay una dificultad. No puedo llamar a su puerta por la noche y entrar en la casa sin que nadie me vea. Y, para llegar hasta aquí, debo cruzar la sala común o el refectorio, y el señor Whichcote podría...

–Ya he pensado en ello. Me aseguraré de que la verja del puente esté abierta. La llave estará en el suelo, junto al poste más cercano al plátano oriental. Sólo tendrá que cruzar el puente, abrir la verja y escabullirse en el jardín. Si cierra usted la verja tras de sí, no lo interrumpirá nadie.

Holdsworth le sonrió, agradecido de tener una excusa para hacerlo.

–Creo que ha dado usted con la solución perfecta.

Elinor le devolvió la sonrisa mientras se volvía hacia él, movimiento que reveló la curva de su largo cuello de cisne. Por un instante, Holdsworth no vio en ella a una mujer cuyo esposo agonizaba a tan sólo unos metros de distancia. La conspiración aportaba un peligroso dulzor a su situación.

Sin pensarlo, dio un paso hacia ella y levantó la mano para tomar la suya. El rostro de Elinor se transmutó y de inmediato se levantó de la silla e hizo sonar la campanilla para que acudiera Ben.

Ninguno de ellos habló. Holdsworth clavó la vista en un grabado en la pared, mientras que Elinor regresó a su silla y cogió un libro.

En cuanto apareció Ben, Elinor le preguntó si el rector estaba listo para recibir al señor Holdsworth. Al poco rato el criado lo conducía

por un pasillo hasta la habitación del enfermo. Ben llamó a la puerta y Susan la abrió, cargada con un montón de sábanas sucias. El Dr. Carbury estaba recostado sobre varias almohadas, pero le hizo una débil señal con la mano para que se acercara. La camisa y el gorro de dormir eran tan blancos que acentuaban su piel gris, que caía en pliegues como si el cráneo que la sostenía hubiera encogido. Una barba gris le cubría la mandíbula; desde que estaba confinado en su lecho no lo habían afeitado. La enfermera ordenaba los frascos y los pastilleros desperdigados sobre la mesilla de noche.

Holdsworth se acercó a la cama. Las cortinas estaban abiertas y miró abajo, al patio bañado por el sol donde conversaban los señores Miskin y Crowley. Por mucha gente que residiera y muriera en Jerusalem, la vida continuaba en el colegio, indiferente a todo. Holdsworth inició la conversación con las fórmulas de cortesía habituales, pero Carbury lo interrumpió a la vez que tiró de la manga a la enfermera.

–Váyase, mujer.

–Pero, señor...

–Haga lo que le digo. –Le tembló la mano en la cama y clavó las uñas amarillentas en la colcha–. Tú también, muchacha, y cierra la puerta al salir.

Susan abandonó la habitación detrás de la enfermera.

–Me han dicho que el joven Oldershaw ha vuelto –dijo Carbury esforzándose por pronunciar las palabras–. ¿Sano y salvo?

–Sí, señor. Parece que vuelve a ser el mismo de siempre.

Carbury torció el gesto de dolor.

–¿Qué mal lo afligía?

–Creo que el señor Whichcote y el Club del Espíritu Santo no le hicieron ningún bien en absoluto. Dañaron su salud y lo animaron a llevar una vida disipada y a realizar todo tipo de majaderías, y la muerte de la señora Whichcote en la misma noche que ingresó en el club lo desestabilizó, fue la gota que colmó el vaso. Se creía en cierto modo culpable.

–Absurdo. –Las uñas de Carbury rascaron la sábana limpia–. Me alegra sobremanera que vuelva a ser el mismo. ¿Qué hay de lady Anne?

–Le he escrito una carta, y también lo han hecho el señor Oldershaw y la señora Carbury, como es natural. Hoy habrá recibido nuestras misivas.

–No quisiera que su señoría se formara una mala opinión de nosotros, en especial ahora. –Carbury dejó caer la cabeza sobre el pecho. Tenía los párpados cerrados.

Holdsworth se preguntó si dormitaba o si había sufrido un desvanecimiento. Miró al enfermo.

–Señor, hay algo más que deseaba comentarle. Es acerca de la señora Whichcote.

Carbury levantó la cabeza de golpe, como respondiendo al tirón de un hilo invisible.

–¿Qué? ¿Qué quiere decir?

–Ha salido a la luz una circunstancia extraña –comentó Holdsworth–. No es fácil de explicar. En la noche de su muerte, cuando estaba en Lambourne House, la dama calzaba unas babuchas de un color y diseño distintivos, pero recordará usted que, cuando se halló el cadáver en la Laguna Larga a la mañana siguiente, sólo llevaba un camisón y unas medias rotas. Iba descalza.

–¿Y? ¿Qué importa eso? Las debió de perder por el camino o acabaron en la acequia del desagüe. ¿Qué tonterías me está explicando, señor Holdsworth? No entiendo cuál es su propósito. No me encuentro bien, señor, nada bien. ¿Me haría el favor de hacer sonar la campanilla?

–Un momento, por favor –suplicó Holdsworth a la vez que una idea se formaba en su cabeza, como un fantasma en un recoveco de su mente: ¿acaso era algo que había olvidado preguntar? Pero en cuanto fue consciente de su existencia, la idea se desvaneció. No tenía tiempo de darle más vueltas–. Le ruego que me escuche.

–No, señor, haga sonar la campanilla, por favor.

–Disculpe, señor, no me llevará mucho tiempo. El pocero nocturno encontró las babuchas uno o dos días después. Estaban cerca de la verja del jardín de esta casa. El hombre se imaginó que debían de pertenecer a la señora Whichcote. En su trabajo está acostumbrado a encontrar objetos de todo tipo y a sacarles el mejor provecho posible. En este caso, pensó que la dueña de las babuchas ya no las necesitaría, así que las limpió y las reparó, porque estaban muy rotas, y se las regaló a su esposa.

El Dr. Carbury se dejó caer sobre las almohadas y soltó un largo y profundo suspiro sibilante.

–Puede que sea algo curioso, pero no sorprendente. Los sonámbulos no pueden ser juzgados según patrones de conducta normales. La mente durmiente sigue sus propios dictados ilógicos, pero ya basta, señor, estoy cansado.

–No obstante, tengo buenas razones para pensar que la dama no caminaba en sueños.

–¿Qué? –El Dr. Carbury volvió a cabecear–. Le ruego que no le dé más vueltas al caso, me está fatigando.

–La dama estaba muy afligida. El señor Whichcote le propinó una salvaje paliza esa misma noche. Por eso huyó a Jerusalem. No creo que se desprendiera de sus babuchas sin más. ¿Por qué iba a hacerlo? Tampoco es probable que las perdiera, no en un sendero de grava que

conocía tan bien a la luz del día.

El Dr. Carbury rascó la colcha con el dedo índice y hundió la barbilla en el pecho. En su estado, ¿entendía lo que estaba insinuando Holdsworth? La verja de Jerusalem Lane estaba cerrada; el colegio también estaba cerrado y vigilado; la residencia del rector estaba a su vez cerrada dentro del colegio y el puente del río estaba cerrado. Un hortus conclusus, como le había dicho Richardson con un toque de pedantería académica en su primera noche.

–Supongamos –continuó Holdsworth– que la señora Whichcote viniera corriendo desesperada por la calle y buscara refugio aquí, que entrara por la verja particular de Jerusalem Lane y entonces...

Un grito sofocado del Dr. Carbury interrumpió a Holdsworth a media frase. El rector sacudió la cabeza varias veces, levantó los brazos y retorció el cuerpo bajo la colcha. El brazo derecho barrió todo el costado y chocó contra la mesilla de noche, que se tambaleó, y la bandeja de medicinas cayó al suelo.

Holdsworth tiró del cordel de la campanilla con tanta fuerza que lo rompió. Corrió a abrir la puerta y gritó pidiendo ayuda. Se oyeron pasos en las escaleras y en el vestíbulo. El Dr. Carbury gemía inmóvil.

Holdsworth fue hacia la cama, se inclinó sobre él y le buscó la muñeca para comprobar el pulso.

«¡Díos mío! ¿Lo habré matado?»

CAPÍTULO 44

En la muerte de Sylvia Whichcote nada había que fuera sencillo, pensó Holdsworth, nada que fuera tangible. Era como una especie de neblina o humareda que no era palpable al alargar la mano, aunque el movimiento de ésta podía, por algún efecto misterioso, cambiar su forma y aspecto, a pesar de ser imposible asirla.

En cierto modo le consolaba que el asunto no fuera problema suyo. Lady Anne lo había contratado para que actuara en su nombre y al día siguiente, a más tardar, recibiría noticias suyas. Lo más probable es que le ordenara regresar a Londres con Frank. A su señoría sólo le interesaba su hijo, no la muerte de una mujer que jamás había conocido.

Mientras tanto, Holdsworth se esforzó por dedicarse de pleno a otras actividades. Comió en el colegio, sentado entre los señores Dow y Crowley, y conversó un poco acerca de la biblioteca y sus deficiencias desde la perspectiva de sus respectivas disciplinas, pero el principal tema de conversación en la mesa era el Dr. Carbury y su enfermedad. Como Holdsworth era quien lo había visto más recientemente, todos solicitaban su testimonio.

–Según me ha dicho el criado, casi dieron su vida por perdida cuando se encontraba usted allí –comentó Richardson–. ¿Estaba usted en el dormitorio con él?

–Pues resulta que sí. Sufrió un espasmo de dolor agudo, pero por fortuna fue breve.

–¿Cuál fue la causa?

–No lo sé, señor –respondió Holdsworth–. Estas cosas son un misterio para mí.

Más tarde, visitó la biblioteca para finalizar el informe de su estado y contenido. Debía pensar en su futuro. Si la colección del difunto obispo se cedía a Jerusalem, alguien debería supervisar la operación, ¿y por qué no él? ¿Acaso no había cumplido su parte del trato y conseguido que Frank Oldershaw se restableciera?

Trabajó duro hasta última hora de la tarde, hasta que el reloj de la capilla dio las siete. Guardó las notas que había tomado y cruzó el patio hasta las habitaciones de Frank, que estaba ausente, pero Mulgrave se encontraba allí preparando lo que él denominaba «una pequeña cena refinada».

–Ha dispuesto usted tres cubiertos –señaló Holdsworth al ver la mesa.

–Sí, el señor Frank ha invitado al señor Archdale.

Holdsworth cogió un periódico y se acomodó en el alféizar de la

ventana. Al cabo de unos minutos, sonó un suave repiqueteo en la puerta del salón, que no estaba cerrada. Mulgrave se hallaba en la habitación del gyp y no lo oyó. La puerta se abrió.

El lacayo de Whichcote estaba fuera y dio un salto hacia atrás al ver a Holdsworth.

–Disculpe, señor –murmuró–. Mi amo va a salir esta noche.

Holdsworth soltó el periódico y fue a la puerta.

–¿El señor Whichcote?

–Sí, señor. Debe esperar a que anochezca para que los alguaciles no puedan pillarlo. Cenaremos en casa de la señora Phear. Esta mañana le llevé una notita.

Holdsworth indicó al niño que entrara.

–¿Y tú lo acompañarás?

–Sí, señor, con un farolillo para iluminarle el camino de vuelta.

Holdsworth percibió un ligero movimiento a sus espaldas y se volvió. Mulgrave los observaba desde la puerta de la habitación del gyp.

–¿Qué sucede? –preguntó Holdsworth.

–Creí haber oído a alguien llamar, señor.

–Así es, como puedes ver.

Mulgrave hizo una reverencia.

Augustus clavó la vista en la alfombra.

–No me puedo entretener, señor –dijo–. Mi amo me ha enviado a buscar vino.

Holdsworth acompañó al chico hasta la puerta. Una vez en el rellano, bajó la voz para que sólo él pudiera oírlo.

–Por lo demás, ¿todo sigue igual? ¿Tu amo continúa trabajando en el mismo lugar y guardando los papeles en la valija?

–Sí, señor, pero por Dios santo, que no me descubra o me matará. No debe saberlo.

Augustus echó la cabeza atrás como un caballo nervioso antes de salir corriendo escaleras abajo pegado a la pared. Holdsworth entró en el apartamento y cerró la puerta. Mulgrave estaba sacando brillo a las copas, junto a la mesa.

–Tú no has visto a ese chico –ordenó Holdsworth.

–No, señor –replicó Mulgrave mientras continuaba puliendo la copa que tenía en la mano–. El lacayo del señor Whichcote. –Dejó la copa y renqueó hacia la puerta de la habitación del gyp.

–¿Qué pasa con él? –inquirió Holdsworth.

Mulgrave se volvió.

–Nada, señor. Nada en absoluto. Creo que es un muchacho tolerablemente prometedor.

* * *

–Hoy he visto a Soresby –los informó Archdale–. He hablado con él.

Frank soltó el tenedor con estrépito.

–¡No me digas! ¿Así que se oculta en casa de su tío Tom Heces?

–Es probable, no lo sé. No me lo dijo. –Harry se volvió a Holdsworth–. Sin embargo, hay algo que desea comentar con usted. Está preocupado por cierta información que posee; no me ha dicho cuál es.

Habían dejado que Mulgrave se marchara y se estaban sirviendo ellos mismos. Ninguno había comido mucho, pero Frank y Harry habían bebido bastante.

–¿Por ese motivo se halla ahora en dificultades? –preguntó Holdsworth.

–No lo sé, pero lo inquieta mucho. Me... me tomé la libertad de sugerirle que confiara en usted ya que usted es, por decirlo de algún modo, un observador neutral y... y está aquí en nombre de lady Anne.

–¿Y qué tiene eso que ver? –preguntó Frank.

Harry se encogió de hombros.

–Si alguien tiene el poder de arreglar las cosas a Soresby y garantizar que se trate de una forma justa al pobre desgraciado es su señoría.

–Estaré encantado de reunirme con él –terció Holdsworth–. ¿Dónde?

–Me preguntó si le resultaría conveniente quedar mañana en el café del señor Turpin, en St. John's Lane, en el extremo de Round Church. Lo esperará allí entre las once y las doce. Le estará muy agradecido si encuentra el tiempo para verse con él.

–¡Ja! –exclamó Frank burlón–. ¡Una cita de alcahueta!

Holdsworth respondió que vería lo que podía hacer. «Cita de alcahueta» era una expresión fea que le hizo pensar en Elinor, no en Soresby. Quizá la viera antes de finalizar la noche.

Continuaron cenando sin apenas hablar. Frank no dejaba de consultar la hora. Harry, que no sabía nada de la expedición prevista para después, presentó sus excusas y se retiró diciendo con deje virtuoso que esperaba poder estudiar un poco antes de irse a dormir.

Escucharon sus pasos tambaleantes en el rellano. Holdsworth depositó en la mesa cinco llaves unidas por un cordel.

–¿No cree que sería mejor esperar? Hasta que sea más oscuro, quiero decir –dijo Frank en un susurro, a pesar de que nadie podía oírlo.

–Es demasiado peligroso. No sabemos cuánto tiempo estará fuera Whichcote.

–¿Cuál es el plan?

–Será mejor si voy yo solo. Mientras tanto, ¿le importaría pasear por la arcada junto a la capilla como si hubiera salido a tomar el aire? Si Whichcote regresa, pasará por ahí. Usted lo verá llegar por la verja principal y tendrá tiempo de avisarme. Como me alojo en la misma escalera, a nadie le sorprenderá verme allí.

–¿Y entonces?

–Entonces, ya veremos –Holdsworth se levantó y se metió las llaves en el bolsillo–. En parte depende de la señora Phear, del tiempo que mantenga entretenido a Whichcote.

* * *

–¿Bajo el árbol? –preguntó Elinor mientras Susan deshacía la mesa de la cena.

–¿Cómo dice, señora?

–Ayer me dijiste que Ben se aprovechó de ti por primera vez en marzo, bajo el gran árbol, ¿qué árbol?

Las mejillas de Susan, siempre sonrosadas, se tornaron moradas.

–Oh, señora, el que está junto a la laguna, el árbol del fundador. Me engañó, dijo que quería ver mi capa nueva, ¿se acuerda, señora? Me la acababa de regalar, y le estoy tan agradecida, de verdad que lo estoy. Así que me escabullí por la noche y él saltó el muro. Me dijo que quería notar el tacto de la capa, que era suave y cálida como mi piel, y entonces empezó a acariciarme y a darme besos y a decirme palabras bonitas, y después...

–Detente –ordenó Elinor–. Pero si era de noche, ¿cómo lograste salir de casa?

Por un momento detectó en el rostro de la muchacha una expresión de extrema satisfacción, casi de superioridad burlona.

–Oh, señora –respondió Susan–, Ben me dijo que bajara por las escaleras de atrás y que saliera por la puerta del jardín. Había dejado la verja del puente abierta mientras hacía sus rondas y me estaba esperando allí.

Elinor pensó en el frío que debía de hacer esa noche de marzo y en lo ardiente que debió de ser su deseo.

–Pero aprendí la lección, señora, porque la siguiente vez tuve un susto terrible. Yo llegué al árbol primero y alguien chocó contra mí en la oscuridad –explicó con sus enormes ojos marrones muy abiertos–. Así que no volví nunca más.

No, se dijo Elinor, en lugar de eso tú y Ben quedabais a plena luz del día en el lavadero.

–Contéstame –pidió–, supongo que la persona con la que te encontraste en la oscuridad, la persona que no era Ben, era el señor Frank Oldershaw, ¿no?

CAPÍTULO 45

Después de la cena, la señora Phear preparó el té mientras tarareaba una canción. Whichcote se acomodó en la silla. Las cortinas del salón estaban echadas y la puerta cerrada. Escuchó el canturreo de su anfitriona, el tintineo de las cucharas contra la porcelana y el gorgoteo del agua vertiéndose en la tetera. Por primera vez en varios días, se sentía tranquilo. En cuanto se hubiera acabado todo, pensó, se trasladaría a vivir a Londres y quizá pasaría el invierno en el extranjero, en un país de clima seco y soleado donde pudiera sacar mayor provecho de su dinero. Estaba harto de la humedad de Cambridge, de la niebla de las marismas y de los aburridos lugareños de carácter provinciano.

La señora Phear le ofreció una taza.

–Su aspecto ha mejorado un poco. Al llegar parecía atormentado por las furias del infierno.

–No es una situación fácil, mi querida señora. Soy como una rata atrapada en un agujero. Si no hubiera estado usted allí para echarme una mano, quizá continuaría encerrado.

Ella rechazó su gratitud frunciendo el ceño.

–¿Cuándo enviará las primeras cartas?

–Mañana, creo. Para empezar, tengo un lord del reino, un decano, un vicesecretario del Ministerio de Guerra y un miembro de la casa real.

–Llevará su tiempo. A nadie le gusta separarse de su dinero.

–Yo tengo tiempo –señaló Whichcote–, demasiado tiempo.

–Pero el dinero no es lo único. Si el escándalo de la chica sale a la luz, necesitará amigos poderosos que lo ayuden, por la cuenta que les trae.

Pasaron juntos una hora más, bien conversando, bien disfrutando de un cómodo silencio. La señora Phear sacó el tambor de bordar y Whichcote se quedó medio dormido al son de su tarareo. Cuando se despertó, miró a su alrededor, confundido. Por un instante pensó que de nuevo era un niño en casa de su padre, sentado en el pequeño salón con la señora Phear y adormilado sobre un libro.

Whichcote se marchó a eso de las once y cuarto con Augustus a su lado llevando el farolillo. Trumpington Street era una calle mal pavimentada y eso los obligaba a andar despacio. Pembroke Lane estaba todavía peor iluminada y era más mugrienta, si cabe.

–Debes regresar a casa de la señora Phear esta misma noche –ordenó Whichcote a Augustus–, pero mañana te espero a primera hora, tan pronto como abran las verjas. Quiero ponerme a trabajar

temprano.

En este momento caminaban con el gran espacio abierto de los Leys a su derecha. Más adelante, a la izquierda, brillaba la tenue luz de la esquina de Beast Market.

De repente, Whichcote presintió el peligro; quizá fuera un sonido o el movimiento del aire. Algo lo puso en alerta, pero fue demasiado tarde.

Oyó pasos corriendo detrás de él. El farolillo fue lanzado al suelo, se apagó la llama y salió rodando con estrépito. Alguien le agarró el brazo y Whichcote se volvió para asestarle un golpe con el bastón, pero el agresor le torció la muñeca y lo obligó a soltarlo al tiempo que le estiraba el otro brazo hacia arriba sobre la espalda.

Whichcote pidió auxilio, pero una mano le tapó la boca y lo enmudeció. Sintió pánico. Le costaba respirar.

Ladrones, maldita sea, pero no encontrarían mucha cosa en la bolsa. ¿Cuántos eran? Sólo había podido ver unas siluetas borrosas perfiladas contra el cielo nocturno. Dos o tres, quizá cuatro.

Se resistió, pero fue en vano. Lo agarraron con fuerza y lo arrastraron hasta el campo. Oyó unos pasos en la distancia corriendo calle abajo, alejándose de él. Ese maldito crío era un cobarde y lo había abandonado.

¿Iban a asesinarlo?

Lo tiraron al suelo. Whichcote estaba boca abajo en el barro y notaba el sabor de la tierra en la lengua. Alguien se arrodilló sobre su espalda y su columna crujió. Muchas manos lo revolcaron de un lado a otro. Le metieron un trapo áspero y repugnante en la boca que le provocó arcadas. Intentó reprimir las ganas de vomitar.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que no eran ladrones. Nadie había hablado. No habían rebuscado en sus bolsillos ni le habían quitado los anillos. ¿Qué demonios querían?

Lo ataron de brazos y piernas con cuerdas, apretando hasta que gritó de dolor. A continuación lo agarraron por los hombros y los pies y lo transportaron en volandas. Cada vez se adentraban más en la oscuridad. Cada paso era una sacudida que le contusionaba el cuerpo entero.

Perdió el sentido del tiempo y la distancia. Sólo era consciente del dolor y el miedo. De repente se detuvieron. Oyó un cerrojo abriéndose, una bisagra rechinando. Lo transportaron unos metros más y lo soltaron. Cayó con fuerza al suelo y el impacto lo dejó sin resuello. Se quedó tumbado, gimiendo.

La puerta se cerró a sus espaldas. Primero un cerrojo, luego otro. Tenía la nariz pegada al suelo frío. Apestaba a cerdo. Nadie podía oírlo, nadie podía salvarlo. No podía moverse. Se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Qué le iban a hacer? Sus agresores debían de tener un

propósito. Lo habían dejado tan indefenso como a un bebé en pañales.

Un recuerdo incómodo le vino a la mente: Tabitha Skinner vestida de blanco, el rostro pálido, amarrada a la cama con las piernas abiertas esperando ser violada por el Espíritu Santo.

* * *

El dormitorio de Elinor Carbury estaba junto al salón. Apoyó la cara contra la ventana para evitar ver el reflejo de la habitación tras de sí. El cristal se empañó. De día, si se ponía a la derecha de la ventana y estiraba la cabeza, podía ver la pared del patio del servicio y, si se ponía de puntillas, una esquina de la verja particular de la casa que daba a Jerusalem Lane, pero ya era oscuro y no podía ver nada.

Estaba casi segura de haber visto un resplandor anaranjado danzando vacilante en la pared del patio. No podía ver la fuente de la luz, sólo el tenue reflejo borroso de las llamas.

Elinor seguía vestida. Al otro lado del pasillo el Dr. Carbury roncaba suavemente arropado por la paz que sólo el opio le proporcionaba. Junto a él estaba la enfermera de noche, una mujer cabal y con experiencia que sabía hacer bien su trabajo. Ben había sido despachado a su alojamiento y Susan estaba en la buhardilla. Durante unos minutos preciosos, incluso horas, Elinor era tan libre como el aire.

Se echó un chal sobre los hombros y bajó las escaleras poco a poco. Abrió los cerrojos de la puerta del jardín, giró la llave y salió. Aguardó un momento a la escucha, mientras sentía el frescor de la noche en las mejillas. Se le aceleró el pulso.

Avanzó por el sendero. La entrada al patio estaba justo antes de la verja de Jerusalem Lane, que lindaba por el norte con uno de los muros ruinosos y sin ventanas de Yarmouth Hall. Oyó el crepitar de las llamas al devorar el combustible.

El fuego era más luminoso de lo que esperaba; sorprendía su fulgor en la oscuridad. Holdsworth estaba junto al brasero y debió de oír sus pasos porque miraba en su dirección. Las llamas transformaban su rostro, lo hacían más feroz y vivaz, como el de un diabólico extraño. Elinor se sintió presa de un miedo terrible.

«¿Qué estoy haciendo?»

Sin embargo, el miedo se desvaneció con la misma rapidez con que había aparecido en cuanto Holdsworth se acercó y la reconoció.

–No sabía quién era, señora –susurró–. Temía que me hubieran descubierto.

Elinor se acercó al brasero y alargó las manos para calentarlas. Los pedazos de papel ardían y se esfumaban casi al instante, convertidos en meros fantasmas grises de su apariencia anterior. Holdsworth azuzó

el fuego con un palo y los fantasmas se consumieron hasta convertirse en polvo. Lanzó otro puñado de papeles a las brasas.

–¿Cómo está el Dr. Carbury? –preguntó.

–Durmiendo profundamente.

–¿Ha experimentado alguna mejoría?

–Entre nosotros, no. Me temo que el doctor Milton no alberga ninguna esperanza.

–Lo siento. Espero que mi visita de esta tarde no...

–No debe preocuparse en lo más mínimo. Nada de lo que usted pueda haber dicho o hecho ha empeorado su estado.

Holdsworth guardó silencio y ella lo observó alimentar las llamas. La pila de papeles fue reduciéndose.

–Tengo algo que decirle con respecto al fantasma –dijo Elinor–, pero antes, dígame, ¿ha ido todo bien?

–No ha podido ser más fácil. El señor Whichcote ha ido a cenar a casa de la señora Phear y no había nadie. Encontré la valija donde el chico me indicó y me la llevé envuelta en una capa. Por cierto, ahora que lo recuerdo, será mejor que le devuelva esto. –Sacó un manojo de llaves y se lo entregó–. ¿Tendrá algún inconveniente en devolverlas a su sitio?

Elinor negó con la cabeza.

–¿Qué hay en la valija?

–Un libro, una especie de registro del club, que indica los nombres reales de los miembros con sus nombres de guerra apostólicos, y dos o tres volúmenes más, unos diarios o libros de actas, diría yo, donde se relatan las actividades del club y sus miembros. A lo largo de los años cada uno de los presidentes del club, cada Jesucristo, ha rellenado los libros de actas y el registro. Sueltos carecen de valor, pero juntos dejan claro quién hizo cada cosa y a quién. También están los borradores de las cartas que el señor Whichcote pretendía enviar a algunos de los antiguos miembros del club. Las palabras que usa son comedidas, pero el sentido está bastante claro. Sólo les pide la voluntad y quizás un pequeño préstamo, a cambio de lo cual pueden tener la seguridad de que sus indiscreciones juveniles no los atormentarán en el futuro.

–Más fantasmas –comentó Elinor–. Parece que los elaboremos sin cesar. Somos fábricas de fantasmas.

–Estos fantasmas pronto perderán su poder.

–¿Ha leído usted los documentos? –preguntó dando un paso atrás para alejarse del brasero, con lo cual se acercó más a él–. Supongo que no le habrá dado tiempo.

–He visto lo suficiente. Llevé la valija a las habitaciones del señor Oldershaw para verificar que era la correcta y revisé el contenido. Es infame.

Holdsworth había arrancado las páginas de los libros para que resultara más fácil quemarlas. Elinor se agachó y tomó un puñado al azar. Oyó que Holdsworth contenía el aliento bruscamente, pero no dijo nada ni intentó detenerla. Las palabras danzaban ante sus ojos bajo el vacilante fulgor anaranjado de las llamas.

–¡Dios mío! El señor Whichcote ha escrito al decano de Rosington. Estuvo comiendo aquí el trimestre pasado y después tomó el té conmigo. Es un hombre encantador. Y también a lord...

–Le ruego que lance esos papeles al fuego, señora.

Elinor los echó al brasero y sacó otra página al azar.

–No debería afligirse usted con esa basura –recomendó Holdsworth–. Su contenido es poco delicado, por no decir algo peor.

–Quizá sólo sea una mujer, señor, pero no me escandalizo con facilidad –replicó Elinor sin levantar la vista–. Esto no es más que un registro de la locura humana. No es algo tan inhabitual. Las mujeres también son criaturas insensatas.

Sin responder, Holdsworth se agachó para alimentar las llamas con más papeles.

–¿Quién es esta Richenda? –preguntó.

–Al parecer, hubo un tal Morton Frostwick, un estudiante con privilegios de Jerusalem que fue presidente del club hace unos veinte o treinta años, que tuvo una criada con ese nombre. Dejémoslo ahí.

–¡Dios mío!

Era demasiado tarde. Elinor había girado la hoja y visto el esbozo de una muchacha de rasgos hermosos y proporcionados que sonreía coqueta por encima del hombro a quienquiera que la estuviera dibujando mientras retorcía un tirabuzón con un dedo. Bajo el dibujo sólo constaba una palabra: «Richenda».

–Pero... pero se parece tanto a...

–Sí. –Holdsworth alargó la mano para coger el papel–. Espero que ya haya entrado en calor, señora. Si me lo permite, seguiré alimentando el fuego.

Al otro lado del brasero, las llamas transformaban al señor Holdsworth en un extraño, mitad silueta, mitad fuego, todo él un misterio. «Richenda.» La cara y el nombre de la joven despertaron en la mente de Elinor el recuerdo de ciertos rumores acerca de la marcha repentina de Morton Frostwick del colegio hacía más de veinte años. Según esos rumores (y el Dr. Carbury), se había relacionado a una persona del colegio con él. Como bien demostraba el caso de Soresby, no era fácil para un sizar pobre y sin amigos costearse una educación universitaria, y en esa época las cosas habían sido todavía más difíciles.

–Conozco esta cara –declaró Elinor estudiando el esbozo–. ¿No lo ve? ¿No se da cuenta del parecido?

–Deme la hoja, señora.

–Un segundo. Podría ser la hermana o la hija del señor Richardson, pero sé que no tiene ni una cosa ni la otra porque una vez me comentó que era hijo único y es obvio que no está casado. ¿Es posible que no sea una criada, ni siquiera una muchacha, sino...?

–Sí –confirmó Holdsworth–. Le ruego que me dé el papel.

–Pero, es que... esto lo explica todo.

–¿Qué es lo que explica?

–Oh, muchas cosas. Por ejemplo, el motivo por el cual el señor Richardson ha sido tan amable de permitir al señor Whichcote refugiarse en el colegio.

Holdsworth sacó otro puñado de papeles de la valija.

–Se mire por donde se mire, no es un asunto agradable y yo no pienso empeorarlo.

Elinor lo observó echar las últimas hojas a las llamas. Contempló el dibujo. Quizá se viera obligada a negociar con el señor Richardson en un futuro próximo, pero él no estaba obligado a concederle ningún favor. Tal vez el dibujo ayudaría a inclinar la balanza. Holdsworth se hizo a un lado para vaciar el resto de los papeles en el fuego, gesto que Elinor interpretó como una reprobación, incluso como un rechazo, aunque bien sabía Dios que ella nunca había ofrecido nada a ese hombre. Holdsworth sacó una navaja y cortó la suave piel de la valija en pequeños pedazos.

–No sé qué va a ser de mí –dijo Elinor con voz queda.

Inclinó la cabeza mientras seguía sosteniendo el dibujo de Richenda en la mano. Trató de no pensar en el futuro. ¿Acaso no era suficiente el presente?

Holdsworth dejó la navaja y la valija rota en el suelo y se acercó a ella apenas sin hacer ruido. Para un hombre de su tamaño, era muy sigiloso. Elinor no sabía qué hacer ni lo que quería.

Las llamas se estaban extinguiendo y el aire refrescaba a medida que avanzaba la noche. Sintió un escalofrío, pero no sabía si era de frío, miedo o deseo, o una mezcla de las tres cosas.

–Deje que eche ese papel al fuego por usted. Será lo mejor.

Elinor lo miró.

«¿Qué me está pidiendo realmente? ¿Qué estoy eligiendo?»

Holdsworth se acercó todavía más. Elinor vio su cara, la piel teñida de naranja por el centelleo del fuego mortecino, y la mano que se aproximaba. No se movió. Él posó la mano sobre su brazo.

Durante un largo instante no sucedió nada. Entonces ella se volvió hacia él, como una puerta que gira lentamente sobre sus bisagras, y él colocó la otra mano en su cintura. Ella levantó la cabeza con el ceño fruncido. Él acercó la cara y la besó en la boca. Elinor sabía que no era posible. Era como un sueño ignominioso.

Sus labios se movieron bajo los suyos. Notó una suavidad extraña, una calidez inesperada, así como una incipiente barba que rascaba su piel. Todo era posible en los sueños. Separó los labios y él también. Holdsworth sabía a humo, vino y oscuridad.

Elinor se apartó y echó el dibujo al fuego. Richenda, la guapa muchacha de la sonrisa coqueta, obtuvo una breve gracia final, un último hálito de vida, al brillar con colores ardientes y contorsionarse entre las llamas con elegancia antes de ennegrecer y desaparecer.

–Hace frío, señora –dijo Holdsworth en voz tan baja que apenas se oía–. Entre usted en la casa. No sería bueno que se resfriara.

No fue hasta después, cuando estaba tumbada en la cama abrazándose a sí misma y pensando en lo que había sucedido, en el tacto de él sobre su piel y en el sabor de su boca en la suya, que Elinor cayó en la cuenta de que había olvidado explicar a John Holdsworth lo del fantasma.

CAPÍTULO 46

Philip Whichcote no durmió esa noche. Pasó las largas horas tumbado, paralizado por una incomodidad que se alternaba con las punzadas de los calambres, cada vez más frecuentes y agudos. No sabía quién lo había secuestrado ni por qué. ¿Iban a dejar que se muriera allí? ¿Tenían la intención de matarlo?

La temperatura fue descendiendo. La vejiga llena le causó un tremendo desasosiego hasta que perdió el control y tuvo un nuevo elemento que añadir a su desgracia. Sonaron las campanas de Cambridge, amortiguadas y distantes, marcando las horas de su sufrimiento. Cayó en una especie de trance en el que no estaba despierto ni dormido.

Lo sacó de él un primer chasquido metálico y otro a continuación. Se deslizaron los cerrojos. Abrió los ojos. Estaba amaneciendo. Oyó pasos a sus espaldas. Supo que había más de una persona porque notó sus manos y percibió sus respiraciones. Le taparon la cabeza hasta los hombros con una tela rugosa y oscura que ataron con una cinta alrededor del cuello.

Le pusieron en pie, pero le fallaron las piernas y cayó al suelo. Sus captores lo agarraron por debajo de los brazos, uno a cada lado, y lo arrastraron afuera. Perdió la conciencia por el dolor.

Cuando volvió en sí, de nuevo estaba boca abajo. Algo sacudía y movía su cuerpo. Ya no estaba atado y tenía la cabeza descubierta. Le habían retirado la mordaza. Tenía la boca seca y la lengua inflamada, que no sentía como propia. Percibía un olor pestilente y tenía la cara húmeda.

Unas ruedas de hierro repiqueteaban sobre los adoquines. Tuvo arcadas y regurgitó un líquido amargo. Intentó ponerse boca arriba y sentarse.

–¡Deténganse! –gritó, pero su boca había perdido la costumbre de hablar y las palabras se tornaron en otra bocanada de vómito aguado.

Oyó voces y el retumbo de otras ruedas. El carro saltó sobre un bordillo, se balanceó y se detuvo. El aire resonaba con voces de queja, tan vulgares e insistentes como las de dos urracas discutiendo.

Se puso boca arriba y se sentó. Para su gran sorpresa, sonaron vítores.

–¡Abran paso al carruaje de Lord de la Mierda! –gritó un hombre.

Los vítores se tornaron en risas y silbidos. Whichcote miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba sentado en una carreta delante de la entrada principal de Jerusalem. El patio estaba repleto de sirvientes del colegio, docenas de ellos, hombres y mujeres, esperando

a que Mepal abriera la verja. Whichcote se llevó la mano a la cabeza. Su peluca y sombrero habían desaparecido. La chaqueta estaba rota y manchada.

Dios mío. Estaba sentado en el carro del pocero en medio de un charco de excrementos a la vista de todo el mundo.

Las burlas amainaron de repente, sin cesar del todo. Tom Heces dejó caer la portezuela lateral del carro con un gran estruendo y expuso a Whichcote como a un monstruo en la feria de Stourbridge.

–¡Mirad su calzón! –gritó una mujer–. Lord de la Mierda se ha meado encima.

La muchedumbre se abrió para dar paso a dos hombres corpulentos vestidos de negro que avanzaban hacia la carreta.

–Buenos días, señor Whichcote –saludó el hombre de mayor edad, de rostro redondo y sonrosado y con una oronda barriga que le precedía cual gran cojín–. Aquí nos tiene otra vez. Me temo que hay cuatro demandas contra usted. Salvo que tenga dos mil libras en el bolsillo, debo pedirle que me acompañe de nuevo a la casa del señor Purser.

Whichcote miró a su alrededor como un loco, con la vana esperanza de encontrar una cara amiga entre la multitud. Divisó a Mulgrave a tan sólo unos metros de distancia junto a un hombrecillo tan chaparro como corpulento. Ambos tenían la vista clavada en él. El otro hombre murmuró algo al oído de Mulgrave y el gyp sonrió mientras se llevaba el dedo a la marca roja que tenía en la mejilla.

Dios mío, pensó Whichcote, ahí es donde golpeé a ese maldito granuja. Y ésta es su venganza.

A unos pasos detrás de Mulgrave se hallaba Augustus, que esperaba junto a la verja para acceder al colegio.

–¡Chico! –gritó Whichcote. Parecía que había recuperado la voz–. Ven aquí ahora mismo.

Su lacayo no pareció oírlo.

–¡Te he dicho que vengas ahora mismo! –chilló Whichcote–. ¡Rápido!

Mulgrave se volvió y posó la mano sobre el brazo de Augustus. Mepal abrió la verja del colegio, pero nadie entró. Todos estaban mirando a Whichcote. Era la venganza de los sirvientes, la venganza más cruel de todas.

–Venga usted conmigo, señor –sentenció el alguacil–. Pronto estará en un sitio cómodo y agradable.

* * *

La arena del suelo necesitaba cambiarse, el ambiente apestaba a humo de tabaco rancio y una mugrienta pátina de color amarillo

verdoso cubría las ventanas.

El camarero se le acercó secándose las manos en el delantal sucio.

–Buenos días, señor.

–Estoy esperando a alguien –dijo Holdsworth al tiempo que echaba un vistazo al establecimiento de techos bajos, que estaba casi vacío–. Por ahora, tráigame una jarra de café y dos tazas, por favor.

Holdsworth eligió una mesa en un reservado que daba a la puerta. Mientras esperaba sacó del bolsillo la carta que el lacayo de lady Anne le había entregado justo al salir del colegio. Le dio varias vueltas, pero no rompió el lacre. Sabía lo que diría su señoría: ahora que su hijo se había recuperado, Holdsworth debía llevarlo de vuelta a Londres de inmediato.

¿Y por qué no? Frank ya no tenía nada que temer de Philip Whichcote. Los libros de actas del Club del Espíritu Santo habían sido destruidos y, gracias a Mulgrave, Whichcote estaba en la casa de morosos. Era improbable que él o la señora Phear pudieran saldar sus deudas. Si tenía suerte, encontraría la manera de huir del país. De lo contrario, en el peor de los casos, sería transferido a la prisión de los deudores, donde llegaría a viejo y acabaría sus días. Sin duda, era mucho mejor partirse la espalda empujando un carro de libros desencuadernados por las calles de Londres.

¿Y qué importaba lo que hubiera sucedido a Sylvia Whichcote? Al fin y al cabo, la pobre infeliz estaba muerta y no había nada que pudiera devolverle la vida. Por el otro lado, Frank Oldershaw se había recuperado, y eso era algo que merecía la pena. La vida sigue y los muertos no deben tirar de las riendas de los vivos.

Holdsworth rompió el lacre, pero no desdobló la carta. Apenas había dormido. Los recuerdos confusos de Maria y Georgie se habían fusionado en su mente con imágenes de Elinor Carbury, sobre todo del momento en que apareció junto al brasero, iluminada por las llamas cual endiablada tentación. Su propia conducta y pasión le resultaban viles. Ardía en deseos por una mujer cuyo marido agonizaba, pero no podía evitar pensar que ella también sentía algo por él, puesto que no se había apartado de inmediato. Además, ¿no había abierto un poco los labios cuando la besó en la boca?

La luz en el café cambió. Holdsworth levantó la vista. Soresby estaba en la puerta. Al ver a Holdsworth dio un salto, como si fuera la última persona que esperara ver allí. El sizar estaba más demacrado de lo habitual. No sólo iba sucio y andrajoso, sino que tenía un aspecto enfermizo. Holdsworth le hizo señas para que se acercara y ordenó al camarero que se diera prisa con el café y que trajera también un plato de panecillos.

–Señor Holdsworth, las palabras no pueden expresar mi...

–Coma y beba algo antes –interrumpió Holdsworth–. Entonces

podrá usted buscar las palabras adecuadas.

Intuyendo que recibiría una buena propina, el camarero no se demoró en servirles. Soresby comió cuatro panecillos y bebió tres tazas de café. Holdsworth lo observó y le recordó a sí mismo apenas un mes antes, cuando se había abalanzado como un lobo voraz sobre el jerez y las galletas del señor Cross en el café St. Paul. No era fácil actuar como un hombre cuando se tenía el estómago vacío.

–El señor Archdale me ha dicho que desea usted mi opinión sobre cómo proceder en un asunto –comentó Holdsworth cuando Soresby hizo una pausa.

–Lo único que yo deseo es ser académico –dijo Soresby de forma precipitada–. ¿Por qué no me dejan? Lo tenía tan cerca, pero mis expectativas se han visto arruinadas por una falta que yo no he cometido...

–¿Es esto de lo que deseaba hablarme, señor Soresby?

El sizar se sonrojó. Tenía las manos ocultas bajo la mesa, pero debía de estar tirándose de los dedos porque Holdsworth oyó un crujido familiar.

–Discúlpeme. No... no sabía adónde acudir, estoy desesperado. Apenas sé lo que me digo.

–El señor Archdale me ha dicho que quería hablar conmigo. ¿Sobre qué?

Soresby asintió vigoroso y su cabello descuidado batió ambos lados de su rostro.

–Usted ha visto mi habitación, señor.

Holdsworth lo miró aturdido, sin comprender.

–Sí, usted ya sabe que la he visto. Cuando acompañé al señor Richardson.

Soresby asintió.

–Casi todas las habitaciones de Yarmouth Hall tienen vistas a la calle, pero mi altillo da al otro lado. Cuando estuvo usted allí, ¿por casualidad miró por la ventana?

* * *

Tres personas se reunieron al pie de la escalera G en el edificio nuevo. El señor Richardson lideró la comitiva en calidad de representante del colegio, seguido de Augustus por ser, en teoría, todavía empleado del señor Whichcote. Cerraba la procesión Mulgrave, que había acudido por mero entretenimiento. El señor Richardson ignoraba que el gyp ya no estuviera al servicio de Whichcote.

En cuanto llegaron al rellano Augustus abrió la puerta con las llaves que el señor Whichcote había entregado al representante del

alguacil. Una vez dentro, Richardson se plantó en medio del salón y miró a su alrededor.

–El señor Whichcote ha dejado escrito que le prepares su baúl de viaje marrón con una muda, la chaqueta azul y los zapatos de las hebillas plateadas. –El tutor hizo una pausa para consultar la carta–. También ha pedido el vino que se encuentra en el armario de la habitación del gyp y la cajita del té. Mulgrave, encárgate tú del vino y el té mientras el chico se ocupa de la ropa. El señor Whichcote también necesita algunas cosas de su despacho, de eso me encargo yo.

Richardson tomó las llaves, abrió la puerta del despacho, entró y cerró tras de sí. Mulgrave miró a Augustus y le guiñó un ojo. El verdugón de la mejilla le torcía la cara. Augustus entró en el dormitorio y dispuso la ropa sobre la cama mientras se preguntaba por qué Mulgrave le había guiñado el ojo.

–¡Chico!

Augustus alzó la vista y vio a Richardson en la puerta del dormitorio. Mulgrave rondaba detrás de él.

–¿Recuerdas haber visto a tu amo con una pequeña valija de piel de color negro que lleva su blasón grabado?

–Sí, señor, en el despacho.

–Pues no está allí.

Augustus lo miró con expresión inocente.

–En algún lugar debe de estar –afirmó Richardson con sequedad–. Tu amo ha hecho especial hincapié en la valija. Desea que yo me ocupe de ella.

–Pues no lo sé, señor.

El tutor se mordió el labio.

–Esto es muy fastidioso, inexplicable diría. Puede que se halle en otro lugar, quizás en el armario debajo del alféizar de la ventana donde se guarda el carbón. Mira allí.

Lo único que encontró Augustus en el armario fue un cubo vacío, así que los tres se dispusieron a buscar en vano la valija por todas las estancias. Richardson dedicó unas severas palabras a Augustus antes de marcharse y tomó posesión de las llaves.

–Lleva el baúl de tu amo a la casa del señor Purser en Wall Lane.

–¿Qué le digo acerca de la valija, señor?

–¿Eh? Nada. Déjamelo a mí, ya se lo explicaré yo cuando lo visite. Dile que iré a verlo.

Richardson se marchó con paso rápido. Mulgrave los había seguido hasta abajo. Contempló al tutor mientras se alejaba y el verdugón de la cara volvió a torcerse cuando esbozó una sonrisa.

–En fin, chico –dijo Mulgrave.

–¿Sí, señor?

–Me imagino que buscas empleo.

Augustus asintió.

–Sí, señor. Oh sí, señor.

–A mí me iría bien contar con un chico listo como tú. Si no temes el trabajo duro, algún día podrías llegar a ser un gyp. –Sacó media guinea del bolsillo y se la puso en la palma de la mano–. ¿Qué me dices? ¿Hacemos un trato?

Augustus contempló la pequeña moneda de oro.

–Pero, señor, ¿qué hay del dinero?

Mulgrave sonrió de nuevo y el verdugón volvió a cambiar de forma.

–Si tú te portas bien conmigo, yo me portaré bien contigo. Vamos, dame la mano.

* * *

Durante el camino de regreso del café de Turpin, Holdsworth se refugió de un repentino chaparrón en la capilla de King's College, cuyo techo abovedado estaba en las tinieblas. No parecía un buen presagio que una tarde de verano fuera tan sombría.

Holdsworth no estaba solo. Muchas personas iban y venían y conversaban entre sí. Un mendigo intentó ejercer su oficio de manera discreta entre la multitud, pero se apartó cuando Holdsworth lo fulminó con la mirada.

Lluvia, lluvia, maldita lluvia.

Cuando Georgie se ahogó en Goat Stairs, había estado lloviendo durante varios días antes. Una tarde su hijo le dijo que la lluvia eran las lágrimas de Dios, y que debía de estar muy triste para llorar con tanta fuerza. Holdsworth le aconsejó que no hiciera caso de esas tonterías y le enseñó que la lluvia no era nada más que la precipitación del vapor de agua concentrado en forma de nubes. Georgie se rio de él. No lo creyó. Maria dijo que era peligroso para Georgie jugar fuera porque el suelo de Bankside estaría resbaladizo a causa de la lluvia.

–¡Bah! –replicó Holdsworth–. No debemos sobreproteger al muchacho.

La capilla estaba repleta de sonidos de pasos, palabras sin sentido y ecos sueltos. Caminó de arriba abajo sin pensar en la gente, avanzando a empellones cuando no se apartaban de su camino.

¿Tan bajo había caído? Pensaba en Georgie y Maria para distraer su mente de la terrible información que Soresby había compartido con él. Metió los puños en los bolsillos de la chaqueta y empujó el forro con fuerza. La mano derecha tocó la esquina de un papel doblado, la carta sin leer de lady Anne.

La carta ya no era importante. La información de Soresby eclipsaba

todo lo demás y ardía en su mente como una infección, como veneno. Pero él tenía el poder de eliminarlo porque Soresby no conocía su significado pleno. Además, el sizar estaba en una situación vulnerable, por lo que Holdsworth podría manipularlo en el caso de que decidiera descartar lo que le había explicado como un intento malicioso de granjearse su favor mediante una calumnia.

¿Bastaría con eso? Holdsworth sabía que él no podría borrar la información de su mente. A la larga esa estrategia sólo empeoraría las cosas para él –sin duda– y quizá también para Elinor. Sólo había una cosa segura acerca de ese oscuro secreto: empleara como empleara la información de Soresby, el resultado provocaría infelicidad.

Holdsworth sentía que estaba a punto de estallarle la cabeza; tenía la sensación de que la luz se esfumaba de la capilla y dejaba una estela de niebla gris. Estaba solo, incapaz de ver el camino. Tuvo un terrible presentimiento de indefensión eterna.

Al final, todo se reducía a una idea: a todo hombre le atormenta su futuro tanto como su pasado.

CAPÍTULO 47

Gracias, señor –dijo Elinor con la esperanza de que su rostro no delatara sus sentimientos–. Mi esposo no está mejor, pero al menos no está peor. Duerme la mayor parte del tiempo, o al menos eso intenta, pero cuando se despierta se muestra inquieto.

–No es de extrañar –comentó Holdsworth.

–Sí... pero ¿por qué desea ver al señor Soresby con tanta urgencia? Quizá sea un efecto del opio, ¿no dicen que puede suscitar extrañas fantasías?

–Seguro que algo tiene que ver.

Ella escudriñó su rostro, intrigada al percibir en su tono algo que se le escapaba.

–Me alegro de que haya venido usted, pues tengo algo que decirle.

Los interrumpió una llamada a la puerta del salón. Susan entró con el servicio del té.

–¿Está usted segura de que no la molesto, señora? –preguntó Holdsworth.

–En absoluto, señor –respondió Elinor con una sonrisa, y al instante se sintió culpable, no tanto por la sonrisa como por la inexcusable felicidad que le había provocado.

Sin embargo, él no se la devolvió y su felicidad se disipó tan pronto como había venido, pero la culpabilidad permaneció.

–El Dr. Carbury está durmiendo –prosiguió Elinor en un tono más serio–. Había pedido a Susan que me subiera el té, así que sólo es cuestión de añadir una segunda taza.

Ninguno de los dos habló hasta que la criada se marchó. Elinor se entretuvo preparando el té mientras que Holdsworth se levantó y se acercó a la ventana. Caía una lluvia constante de un cielo que parecía un borrón de tinta. Los jardines destilaban humedad y tristeza. El gran plátano oriental tapaba la mitad del cielo. En el momento en que Elinor estaba a punto de romper el incómodo silencio para explicarle lo del fantasma, él se volvió hacia ella.

–He venido a despedirme –dijo.

–Ah... veo que ha recibido noticias de su señoría. Yo también –repuso mientras intentaba introducir la llave en la cerradura de la cajita del té, pero la mano le temblaba–. Me imagino que le ha ordenado que regrese usted a Londres. Su voluntad está por encima de todas las demás, ¿verdad? ¿Cuándo partirán usted y el señor Frank?

–Mañana tan temprano como podamos.

–Lady Anne decía en su carta que deseaba que partieran ustedes hoy mismo.

–No es posible alquilar un coche con tan poca antelación. Además, el señor Oldershaw ya había invitado a un círculo íntimo de amigos a una pequeña cena y era reacio a cancelarla.

Elinor sirvió el té.

–Es un joven muy hospitalario.

–¿Podemos realizar algún encargo para usted en la ciudad? ¿Desea que entreguemos una carta a su señoría?

–Gracias. Le escribiré de inmediato y ordenaré a Ben que le lleve la carta más tarde. –Después de lo sucedido la noche anterior, Elinor no entendía el cambio de actitud de Holdsworth, de pronto tan rígido y formal–. ¿Y usted, señor... qué hará usted?

–Eso depende en parte de su señoría. Quizá me mande de regreso aquí para continuar con el trabajo de la biblioteca, pues apenas he podido iniciar el inventario, o tal vez me ordene que me quede en Londres para trabajar en la biblioteca del obispo en Golden Square.

–Veo que ambos estamos condenados a vivir en la incertidumbre. No es algo agradable, ¿verdad?

Elinor le ofreció el té. Taza en mano, Holdsworth volvió junto a la ventana. Se hizo el silencio en la estancia. Elinor había albergado la esperanza de que su último comentario hubiera alentado unas palabras de consuelo o una mera insinuación de que, tras la muerte de su esposo, quizá cupiera una posibilidad distinta a la de depender de la caprichosa generosidad de lady Anne. Sin embargo, como ya era habitual en Holdsworth, cuando habló la tomó por sorpresa.

–Esta mañana he visto al señor Soresby.

–¿Cómo? ¿Está aquí?

–No –respondió Holdsworth–. Tiene miedo a volver por la acusación que pende sobre su cabeza.

–Pero ¿dónde está? Debo decírselo a mi esposo, así se tranquilizará y...

–No, señora. No creo que eso sea recomendable.

–No le entiendo.

–La habitación del señor Soresby se encuentra en el último piso de Yarmouth Hall.

–¿Y qué importancia tiene eso?

–Una noche del pasado mes de febrero el señor Soresby se encontraba indispuesto y necesitaba aire fresco, por lo que abrió la ventana a pesar del frío.

Elinor no dijo nada.

–Su habitación es la única del edificio que da al sur –se apresuró a relatar Holdsworth en un tono duro y monótono–, es el altillo que se halla encima del patio de servicio de la residencia del rector. Desde la ventana puede verse hasta una pequeña porción del jardín.

–Me imagino que no de noche, ¿verdad? –preguntó Elinor con

brusquedad–. Salvo que sea una noche clara y con luna.

Él inclinó la cabeza, reconociendo la certeza de su argumento.

–Soresby no pudo ver nada importante, señora, pero pudo oír bastante bien. Oyó pasos y voces en el jardín.

–Dice usted que se encontraba indispuesto, así que quizá tenía fiebre. Tal vez no fueran más que imaginaciones suyas.

–No lo creo, y me atrevería a decir que el Dr. Carbury tampoco lo cree. Después de todo, usted misma ha reconocido que su esposo la riñe si pasea sola de noche por el jardín.

Elinor se enderezó en la silla y le lanzó una mirada furiosa.

–Si pretende usted acusarme de algo, señor, no se ande por las ramas.

–Ésa fue la noche en que murió la señora Whichcote. Al caer en la cuenta de ello, el señor Soresby empezó a pensar en la importancia de lo que había oído. Hará unas dos semanas se lo explicó al Dr. Carbury, quien sostuvo que debía de ser un error, pero acto seguido le ofreció la plaza de Rosington.

Con un enorme esfuerzo, Elinor depositó la taza sobre la mesa sin verter ni una gota.

–No hace falta que le diga que si el señor Soresby insinúa que yo estuve fuera a cualquier hora de esa noche es un terrible error o una enorme invención.

–¿Por qué iba a mentir?

Elinor forzó una carcajada.

–Para sacar provecho de ello. Y le ha funcionado muy bien, ¿no cree? Es pobre y quería mejorar su situación. No lo culpo por ello, pero sí lo culpo por calumniarme, aunque sólo sea mediante una insinuación. Y culpo a mi esposo por haberlo creído.

–Señora, no creo que sea una calumnia. Dice que lo primero que oyó fue un aullido que helaba la sangre, el grito de una mujer en peligro. Parecía provenir de un lugar cercano a la puerta del jardín de la residencia del rector.

–Y supongo que también oyó el rumor de cadenas chirriantes y gemidos espectrales. Este relato se hace más y más ridículo con cada una de sus palabras.

Holdsworth se apartó de la ventana, dejó la taza sobre el escritorio y ésta se volcó. El té se vertió por todo el tapete de piel, pero hizo caso omiso. Elinor contuvo el aliento y se preguntó si iría bebido.

Holdsworth se desplomó en la silla junto a ella con tanta fuerza que el mueble se movió bajo su peso. Se inclinó hacia ella.

–Le explicaré lo que yo creo que sucedió esa noche: Sylvia Whichcote vino aquí huyendo de la brutalidad de su marido. Usó su propia llave para entrar por la verja de Jerusalem Lane. Caminó por el sendero posterior de la casa hasta la puerta del jardín, que por

supuesto estaba cerrada y con la llave echada, pero su dormitorio se encuentra inmediatamente encima. Creo que intentó llamar su atención de forma desesperada, ¿quizá lanzando tierra y grava a su ventana? ¿Y quizás el grito que oyó Soresby fue el grito de terror y frustración de la señora Whichcote al creer que no había conseguido despertarla? Pero sí lo consiguió.

–Me temo que el señor Soresby no es el único con una imaginación desbocada.

–¿Qué hubiera podido hacer si no? Habiéndose alojado tantas veces en su casa, sabía dónde estaban los dormitorios. ¿Dónde más podía esperar encontrar refugio? Usted era su amiga.

«Mi amiga.»

Las palabras se grabaron en la mente de Elinor como ácido en una placa metálica. Se puso de pie con tanta torpeza que trastabilló con la mesilla del servicio del té.

–Pensaba que era usted más agudo, señor Holdsworth.

Él también se puso de pie, pero no habló.

–Yo la quería y la despreciaba a la vez –confesó Elinor–. Sylvia era todo impulso, sentimiento y vanidad. Un rostro atractivo o un cumplido apasionado podían voltear su juicio en un instante y encender su voraz deseo. Por eso se casó con el señor Whichcote, y por eso se arrojó a los brazos de Frank. –Las lágrimas rodaban silenciosas por sus mejillas–. Era una criatura alocada, siempre persiguiendo nuevos alicientes. A pesar de sus dulces gestos y palabras, creo que jamás le importó nadie de verdad, pero siempre acababa por volver a mí, desde que éramos niñas. Porque sabía que yo no la abandonaría. Ella me conocía a mí y yo a ella.

Elinor le volvió la espalda y se enjugó las lágrimas con el pañuelo. Holdsworth no dijo nada.

Su silencio es un arma contundente, pensó ella, y creo que este hombre tan odioso pretende aporrearme con él hasta la muerte.

–¿Es eso todo? –preguntó Elinor mientras se giraba para encararse de nuevo a él–. ¿O ese joven insensato afirma haber oído algo más?

–El señor Soresby dice que oyó movimiento abajo, en retrospectiva piensa que era el rumor propio de un forcejeo. Y más tarde oyó otros ruidos en el sendero de grava que conduce a la laguna. A la mañana siguiente el cadáver de la señora Whichcote fue hallado por Tom He..., es decir, el pocero nocturno, que encontró sus babuchas en las baldosas cerca de la casa, no lejos de la verja del jardín.

–¿Sus babuchas? ¿Qué quiere decir?

–Recordará que no se encontró ningún calzado en el cuerpo o cerca de él. El miércoles el señor Archdale y el señor Frank recuperaron las babuchas de la señora Whichcote, que estaban en manos de la esposa de Tom.

–Todo esto es una sarta de tonterías, ¿no se da cuenta? –Elinor se sentó de nuevo porque temía que le flaquearan las piernas. Manoseó el pañuelo húmedo hasta formar una bola dura y apretada–. Para empezar, ¿por qué no mencionaron ninguno de los dos estos interesantes... hallazgos e invenciones?

–Soresby es un joven tímido y sin amigos. No se atrevía a hablar, a arriesgarse a la furia del rector, y desconocía el verdadero significado de lo que había oído. En lo que al pocero nocturno se refiere, pensó que la dama ya no necesitaría las babuchas. Además, nadie las estaba buscando, así que ¿por qué no podía beneficiarse de ellas su señora? Él está convencido de que las cosas que se cruzan en su camino le pertenecen por derecho propio.

–No puedo creer que me condene usted sobre la base de unas pruebas tan poco sólidas que proceden de semejantes fuentes.

–Claro que no la condeno –replicó Holdsworth dando un paso hacia ella. Por un instante Elinor pensó que iba a cogerle las manos–. Pero las pruebas no pueden desecharse sin más y hay otros que quizá la condenen por ellas, aunque yo no lo haga. Piénselo, señora, este lugar es una fortaleza de noche. La ventana de la habitación de la criada da al patio del otro lado, al igual que el dormitorio del señor Carbury. La suya es la única habitación que da al jardín. Si alguien salió a hablar con la señora Whichcote, ¿quién podía ser si no usted?

–¿Y usted, señor? ¿Qué piensa usted?

La miró con expresión sombría.

–No lo sé.

–En fin, señor, ahora sé cuál es su postura. Me ha juzgado y me ha encontrado en falta, pero ahora es mi turno. Le ruego que sea tan amable de prestar buena atención a lo que voy a explicarle. –Sin darse cuenta, Elinor había perdido los estribos, estaba furiosa–. Al parecer, hay otras personas que se aventuran fuera de esta casa por la noche. En marzo, mi criada salió por la puerta del jardín al menos en dos ocasiones para verse con su amante, el criado del Dr. Carbury. Sus citas tuvieron lugar bajo el plátano oriental de la laguna. En la primera ocasión, él se aprovechó de ella. En la segunda, ella llegó allí temprano y se encontró con que había otra persona en el lugar de la cita, o más bien otra persona tropezó con ella: Frank Oldershaw.

–¡Dios mío! ¿El fantasma? Pero la capa... ¿el broche?

–El jardinero encontró la capa a la mañana siguiente de la muerte de Sylvia y me la trajo. Nadie más la necesitaba, y era bastante nueva. No hacía más de un día o dos que Sylvia la tenía. Al final se la di a mi criada y la insensata la adora. No sé si lo recuerda, pero el broche tenía la forma de la letra «S». Mi criada se llama Susan, así que en cierto modo parecía providencial.

–¿La capa? –repitió Holdsworth abriendo los ojos como platos–.

¿La capa? Señora, he sido tan estúpido...

Se oyó un revuelo fuera y pasos corriendo por el pasillo. La puerta del salón se abrió de repente. Susan estaba plantada en el umbral.

–Oh, señora, será mejor que venga rápido.

CAPÍTULO 48

La sala común era un enjambre de académicos y las especulaciones zumbaban por doquier con emoción contenida. Todos estaban al corriente de que el doctor Milton se hallaba con el rector y que el capellán había sido llamado a la residencia para leer la Orden para la Visita al Enfermo, lo que incluía la Oración Comendatoria para el moribundo.

El señor Richardson presidió la cena con expresión lúgubre y sombría. Después, en la sobremesa con el vino, el tutor tomó asiento junto a Holdsworth.

–Quisiera aprovechar esta oportunidad para despedirme, señor. Mañana salen ustedes tan temprano que no tendré ocasión de hacerlo. ¿Me concede el honor de compartir una copa conmigo antes de marcharse?

Richardson acompañó el vino con varios cumplidos corteses sobre los beneficios que la visita de Holdsworth había aportado tanto a Frank como al colegio y, poco a poco, fue derivando la conversación hacia lady Anne.

–Su señoría estará ansiosa por conocer el estado de salud del Dr. Carbury. Siempre muestra mucho interés por los asuntos del colegio. Sería recomendable que se la advierta de antemano, ¿no cree? Me temo que es harto probable que las plegarias de los amigos del Dr. Carbury no sean respondidas y que pronto recibamos una triste noticia. Quizá sea usted mismo quien se la comunique. Si ello sucede, el consejo de su señoría será muy valioso, puesto que dispone de la experiencia y el conocimiento del mundo necesarios para guiar nuestras deliberaciones, así como de la profunda comprensión de una madre sobre lo que es mejor para Jerusalem, algo natural si se tiene en cuenta que es descendiente directa del fundador.

Holdsworth corroboró que estaba seguro de que lady Anne haría todo lo necesario.

–Si se presenta la ocasión, mi querido señor –prosiguió Richardson–, le estaría muy agradecido si pudiera recalcarle la importancia de evitar un largo período de interregnum en la residencia del rector. Me temo que el Dr. Carbury ha dejado de lado varios asuntos durante su enfermedad y los miembros del colegio necesitan un rector que conozca Jerusalem y sepa tomar las riendas con decisión. Mis amigos me dicen que debería presentarme para el cargo, pero creo que lo mejor es confiar en la benevolencia de su señoría. En caso de urgencia o necesidad, estoy convencido de que podemos confiar en ella para que nos guíe con seguridad a través de

nuestras dificultades.

Holdsworth inclinó la cabeza en señal de que entendía sus palabras, mas no se comprometió a nada.

–¡Son tiempos tristes para Jerusalem! –exclamó Richardson lanzando una mirada piadosa al cielo–. Pero no podemos cuestionar los caminos de la Providencia. Es curioso, pero los problemas nunca vienen solos, ¿verdad? La enfermedad del Dr. Carbury ha sido el peor golpe, sin duda, pero el infortunio del señor Whichcote también tendrá un efecto negativo sobre el colegio. Toda la universidad parlotea sobre la escandalosa escena de esta mañana. ¡Y delante de nuestras verjas!

–Me imagino que también debe de pesarle el triste caso del señor Soresby –sugirió Holdsworth.

–¡Ah! ¡Ese réprobo! Al final su traición no le ha servido de nada. Si el pobre Dr. Carbury fallece, habrá perdido a su único aliado. Homo proponit, sed Deus disponit.

–El hombre desconoce los deseos de Dios en este asunto –señaló Holdsworth–, pero estoy convencido de que Él pretende que hagamos las cosas lo mejor posible con las herramientas que pone a nuestra disposición. No se ha presentado ninguna acusación formal contra el señor Soresby y yo me preguntaba si los hechos del robo realmente son lo que parecen.

–Me encantaría creerlo con todo mi corazón –repuso Richardson–, pero usted mismo estaba allí cuando se descubrió el delito.

–Sí, pero las pruebas son circunstanciales. No puedo evitar pensar que debe de haber otra explicación. Por ejemplo, alguien puede haber elaborado las pruebas para desacreditar a Soresby –Holdsworth hizo una pausa y miró a Richardson–, quizás algún sirviente malicioso u otra persona.

Richardson apartó la vista.

–Resulta difícil de creer. Me disculpará, señor, pero lo que dice no son más que meras especulaciones.

–Pero debe admitir que existe un elemento de duda, señor. Y sería una lástima arruinar la carrera de un hombre por una simple duda, en particular la de un hombre como el señor Soresby, sin recursos y con muy pocos amigos. Si este asunto pudiera olvidarse y se le permitiera reanudar sus estudios, estoy convencido de que sería algo beneficioso para todas las partes.

Richardson lo miró.

–No entiendo el significado de sus palabras.

–El colegio no sería objeto de ningún escándalo y el gesto sería interpretado, tanto desde dentro como desde fuera, como un acto sabio y magnánimo. Evidentemente, la plaza de Rosington es harina de otro costal. Si el Dr. Carbury fallece, el nuevo rector quizá prefiera

elegir a otro candidato. Nadie podría culparlo por eso.

Richardson sacudió la cabeza con lentitud.

–No creo que sea posible, señor. Realmente no lo creo.

Holdsworth se inclinó hacia Richardson y le acercó la boca al oído.

–Richenda –susurró.

El tutor se volvió y miró a Holdsworth. No dijo nada, pero su expresión siempre tan vivaz devino extrañamente inmóvil.

–Estoy convencido de que su señoría aprobaría un gesto tan clemente –prosiguió Holdsworth.

–Pero ni siquiera sabemos dónde está Soresby.

–No creo que sea problema alguno localizarlo llegado el momento, señor. –Entonces Holdsworth movió los labios en silencio–: Richenda.

–Quizá... en ese caso, quizá podamos hacer algo. –Richardson se inclinó hacia él–. Dígame –murmuró–, ¿le dice algo una valija negra con un blasón?

Holdsworth negó con la cabeza.

–Nada, señor, nada en absoluto.

* * *

Holdsworth no permaneció mucho tiempo en la sala común. Cuando salió ya había dejado de llover. El aire era fresco y limpio y olía a tierra húmeda. En Chapel Court atisbó el interior de la sala común por el ventanal sin cortinas. Todos los presentes estaban sentados a la mesa de Richardson y escuchaban con avidez lo que decía el tutor.

Oyó voces cantando procedentes del otro extremo del patio. Holdsworth se dirigió hacia allí. El bullicio provenía de las habitaciones de Frank. No distinguió la letra de la canción, pero reconoció la melodía, la misma que había escuchado la primera noche que salió a pasear por los jardines de Jerusalem con el señor Richardson.

Jerry Carbury está contento,
dile al criado que traiga el sombrero.
Se acabó el evento,
y mejor todo fuera que dentro.

Estallaron risas y vítores. Holdsworth esperó oculto en las sombras de la arcada. Un farol solitario ardía sobre la puerta de la capilla. Sonaron unos pasos y aparecieron dos jóvenes que caminaron tambaleantes hasta la escalera contigua. La cena de Oldershaw estaba tocando a su fin. Holdsworth esperó unos minutos más antes de subir a las habitaciones. Archdale y el resto ya se habían marchado. Frank

estaba solo, sentado junto a la ventana en mangas de camisa y bebiendo coñac.

–Holdsworth, mi querido amigo –saludó agolpando las palabras–, mi muy querido amigo. Un brindis, señor, insisto.

–Se hace tarde, señor Oldershaw. El coche llegará a las...

–No, no. Sírvase una copa. Maldita sea mi estampa, es usted un gran tipo. Espere a que lleguemos a Londres y le demostraré mi gratitud.

–He encontrado a su fantasma.

Frank se puso en pie.

–¿Está usted... se ha vuelto usted loco?

–No, señor. En pocas palabras, usted se topó con una criada que esperaba a su amante bajo el árbol. La muchacha no se lo explicó a nadie porque temía las consecuencias de su acción. Ése es su fantasma. Ésa es su Sylvia.

–No, no... me está tomando el pelo. No le creo. La capa, el broche...

–Eran de Sylvia, en eso tenía usted razón. –Holdsworth contempló su reflejo oscuro en la ventana junto a la cabeza de Frank–. La capa fue encontrada en el jardín a la mañana siguiente de la muerte de la señora Whichcote y la señora Carbury se la regaló a su criada. No hay ningún misterio en eso, salvo en su mente.

Frank se sentó.

–Pero estaba tan seguro...

–Quizá porque se sentía usted muy culpable.

–Claro, primero la muchacha del club, después la pobre Sylvia y el animal de su esposo...

–No me refería a eso.

Frank se sirvió más coñac y apuró la copa.

–Sea como fuere, ahora ya se ha acabado todo y mañana regresamos a Londres. No creo que vuelva a la universidad, ¿sabe? No encaja conmigo, y yo no encajo en ella.

Holdsworth sintió que se encontraba ante un cruce de caminos: detrás de él se hallaba su pasado, y por delante, una multiplicidad de futuros, casi todos oscuros y poco atractivos. Estaba cansado, furioso y lleno de resentimiento.

–La noche en que murió Sylvia alguien oyó una pelea en el patio trasero de la residencia del rector; ahí es donde fueron encontradas las babuchas unos días después. Sylvia estaba con alguien y creo que ese alguien era usted, señor Oldershaw.

–¿Qué? ¡Se ha vuelto usted loco! ¡Loco de remate!

–¿Cómo si no podía saber usted que llevaba una capa? ¿O la forma del broche? Nadie lo había mencionado. Ella le pidió que usted la acompañara. ¿Quién mejor que su amante para escoltarla por la calle?

Frank lo miró.

–Además de estar loco, es usted un insensato, Holdsworth. ¿No sabe que puedo arruinarle la vida?

–Un testigo oyó un grito. ¿Pretendía Sylvia despertar a todo el colegio y montar un escándalo a expensas de su esposo, señor Oldershaw? Seguro que temió usted la reacción de su señoría. Su madre es indulgente, pero hasta su indulgencia debe de tener un límite. Quizás usted tan sólo intentó acallar a la señora Whichcote y lo hizo demasiado bien. No creo que quisiera matarla.

–Todo esto son... son tonterías. No recuerdo quién me explicó lo de la capa, puede que el Dr. Carbury o uno de los sirvientes del colegio. Alguien... alguien debió de explicármelo.

Holdsworth se dirigió a la puerta y se volvió hacia él. No tenía pruebas para presentar ante un magistrado, sólo un puñado de sospechas.

–Mantuvo usted la cabeza fría. Cerró la verja de la residencia del rector y tiró la llave de Sylvia cuando regresó corriendo a Lambourne House.

Frank lo miró con el rostro enrojecido, la copa vacía en la mano. Como en otras ocasiones, parecía un niño a punto de llorar.

–Maldito sea usted. Sylvia me dijo que debía obligar a Whichcote a divorciarse y que yo debía casarme con ella.

–¿Entonces?

–Era imposible. Su señoría lo hubiera impedido. Además...

–¿Además, qué? –preguntó Holdsworth con un hilo de voz.

Frank se encogió de hombros.

–Al fin y al cabo no era más que una mujer. Era mayor que yo y no tenía fortuna, ni contactos. No... no hubiera funcionado. Seguro que me entiende.

–¿Así que la mató?

–Pero... pero no fue ésa mi intención.

–Usted la atacó. –Holdsworth pensó en lo idiota que había sido, pues había tenido las pruebas delante de sus narices todo el tiempo. ¿Cómo lo llamó el Dr. Jermyn? Mania furibunda–. Del mismo modo que me atacó a mí y al señor Whichcote en el molino, y al Dr. Jermyn en Barnwell y al pobre señor Cross. Cuando se encuentra ante una dificultad, se enfrenta a ella con violencia.

–No puede usted demostrar nada. Haré que lo arresten por difamación, yo le...

–Mañana viajará usted solo, señor Oldershaw. –Holdsworth se detuvo en la puerta–. Y recuerde esto: ahora nunca podrá escapar de Sylvia, ella siempre estará con usted.

Chapel Court estaba desierto. Era una noche nublada, con pocas estrellas a la vista. Holdsworth recorrió la arcada y se adentró en la

oscuridad hasta llegar a la hierba mojada que conducía el plátano oriental de la Laguna Larga. Su investigación no se había basado en ningún método científico, en nada que pudiera plasmar en un libro y mostrar al mundo. Todo había sido una cuestión de sombras y sutilezas. De cosas vistas y oídas a medias, entendidas a medias.

¿Una cuestión de fantasmas?

Bajo el árbol reinaba la oscuridad. Con los brazos extendidos hacia delante para palpar las sombras, Holdsworth caminó con lentitud bajo la copa hasta llegar a la orilla, cerca del lugar donde había sido hallado el cadáver de Sylvia Whichcote. Miró a través de las ramas. La luz iluminaba las ventanas del primer piso de la residencia del rector. Los colores se habían difuminado y las formas fluían entre sí, sus contornos disolviéndose en la noche cerrada.

Maria. Georgie. Una cuestión de fantasmas.

Sus nombres se formaron en la mente de Holdsworth y, junto a ellos, su recuerdo y una familiar sensación de vacío. Los acarició con delicadeza, prestándoles toda su atención, como la lengua que tantea una muela dolorida para calibrar su estado. Algo había cambiado durante esas semanas en Cambridge. Algo se había movido. Las muertes de sus seres queridos estaban un poco más lejanas.

Holdsworth percibió por el rabillo del ojo un rápido movimiento a su izquierda y volvió la cabeza al instante. El puente que partía del Jardín del Rector apenas era visible, una mera curva gris sobre el agua, pero por un momento pensó haber visto un pálido destello en el vértice del arco. Más que una forma, era una especie de negrura atenuada dentro de la misma oscuridad, en parte oculta por la barandilla. Pero cuanto más miraba, menos veía. Sus ojos lo engañaban.

¿Elinor?

¿Qué debía hacer? Había sido injusto, insensato y cruel con ella, pero le alegraba que fuera inocente. ¿Lo escucharía si acudía a ella?

Mientras pensaba en Elinor, de pie en la oscuridad con las manos en los bolsillos, advirtió un sonido procedente del colegio. Se oyó una puerta abriéndose y cerrándose en la distancia y unos pasos corriendo por Chapel Court.

Debía acudir a Elinor con la mayor brevedad posible, suplicar su perdón y ponerse a sus pies.

Holdsworth seguía con la vista clavada en el puente. Por un instante hubiera asegurado que había alguien allí, alguien que se movía.

¿Elinor? El corazón le latió con fuerza. Tonterías, se dijo. ¿Cómo iba a estar ella ahí a esas horas? Debía de ser un efecto de las luces y sombras, pero el corazón seguía latiéndole con fuerza ante la posibilidad de que fuera ella.

Sólo había una manera de averiguarlo. Comenzó a caminar con paso lento por la orilla hacia el puente.

Mientras lo hacía oyó el tañido de la campana del colegio. Sonaba extraña, más lejana de lo habitual, filtrada a través de la niebla. Holdsworth se detuvo a escucharla. Seguía repicando. Queda, lúgubre y solemne. De repente se abrieron puertas y ventanas. En Jerusalem todo el mundo despertó de pronto, como si fuera de día y no de noche.

No todo el mundo.

El toque de difuntos sonaba mortecino. El Dr. Carbury se había ido por fin. Elinor estaba libre.

Holdsworth lanzó una mirada al puente. El pálido destello del crepúsculo se había esfumado.

Nota del autor

El siglo XVIII no fue un período glorioso para las universidades inglesas (en Escocia supieron hacer las cosas mucho mejor). En Oxford y Cambridge cada colegio universitario seguía su propio rumbo con poco más para guiarlos que sus estatutos, que al igual que los planes de estudios, tenían al menos dos siglos de obsolescencia. Para los estándares de 1780, Jerusalem hubiera sido considerado un colegio conservador y algunos de sus miembros hubieran sido tenidos por un tanto excéntricos, pero esto no era algo inusual en la época.

Aquellos que conocen la actual Universidad de Cambridge se habrán percatado de las considerables similitudes que existen entre el ficticio Jerusalem y el totalmente real Emmanuel College, pero quisiera destacar que estas semejanzas sólo se refieren a su configuración y a algunos aspectos de su historia más temprana. También quisiera agradecer la ayuda que me prestaron la Dra. Sarah Bendall y Amanda Goode, miembro y archivista, respectivamente, de Emmanuel College. La Dra. Bendall es, junto con los profesores Peter Brooke y Patrick Collinson, coautora del libro A History of Emmanuel College (The Boydell Press, 1999), una obra esclarecedora sobre la evolución y organización de un colegio universitario de mediano tamaño a lo largo de más de cuatrocientos años.

El Club del Espíritu Santo es, obviamente, ficticio. A pesar de que hay rumores, pero no pruebas fehacientes, de que existieron sociedades secretas de carácter báquico en las universidades, no es fácil seguirles la pista por su propio carácter intrínseco. Sin embargo, sí hay pruebas de la existencia de tales hermandades en otros ámbitos de la sociedad, pero en la década de 1780 casi todas se mostraban mucho más dóciles y discretas en sus costumbres de lo que habían sido.

Los nombres de las calles de Londres y Cambridge que he empleado en el libro existían en el siglo XVIII, pero no siempre coinciden con los nombres actuales.

Deseo dar las gracias a Roger Crowley, Martin Dow, Alick Miskin y Christopher Trillo por permitirme usar sus nombres; a Elizabeth Manners por conseguir la patente real de la reina Isabel I para Jerusalem, y a Vivien Green, mi agente, y a mis editores de Michael Joseph por su paciencia, entusiasmo y meticulosa habilidad editorial. Por todo lo demás doy las gracias a mi mujer, Caroline.

ANDREW TAYLOR